

JOCKEY CLUB DE BUENOS AIRES

PELLEGRINI

1846-1906

OBRAS

I

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO BIOGRÁFICO

POR

AGUSTÍN RIVERO ASTENGO



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA « CONI »

684 — CALLE PERÚ — 684

1941

PELEGRINI

1846-1906

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO 100 EJEMPLARES EN PAPEL SÍMIL-HOLANDA
MARCA « GONI », FUERA DE COMERCIO, NUMERADOS DEL I AL 100, Y 3400
EJEMPLARES EN PAPEL ANTIQUE QUE CONSTITUYEN EL TOTAL DE LA EDICIÓN



RETRATO DEL DOCTOR CARLOS PELLEGRINI.
(Óleo del pintor francés León Bonnat, existente en la sala «Pellegrini» del
Jockey Club de Buenos Aires).

JOCKEY CLUB DE BUENOS AIRES

PELLEGRINI

1846-1906

OBRAS

I

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO BIOGRÁFICO

POR

AGUSTÍN RIVERO ASTENGO



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA «CONI»

684 — CALLE PERÚ — 684

1941

SUMARIO

PREFACIO.....	XI
I. Llega el abuelo.....	I
II. El padre.....	55
III. Años de aprendizaje.....	231
IV. Hombre de Alsina. Guerra del Paraguay.....	267
V. Abogado, político y legislador.....	299
VI. Diputado Nacional. Revolución de 1874.....	321
VII. Primer viaje a Europa. Ministro Provincial.....	351
VIII. Ministro de Guerra y Marina. Revolución de 1880.....	405
ÍNDICE DE NOMBRES.....	453

INDICE DE LAMINAS

	Frente pág.
I. Retrato del doctor Carlos Pellegrini. (Oleo del pintor francés Léon Bonnat, existente en la sala <i>Pellegrini</i> del « Jockey Club », de Buenos Aires)	Frontispicio
II. Mr. Santiago Bevans y Mrs. Priscilla Bright, su esposa, abuelos maternos del doctor Carlos Pellegrini. (Dibujo en tinta china). Londres, 1820.	14
III. John Bright, parlamentario y <i>leader</i> inglés (1811-1889), tío abuelo del doctor Pellegrini.	28
IV. Priscilla Bright, tía abuela del doctor Pellegrini. (Hermana de John Bright)	42
V. Ingeniero Carlos Enrique Pellegrini, padre del doctor Carlos Pellegrini. (Miniatura por Mathieu Deroche)	60
VI. Don Bernardo Bartolomeo A. Pellegrini, abuelo paterno del doctor Pellegrini. (Grabado en cobre)	74
VII. Jean-Claude Pellegrini, hermano mayor del ingeniero Pellegrini	86
VIII. Buenos Aires vista desde la ribera (1829). Acuarela de C. E. Pellegrini. (Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires)	98
IX. La Catedral. Plaza de la Victoria, costado norte (1829). Acuarela de C. E. Pellegrini. (Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires)	112
X. El Cabildo. Plaza de la Victoria, costado oeste (1829). Acuarela de C. E. Pellegrini. (Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires)	126
XI. Recova Vieja. Plaza de la Victoria, costado este (1829). Acuarela de C. E. Pellegrini. (Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires)	136

Frente pág.

XII. Plaza de la Victoria, costado sur (1829). Acuarela de C. E. Pellegrini. (Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires).....	146
XIII. Salón de don Francisco Antonio de Escalada, por C. E. Pellegrini (1830). De izquierda a derecha : doña Mercedes Demaría de Demaría, Dolores Reynoso de Pacheco, Indalecia Oromí de Escalada, don José Manuel de Escalada, Nieves Escalada de Oromí, Tomasa de la Quintana de Escalada (suegra del Gral. San Martín), José Antonio de Escalada, doctor Mariano de Escalada (futuro Obispo de Buenos Aires) y don Carlos Enrique Pellegrini. En el centro : doña Toribia de Escalada y don Antonino Reyes Marín.....	156
XIV. Don Carlos Enrique Pellegrini con sus hijos Julia y Carlos (1854). Daguerrotipo.....	170
XV. Doña María Bevans de Pellegrini, madre del doctor Pellegrini, con su hijo Ernesto (1856). Daguerrotipo.....	182
XVI. Ingeniero Carlos Enrique Pellegrini con su familia. Sentados : doña María Bevans, su esposo y sus hijas Julia y Anita. De pie : Ernesto y Carlos, este último de 14 años (1860). Daguerrotipo.....	194
XVII. Antiguo teatro Colón, por C. E. Pellegrini. (Lámina de <i>La Revista del Plata</i> , 1857).....	206
XVIII. Vista tomada por el ingeniero C. E. Pellegrini durante la Expedición científico-exploradora a Bahía Blanca (1859). Acuarela existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires.....	214
XIX. Don Eduardo Madero exponiendo su primer proyecto del Puerto de Buenos Aires a los miembros de la Comisión del mismo, integrada por los doctores : Norberto de la Riestra, Valentín Alsina, Manuel J. de Guerrico, ingeniero Carlos E. Pellegrini, Ambrosio Lezica, Juan Bautista Peña, Otto von Arning y el citado don Eduardo Madero. A la derecha, en la pequeña mesa, el joven Carlos Pellegrini, escribiente de la Comisión.....	226
XX. El doctor Carlos Pellegrini a los 8 años de edad. (Minia-tura sobre marfil, mandada hacer por el doctor Ernes-	

Frente pág.

to Pellegrini para obsequiar a su hermano con motivo de sus bodas de plata matrimoniales). Obsérvese que se ha adicionado al traje del niño, la banda y bastón presidenciales.....	240
XXI. El joven Pellegrini con su hermana Julia, en 1863. (Poco antes de ingresar a la Universidad de Buenos Aires)....	260
XXII. El joven Pellegrini (x) con sus compañeros de armas en la guerra contra el Paraguay : capitán Pedro Salvadores, teniente coronel Alejandro Díaz, capitán José M. Muñiz ; tenientes : Vicente M. Souza, José M. Bustos, Francisco López Torres, Pedro P. Pico, José A. Lagos, Leopoldo Basavilbaso ; y alféreces : Manuel Gutiérrez, Juan Giron-do, Nicanor Larrain y Nicolás Zamorano. (El primer oficial de la izquierda, Morales Lezica, no hizo la cam-paña). 1865.....	280
XXIII. Don Carlos Pellegrini, a los 20 años de edad (1866), ve-raneando en San Isidro, con su familia. De izquierda a derecha : Ernesto, Carlos y Ana Pellegrini. Luego doña María Bevans, que tiene en brazos a su hijo Arturo ; des-pués su hija Julia. Sentada en el suelo una sirvienta....	300
XXIV. Doctor Carlos Pellegrini en 1870, cuando era Subsecre-tario del Ministerio de Hacienda de la Nación.....	320
XXV. Doctor Carlos Pellegrini, en 1871, año de su matrimonio con doña Carolina Lagos García.....	340
XXVI. Doña Carolina Lagos García de Pellegrini, en 1871, año de su matrimonio.....	360
XXVII. Doctor Carlos Pellegrini, en París (1876). Foto Théo-dore Humblot.....	380
XXVIII. Doña Carolina Lagos García de Pellegrini, en París (1876). Foto Théodore Humblot.....	400
XXIX. Doctor Carlos Pellegrini, en 1880, cuando era Ministro de Guerra y Marina. Foto B. Ansaldi. Buenos Aires..	420

PREFACIO

Acercarse al misterio de una vida con motivo de la compilación de sus escritos y discursos, es labor que parecería redundante. ¿No encierran las páginas escogidas el secreto sustantivo de su autor? En el presente caso, como en otros muchos, no acontece esto. Las más premiosas interrogaciones del lector irían cubriendo los márgenes del libro, como reflejo de su ánimo al contacto de la realidad que confronta.

El doctor Carlos Pellegrini fué de las personalidades argentinas mejor logradas de mediados del siglo pasado, y a pesar de haber sido hábil y elegante expositor de sentimientos e ideas, problemas y conflictos, dejó de intento en delicada penumbra, por razones políticas circunstanciales, lo más acendrado de su espíritu.

Los hombres públicos, estadistas y gobernantes, no pueden sincerarse con la amplitud de los poetas. Esta razón y acaso el pudor cuákero que le venía por herencia de la madre, le llevaron a velar su intimidad, sin perjuicio de la nitidez del párrafo y del vuelo raudo y sonoro de su palabra.

Al disponer la Comisión Directiva del JOCKEY CLUB — que preside don Félix de Alzaga Unzué — la compilación de la obra hablada y escrita de nuestro tribuno, fundador de la Institución, se ha buscado unir el justiciero recuerdo con la evocación de una existencia excepcional, un poco olvidada por las nuevas generaciones argentinas.

Dentro de cinco años se cumplirá el centenario del nacimiento de nuestro estadista. Se ha deseado, por lo tanto, anticipar esta contribución para que en el momento de celebrarse esa fecha, sean mejor conocidas en el país, la vida y obra del doctor Pellegrini, quien, como pocos argentinos, entrevió la evolución posterior de la República, trabajando dentro y fuera de ella por sus intereses permanentes.

Cuatro tomos constituirán esta obra, cuyo material se ha distribuído en la siguiente forma : Tomo I : Ensayo biográfico del personaje, estudiándole desde sus mayores — los ingenieros Santiago Bevans y Carlos Enrique Pellegrini — hasta el año 1880, en que el doctor Pellegrini se convierte en una figura nacional, al desempeñar el ministerio de la Guerra, en las postrimerías de la presidencia Avellaneda; Tomo II : Continuación del ensayo biográfico hasta el año 1906, en que ocurre la muerte del grande hombre. Si a los científicos y artistas se les puede estudiar con arreglo a sus descubrimientos y creaciones — realizados aquéllos y éstas en una atmósfera eminentemente personal — no sucede lo mismo con los políticos y estadistas, a quienes hay que juzgar en función del me-

dio social en que actuaron, y que equivale al laboratorio del sabio o taller del artista. De ahí que un ensayo de esta índole comporte la pintura, siquiera sumaria, de la sociedad donde se desarrolló el político, así como la de sus colaboradores y adversarios, tendencias y partidos, que dan color a la escena.

Los tomos III y IV contendrán los escritos y discursos del doctor Pellegrini como legislador, ministro, presidente de la República, fundador de instituciones, gestor financiero, conferenciante, ensayista y escritor, que todo eso fué, y en grado sumo, el ilustre argentino.

Para la redacción del ensayo biográfico, hemos contado con preciosos elementos de información, principalmente del archivo del Dr. Ernesto Pellegrini, quien profesó por su hermano Carlos, y por el ingeniero Pellegrini, su padre, una devoción impresionante.

Se han consultado, asimismo, las más seguras fuentes editadas e inéditas y oído a algunas calificadas personas que trataron al doctor Pellegrini, cuya referencia y bibliografía general insertaremos al final del segundo tomo de este Ensayo, limitándonos en el presente a incluir un índice de nombres.

El compilador ha creído indispensable el estudio previo de los mayores del doctor Pellegrini, para explicar mejor la grandeza del personaje, considerando, por otra parte, que esta exhumación brindará a más de un lector grata sorpresa. Mr. Santiago Bevans, abuelo materno de Pellegrini, fué el primer ingeniero proyectista del Puerto de Buenos Aires, y repre-

sentante auténtico de los profesionales que llamó Rivadavia al país, en los días preclaros de su gobierno.

El ingeniero Carlos Enrique Pellegrini, padre de nuestro biografiado, vastamente conocido como retratista y evocador del antiguo Buenos Aires, fué además personalidad de grandes relieves en otros aspectos, que le colocan entre los empeñosos civilizadores del país.

Debemos testimoniar aquí nuestra gratitud a don José Marcó del Pont, secretario de la Comisión del Interior del Club, que en la sesión del 19 de octubre de 1939, propuso la realización de esta obra y al firmante para ejecutarla; iniciativa aceptada unánimemente, a la sola mención del personaje que se deseaba honrar, por sus colegas señores: Joaquín S. de Anchorena, Vicente R. Casares, César M. Vela, Luis P. O'Farrell, Gilberto Llerena, Horacio Bullrich, Rodolfo Bullrich, Horacio Bustillo, Ignacio Correas, Ricardo Fernández Guerrico, Alberto Lagos García, Floro Lavalle, Alejandro H. Leloir, Miguel Martínez de Hoz, José C. Miguens, Adolfo Orma (h.), Esteban M. Riglos y Alfredo Zemborain, disponiéndose, en consecuencia, que la Mesa Directiva, integrada por don Félix de Alzaga Unzué y doctor César M. Vela, juntamente con don José Marcó del Pont, como autor de la iniciativa, corrieran con los trabajos relativos a esta publicación.

Nuestro agradecimiento, también, a don Tomás Vallée, sobrino-nieto del doctor Pellegrini, actual poseedor del archivo

de la familia, que en todo momento se ha brindado, con amplia generosidad, a facilitarnos la tarea. Los doctores Miguel Cané, Vicente C. Gallo, Marco Aurelio Avellaneda, Carlos Meyer Pellegrini, Lucio Vicente López, Eduardo Crespo, ingeniero José María Bustillo y los señores Horacio Bustillo y Carlos Dardo Rocha, nos han favorecido, igualmente, con valiosa documentación. Sólo la concurrencia de muchas voluntades generosas, ha hecho posible la realización del propósito.

Hasta ahora, sólo existían dos compilaciones fragmentarias de los escritos y discursos de Pellegrini. La primera data del año 1897, y aunque muy pequeña, mereció la tácita aprobación del estadista, que en carta a Miguel Cané, del 20 de enero de 1897, escribía, con ese su estilo peculiarísimo: « Perco Carranza se ha metido a hacer una colección de discursos míos. Te envío un ejemplar. Por fuera parece la Memoria de un ministerio y por dentro no será más atrayente ».

La segunda compilación de esos trabajos, realizada en forma más amplia por don Domingo de Muro, en 1910, implica un esfuerzo estimable por tratarse de una iniciativa privada.

La inclusión, en la presente publicación, de numerosas láminas de alto valor iconográfico, enaltece sus páginas. En el análisis del material reunido se ha tratado de mantener la mayor imparcialidad y objetividad, de suerte que el consultante de los escritos del doctor Pellegrini tenga, en cada caso, la medida más aproximada del clima en que fueron concebidos.

Si a pesar de nuestro esfuerzo en tal sentido, no hubiéramos alcanzado la objetividad anhelada, tanto más difícil de conseguir respecto de un hombre de hechos más que de palabras, recordáramos al lector, en nuestro descargo, las reflexiones de Worringer al frente de su obra señera.

En verdad que la vida y obra del doctor Pellegrini han dejado fermentos que aún actúan en nuestro pueblo. Ante su tarea interrumpida por la muerte temprana, consuela el pensamiento místico de Ernest Hello : « Toda obra maestra es un esbozo. Lo inacabado es la marca del genio que pinta a grandes rasgos, sin que cuente terminar nada ; es su marca, su privilegio, su condenación y su grandeza ».

AGUSTIN RIVERO ASTENGO

Buenos Aires, noviembre de 1940.

PELLEGRINI

1846-1906

I

LLEGA EL ABUELO

Tenía cuarenta y cuatro años de edad al llegar a Buenos Aires, en noviembre de 1822, acompañado de su mujer y cuatro de los seis hijos que componían la familia, pues dos habían quedado estudiando en Inglaterra.

Desde que don Bernardino Rivadavia, diputado de Buenos Aires juntamente con don Manuel Belgrano, ante las Cortes de Europa, recibiera del Director Supremo, Pueyrredón, el beneplácito de sus gestiones « en favor de los comerciantes, labradores, artistas y todo hombre industrial que deseara establecerse en el país », se inauguró la corriente inmigratoria europea hacia nuestras playas, en particular británica y francesa. Antes de esa gestión, existían en la ciudad numerosos extranjeros, llegados los más por libre designio y con propósitos de aventura o fortuna, listos a abandonar el suelo en la primera oportunidad. Los menos, habían arribado deseosos de constituir un hogar al amparo de las leyes generosas que se dictaban y de cuyos beneficios nadie estaba excluido.

A partir del año 1818, fecha de la iniciativa rivadavia-

na, los señores Hullet Hnos. & Cía., nuestros banqueros en Londres — así como lo fué en París, hasta su quiebra, don Santiago Recamier, esposo de la dama inmortalizada por David — se dieron a realizar una activa propaganda en Inglaterra sobre las espléndidas perspectivas comerciales e industriales que ofrecían estos pueblos. Al recibirse Rivadavia, en 1821, del cargo de Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, bajo la administración del coronel Martín Rodríguez, dicha propaganda se intensificó, iniciándose en forma regular la contratación de artesanos y profesionales, con los cuales se buscaba transformar el país de modo fulminante.

Por tales circunstancias llegó a nuestro puerto el ingeniero hidráulico inglés, Mr. Santiago Bevans, quien, en el correr de los años, sería el abuelo materno del doctor Carlos Pellegrini.

Mr. Santiago Bevans había nacido en Londres el 21 de julio de 1777, y hecho los estudios primarios en el « Ackworth School », de Pontefract (Yorkshire) que existe aún y que es algo así como la sede pedagógica central del cuakerismo, a cuya religión pertenecía. Recibido de ingeniero en su país, tuvo una actuación profesional muy eficiente, aunque de reducido provecho económico. Casado con doña Sarah Phillips, quedó viudo en 1815, con cinco hijos pequeños. Dos años más tarde, en 1817, contraía nuevas nupcias con doña Priscilla Bright — prima hermana del después famoso estadista inglés, Mr. John Bright —, que es quien le acompaña ahora en su

viaje a Buenos Aires, contando a la sazón 25 años de edad y teniendo a su cuidado tres hijos del primer matrimonio de su marido y una hijita de ambos, nacida poco antes en Inglaterra, llamada Ana, que tanta influencia ejercerá en la educación y formación del carácter de nuestro Pellegrini.

A propuesta del gobernador Martín Rodríguez, la Sala de Representantes de Buenos Aires, había autorizado la creación de los empleos de ingeniero hidráulico e ingeniero arquitecto, con la dotación de dos mil pesos anuales cada uno.

Entre las funciones del ingeniero hidráulico, figuraba la de « proponer al Ministerio de Gobierno todo cuanto contribuyera a la mejor dirección de las aguas en el territorio de la Provincia y el más ventajoso uso de ellas ». Los primeros trabajos que se le encomendaron a Bevans, fueron proyectar y construir un puerto para la ciudad, así como instalar las cañerías necesarias para proveerla de aguas corrientes.

Al Departamento de Ingenieros Hidráulicos — que así se llamó la nueva dependencia — se fijó el siguiente personal: ingeniero jefe, Mr. Santiago Bevans; oficial auxiliar, don Carlos Juan Rann (llegado con Bevans a Buenos Aires) y, como alumnos adjuntos, Diego Wellesley Wilde y Juan María Gutiérrez. Este último se hizo agrimensor, ingeniero y abogado, pero abandonó esas actividades por el cultivo de las bellas letras. Diego

Wellesley Wilde, desertó, también, de las matemáticas, llevando una vida errante y pintoresca. Al producirse la guerra con el Brasil, abandonó su empleo en la oficina de Bevans y sirvió a las órdenes de Brandsen en Ituzaingó. En 1830 acompañó a Córdoba, como capitán, al general Paz, luchando en La Tablada y Oncativo. Vencido el partido unitario, se refugió en Bolivia, dedicándose a negocios de minería. Caseros le permitió regresar a Buenos Aires. Sirvió a Mitre en la guerra contra el Paraguay y cuarenta y dos años después de la designación de Rivadavia, Wilde era comisionado, por el presidente Mitre, para la formación del batallón 8 de línea en Catamarca, con destino a servicios de frontera y colonización, a cuya empresa dedicó este militar sus últimos años. Bevans no tuvo éxito, pues, con los alumnos que se le confiaron, y a los que el gobierno había señalado « un sueldo de doscientos cincuenta pesos anuales, hasta que probasen alguna capacidad ».

Con tanta presteza inició Bevans sus funciones, que el 26 de noviembre de 1822 — es decir, dos semanas después de su arribo — eleva al Ministro un informe relatando sus experiencias acerca de los medios a adoptar para el suministro de agua a la ciudad, que hasta entonces utilizaba la de los pozos de balde, aljibes o simplemente del río, entregada a domicilio por ese personaje pintoresco llamado « aguatero », y no aguador como en España.

La primera petición de Bevans al gobierno, es que se

encargue a Inglaterra un juego de taladros, con los cuales hará perforaciones en distintos puntos de la ciudad. « Estos instrumentos — escribe — son tenidos en estimación por el Gobierno británico y, una prueba de ello, es el envío que acaba de hacer a su nueva colonia, la Gales del Sur, de dos juegos completos que contienen ochenta y cuatro barrenos y seiscientos pies de varas, que cuestan a aquel gobierno doscientas veinte libras esterlinas ».

Los taladros, adquiridos por mediación de los señores Hullet, llegaron a Buenos Aires varios meses después, con gran revuelo de prensa y vecindario. Un grupo de curiosos, arremolinado en torno del ingeniero inglés, presencia, incrédulo, su tarea para profundizar el pozo de noria existente en la huerta de los Padres Recoletos. Ha barrenado treinta y siete pies y cinco pulgadas sin encontrar agua y, en vez de desanimarse, comunica jubiloso al gobierno : « ...este es un indicio muy favorable, pues no quisiera dar con agua hasta una profundidad mucho mayor, considerando que cuanto más hondo sea lo que penetremos sin encontrarla, tanto más probable será que esa agua venga de considerable altura y se eleve de consiguiente a su nivel ».

Los suspicaces ríen ; dan por fracasadas, como lo habían previsto, las experiencias de Bevans — que duraron treinta y dos días — y que entregado a su faena no advierte siquiera las burlas de que es objeto.

Por entonces, el centro y arrabales de Buenos Aires contenían sesenta y cinco barberías, diez y siete boticas,

doce fondas, cuatro cafés, tres imprentas y casi un centenar de pulperías. En todos estos comercios — rudimentarias células de los posteriores clubs — el grueso de la población comentaba, a su modo, los más arduos problemas políticos y técnicos. El nombre de Bevans estaba en todos los labios. Ese inglés, decíase, quiere sacar agua del fondo de la tierra y gastar dineros que no hay, cuando tenemos la del río a un paso y sin que nos cueste un céntimo.

El 3 de abril de 1823, Mr. Bevans, que ya ha viajado por el interior de la provincia y explorado sus ríos y arroyos, eleva al gobierno tres proyectos para la construcción del Puerto de Buenos Aires. Por entonces, el principal desembarco y embarco de pasajeros y mercaderías se hacía en Buenos Aires, Tigre, San Fernando y la Ensenada. A sus rudimentarios muelles arribaban goletas, zumacas, lanchas, fragatas, balandras y bergantines, en la medida que lo permitía su calado.

Los proyectos de nuestro ingeniero fueron estudiados por el gobierno, quien por decreto del 20 de abril de 1823, declaró que si bien el tercer proyecto tenía por base hacer de la Ensenada el puerto principal « ...atendiendo a lo que la situación del país establece, como primera necesidad, cual es la influencia real de una capital y que, para obtenerla, el medio primero y más eficaz es la concentración », ha escogido el proyecto n° 2, « dejando para dentro de quince a veinte años o más, en que habrá llegado la oportunidad que se pueda realizar el pro-

yecto n° 3, combinado con el que se manda ejecutar ».

El proyecto n° 1 situaba al puerto al noroeste del Retiro; el proyecto n° 2, aceptado, lo fijaba en los entonces bañados del Riachuelo, donde hoy está la Dársena sur, y el n° 3, en la Ensenada de Barragán, como hemos visto.

Al terminar el gobierno de Martín Rodríguez, el general Las Heras, que le sucedió en el cargo, designó una « Comisión » formada por los señores : José María Rojas, Tomás M. de Anchorena, Manuel Obligado, Pedro Capdevila y Pedro de Lezica, a fin de que examinase los proyectos de Bevans. La « Comisión » resolvió que se adoptase el proyecto n° 3, pues de esta forma se « aprovechaba el puerto natural de la Ensenada, al que se unirá un canal con un dique a construirse en el sud de la ciudad ».

Bevans, como muchos ingenieros que posteriormente proyectaron nuestro puerto — Bateman, entre otros —, opinó siempre que su sitio ideal era la Ensenada, lugar privilegiado por las causas de orden técnico, comercial e industrial, que en cada caso se dieron, y no en el sitio que ocupa y que demanda fuertes gastos de dragado.

Una de las muchas sectas religiosas de Inglaterra, se llamó la « Sociedad de los Amigos » y sus profesantes recibieron el risueño mote de « cuákeros », por su permanente indecisión en el obrar y su miedo a pecar aun en las circunstancias más triviales de la vida. No obstante

ese extremado temor de Dios, dichos sectarios llegaron a ser irrespetuosos y agresivos con toda autoridad civil y militar y consideraban meritorio no descubrirse ante dignidad humana alguna, ni saludar, ni desearse mutuamente los buenos días. El fundador de la secta, Jorge Fox, era hijo de un tejedor y se negó a ser eclesiástico, como su padre le exigía, porque para seguir las enseñanzas del Evangelio, argüía, no es necesario cursar estudios en Oxford o Cambridge. Nacido en 1622 y zapatero de profesión, poseía grandes condiciones de apóstol y caudillo, y al perseguirse la secta en 1662, las cárceles de Inglaterra contenían más de dos mil secuaces suyos. Los más peligrosos eran enviados a la América del Norte, pero antes de la persecución habían iniciado el éxodo voluntario a ese país, en el cual soñaban constituir una sociedad humana sobre bases más justas que las de Europa.

Los que no se arriesgaron a llevar a cabo la experiencia, quedaron en Inglaterra y atemperaron su doctrina con las imposiciones del medio ambiente. « ...religiosos en el sentimiento, libres en el pensar, severos, sobrios, castos, esclavos de la rectitud y la seriedad hasta en lo más pequeño, amaban la justicia y la verdad, por encima de todas las cosas ».

En este esquema, está trazado el carácter del matrimonio Bevans.

En Priscilla Bright, la esposa, se agudizaban aun más estas virtudes. Oriunda de una familia del Condado de Wiltshire, la influencia de sus mayores era notable. Su

primo, John Bright, compañero de luchas de Ricardo Cobden, el apóstol del libre cambio y pacifista inflexible, había galvanizado el espíritu cuáquero. No conformista, orgulloso de contar entre los suyos a John Gratton, abnegado colaborador de Jorge Fox, su vida pública se desenvolvió en una continua tormenta. Entró, en compañía de Cobden, a la Cámara de los Comunes, después de haber librado grandes batallas políticas y compartido terribles responsabilidades. De su padre, fundador de una manufactura algodonera en Rochdale, había heredado John Bright la pertinacia en la acción y una impresionante impavidez para soportar el infortunio. De su madre, Martha Wood, mujer inteligente y de gustos refinados, el deseo de superar el medio en que naciera y un amor ardiente por la justicia.

En el Parlamento inglés, John Bright fué acogido con frialdad : nadie olvidaba al violento polemista y agitador de la cuestión de Granos. Una vez — tal era su impopularidad — se vió obligado a suspender su discurso ante la impaciencia de la Cámara. La austeridad de su vida y el brillo de su oratoria, fueron granjeándole, poco a poco, simpatías generales, al punto que personajes tan diversos como Disraeli y Gladstone, le elogiaron sin reservas, y Lord Macaulay, en una carta a un amigo, dirá a su respecto : « ...fué el lunes a la Cámara y oí decir a Bright todo lo que yo estaba pensando y, a Palmerston y Graham, hacer un lamentable papel ».

La reina Victoria, tan parca en el elogio, tuvo frases

amables sobre John Bright. Criticada la soberana por su absoluto alejamiento de la vida de Corte, a consecuencia de la muerte de su esposo — proceder que deslucía la solemnidad de las celebraciones oficiales y era censurado por los principales órganos de la opinión —, se pensó en discutir en el Parlamento la conducta de la reina. Sabedor John Bright de lo que se tramaba, cerró el debate con estas palabras : ¿ Podremos negar a nuestra soberana el derecho que se concede y aplaude a cualquier mujer en Inglaterra ?

Daryl, en su obra *La vida pública en Inglaterra*, estudiando a Mr. Bright como orador, ha escrito : « ... Escucharlo es un placer de los dioses. No ha dicho sino veinte palabras y ya el debate se ha elevado cien codos. Demuestra siempre creer que es posible persuadir al adversario con buenas razones y quizá esté convencido de ello. Su fuerza dialéctica — que no alcanzarán jamás los retóricos — le proporciona las más inesperadas victorias. Su facultad primordial es un sentido profundo y sereno de los destinos del hombre, con prescindencia de razas y de medios. En esto es inglés de los pies a la cabeza ; inglés puro, cuákero, bebedor de agua, filántropo y evangelizador. Si el efecto que produce en mí, que no soy inglés, es tan grande, júzguese el que causará sobre las masas de su país. Cuando se yergue en la Cámara para hablar, todos callan y no hay otra figura que la suya ».

La ley de granos que combatió Mr. Bright, encarecía en un cincuenta por ciento el coste del pan y fué rechaza-

da por el Gabinete de Sir Roberto Peel, con la ayuda del Partido Liberal y algunos « tories ». Merced a ese rechazo, el precio del pan se conservó en la mitad del que fijaba dicha ley en las épocas de malas cosechas.

Mr. Bright se granjeó, en esa ocasión, la animosidad de los grandes terratenientes ingleses y el doctor Carlos Pellegrini, su sobrino nieto, que nunca dejó de seguir, aunque a la distancia, las evoluciones de la vida pública del anciano luchador, comentó en enero de 1885, en *Sud América* — diario que fundara juntamente con Roque Sáenz Peña, Delfín Gallo, Lucio V. López y Paul Grousac —, la carta que el vibrante « líder » dirigiera, desde su retiro campesino de Rochdale, a Mr. Townsend, sobre problemas de justicia social.

John Bright forjaba frases que circulaban como lemas populares. Las masas humildes y trabajadoras de Gran Bretaña, tuvieron en él un defensor insobornable.

Con el doctor Carlos Pellegrini ocurrió algo análogo. ¿ Quién no recuerda la popularidad de estas frases suyas ? « En política tiene razón el que la tiene al día siguiente », « El radicalismo es más bien un temperamento que un principio político », « La República debe aspirar a ser algo más que la inmensa granja de Europa », « Los hombres libres se gobiernan ; los esclavos se mandan », « Cuando no se abren las válvulas, estallan las calderas », « Las nubes pasan, el cielo queda », y cien más.

Abraham Lincoln admiraba sinceramente a John Bright ; al asumir la presidencia de Estados Unidos, co-

locó, personalmente, su retrato en su despacho de la Casa Blanca, junto al de Jackson, que encontró colgado sobre la chimenea y que acaso no miró con simpatía.

Estos Bright eran gentes de temperamento impetuoso y tenaz. Una hermana de John, Priscilla, prima de la mujer de Mr. Santiago Bevans y cuáquera como ambos, se casó a los 33 años de edad con un escocés, Mr. Duncan Mac Laren, luego Lord Provost, miembro de la Cámara de los Comunes. Expulsada, Priscilla, de la secta, por haber violado la prohibición de la misma al contraer nupcias con persona ajena a la comunidad, su hermano John, que tantos partidarios contaba entre los cuáqueros, lo abandonó todo por su hermana, eficaz colaboradora suya en la campaña de la ley de Granos y que había vivido en su compañía hasta marchar, con su marido, a Edimburgo.

Talentosa como John, amiga y admiradora de Elizabeth Fry y de Stuart Mill, Priscilla fué de las primeras mujeres que exigieron públicamente, en Inglaterra, la concurrencia del voto femenino en la política de ese país. Inspiró con discreción a su marido en el Parlamento y sus prestigios eran tales en 1887, que la « Sociedad de los Amigos » resolvió, espontáneamente, llamar a Priscilla a su seno, a lo que ella accedió, no sin declarar antes que jamás había pensado en solicitar su reincorporación, a pesar de haber permanecido cuáquera en su fuero interno, porque consideraba que lo cometido con ella al

casarse en 1848, era una gran injusticia, si se atendía a la evolución de los tiempos.

Dos hermanos de Priscilla Bright, su marido, dos hijos y un nieto fueron parlamentarios. Tuvo la fortuna de vivir hasta los 91 años y ver el encumbramiento político de los suyos, así como a su hijo mayor, Charles, elevado a la dignidad de Barón Aberconway, a quien ella, con sus nerviosas manos de ductriz, había modelado el carácter y orientado la inteligencia.

Al morir Bright, el tercer marqués de Salisbury, que habló ante su féretro, sentenció: « ...Fué el más grande maestro de la oratoria inglesa que esta generación ha visto y, acaso, varias generaciones anteriores. En una época en que la verbosidad sustituye a la elocuencia, conservó su bello y enérgico estilo, con el cual comunicó sus más nobles y hondos pensamientos »; y Gladstone, al hablar sobre el mismo dos días después, en la Cámara de los Comunes (sesión del 29 de marzo de 1889), dijo:

« ...Sabemos que Bright es acreedor a un homenaje más alto que el que se debe a la inteligencia o al éxito. De este último, ha sido un testimonio sobresaliente y, por su inteligencia, ocupa un lugar destacado, pero el carácter del hombre fué más profundo que su inteligencia o su oratoria, y todo cuanto pueda verse en su brillantez exterior. El más grande elogio que pueda hacerse de él, en mi opinión, es que Mr. Bright dió a la vida política un sentido más alto, un nivel superior, legando a su patria el molde de su carácter de hombre público, cu-

ya contemplación y recuerdo servirá de ejemplo a las generaciones venideras ».

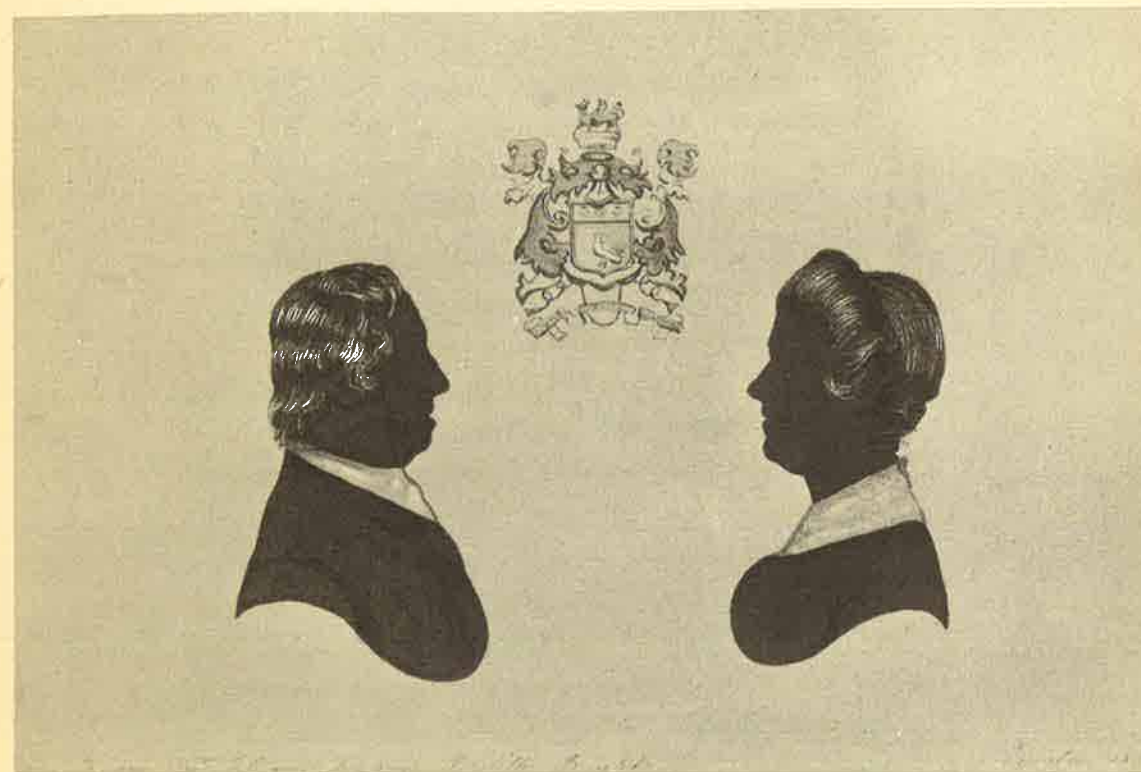
John Bright era consecuente con la amistad hasta el sacrificio. Muerto su amigo Ricardo Cobden, compiló y prologó sus escritos y discursos, manteniéndose fiel a su memoria. Instado a hacer su elogio en la Cámara de los Comunes, debió limitarse a ponerse de pie, intensamente pálido, y sentarse luego, enmudecido por la emoción.

Si nos hemos demorado ante la magnífica figura del estadista inglés, ha sido con el propósito de iluminar, en lo posible, las influencias de sangre y espíritu que, por el lado de su madre, recibiera el ilustre argentino que se honra en estas páginas.

Cotejando ambas vidas, notaremos parecidos sorprendentes. Idéntica fuerza en el ataque, la misma elegancia expositiva, igual dignidad ante el adversario, sin olvido de los propios yerros y esa maravillosa capacidad de improvisación, que desconcertaba a amigos y enemigos.

Muerto Miguel Cané, Pellegrini, su gran amigo, presa de la emoción, no pudo hablar en su tumba. Repetía la escena de John Bright con Cobden.

En 1877 doña María Bevans, madre de nuestro político, visitó a John Bright en compañía de sus hijos Arturo y Ana, en su hermosa casa de campo de Rochdale. Al enterarse el viejo luchador que Carlos, un hijo de la noble dama, era por entonces de las figuras jóvenes de más porvenir en la política argentina, precisamente por las prendas viriles de su carácter, el líder festejó emocio-



II

MR. SANTIAGO BEVANS Y MRS. PRISCILLA BRIGHT, SU ESPOSA, ABUELOS
MATERNOS DEL DOCTOR CARLOS PELLEGRINI.

(Dibujo en tinta china). Londres, 1820.

nado la noticia y quizá sintió que un retoño de sí mismo, se prolongaba allá en la América del Sur, la tierra de la esperanza...

Una carta del ingeniero Santiago Bevans, del 29 de junio de 1823, traduce fielmente las impresiones y juicio del viajero sobre nuestro país. Está dirigida a sus hijos John y Thomas, de 11 y 9 años, respectivamente, que seguían estudios en el «Ackworth School», donde él y John Bright se educaran. Por la sencillez y candor con que está concebida, recuerda las de Sir F. D. Stanhope, Conde Chesterfield, a su hijo.

«Desde que nos dejó Thomas a bordo del buque — empieza — tardamos noventa días en llegar a este país. Mi salud es buena, pero mamá y Carlos han sufrido muchos mareos, cada vez que el viento era un poco fuerte. Emma sólo estuvo mareada una vez y eso por breve rato, y Edwin, Lucas y Ana fueron atacados de sarampión, por contagio de un marinero.

«Aquí nos sorprendió el hallazgo de familias inglesas, en tal número que no tratamos con otras. Voy aprendiendo muy despacio el español y espero que cuando Uds. vengan aquí lo aprenderán en seguida.

«El álbum de *vistas* bonaerenses que teníamos allí, es casi perfecto. Las casas de Buenos Aires son amplias, de varios patios; sus paredes de ladrillo, muy gruesas, blanqueadas o enyesadas. Con el criterio inglés sobre edificación, parecerían destinadas a oficinas públicas. Algunas

poseen ventanas al frente, con rejas exteriores de hierro. Las habitaciones dan a patios internos y son cómodas.

« El clima, algo excesivo en el verano, impone la siesta después del almuerzo, siendo esta costumbre tan generalizada que, cuando alguien está fuera de su casa y anda por el campo a caballo, ata el animal a un árbol o poste o simplemente lo para y se echa a dormir a la sombra de la planta o de la bestia.

« Los comercios cierran sus puertas de una a cuatro de la tarde.

« Durante el verano, las tormentas son continuas y refrescan la atmósfera, pero el calor reaparece pronto, hasta que otra tormenta nos libera de él.

« Cuando llegamos era el tiempo de las frutillas, que son mucho más grandes que las inglesas, aunque sin su rico sabor. Las naranjas se producen en este país, pero la variedad dulce es escasa y cara. La otra clase es muy abundante y pueden obtenerse 8 ó 9 naranjas por un medio. La fruta más aceptada es el durazno, de los que hay muchos árboles de especies salvajes, apreciados más que por su fruta por su leña, utilizada aquí para quemar y que es traída de las quintas en carretas tiradas por bueyes.

« No tenemos otro carbón que el de Inglaterra y a precios muy altos.

« Los habitantes de este país carecían de estufas hasta la llegada de los ingleses, los que las han generalizado en muchas fincas, aunque con algunas dificultades, pues

en varios casos los propietarios han exigido su retiro, al desocupar la casa. Yo he mandado hacer una estufa para mi salón.

« Los huevos de avestruz los traen al mercado durante el verano y las plumas de estos animales se utilizan para hacer plumeros, algunos con cabos largos y, en los días calurosos, es común ver en la puerta de los comercios a algún muchacho espantando las moscas con ese utensilio.

« El pájaro llamado « cardenal » por su hermosa cabeza colorada, es nativo de este país, así como el « picaflor ». El armadillo o « cerdo con armadura » se vende en el mercado como cosa rara y algunos llegan a pesar entre seis y siete libras y cuestan tanto como cincuenta libras de carne de vaca. Este último es un artículo muy barato: veinticinco libras valen tres reales, que es más o menos un chelín y cinco peniques.

« El áloe, que en Inglaterra se llama planta de los cien años, por lo que demora en florecer, crece aquí rápidamente y se emplea para cercos, siendo su flor un adorno del país. La *pasionaria* es también planta de cerco, en tanto que en Inglaterra se la cultiva en invernáculo. La higuera abunda y en esta Provincia no existen pinos ni árboles que suministren maderas duras para la construcción. Las uvas son baratas, de buena calidad, pero no hay grosellas ni pasas de Corinto y las guindas son escasas y de poco sabor.

« Mi empleo me obliga a viajar continuamente. Se rei-

rían Uds. al verme salir de casa en un coche, arrastrado por cuatro caballos, que manejan tres hombres: dos montados en los animales delanteros y el otro, en el pescante. En llegando a una posta, hay que esperar el cambio de las bestias: las que unas veces están sueltas y otras guardadas en un corral. En este último caso, se evita que el encargado del cambio salga al campo y tire el «lazo», (suerte de tirilla de cuero con una argolla en un extremo) sobre la cabeza del animal elegido, repitiendo la operación hasta juntar todos los que necesita.

« Varias veces he comido en estas postas. La comida es siempre la misma. Cuando llega el carruaje, sale un muchacho corriendo al campo y trae un cordero que ha degollado y desollado en pocos minutos y cuya carne sujeta a un « asador », que es un hierro clavado en tierra, a poca distancia del fuego; éste se hace con troncos de madera, hojas secas u otro combustible. Cocinada la carne, es servida en una fuente de gran tamaño y la comida es suficiente como para satisfacer el hambre de cuatro o cinco personas. Lo curioso es que el dueño de la posta nunca acepta el pago del almuerzo.

« En ocasiones, nuestro coche es tirado por seis mulas a la vez, en lugar de los cuatro caballos que generalmente se utilizan, y esto resulta muy divertido.

« Felizmente, pronto gozaré de más comodidades. Se está construyendo un carruaje suficientemente largo como para que pueda ir yo acostado en su interior. Tengo a mi servicio dos oficiales de policía, que el gobierno ha

destinado a ese efecto. Estos oficiales viven en nuestra casa y cuando salgo me siguen y cuidan.

« Estoy preparando una expedición al Río Uruguay, para inspeccionar sus islas y ver si es posible extraer de ellas el granito que necesito. El verano último descubrí en una de estas islas, un precioso granito y creo que ellas forman el paisaje más bello que he visto en mi vida.

« En breve tendré una lancha del gobierno, atendida por marineros y un piloto, todos ingleses. Pensamos hacer el barco tan confortable como sea posible; los únicos enemigos contra los cuales tendremos que estar en guardia, son los tigres. Los de este país son hermosos y por las manchas se parecen al leopardo. Tengo como alfombra, ante la estufa, la piel de uno de estos animales que mide nueve pies de largo. Hace poco tiempo vi un tigre, pero encadenado. No deseo encontrar uno en libertad, pero iremos bastante bien provistos por si llegan a cruzarse en nuestro sendero, aunque no saldremos de nuestro camino para buscarlos.

« Nuestra expedición constará de nueve personas: yo, Carlos, Rann (un joven que trabaja en la oficina y habla inglés y castellano): un escocés que se ocupará de las canteras: un oficial de policía nacido en Calcuta, y cuatro marineros ingleses.

« Por mi indicación, el gobierno construirá un desembarcadero amplio, de 33 acres para los barcos que comercian con esta plaza y que será más grande que el que

vió Thomas, al embarcarnos para ésta. Construiré, también, un puente en el camino a Chile.

« Es muy curioso ver un arria de mulas procedente del interior. Suele estar formada hasta de noventa animales, cada cual cargado con dos cascotes de vino. La tropilla lleva adelante una yegua, con una campana atada al pescuezo. Muy interesante resulta también, ver una tropa de carretas, que suele ser de doce a treinta juntas, tirada cada una por seis bueyes y transportando las más variadas mercancías. La salida de estas caravanas de carretas, constituye un acontecimiento en la ciudad y al arrancar levantan grandes nubes de polvo y producen un gran ruido. Cada carreta lleva una gran tinaja de agua en la parte trasera.

« Entre las cosas que llegan al mercado, olvidé mencionar los melones, que abundan, pero que hay que comerlos con discreción.

« En este país son muy numerosas las hormigas, siendo los árboles sus principales víctimas. Se les protege con una piletita que se coloca a su pie y que se mantiene con agua para que estos insectos no puedan atacarlos. Un amigo nuestro que tenía en su casa muchas hormigas, echó en el hormiguero una buena cantidad de sublimado corrosivo mezclado con azúcar y por este medio se vió libre de ellas.

« Las ratas abundan y ocasionan grandes molestias. Mamá, al llegar a este país, se alarmaba mucho por ellas y una noche pisó una, involuntariamente, y la mató, pero quedó muy impresionada.

« Una de las escenas más pintorescas de esta ciudad es ver a las lavanderas en la playa. Jamás se le ocurriría a una sirvienta, lavar la ropa de la familia a quien sirve y el resultado es que toda la ropa se manda lavar afuera, en la playa y en agua fría, utilizándose bateas de madera parecidas a las que usan los carniceros de Londres y es sorprendente lo bien que se hace el lavado. Vemos a menudo una lavandera con traje blanco con dos o tres hileras de volados, medias de seda y zapatos de satén, aunque muchas no usan ni medias ni zapatos.

« Tenemos en casa cinco perros, que hemos bautizado con los nombres de *César*, *Pompeyo*, *Cruz*, *Bull* y *León*. El primero es un animal enorme, de potente ladrido, oriundo de la Patagonia. *Pompeyo* es tan pequeño como grande es el otro, muy guardián, y gracias a él, no nos desvalijaron una noche. Los otros son buenos ratoneros. Carlos los atiende y vigila y si los nota débiles, les da medicamentos, sin dejar de castigarlos cuando se portan mal. Ahora mismo, mientras escribo esta carta, *León* se halla atado a un poste, en penitencia, por haber muerto a un pollo.

« En el mes de mayo, que es el de la independencia de este país, me encargaron de la iluminación de la plaza principal. Aunque el término que me dieron era de diez días, iluminé con gas la casa de la Policía, realizando el trabajo con elementos improvisados, pues aquí no hay fundiciones y se carece de todo. Hice hacer letras con caños de fusil, para formar la frase: ¡Vi-

va la Patria! Proyecté e hice dos fuentes de agua, cuyos chorros iluminé; espectáculo que gustó mucho al pueblo y al gobierno. Tengo encargo de alumbrar a las principales calles de la ciudad y de construir un local para Mercado. Algunos se han resentido por mi éxito en la iluminación y he visto estropeadas, por tres veces, mis máquinas, lo que desmejoró algo el alumbrado, que constó de trescientas cincuenta luces.

«La ciudad empieza a desarrollarse y progresar. La policía es la encargada del barrido público, cobrando dos reales por puerta, siendo muy pocas las que tienen umbral de mármol. Las veredas son de ladrillo y muy angostas; las hay de piedra y están rodeadas de postes, para evitar que suban a ellas caballos o pasen carros. Es sensible que sean tan angostas e incómodas para andar dos personas a la par, como solemos hacerlo los ingleses. Los nativos tienen la costumbre de marchar de uno en fondo y cuando una familia va a la iglesia, el hijo menor encabeza la fila y así, sucesivamente, hasta el mayor, luego la madre y detrás el esclavo o sirviente que lleva una alfombra, sobre la cual se arrodillará la familia en el templo. Los hombres pocas veces acompañan a sus esposas en estas ocasiones; van solos a misa, que hay cada media hora, desde las seis de la mañana a la una de la tarde.

«He pedido a un amigo en Inglaterra haga una torta para Uds. y la acompañe a esta carta, con la que irán también, unos pocos chelines. Aunque estamos a tanta

distancia, espero recibir carta de Uds. de cuando en cuando. Consignen así la correspondencia: Mr. James Bevans. Al cuidado de Ricardo Hancock. Esq. Liverpool — que me será enviada prontamente. Pueden Uds. escribir en una misma hoja de papel y cada seis meses, y yo trataré de hacerlo tan a menudo como haya barcos ingleses que salgan de este puerto y que tantos recuerdos nos despiertan. En todos los documentos en español, mi nombre se traduce en Santiago y firmo de esa manera, pero en los papeles ingleses firmaré como lo he hecho siempre. Espero que Uds. pongan mucho empeño en adelantar en sus estudios. No hay en el mundo un colegio que yo prefiera tanto, como éste en que están Uds. Recompensen a sus maestros esforzándose en progresar y ser niños respetuosos. Traten de escribir con buena letra; adelanten en aritmética y no olviden que la gramática es muy útil y que deben conocerla bien para dominar fácilmente su lengua nativa al venir a este país y aprendan el español.

«Nosotros vivimos en un barrio poblado en su mayoría por ingleses; oímos hablar en igual proporción inglés y español, a las gentes que pasan ante nuestra ventana.

«Disfrutamos de aire puro mucho más que en Inglaterra.

«En el estío, la gente humilde vive a la intemperie. Los oficiales de policía que están a mi servicio, se han negado a utilizar la habitación que les destiné, pues prefieren dormir afuera y sólo cuando llueve ocupan su pieza».

Hasta aquí la carta de Bevans, cuya descripción de Buenos Aires, coincide con la que hiciera Brackenridge y que hace innecesario nuestro propósito de bosquejar el paisaje de la ciudad, en el momento de su arribo.

Por otra parte, cuán distinta la actitud de este extranjero de la de aquel diplomático, compatriota suyo, que llegado unos años después a la ciudad y obligado a residir en ella, se quejaba así, en carta a un amigo en Europa: «...Nadie jamás vió sitio tan desagradable como Buenos Aires. Es difícil expresarlo. Ningún otro paraje me ha disgustado tanto y sufro al pensar que podré quedar aquí. El recuerdo de Italia aumenta mi mortificación en esta localidad de barro y pútridas osamentas! Sin carreras, sin caminos, sin casas, sin libros ni teatro soportable! ¡Nada bueno, no siendo carne!».

Sobre esta parte del mundo, alguna noticia había recogido Bevans en los periódicos de su país, principalmente en las publicaciones del librero Rodolfo Ackermann, de Londres, y en los escritos ingleses del ex sacerdote español, de ascendencia irlandesa, don José María Blanco Crespo, mejor conocido por el nombre de Blanco White. Este escritor, amigo de Jovellanos, tertulio del poeta Quintana — que tanto influyó ideológicamente en nuestra raza, a principios del siglo pasado — abrazó las nuevas doctrinas y bajo la conmoción que produjera en él, según propia confesión, la lectura del *Teatro crítico* de Feijóo, se despoja de su investidura

sacerdotal, pasando a Inglaterra profundamente decepcionado del porvenir político de su país, cuyos sucesos de 1808, en Madrid, contemplara con el horror de Goya al dibujar sus célebres cartones.

Protegido de Lord Holland, a quien conociera en Sevilla, Blanco White fué preceptor de un hijo de aquél e ingresó posteriormente a la Iglesia anglicana, que abandonó después, sufriendo una serie de crisis religiosas que recuerdan las de Renán.

Docente en Oxford, traductor peritísimo de Shakespeare, se preocupó de la política de las naciones europeas en América, no olvidando el drama de Irlanda, a la que estaba unido por la sangre y el cariño. Cuando Sir Roberto Peel, ministro del gabinete del Duque de Wéllington, propone la emancipación política de los católicos irlandeses, cuya entrada al Parlamento les estaba vedada por negarse a prestar el juramento prescrito, Blanco White elogia a Peel, y a su vez, Gladstone aplaude al publicista español.

Blanco White se empeñó en difundir sus ideas en América española y el escritor hispano José Joaquín de Mora, llegado a Buenos Aires con Pedro de Angelis a invitación de Rivadavia, en la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*, del 31 de agosto de 1827, afirmará: «... Uno de los periódicos más perfectos que se han publicado jamás en idioma castellano, es sin duda el *Mensajero de Londres*, escrito por aquel eminente literato que antes de M. de Pradt y ningún otro europeo, defen-

dió la causa de la América en el Viejo Mundo : el ilustre Blanco White ».

Antes de embarcarse, Bevans había comprado para orientarse mejor en el país al que se dirigía, varios libros referentes al mismo y que se conservan aún en poder de sus descendientes. Componían el lote: *Voyage to South America performed by order of the American Government* (Londres, 1820) del abogado americano Brackenridge, secretario de Rodney en el viaje que hizo éste, en 1817, al Río de la Plata en nombre del presidente Madison, retribuyendo la misión, de ese mismo año, de don Manuel H. de Aguirre a Estados Unidos, destacado por el Director Supremo para gestionar el reconocimiento de nuestra independencia. *The Reports on the present state of the United Provinces*, de Rodney and Graham (Londres, 1819), *New travels in the United States of America: including the commerce of America with Europe, particularly with France and Great Britain* (Londres, 1794). Una enciclopedia religiosa de Hannah Adams (Londres, 1805); un tratado de moral, *Essay on Truth* del teólogo inglés Andrew Fuller (Londres, 1805) y para esparcimiento, una bonita colección de poesías y novelas inglesas, que leerá a los suyos en las lentas y tediosas jornadas del viaje.

Con la paz y el orden nacidos del afianzamiento de Martín Rodríguez en el gobierno de Buenos Aires, los porteños, olvidando los horrores del año 20, durante el

cual se puso de manifiesto el verdadero estado del país, cayeron en un enfermizo frenesí de superación. La cabeza olvidaba el cuerpo. Se dijera que con ese ilusorio esmalte de civilización, se buscaba ocultar el fermento anárquico.

En abril de 1821 apareció en el cielo de Buenos Aires un cometa, «cuya órbita —informa *La Abeja Argentina*— es la primera que ha sido calculada en la ciudad». Los entusiastas porteños no titubearon en dar al astro el nombre de «Buenos Aires», pero a la llegada de periódicos y catálogos cometarios de Europa, sólo hallaron noticias sobre un cometa aparecido a la muerte de Napoleón, en Santa Elena. Es el mismo, se dicen un poco avergonzados, y no hablan más del hecho.

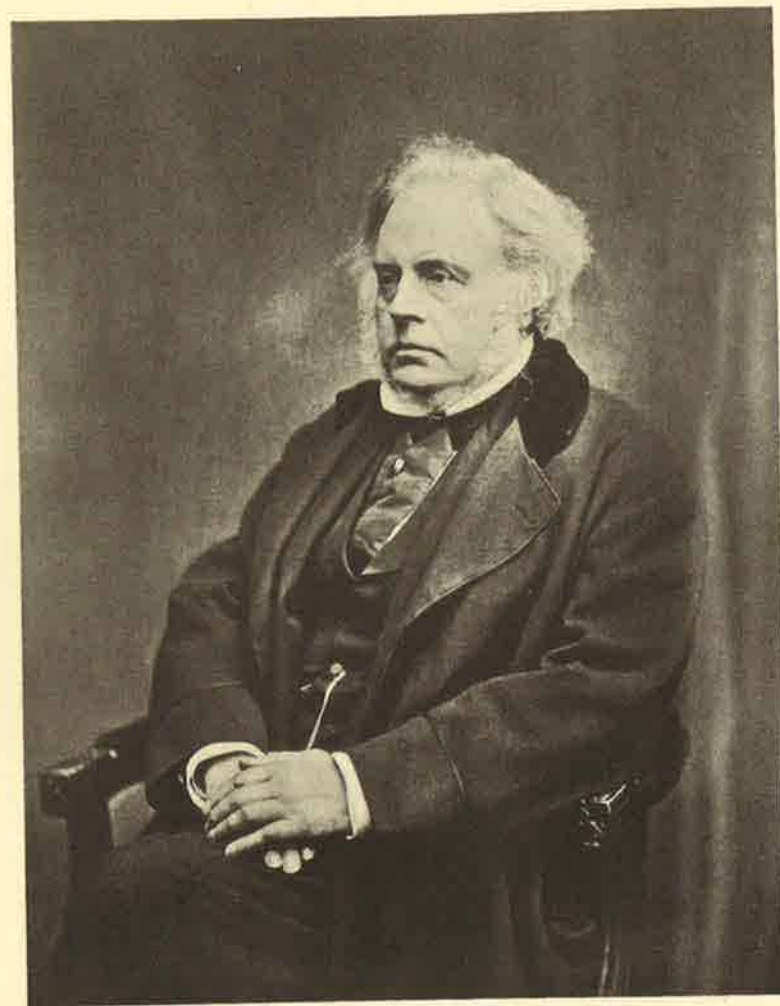
Los estudiantes sustentan parecidas pretensiones. El joven Ireneo Portela, de la Escuela de Medicina, lector de periódicos científicos, enterado de las experiencias de Fouquier, en París, con la nuez vómica en el tratamiento de la perlesía, somete en el Hospital y a espaldas de sus maestros, al mismo procedimiento, a una enferma de veinticuatro años. La paciente mejora y recupera el uso de sus miembros; gran alborozo de alumnos y profesores y, en esos instantes, nada falta para que unos y otros, crean de igual jerarquía la ciencia de París y la de Buenos Aires.

Manuel Moreno lee en una de las cinco sociedades científico-literarias que hay en la ciudad, su *Memoria sobre el hierro nativo que se encuentra en los campos del Gran*

Chaco, llamado hierro de Santiago del Estero o del Tucumán. En esta atmósfera de platonismo conmovedor, a base de novedades librescas y noticias de periódicos europeos, el grupo dirigente va olvidando las positivas necesidades del país, la solución de sus problemas y sus males.

Mr. Bevans, recibió al llegar a Buenos Aires — de conformidad con el contrato que a nombre del Gobierno de la Provincia le ofrecieran los señores Hullet — el importe de seis meses de sueldo, para atender los gastos del viaje y eventuales. Instaló su hogar y su oficina en la calle Cangallo n° 12, a la altura de la de 25 de Mayo, el barrio inglés de la época. Su capacidad técnica no fué, al principio, discutida por nadie. Al encomendar Rivadavia a los señores Hullet la contratación de un profesional experto, en carta del 14 de septiembre de 1821, les decía: « ... no pudiendo este ministerio encontrar sujeto que reúna los conocimientos y habilidad necesaria para tal empleo, a nadie puede recurrir con más confianza, para que con el celo que demanda tan importante cargo, no pierdan tiempo en enviar a la persona que reúna las condiciones para realizar las obras necesarias, en un país tan desprovisto como lo es éste actualmente ».

Las obras portuarias habían preocupado desde antiguo a los gobiernos. Durante el Virreinato, don Pedro Antonio de Cerviño, uno de los hombres más progresistas de su tiempo, había estudiado y tratado el tema. Al inaugurarse el 3 de diciembre de 1790 la Academia



III

JOHN BRIGHT, PARLAMENTARIO Y LÍDER INGLÉS (1811-1889). TÍO ABUELO DEL DOCTOR PELLEGRINI.

Náutica, creada a sus instancias y de Manuel Belgrano por el Real Consulado, no vaciló en afirmar — con escándalo de los reaccionarios — que estos países estaban faltos de puertos para la salida de sus productos. Señaló, asimismo, la necesidad de que los puertos de Montevideo, Maldonado, Colonia y la Ensenada de Barragán « debían franquearse a toda clase de embarcaciones para que, indistintamente, cargasen en cualquiera de ellos; esta providencia tan sencilla — añadía — nos promete ventajas incalculables y, por descontado, se formaría un pueblo en cada uno de estos puertos y en caso de invasión de enemigos, habría quién los defendiese y los conservase en la obediencia del Rey. Maldonado y la Ensenada — continúa — son los más interesantes; aquél por ser el primero del Río de la Plata y éste por ser el más resguardado de los vientos tempestuosos de este clima ».

Al discutirse en Buenos Aires, sobre el mejor material a emplearse en la construcción del muelle de la ciudad, premioso por la obra, exclama: « ... se haga de esta o aquella madera, de este o aquel material », lo necesario es tener muelle.

Hábil conocedor de hombres y cosas, insinúa se peticione a la autoridad el permiso pertinente, con estas razones: « ... hagámosle relación de lo que padece el comercio en el retardo de sus negocios, de lo costoso de las conducciones, de las frecuentes desgracias de los barqueros; digámosle, también, que muchas familias han vestido luto, que otras se han visto precisadas a mendigar,

todo por falta de muelle en este Puerto ; entonces veremos con admiración que, lo que se ha reputado imposible por más de doscientos años, tendrá efecto y que esta obra, tan esencial a la felicidad pública, haría eterna nuestra gratitud, y nuestro reconocimiento jamás se borrarán de nuestros corazones, que sabrán conservar, mejor que los mármoles, la memoria del Excmo. don Pedro Melo de Portugal ».

La Primera Junta de Gobierno, a los cuatro días de instalada determinó la habilitación del Puerto de la Ensenada y durante el año 1810 tomó diversas medidas acerca de los puertos de Maldonado y Río Negro, de la provincia Oriental. Dispuso, también, composturas en el muelle del Riachuelo y balizamiento en el puerto de la Ensenada, cuyo fomento ordenó. El 24 de enero de 1811, resolvió la canalización del Riachuelo, « refacción del canal y cortar las causas que han motivado su destrucción ».

Belgrano, Moreno, Vieytes, el Deán Funes se hicieron, en su hora, abanderados de la cuestión, pero los mejores propósitos se paralizaban ante la falta de dinero para llevarlos a cabo.

El Director Pueyrredón, al crear en 1817 la Comisión de Caminos, integrada por los señores Felipe Senillosa, Gregorio Collazo y Martín José González, dejó de lado, por la misma causa, las obras portuarias y encañeció la urgencia de abrir salidas a la ciudad, una principal al oeste y otra hacia el sur.

Mr. Bevans inició sus faenas con notables bríos. Sus notas al gobierno pidiendo útiles de labor o dando directivas, son numerosas. A iniciación suya, se manda demoler el muelle de mampostería utilizado en los días de la colonia y que estaba emplazado donde después se construyó, en 1857, el Muelle de Pasajeros, desaparecido hace pocas décadas. Con el material de esa demolición, se pavimentó la primera calle de la ciudad : Florida.

Según refiere Brackenridge, que lo conoció, el muelle demolido había costado al tesoro español, medio millón de duros y, « exceptuando en las altas mareas, de ninguna manera respondía al propósito para el que fuera destinado ».

Mr. Bevans trataba de convencer al ministro Rivadavia, que le escuchaba con agrado, sobre lo mucho que había que hacer para colocar la ciudad a la altura de las de Europa. Don Vicente López y Planes, por entonces director del *Registro Estadístico*, contagiado de las ideas y premuras del inglés, escribe lamentoso : « ... Es ciertamente inmensurable la distancia que hay entre los bienes que tenemos y los que podemos tener ».

El Departamento de Ingenieros Hidráulicos diversifica insensiblemente sus funciones, debido a la manifiesta actividad de su jefe, que en todo deseaba intervenir. Saliéndose de su órbita, presentó al gobierno un plano para la construcción de una ciudad, sorprendiendo que el dinámico ingeniero previera la necesidad de avenidas

diagonales, ochavas en las esquinas y la ubicación inteligente de jardines públicos, para la purificación del aire.

Al presentar Bevans sus tres primeros proyectos — de los cinco que hizo hasta el año 1828 — para la construcción del puerto, advierte que nuestro estuario tiene características distintas de los ríos que conociera en Europa. «...he encontrado dificultades — escribe — que en ninguna parte del Reino Unido se me habían presentado, debido a que las mareas en el Plata son tan escasas e inciertas, que de ningún modo puede contarse con ellas, como se practica allá para establecer una acumulación y transcorriente artificial de aguas que, a horas señaladas, ahonden y barran con ímpetu los diques y canales; y sin embargo, confieso que sin echar mano de algún arbitrio que produzca ese efecto, es casi cierto que cualquier puerto que procuremos formar en Buenos Aires, el resultado será que en corto tiempo se llenará de barro y arena».

Por decreto de Rivadavia, el personal del Departamento debía vestir asaz pintorescamente. «Casaca de color azul turquí con cuello y vueltas de terciopelo negro y vivos color grana; botones dorados, pantalón ancho, del mismo color de la casaca con listones también grana y sombrero armado con apuntes de oro. El ingeniero jefe se distinguirá — agrega el documento — por el bastón de su calidad de tal, un bordado en el cuello y botas de la casaca, cuyo diseño será dado por el ministro de gobierno».

Como tantos otros decretos de la época, éste jamás se cumplió por la pobreza del erario, y nuestro buen cuáquero siguió vistiendo sus amplias y negras ropas, el aludo sombrero, detrás del cual flotaban sus largos cabellos. Su silueta se hizo familiar en todos los puntos de la ciudad.

En materia de construcción y regímenes carcelarios, predominaban en la *élite* rivadaviana las doctrinas de Beccaria y Bentham. Se creía en la terapéutica de las paredes; que el orden e higiene de las cárceles mejoraban a los delincuentes. El gobierno resuelve la edificación de un «Panopticon» y los diarios de Buenos Aires publican avisos oficiales, llamando a concurso a ingenieros y arquitectos. Bevans, cuyos planes portuarios están detenidos, acude al torneo. Un colega afirma que el cuáquero no tiene conocimientos para dirigir la nueva construcción. Es, entonces, que eleva una nota al gobierno, expresando: «...me he ocupado en Inglaterra mucho tiempo de esa clase de edificios y he merecido la aprobación de la Cámara de los Comunes y los elogios de la «Sociedad para la mejora de cárceles» de mi país. Mis estudios me habilitan para más menesteres que los propios de un ingeniero hidráulico. He dirigido la pavimentación de muchas calles de Londres y conozco todo lo referente a las obras públicas que exige una ciudad». Tales declaraciones, ponen en fuga a sus detractores.

En un informe al Ministro de Gobierno, de fecha 8 de noviembre de 1828, Bevans reseña sus múltiples actividades oficiales, en los seis años de servicios que lleva

prestados al país. La construcción del puerto, siempre diferida por falta de fondos, era, sin embargo, su tema predominante. En dicho documento deja transparentar sus preocupaciones de sincero servidor de la República. « ...En Europa había oído — escribe — que la isla Martín García tenía piedra. Hice un viaje para inspeccionarla y vi que esa piedra no era a propósito. Fuí a las islas « Las dos Hermanas » y « Sola » y, en esta última encontré granito muy fino, pero tan mezclado con vetas de cuarzo, que es dificultoso trabajarla. En la primera, encontré piedra en abundancia, aunque más ordinaria. Un trabajador de canteras ofreció sus servicios al gobierno ; me mandaron acompañarlo y levantar un plano de la isla, con el fin de hacer en ella un establecimiento para cortar piedra. Es ésta muy dócil y con ella se podría hacer allí, un puerto seguro para buques chicos. Elevé un presupuesto. Nada se ha resuelto, no obstante haber solicitado con repetición, que el gobierno tomara posesión de la isla, pues teniendo Buenos Aires posesión de Martín García, creí que, con justicia, podía hacer uso de « Las dos Hermanas », estando ambas encima de un mismo banco. Temía que el gobierno brasileño cediese la isla a algún individuo y, tomada posesión formal por este gobierno, nunca se suscitarían dudas y como se necesita piedra para la represa y compuerta del Canal de San Fernando, soy de parecer que se lleve a efecto, cuanto antes, dicho proyecto ».

El trabajador no fué escuchado ; se obstaculizaban sus

iniciativas. Cuando pide la adquisición de la carta hidrográfica del Río de la Plata, de Bowles, muchos sonrían sarcásticos. Siempre hemos viajado con baqueanos, dicen, y nada nos ha sucedido. Pero su asombro aumenta, al leer una mañana de mediados de diciembre de 1826, en *El Mensajero Argentino* : « La clase de química, situada en la biblioteca, estará iluminada con gas el lunes 18 del actual, mediante un aparato permanente que se ha erigido al efecto. Los amigos del país, los amantes de las ciencias y los curiosos en general, serán recibidos en la sala de lecciones, que estará iluminada por el gas, desde las 8 hasta las 9 de la noche ».

El tema del alumbrado público daba pábulo a las chanzas tan propias del porteño. En la *Gaceta Mercantil* del 27 de diciembre de 1826, encontramos lo siguiente : « Quiéramos que el señor Jefe de Policía tuviese la bondad de decirnos por qué motivo tiene uno que andar por la calle toreando los faroles ; decimos toreándolos, para escapar a la marca del chorreadero del sebo, pues parece que dichos faroles se han convertido en alambiques ».

Según el ingeniero Carlos E. Pellegrini, Bevans fué el primer introductor del gas hidrógeno bicarbonado en el Río de la Plata y como hemos visto, en la carta transcrita, el 25 de mayo de 1823, el activo cuáker iluminó, con ese elemento, la Plaza Victoria.

En enero de 1822, el arquitecto don Próspero Catelín termina el edificio de la Sala de Representantes, levanta-

do en el solar donde estaban las « Temporalidades » y se hicieron, en 1780, los famosos calabozos de Oruro. Antes, la Sala había funcionado en la casa del Consulado, calle San Martín, donde celebró sus sesiones la Asamblea del año XIII y hoy está el Banco de la Provincia de Buenos Aires.

La nueva construcción de Perú y Moreno, cuyas líneas arquitectónicas recordaban, a juicio de *El Argos de Buenos Aires*, del 30 de enero de 1822, la Cámara de los Pares de la capital francesa, fué visitada por Bevans, Cate-lín y Santiago Wilde. Era éste un ciudadano inglés que desde 1816 vivía en la ciudad y que por sus actividades de periodista y empleado público — fué el organizador de la primera Caja de Ahorros que tuvo el país — tenía vinculaciones en todas partes y era el introductor, en los mejores salones porteños, de cuanto extranjero notable llegaba. Además, un hijo suyo, Diego Wéllesley Wilde, joven inglés, ahijado del Duque de Wellington, padre de nuestro Eduardo Wilde y pariente de José Antonio Wilde, médico de Quilmes y autor del conocido libro, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, era empleado de Bevans en su Departamento.

Antes que esta Sala de deliberaciones — piensa Bevans, en tanto la recorre — donde es posible que unos se injurien a los otros, y se dicten leyes violadas al día siguiente, el país necesitaba un puerto, buenos caminos, postas, árboles, siembras metódicas, alumbrado público, nivelación de calles y en especial, provisión de agua pura, ga-

rantías individuales y contención del salvaje. Los nativos — sigue pensando — malogran sus mejores energías en motines, revueltas políticas o polémicas estériles. No existe aquí el concepto de patria que hay en Inglaterra. Lo individual es todo, lo colectivo nada. Recuerda que hace unos días, su amigo Santiago Wilde, con quien aprende castellano, le ha leído en un viejo ejemplar de *El Argos*, este comunicado de Manuel Dorrego : « La quinta en que vivo me ha costado mil ciento cincuenta y tres pesos, que deberé satisfacer a los 3 meses de mi vuelta a ésa ; luego, los que vociferan en Buenos Aires que he comprado una gran posesión de campo en diez mil pesos al contado, son unos maldicientes. Tenga usted la bondad, señor editor, de insertar en su periódico este aviso, que deseo llegue, con especialidad, a conocimiento del cura de San Isidro. Montevideo 20 octubre 1821. »

En esta tierra — medita — los cargos públicos desprestigian en vez de honrar y todo se resuelve en sangrías inútiles. La última frase la ha dicho en voz alta. Sus acompañantes le miran sorprendidos. ¡ Oh, no es nada ! responde. Son cosas que se me ocurren al pensar en el futuro de este gran pueblo.

Bevans da una chupada a su pipa y se encamina a la puerta de salida. Las calles están desiertas y sólo algún moreno pregona su mercancía o riega la vereda de sus amos, donde luego colocará las sillas desde las cuales contemplarán el atardecer, siempre igual.

En esa misma Sala de Representantes que acaba de abandonar, don Vicente López y Planes dirá, tiempo más tarde, a su respecto: «... Los proyectos y trabajos de ese ingeniero para obtener agua, estaban inspirados por la trascendencia de tal descubrimiento, que justificará, en todo tiempo, al gobierno que lo ha auspiciado. ¿Quién podía afirmar que era absolutamente imposible hallar las fuentes subterráneas que se buscaban?»

«El jefe de la provincia se ha mantenido sordo a las críticas hechas al ingeniero, recordando su conducta la de la reina Isabel, cuyos consejeros, ante la propuesta de Colón, exclamaban: ¿Cree S. M. que ese extranjero es un ser tan privilegiado como para encontrar lo que no ha podido ser descubierto antes de él?»

En ocasiones asiste Bevans, por la noche, a las sesiones de la Sala, deseoso de oír discutir los proyectos del gobierno sobre obras públicas, a los que siente ligado su destino.

Los problemas políticos absorben la atención de los diputados, que relegan ese estudio para mejores horas. Algunas veces abandona el local, deprimido y exhausto. De vuelta a su casa, donde los suyos duermen, hace una visita a su oficina, en la que se apilan expedientes, planos, proyectos, diseños y piensa si no será el suyo un construir en el vacío.

Sus desesperanzas se confirmarán, por desgracia, años después.

El derrumbe de las instituciones provinciales provoca-

do por la presidencia de Rivadavia, le hace presagiar tristes sucesos. Ha visto la sesión del 8 de marzo de 1826, en que la Sala no acertó a disponer nada por la precipitación de los acontecimientos y la conducta pasiva del gobernador Las Heras, refugiado en su casa.

Enterada la Sala que un piquete de granaderos se dirige hacia ella para clausurarla, sólo un diputado propone permanezcan impertérritos en sus bancas.

— ¿Para qué?, ha respondido el diputado Nicolás Anchorena. ¿Para salirnos después con el rabo entre las piernas? ¡Dejémonos de zonceras, señores! ¡Mejor será irnos y dejarles a ellos esta merienda de negros. Por lo que a mí hace, me voy y quédese el que quiera!

Los debates del Congreso General no mejorarán el concepto que Bevans va haciéndose de nuestra política. Todo se vuelve discutir sin sentido práctico. Esto no es parlamentarismo — se dice —; por lo menos no es el que he conocido en Inglaterra.

«No hagamos una federación de tolderías», ha oído clamar al diputado unitario don Eugenio del Portillo. Considera que las intransigencias del representante de Córdoba no consultan el espíritu autonomista federal de las provincias. Por asociación de ideas, las viejas pendencias de Escocia e Irlanda con Inglaterra, se agolpan en su memoria y suspira descorazonado.

Woodbine Parish asegura que en los primeros años de vida independiente, los británicos gozaban en el país

de mayor simpatía entre los hombres cultos, que entre las damas y pueblo en general. Añade que esto se debía a la campaña de los sacerdotes españoles que, desde las invasiones de 1806, acusaban de herejes a los británicos. Lo cierto es, sin embargo, que éstos se abrieron fácilmente paso y una referencia del *British Packet*, nos hace saber que en 1824 existían en Buenos Aires 3.500 ingleses y que cuarenta casas del comercio mayorista pertenecían a individuos de esa nacionalidad.

Y no solamente en el comercio hallaban los nativos del Reino Unido objeto de su actividad, sino que participaron en las más diversas tareas. Mientras el músico Esteban Massini difundía a los cuatro vientos su « contradanza » militar, el maestro inglés de baile, Mr. Guillermo Davis, que iniciara sus lecciones de pavanas, cuadrillas y gavotas en la fonda del « Comercio », véase obligado a trasladar su academia a una amplia finca de la calle Potosí, que llenan sus discípulos todo el día.

Luis Provisy, empleado de gobierno, comparte sus tareas con lecciones de dibujo y pintura, y Mr. Bradish, maestro de inglés, pronto encuentra insuficiente su aula de la calle Catedral n° 7, para contener a sus alumnos.

Porteños, ingleses y franceses alternan en los salones. Una racha de agudo europeísmo lo satura todo. Se era optimista por contagio.

« Se va a cerrar el año 1822 — léese en *La Abeja Argentina* — y no puede dejar de notarse que ha sido feliz para Buenos Aires. En él no se ha disparado un solo tiro

en esa guerra fratricida, que otras veces ha desolado el territorio. La independencia ha sido reconocida por una nación sabia y fuerte, porque hemos tenido un gobierno regular y discreto. El no tener Congreso — se decía — era un inconveniente insuperable ; pero la experiencia ha demostrado que sin él, pero no sin leyes y justicia, hemos merecido el respeto y la atención de los gobiernos extranjeros. »

El 23 de abril de 1823, los residentes británicos festejan el santo de su rey Jorge IV, con un banquete en la fonda de Faunch. Son especialmente invitadas las personas del gobierno y los principales miembros de la colectividad inglesa, que rinden pleitesía a Rivadavia, Manuel J. García, Valentín Gómez, Carlos de Alvear, Sarratea, etc. Argentinos y británicos se confunden en una misma aspiración de bienestar común.

A fines de 1825 llega, desarmado, a Buenos Aires, el primer buque a vapor — el *Druit* — que surcó las aguas del Río de la Plata. En un improvisado astillero de orillas del Riachuelo, se puso el barco en condiciones de navegabilidad. En esta operación intervino, con otros compatriotas, Mr. Bevans. El vaporcito salvó la distancia entre el Riachuelo y el puerto de San Isidro, con algunas dificultades. Hubo paradas bruscas y tumbos violentos en medio del río. Su capitán Mr. Bell, gran amigo de Guillermo Brown, quiso festejar el acontecimiento con una fiesta a bordo. Era el domingo 13 de noviembre del citado año. Rivadavia y un grupo de sus colaboradores

participaron de ella. Santiago Wilde, de los concurrentes más expansivos, acaso influido por las ideas de Stuart Mill, su pariente, proclamaba en inglés y castellano, la importancia que la navegación a vapor tendría en el futuro de estos países. El almirante Brown hablaba a gritos con Thompson, Harrat, Atkins, Newton, Eastman y otros, poniendo en el ambiente una nota risueña.

En el puerto de San Isidro, una numerosa concurrencia esperaba al *Druit*. El suceso había consternado a aquellas gentes, que sólo conocían la navegación a vela o remo.

Mr. Bevans, junto a la máquina, soñaba con la prosperidad de una organización naviera, para el servicio fluvial entre Buenos Aires y Montevideo. Diez años más tarde, su sueño era una realidad; pero él dormía en el cementerio inglés, próximo a la Iglesia del Socorro, trasladado luego a la calle Victoria y Pasco, donde estuvo hasta hace pocos años.

Los domingos, su amigo John Harrat, que era también su vecino, acostumbraba arrancar a Bevans de sus preocupaciones y llevarle a reunirse con algunos compatriotas y evocar la patria lejana. El reverendo Armstrong, a cargo de la Iglesia Anglicana de San Juan Bautista, distante una cuadra del domicilio de Bevans, buscaba igualmente la compañía de este hombre religioso y entusiasta. En esas reuniones, los contertulios — George Barker, Diego Brittain, Charles Harton, John y William Robertson, Woodbine Parish, Ricardo Franklin, Pous-



IV

PRISCILLA BRIGHT, TÍA ABUELA DEL DOCTOR PELLEGRINI. (HERMANA DE JOHN BRIGHT).

set, Jorge M. Slacum — experimentaban el dolor de padecer un duro destierro, de hallarse lejos de los halagos de la civilización, en un pueblo periódicamente convulsionado y este sentimiento de desamparo les unía más, vigorizando el común propósito de apoyar al gobierno, en el adelanto del país que amaban como propio.

Wilde, que por sus menesteres periodísticos — dirigía *El Argos* y, años atrás, había redactado un periódico humorístico, en prosa y verso, llamado *La Colmena*, impreso en la Casa de Expósitos, y vertido al castellano varias comedias inglesas, representadas en Buenos Aires — era asiduo concurrente a los salones. En su afán de vencer la natural hurañez de Bevans, llevábale consigo.

Una tarde, lee Wilde una carta de Aimé Bonpland, en la cual el naturalista informaba, alborozado, que los campos de Misiones eran superiores a toda ponderación y brindaban cosas nuevas y útiles a la ciencia. « Tengo ya acopiadas — decía — dos mil plantas, una buena colección de semillas, un número considerable de piedras y observaciones utilísimas al conocimiento geológico de esta parte de América; algunos insectos y muchos pájaros. » Declaraba, asimismo, haber encontrado tres nuevas especies de añil. Wilde sabía que este producto se cotizaba a buenos precios en el mercado de Londres; que había producido fortunas en Guatemala y Venezuela y en un raptó de optimismo, propone a los presentes dedicarse al comercio del añil. Unos ríen entusiasmados, otros oyen con indiferencia.

La riqueza de este país — piensa Bevans — no está en el añil, sino en los campos vírgenes de este pueblo, que necesita millares de trabajadores que lo engrandezcan. Ha pensado esto y una repentina angustia le aprieta la garganta. Sus proyectos para la construcción del puerto y otras obras públicas, no marchan. Las 500.000 libras del empréstito de Londres destinadas a esos trabajos, se han invertido en los gastos de la guerra contra el Brasil y una sensación de derrumbe interior, le mueve a levantarse y abandonar la sala.

Ha construído, es cierto, el puerto de San Fernando, en el canal Nuevo y no en el arroyo Guitán, como se había resuelto anteriormente. « El jefe del Departamento de Ingenieros — dice el decreto respectivo — dispondrá lo necesario para aprovechar el tiempo favorable. »

Sus frecuentes viajes dentro y fuera de la ciudad y sus excursiones por arroyos y ríos de la Provincia, en compañía de Tomás Boyle, « excelente oficial que entiende todo trabajo de piedra », como asegura en una nota al Ministro, le han persuadido de las posibilidades que existen para crear recursos.

El camino de la Ensenada, llamado « Camino Blanco » por la greda y conchilla con que estaba hecho, merecía su preferencia. Es allí, en la Ensenada, donde esperaba construir el Puerto, la gran obra de su vida !

Sesenta años más tarde, un gobernante argentino haría justicia al laborioso cuáker. Al solucionarse, con la fundación de la ciudad de La Plata — nueva sede del gobier-

no provincial bonaerense — los antiguos conflictos de poderes con el Ejecutivo Nacional, se eligieron las tierras altas de la Ensenada, expropiadas a Iraola « porque daban al sud de la Provincia, rumbo en el cual están los intereses más valiosos del Estado y por la inmediación al Puerto ».

En su « Mensaje », el gobernador Dardo Rocha recordó que Mr. Bevans, Wheelright y otros, señalaron a la Ensenada como el puerto ideal de la República.

Bevans escribía constantemente a sus amigos de Inglaterra, hablándoles del país y de su pena por la indolencia del gobierno en promover su adelanto y que la escasez de capitales ingleses fuese tan visible.

En el *Registro Estadístico*, que escribe López y Planes, aparecían descripciones de la ciudad y provincias y envía algunos ejemplares, que acompaña con traducciones al inglés, de las páginas que considera más interesantes. Esta, por ejemplo, sobre el Río Santiago :

« ...Su agua vista en el mismo cauce es negra, pero sacada en un vaso es limpísima y de un dorado hermoso, como la del río Negro. Esto lo debe a la infusión de la zarzaparrilla, doradilla, culantrillo, carqueja y otras hierbas medicinales, que abundan por toda la longitud de su curso. Nos es muy lisonjero generalizar en Buenos Aires esta noticia importante, acreditada con el testimonio de habitantes antiguos e inteligentes de la Ensenada ; pues nada es más frecuente que ver padres y madres de fami-

lia, hacer embarazosos viajes a la Banda Oriental para beber, en calidad de medicina, las aguas del río Negro, con trastorno de sus negocios y casas, cuando pueden proporcionarse los mismos bienes haciendo un corto paseo en carruaje, a la Ensenada. »

Bevans había hecho suya la suerte de nuestro pueblo. Cuando renuncia Rivadavia a la presidencia de la República y el afán general de reformas y progreso se atenúa, considera que ha luchado en vano.

¿ Cuándo volverán para Buenos Aires las horas de resurgimiento ? ¿ Qué opinarían de él sus amigos de Europa, a quienes había invitado a venir y emplear aquí sus capitales y que al principio se manifestaban recelosos ? ¿ Qué suerte correría la gestión del coronel O'Brien, comisionado oficialmente para traer de Irlanda doscientos trabajadores con destino a las obras del Puerto ?

¡ Cuán estériles los trabajos de don Félix Castro y Juan Parish Robertson, que de acuerdo con la autorización de la Sala de Representantes del 19 de agosto de 1822, gestionaron, en Londres, el empréstito de 1824, de 500.000 libras esterlinas, para esas obras !

De esta situación se lamentaba con el caballero prusiano Federico Guillermo Schmaling, comerciante de la calle Reconquista 41, amigo íntimo de Rivadavia y su corresponsal desde 1829, en que el gran repúblico abandonó el país.

Por Schmaling, llegado al Plata en Marzo de 1824, como agente de la « Compañía Mercantil de las Indias »,

con una credencial del Conde de Bulow, Ministro de Comercio de Prusia, encabezada : « A la autoridad constituida en Buenos Aires » — ¡ oh inestabilidad de nuestros gobiernos ! — se entera Bevans del texto de la carta de Rivadavia al general Alvear : « ... antes del deshonor o la ruina de nuestra patria, está mi sepulcro ». Desde entonces, guardó por el presidente unitario la más pura devoción, pues no había para él más alta virtud que la del sacrificio.

Schmaling cuidó de los intereses particulares de Rivadavia, estando éste fuera del país, y le sirvió, en el extranjero, con su crédito. « ... Hombre venerable — escribió el prócer en el prólogo de su traducción castellana de los *Viajes* de Azara, aludiendo a Schmaling — no dejas descendiente que herede tu nombre y tus derechos a mi gratitud, pero tu memoria no sólo acompañará el resto de mi vida, sino que recomendaré a mis hijos que al tributar algún honor a la memoria de su padre, consagren parte de él a la de su generoso y verdadero amigo. »

El decreto del gobernador Dorrego de fecha 14 de febrero de 1828, suprimiendo el « Jardín de Aclimatación » por no « haber dado, hasta ahora, los resultados que eran de esperar », hace temer a Bevans por la suerte de su Departamento.

¿ No había informado *El Granizo* que, en opinión del gobierno, la Universidad estaba desacreditada ; que sus profesores eran hombres ignorantes, materialistas y

ateos? ¿No había dicho que esa política tendía a sembrar el desaliento en los jóvenes y la desconfianza en los padres, para sublevar a unos y a otros, contra el establecimiento que fundara Rivadavia?

La hora era de rígidas banderías. Había desaparecido el antiguo sosiego y resultaba paradójico soñar en construir, en momentos que todo tendía a caer. Las noticias llegadas del interior eran desconsoladoras. Algunos extranjeros emigraban; otros, enraizados en la tierra de sus hijos, preferían afrontar las circunstancias, y Bevans fué de éstos.

«...la situación de los comerciantes británicos aquí — informaba Lord Ponsonby a Canning — es de lo más calamitosa; el comercio está completamente arruinado y como el estado actual del cambio de este país se lo demostrará a V. S., sus capitales han quedado reducidos a menos aún de la mitad.»

La revolución de Lavalle, hizo más tristes las perspectivas personales del cuáquero. Al asumir el general Viamonte la gobernación de Buenos Aires, de conformidad con el tratado de paz celebrado entre Rosas y Lavalle, Bevans se persuade que sus afanes están irremisiblemente perdidos. Confírmalo el decreto del 6 de octubre de 1829, en que el nuevo gobernador y su ministro Guido, declaran que: «habiéndose encomendado al «Departamento de Ingenieros Hidráulicos» la construcción de un Puerto y dar aguas corrientes a la capital y no pudiéndose ejecutar la primera de estas obras por los grandes gastos que

demanda, no obstante haberse recogido los datos necesarios y que, en cuanto a la segunda ha dado por *único resultado el convencimiento de que era impracticable, quedando ilusorios los medios tentados para llevarla a efecto*, se resuelve: 1° Suprimir el «Departamento de Ingenieros Hidráulicos». 2° Que los instrumentos, planos, libros y demás útiles del «Departamento de Ingenieros Hidráulicos» se depositen en el «Departamento Topográfico», por quien se recibirán inventariadamente».

Bevans leyó el decreto sin entenderlo. Su rectilínea psicología de puritano, le impedía prever las contingencias de la política. Siete años hacía que saliera de su patria con un contrato en forma, dedicando todas sus luces al servicio de sus funciones.

¿Por qué se le correspondía así? ¿A quién acudir en demanda de justicia?

Agobiado por la pena, se refugió en su hogar. Priscilla, su mujer, sufría en silencio y sentía como propia la injusticia cometida con su marido. Alguna vez el matrimonio arriesgó la idea del regreso a Inglaterra; pero los peligros de la navegación, la familia numerosa, lo desfavorable de la época, les paralizaba. Además tenían tres hijos criollos: María, Elisa y Santiago. La primera — madre del doctor Carlos Pellegrini — nació al poco tiempo de la llegada de la pareja a la ciudad, el 28 de diciembre de 1823, en la casa de la calle Cangallo 12, donde Bevans tenía su oficina. La segunda, en el año 1826,

contaba, pues, por entonces, apenas tres años, y el último, un varón, sólo unos meses.

Entre los recuerdos ingratos que de Buenos Aires guardaba Bevans, hallábase el asalto y robo de que fuera víctima un verano, viviendo en la quinta de Cazón, donde hoy están las oficinas de Obras Sanitarias, calle Callao y Charcas, entonces extramuros de la ciudad, y calle por medio con « La bola de oro », antigua residencia de doña Petronila Rodríguez (actual plaza Rodríguez Peña), cuyo padre destinó los fondos necesarios, para la erección de la vecina iglesia de Nuestra Señora del Carmen.

Era la hora del atardecer y la familia cenaba tranquilamente; puertas y ventanas estaban abiertas, por el calor reinante. De pronto, un grupo de emponchados hizo irrupción en la quinta, y uno de ellos dividió, de un certero tajo, la casaca de Bevans, en uno de cuyos bolsillos guardaba la pistola; costumbre que había adquirido, contra su voluntad, en sus correrías por la campaña, pues las normas cuákeras prohíben la portación de armas. Los malhechores debían conocer los hábitos del dueño de casa, y sin darle tiempo a que se defendiera, lo amarraron a la silla, haciendo igual cosa con su familia. Efectuado esto, registraron la casa, y echaron en la funda de un colchón, vaciado al efecto, los objetos de valor. Uno de los hijos de Bevans — Thomas Phillips — retrasado en acudir a la mesa, escapó de la escena y pudo huir a la calle, por una ventana sin reja y llegarse hasta la próxima

quinta de don Santiago Wilde — conocida por « Parque Argentino » o « Vaux-hall », recreo de la época y el primero en su género — y dar aviso, acudiendo Wilde con el alcalde de barrio y algunos vecinos armados, después que los ladrones habían huído; por lo que se limitaron a librar a la familia de sus ligaduras.

Antes de este suceso, Bevans acostumbraba llevar a los suyos a pasar unos días de campo, en la fonda del « Buen Trato », de don Angel del Fresno, en San Isidro, quien ponía, gratuitamente, todos los sábados y vísperas de fiesta, a disposición de su clientela, dos carruajes que salían a las tres de la tarde del bajo de la Alameda.

Nada desagradable le había ocurrido nunca, pero desde la peripecia narrada, tenía otro concepto del descampado.

Entre meditabundo y apesadumbrado, Bevans dejó transcurrir los años de su cesantía, apenas interrumpida por pequeños trabajos para particulares. La lectura de su hermosa Biblia, impresa en Londres a fines del siglo XVIII y cuyas láminas arrancara cuidadosamente para ser fiel a su secta — aún se conserva el ejemplar — llenaba sus días de devoción.

De tarde en tarde, le agradaba recibir la visita de algún amigo o colega y en estas circunstancias evocaba, olvidando sus achaques, los tiempos del gobierno de Rivadavia, tildado de « lirismo administrativo » por Vicente Fidel López. ¿ Conoció por esa época al ingeniero sabo-

yano Carlos Enrique Pellegrini, llegado a Buenos Aires, en 1828, para dirigir las mismas obras públicas que a él le encomendaran en 1822 ?

Bevans quejábase con frecuencia de dolores hepáticos, surgidos a raíz de su injusta separación del cargo. La pena intoxica y hace mayores estragos en temperamentos sensibles y reconcentrados, como el de nuestro ingeniero.

Su médico, el irlandés don Santiago Lepper, cuya fama por haber asistido a Napoleón, después de Waterloo — durante el tiempo que el Corso estuvo prisionero en la nave capitana *Bellerophon* — lo hacía el galeno obligado de las mejores familias porteñas, le atendía con solicitud. Nada pudo hacer, sin embargo, Lepper para evitar el paulatino decaimiento de Bevans, que falleció el 4 de abril de 1832, a los 55 años de edad, dejando a los suyos en la pobreza y un gran ejemplo de belleza moral.

La viuda, siguiendo la costumbre de su raza y de la época, fué la maestra de sus hijos. María, su primera hija argentina, así como su hermana Ana, tres años mayor, y que fué maestra toda su vida, siguieron estudios en la escuela de Miss Margarita Hyne, esposa de un marino mercante que abandonara la carrera, y que abrió la primera escuela lancasteriana inglesa que tuvo la ciudad. Dicha escuela funcionaba en las inmediaciones de la iglesia del Socorro ; tenía alumnos pupilos y externos, y en ella se dictaban clases, en días alternados, de castellano e inglés, de manera que sus concurrentes fueran aprendiendo los dos idiomas, simultáneamente. Las cla-

ses en castellano estaban a cargo de don José Catalá y Codina, uno de los discípulos de James Thompson, representante de Lancaster en la América del Sur y que al salir de Buenos Aires, en mayo de 1821, dejó establecidas, en la ciudad, ocho escuelas de ese sistema. Un hijo del almirante Brown fué alumno de dicho colegio.

Al morir Mr. Bevans, el ingeniero Pellegrini tenía 32 años ; María Bevans — que con el tiempo sería su mujer — nueve años.

¿ Qué obscura atracción unió a estas almas, a pesar de la diferencia de edad que las separaba ?

II

EL PADRE

De niño acostumbraba a jugar bajo los castaños y nogales de «Les Charmettes», residencia de Mme. Warens, la amiga de Rousseau, que pasó allí las horas felices de su amor con el filósofo. El pequeño Carlos Enrique deteniase con frecuencia, ensimismado, ante la masa imponente de la Catedral gótica de Chambéry, cuyas finas agujas parecían alcanzar el cielo. Una secreta vocación por monumentos y edificios, inclinábale a estas impremeditadas contemplaciones. Allí, en la Catedral, a un costado de la nave izquierda, se guardaba, en recamada urna, el hueso de un brazo de San Francisco de Sales, Obispo de la ciudad, y de cuya familia descendía Camilo Cavour, el unificador de Italia.

Su madre solía narrarle los domingos, después de misa, algunos episodios de la vida del santo, que el niño oía un poco distraído, absorto por la emoción que dejaba en su ánimo la suntuosidad del templo.

Saboya, incorporada a Francia a fines del siglo XVIII, ofrece uno de los paisajes más hermosos y apacibles del

mundo. Colocada al pie de los Alpes, sus empeñosos habitantes, activos y honrados, han hecho de la primitiva selva de pinos y torrentes, un paraje donde la mano del hombre, fijando ritmo a las fuerzas naturales, ha creado un cuadro paradisíaco. « Si Vizcaya es la gracia pirenaica — escribió Hugo — Saboya es la gracia alpestre ». Colocada al sudeste de Francia, vecina de Italia y parte de ésta, alternativamente, se divide en alta y baja Saboya. El prestigio de ex provincia de los Estados Sardos y su proximidad a Ginebra, sede del calvinismo, tuvo mucha influencia sobre las ideas religiosas y políticas de sus habitantes.

En Chambéry, el 28 de julio de 1800, en una confortable casa de la calle Jean Jacques, nació Carlos Enrique Pellegrini, octavo hijo de don Bernardo Bartolomeo Pellegrini y de doña Margarita Berthet, saboyana, pues su marido procedía de Castelrotto, lugar situado entre Lago Maggiore y Lugano, próximo al río Tresa, cuya casa de piedra se conservaba todavía a principios de este siglo.

« ...El mayor y el segundo de los hijos de esta familia — escribía el ingeniero Pellegrini, en septiembre de 1856, al librero Lucien — fueron estimulados especialmente por Napoleón el Grande, que tuvo oportunidad de examinar al primero y mandarlo a continuar estudios en la Escuela Politécnica. En cuanto al segundo, le concedió una beca en el Liceo de Grenoble ».

En efecto, Jean Claude y Gaétan, que tales son los nombres de los hermanos mayores de Carlos Enrique,

se hicieron ingenieros y arquitectos como su padre. Alumnos del Collège de Chambéry, al pasar Bonaparte por la ciudad, camino a Italia, donde sería coronado en 1805, visitó el colegio y examinó personalmente, en matemáticas, a varios alumnos de los cursos superiores. Jean Claude, que tenía 18 años, contestó con brillantez a las difíciles preguntas del Corso, quien entusiasmado por la inteligencia que descubría, dispuso se le mandase becado a la Escuela Politécnica, de París, de la que Jean Claude egresó en 1808, con la calificación más alta entre 129 alumnos que terminaron ese año sus estudios.

Gaétan, su otro hermano, un año menor, y becado por el Emperador al Liceo de Grenoble, fué militar e ingeniero. Al pasar Napoleón, en 1815, por Grenoble — cuna de Stendhal — de regreso de la Isla de Elba, Gaétan Pellegrini fué de los primeros oficiales en plegarse a sus tropas. Este rasgo no lo olvidará nunca el prisionero de Santa Elena, pues al disponer por testamento la acuñación de la medalla de « Santa Elena », con la leyenda : « A ses compagnons de gloire sa dernière pensée. St. Hélène, 5 Mai 1821 », incluyó el nombre del fiel saboyano en la nómina de los honrados con ese recuerdo.

Gaétan, que construyó en 1841 las fortificaciones de St. Denis, participó en las jornadas de la Revolución de julio de 1848, en París, y por su valiente conducta fué honrado con la insignia de la Legión de Honor.

« ...mi familia ha dejado hondas huellas de esta vocación de ingeniero, que se diría hereditaria, en Italia y

Francia», recordará en la carta citada al librero Lucien, nuestro Pellegrini.

En el colegio, el niño se apasiona por las letras y las matemáticas. Todavía conservan los suyos un hermoso ejemplar del *Traité de la Peinture*, de Leonardo (París, 1803) y otro de *Eléments de Géométrie*, de Legendre (París, 1813) obtenidos por el escolar, en premio de su aplicación al dibujo y a las matemáticas y que conservó hasta el fin de sus días como sus mejores trofeos.

En 1801, Turín, capital del Reino de Cerdeña, amen- guaba la influencia francesa en Saboya con los prestigios de su famosa Universidad, que a partir de entonces se ve con frecuencia conmovida por revueltas estudiantiles, que hacen ilusorio el tradicional y fecundo sosiego de las aulas.

La juventud que acudía a ellas, nutríase, a espaldas de sus profesores, con los libros de Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Benjamín Constant, Mme. Staël, Gibbon, Schlegel, Sismondi y otros escritores que abrían maravillosas perspectivas en el espíritu juvenil. Toda disciplina era tildada de escolástica y la confusión de las ideas y sentimientos que siembran la Enciclopedia y la Revolución, tiene en la Universidad torinesa magníficos representantes.

Además del nuevo rumbo que estas ideas imprimen a los sucesos, la opresión austríaca de algunas provincias italianas, es otro fermento que conspira contra el antiguo régimen.

Por la convención de 1815, Cerdeña estaba obligada a fortificar su frontera de los Alpes para impedir el avance napoleónico, pero antes que los ejércitos del Corso, la pujanza de los nuevos ideales abatía las antiguas instituciones.

El gobierno austríaco vigilaba severamente a los estudiantes de la Universidad de Turín, que en 1820 no pueden soportar más su vasallaje y se lanzan a la calle, provocando sangrientos choques con las autoridades. Un centenar de universitarios es metido en la cárcel; Carlos Enrique Pellegrini, que ha abandonado la riente Saboya para seguir estudios en Turín, puede escapar de ser aprehendido, refugiándose con tres amigos en el «palazzo» del Príncipe della Cisterna, que acogió a los prófugos y les facilitó medios para huir a París.

Por entonces, las familias tradicionales miraban espantadas estos desórdenes y entre ellas pasó a categoría de axioma, aquello de que no transcurriría mucho tiempo sin que toda familia de la nobleza contase con un ahorcado.

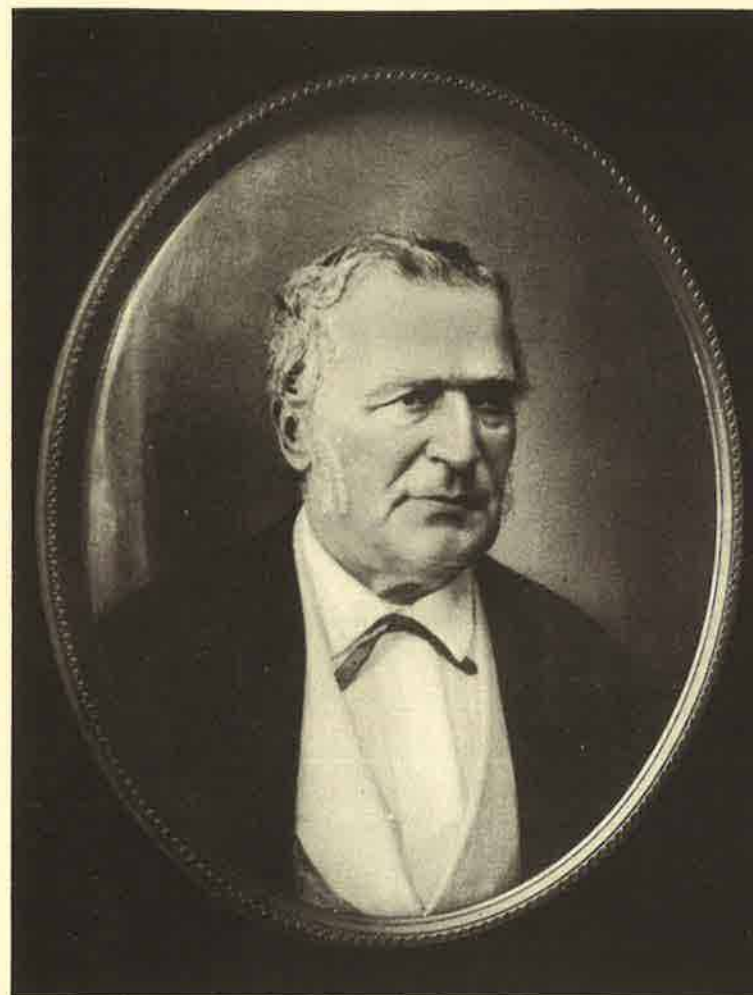
El nacionalismo italiano, que había permanecido subterráneo, estalla con frenesí y son estériles las bayonetas austríacas para contenerlo. «...Compadezca Ud. — escribirá años más tarde Cavour, a un amigo británico— a los que tienen el alma hecha para los principios de la civilización moderna y ven oprimido a su país. Diga Ud. a sus compatriotas, que nuestro pueblo ama la libertad y que sabrá desprenderse de algunos miembros tumefactos».

Los principios liberales cundían por toda Europa. El estudiante de Turín, halló en la Escuela Central de París el ambiente que necesitaba para sus estudios de ingeniería, que matiza con lecturas antiguas y modernas, prefiriendo a los clásicos griegos y latinos — desdeñados por algunos de sus compañeros — y que había aprendido a amar por consejo de su padre.

Nada era indiferente a este muchacho, medio francés y medio italiano, que habló y escribió siempre la lengua de Racine, y al que apasionaban problemas sociales y artísticos, que creía posible resolver con los medios de su profesión. La *Cosmologie ou Description générale de la Terre*, de Walckenaer (París, 1815) despertó su ansiedad de conocer razas y pueblos distintos. Las comarcas de América, a las que dedicó el ilustre astrónomo un extenso capítulo, le interesaron profundamente y el deseo se hizo mayor, al conocer el libro de Marmontel, *Les Incas ou destruction de L'Empire du Pérou*.

En 1823, dos años antes de terminar sus estudios, fué recomendado por el Instituto de Francia, « por su pequeña participación — escribe el interesado — en la medición astronómica de algunos grados del meridiano de París »; « ...trabajé posteriormente — añade — en la construcción del globo terráqueo más grande hecho hasta entonces y conocido por el georama de París ».

A los 25 años recibió su título de ingeniero. Saboya no le ofrecía posibilidades de trabajo; era, además, pista pequeña para los planes que el egresado adscribía, hora



v

INGENIERO CARLOS ENRIQUE PELLEGRINI, PADRE DEL
DOCTOR CARLOS PELLEGRINI.

(Miniatura por Mathieu Deroche).

tras hora, a su destino. Sus ansias de actividad no encontraban modo de emplearse en la capital de Francia, foco insuperable de irradiación cultural.

Don Juan Larrea, encargado de los asuntos argentinos en París, recibía frecuentes peticiones de Buenos Aires, en el sentido que orientase a nuestras playas toda índole de profesionales y artesanos. Se le pidió, también, un ingeniero hidráulico muy competente, para la instalación de desagües, provisión de agua y construcción del Puerto. Larrea ofreció a Jean Claude Pellegrini ese empleo. El interesado vacila en aceptar; tiene posibilidades de mejorar en Francia, y lo lejano del país al que se le destina, el estado convulsivo y semibárbaro de América — que sólo conoce a través de vagas noticias y versiones desfiguradas — no seducen al antiguo examinando de Bonaparte, que propone en su reemplazo a su hermano Carlos Enrique, trece años menor, también ingeniero, y que anda en busca de un lugar adonde llevar las conquistas de la civilización. Es soltero y no tiene inconveniente en correr la aventura.

A bordo del *Adèle*, que parte del Havre el 28 de enero de 1828, llega a Montevideo, después de setenta y cinco días de navegación, que el viajero ha empleado en lecturas sobre el Nuevo Mundo y en la observación de las nuevas constelaciones. Ve realizados los deseos que experimentaba al leer, en los periódicos, noticias de expediciones al trópico o al Polo, con fines científicos o de colonización y que le causaban extraña inquietud. También

él había querido marchar a tierras lejanas y probar fortuna. Presencia exaltado, desde el bergantín, la bahía de Río de Janeiro, detrás de cuyo esplendor adivina la selva fabulosa. Por fin, toca el puerto de Montevideo, en abril de 1828. La ciudad está convulsionada por la guerra y espera la celebración de la paz entre portugueses y Buenos Aires, de la que surgirá una nueva República a orillas del Plata.

En seguida de desembarcar, escribe a su madre, de 64 años — hace diez que ha muerto su padre — a la cual ha dejado llorosa en Saboya. Nárrale pormenores de la travesía y del país al que ha llegado con tantas esperanzas. « ... ¡ Qué feliz soy ! » — asegura. « Montevideo es una ciudad de quince a veinte mil habitantes, de los cuales un diez por ciento son franceses. Sus fortificaciones son malas. Sus calles, tiradas a cordel, se cortan en ángulo recto. Al atardecer y por veredas mal enlozadas, desfilan las señoras visitando los comercios europeos, que aquí como allá, se esmeran por presentar escaparates brillantes. No habrá, acaso, otro lugar donde como aquí se preocupen tanto las mujeres por el lujo en el vestir. Todo lo sacrifican a ese culto y algunas habitan en miserables viviendas, comen con mezquindad y duermen peor, con tal de vestir como las damas de categoría.

« ¡ Qué pobreza, qué desnudez en el interior de muchas casas ! Habitaciones de muros blanqueados y piso de ladrillo ; algunas sillas de Norteamérica, una mesa y

el lecho. Paredes sin empapelado ni cuadros ; rara vez una alfombra. Las fincas son de una planta en su mayoría y sus techos, atravesados por rústicos tirantes, sostienen una superficie plana de ladrillo que forma la terraza ».

Siete meses permaneció Pellegrini en Montevideo. El gobierno, disponiéndose a fortificar la ciudad, pide al forastero proyecte esas obras. El joven, dejándose llevar de esa propensión deformatoria de los temperamentos románticos, compara su situación a la de Leonardo, comisionado por Ludovico el Moro para dirigir parecidas construcciones en Milán. La época, el paisaje, los hombres y los medios son distintos, pero a él se le ocurre que el caso es idéntico.

Durante esos meses se vincula a algunas familias y por primera vez pone a prueba sus condiciones de dibujante, copiando varios parajes de la ciudad e intentando algún retrato. En carta a su madre, dice : « ... Aunque llegado hace poco tiempo, dispongo de un pequeño talismán que me abre todas las puertas, hacia las más bellas mujeres sobre todo, y que me ha permitido frecuentar la sociedad, estudiar sus gustos y su carácter ; un mal pincel con el que desfiguro los más bellos rostros ».

¿ Existirá en algún viejo salón montevideano, alguno de esos dibujos suyos ?

Cumplida su tarea de ingeniero militar, se embarca en el bergantín *María Antonia* y llega a Buenos Aires el 12 de noviembre de 1828. Hace un año que Rivadavia ha

renunciado a la presidencia de la República y el país está dividido en ásperas banderías. Pellegrini, que trae en su casaca, como un amuleto, la carta de presentación de Larrea para don Bernardino, visita a éste en su quinta de la Concepción, no sin vencer alguna resistencia, pues el estadista se negaba a recibir a sus amigos y partidarios y a mezclarse en los asuntos públicos. El prócer oye entusiasmado al visitante, sorpréndese de la amplitud de sus conocimientos, la madurez del juicio y la clara conciencia que posee sobre los hechos políticos que contempla.

El ingeniero le entrega un número de la *Revue Encyclopédique*, en el que un redactor de esa publicación afirmaba: « ahora que el señor Rivadavia ha vuelto a la oscuridad de la vida privada, no tememos la imputación de aduladores si decimos, de acuerdo con la mayor parte de los papeles ingleses, que la Revolución de la América del Sur no ha producido un hombre más desinteresado, más enérgico y dotado de mayor capacidad, unido a las intenciones más puras y patrióticas ».

El gobernador Dorrego, atendió y trató a Pellegrini con toda deferencia, pero le advirtió que los momentos que corrían — 18 días después estalló el motín de Lavalle — no eran propicios para la iniciación de obras públicas.

El viajero encuéntrase, de súbito, ante el interrogante de su destino. Pero ahí está el brigadier general don Miguel de Azcuénaga, gran señor a la vieja usanza, de generosa mesa, que acoge al recién llegado con cordialidad y

en cuya finca vivirá los primeros tiempos de su llegada. Es en ese hogar, que irá vinculándose a los principales hombres del país y tendrá ocasión de demostrar las ricas facetas de su talento.

La casa de Azcuénaga hallábase en la calle Reconquista y Rivadavia, donde hoy están las oficinas del Banco de Italia y la Administración de Impuestos Internos. El azar haría que, veinticinco años después, ese mismo huésped levantara, en la esquina opuesta, el antiguo teatro « Colón. »

Durante sus ocios, Pellegrini recorre a pie la ciudad, de un extremo a otro y, de esta manera, se familiariza con sus aspectos, hombres y costumbres. Fatigado de la marcha, se detiene y en ocasiones saca del bolsillo lápiz y papel, bosquejando al descuido el paisaje que contempla: un rancho, un árbol, una carreta. Avergonzado de su impericia, destruye el diseño y sigue su camino por la ciudad, que va entrándosele en el alma hasta quererla como propia.

Por esos días, se publicaba en Buenos Aires un solo periódico francés, *Le Censeur*, redactado por don Juan Lasserre, súbdito de esa nacionalidad, mezcla de periodista y aventurero. Un año antes, había sacado *L'Abeille* y sufrido varios procesos por delitos de imprenta. La colonia francesa era relativamente importante. M. Blondel, antiguo magistrado jubilado, editaba desde 1826, en castellano, *El almanaque del Comercio* y, advirtiendo la fina inteligencia del compatriota, le propone asociarlo al

negocio. Pellegrini se abstiene ; teme comprometerse en conflictos de política interna, que no conoce suficientemente. Prueba esta conducta, su carta del 13 de abril de 1829, a su hermano Jean Claude : « ... Estoy convencido que no exageras el peligro de mi situación, después de las noticias que has recibido sobre el estado revolucionario del país ; pero debo declararte que me conduciré, en todas estas cuestiones, con la prudencia que me has conocido siempre. La guerra civil asuela a esta desgraciada República ; Buenos Aires está rodeada de sublevados y de indios ; todo el mundo hállase obligado a tomar las armas y la ciudad vela de noche para dormir de día. Esto ocurre, porque estamos llegando, precisamente, al fin de la larga y sangrienta tragedia de unitarios y federales, que se disputan el sistema político que ha de regir a las Provincias Unidas. No te doy ningún detalle, porque estamos en vísperas de que las armas decidan, para siempre, esta cuestión. En mi próxima, podré informarte algo más definitivo ».

« Sin embargo y en medio de estas convulsiones, las más bellas esperanzas alientan mi corazón. Hay diez probabilidades contra una, que ellas se realizarán y si así fuera, haré fortuna en dos años y entonces podré volver a Francia. Puedo fundar las razones que me asisten. Buenos Aires está provista, en gran parte, por aguateros que sacan el agua del río y la llevan a la ciudad, en barriles. Me he propuesto distribuirla por medios más apropiados. Haré que se eleve mecánicamente sobre el nivel

de las calles y se entregue, clarificada, a domicilio. De ejecutarse mi proyecto, obtendré un beneficio neto de veinticinco mil francos el primer año, cuarenta mil el segundo, cincuenta y seis mil el tercero, setenta y tres mil el cuarto, y el quinto y subsiguientes, ochenta y ocho mil francos.

« Ríete todo lo que quieras de estos castillos en el aire y permíteme te envíe el detalle de mis cálculos ; verás que no son locuras ni vanas quimeras.

« Estoy a punto de terminar la impresión de una *Memoria* — prospecto que describe mi empresa — y con ella acabarás por convencerte. Ese prospecto está vinculado a otro de baños públicos, cuyos planos y presupuesto, también he terminado. La instalación de estos dos establecimientos, exigirá un capital de doscientos mil pesos. El primero es muy superior al segundo y el resultado de estas industrias, colmará mi ambición.

« ... No deseo entretenerte con una perspectiva que aunque brillante, no es nada más que eso. Ya lo dijo Richard : el que sólo se fía de su esperanza, corre el riesgo de morir de hambre ».

El gobernador Dorrego y su ministro Guido, encargaron a Pellegrini proyectase algunas obras susceptibles de ser realizadas, en consonancia con la estrechez o penuria del erario. La revolución del general Lavalle interrumpió el trabajo del extranjero, y, para paliar la emergencia, se dió a la tarea de fundar dos empresas particulares,

tendientes a la ejecución de dos obras importantísimas : la clarificación del agua para abastecimiento de la ciudad y la instalación de baños públicos, al estilo de los de Europa.

El 1° de marzo de 1829, Pellegrini publica por la Imprenta Argentina, un folleto de once páginas, titulado : *Proyecto para suministrar a la ciudad de Buenos Aires agua clarificada*, del cual sólo existen dos o tres ejemplares en el país.

«... Si me he determinado a hacer imprimir esta *Memoria* — declara su autor — no es sino para ahorrar-me el trabajo de sacar yo mismo las copias que dirijo a unos pocos conocidos míos. Nunca fué mi intento darla al público. »

El proyecto consistía en la construcción de un gran estanque subterráneo en la esquina de Balcarce y Victoria — donde hoy está el moderno edificio del Ministerio de Hacienda — de manera que, clarificada el agua por el procedimiento ideado, fuese extraída por los aguateros, evitándose éstos hundir sus toneles en el río y quedar empantanados, en las barrancas, sobre todo en invierno, pese a los cuatro o seis bueyes que uncían al carro.

«... Conmovero por el espectáculo que presentan las aguas del Plata, diluyendo en sus orillas escombros, basuras, cadáveres ; extrañado, sobre todo, de la imperfección del método usado hasta ahora en Buenos Aires, para proporcionar a sus habitantes el complemento del agua que les es necesario, me puse a meditar en lo más condu-

cente para remediar estos graves inconvenientes », dice.

Su folleto es una maravilla de dialéctica y precisión. Su autor ha estudiado los diversos aspectos del asunto, desde el técnico al social y económico, y pone tal lucidez en la exposición, que hoy, un siglo más tarde, sentimos la magia de ese razonamiento.

Como se necesitaba capital para llevar adelante la empresa, hace un cálculo de las ganancias a obtenerse por el suministro del agua y la coordinación del servicio, propuesta que los capitalistas de Buenos Aires han debido mirar con interés, cohibidos luego por los acontecimientos políticos y militares.

Doscientas carretas hacían, entonces, el servicio de extracción de agua. La nueva empresa, que convertía a los aguateros en sus propios agentes y copropietarios, prometía una ganancia de cien mil pesos fuertes anuales.

Lo fluctuante de la situación contuvo a los particulares ; el tenaz proyectista acudió al gobierno, pero éste, absorbido por la política y los tumultos, no estaba para estudiar tales negocios.

El 1° de mayo de 1829, Pellegrini escribe a su hermano Joseph, abogado en París, el menor de los suyos, y el único que no era ingeniero ; hombre rumboso y refinado, su casa de campo de Bourg-la Reine, llamaba la atención por su suntuosidad. Dedicado al foro y a las especulaciones de Bolsa, la crisis subsiguiente a la revolución de 1848 lo sumió en la miseria. No quiso permanecer

en Francia y pasó a Londres, donde ejerció algún tiempo la profesión, muriendo repentinamente en 1852.

Carlos Enrique sentía por este hermano, brillante y desventurado, una profunda inclinación. Al nacer su hijo Carlos y bautizarle en la iglesia de la Merced, el 15 de mayo de 1848 — el niño tenía un año y medio de edad — quiso que Joseph fuese su padrino, haciéndolo representar, en ese acto, por su amigo don Juan Eastman.

La carta a Joseph la entregó Pellegrini a Rivadavia en el momento de salir éste rumbo a Europa, acompañado de su enérgico ex ministro don Julián Segundo de Agüero, que desembarcó en Montevideo y donde estuvo expatriado hasta su muerte, en 1851.

« ... Te escribo solamente estas líneas — empieza diciéndole — para que enteres a la familia que mi salud continúa en estado floreciente y que no debe temer por mi persona, en medio de las convulsiones que desgarran a este país. Si no estuviera seguro de hacer pronto fortuna, a pesar del estado deplorable que la última revolución ha sumido a la República, puedes estar convencido que habría regresado ya a esa bella tierra de Francia.

« He lanzado el plan de una empresa de provisión de agua a la ciudad, cuya ejecución se producirá dentro de un par de meses. Si mis cálculos no me engañan, reuniré, en un año, una veintena de miles de pesos de renta. Esto será suficiente para permitirme volver junto a Uds., a menos que la creación del Establecimiento de baños públicos, me haga postergar un año más la partida.

« Estoy persuadido de no omitir nada para no comprometerme en las circunstancias actuales; la experiencia pasada me ha servido de mucho. No tengo otra opinión que la de la tranquilidad, y si aquí hubiera paz, nada sería miserable y no habría nación más feliz que la Argentina.

« Sea por orgullo o ambición, ignorancia o fatalidad, este país demorará mucho, antes de estar unido y constituido. Sólo habría un medio para llegar a ese fin: una guerra con la metrópoli. El sentimiento de independencia y libertad, es muy fuerte en estos republicanos y, ese sentimiento, traería la concordia entre ellos en el caso que unos u otros fuesen amenazados. Este es un hecho positivo y esencial.

« Los adjuntos documentos y papeles públicos, que ha de conocer ya el señor Larrea, y una breve conversación con él, al respecto, te pondrán al cabo de la marcha de nuestros asuntos políticos. Creo que a pesar de tu amor por la historia, no darás ningún paso, por pequeño que sea, sino en atención a mi consideración y beneficio. Mi suerte depende de Buenos Aires y tú ya sabes adonde quiero llegar.

« No te sorprenda la extensión de esta carta. Hoy se hace limpieza general en mi habitación y a fin de no ser molesto ni soportar el polvo, he venido a pedir pluma y papel a tus amigos Vanni y Ferrari, que están muy bien y te mandan un abrazo.

« He recibido, anteayer, un paquete de cartas llegado

en la *Glaneure*, cuyo viaje demoró tres meses. Supongo que la que contesto es tu carta número cuatro. Las tres primeras me han llegado con regularidad.

«Agradezco mucho tu atención de enviarme una de las cartas que te ha escrito mamá y he visto, con agrado, las líneas del Príncipe della Cisterna. Deploro sinceramente su desgracia. ¡Cuánto no había de querer a su hermana, si quiere tanto a sus amigos! No puedo escribirle en esta ocasión. De lo que me consulta sobre fundos o heredades en Colombia, será preciso que converse con el señor Rivadavia, en París; le envío mis saludos. El alejamiento de Buenos Aires de este grande hombre, demuestra que el partido unitario no es más que una causa perdida. ¡Ay de mí! ¿Qué será del país, si sus mejores ciudadanos lo abandonan?»

«Estoy contento de saber que Bernardo ha hecho buenos negocios, y que los de Gaétan siguen un ritmo pacífico y regular.

«Confieso que se ha hecho pagar caro a nuestro hermano, su empleo de ingeniero en Jefe. Conozco Cahors; es la ciudad más espantosa que he visto, pero la explotación lucrativa del departamento, le compensará de la pena de vivir allí.

«Dunoyer llegará pronto a París. Confío en tu actividad y en que todas mis anteriores instrucciones estén cumplidas a la fecha; de lo contrario, la falta sería irreparable. Tienes en tus manos lo necesario para obrar. Si Dunoyer no vuelve a Buenos Aires, dispón de mi

dinero como te plazca. La única cosa que puedo ofrecerte, por ahora, sería encargarte de la compra, en ésa, de los objetos necesarios para los establecimientos que proyecto, aunque los efectos del primero estoy decidido a hacerlos hacer aquí, cueste lo que cueste.

«Tranquilízate. Uniré mis esfuerzos a los tuyos y haré todo lo posible y conveniente. Fía en mí, como yo en tu prudencia y amor por el orden y la economía. Seremos felices, si sabemos ser juiciosos.»

Esta correspondencia, a la par de revelarnos algunas facetas de la intimidad del ingeniero Carlos Enrique Pellegrini, encierra una sobria pintura del estado político del país, descrito por un espectador de pupila aguda y que no está embanderado en ninguna de las facciones.

Por tal concepto, creemos oportuno incluir algunas piezas más de su epistolario, como esta carta del 22 de diciembre de 1830, que nuestro ingeniero escribe a su hermano mayor, Jean Claude — el que deseaba contratar Larrea — y que a la sazón, es ingeniero en jefe del Cuerpo Real de Puentes y Caminos, en Cahors, patria de Gambetta.

«... Si mis cartas han sido poco numerosas — advierte Pellegrini — es porque han llegado pocos barcos de Francia, a causa de la guerra civil y paralización de los negocios. Te repito que debes confiar tus cartas al correo ordinario, enviándolas al Havre o Burdeos, para lo que será suficiente las deposites en el buzón de tu distrito.

« Tengo singulares cosas que contarte. La primera : que dentro de dos años, a más tardar, regresaré junto a mi familia ; la segunda : que en estos últimos tres meses, he ganado ocho mil pesos, de los que economicé seis mil, que me rinden el 2% de interés mensual ; la tercera : que hago retratos ; la cuarta : que gano diariamente de cien a doscientos francos ; la quinta : que soy el más feliz de los hombres. En verdad, es este un lenguaje singular, pero es que he perdido la costumbre de escribir por la de dibujar.

« No tengo mucho tiempo para narrarte las cosas que deseo y me limitaré a decir : Que el señor Larrea ha llegado de París sin traerme carta alguna ; que Joseph no olvidó de enviarme las varillas para los marcos, ni los lápices ingleses y el papel pedido.

« ... Cuando tenga menos que hacer y la suerte me permita respirar un poco, te escribiré una linda y extensa carta.

« ... ¿ Dime, debo casarme en ésta o en Francia ? ¿ Con la persona de que te hablé o con la hija mayor del « Rey Perrotín », de Chambéry ? Contéstame.

« No vayas a imaginar, que porque hago retratos he perdido la estimación de los habitantes de Buenos Aires. Lo cierto es que de los seis mil franceses que viven en la ciudad, acaso soy al que más se considera y el que frecuenta las altas clases sociales.

« Mi proyecto de agua clarificada sigue lentamente su curso. He sido llamado nuevamente por el Gobernador



VI

DON BERNARDO BARTOLOMEO A. PELLEGRINI, ABUELO
PATERNO DEL DOCTOR PELLEGRINI.

(Grabado en cobre).

para tratar este asunto. Es éste un renglón que debo explotar sin duda.

« Hay aquí, por lo menos, diez retratistas, pero sin la mayor tarea. Es un don del cielo el que poseo de dar parecido a los retratados. Sobre los sesenta retratos que llevo ejecutados, no me he equivocado en ninguno y los termino en una sesión de dos horas.

« Estoy preparando un « Album » de vistas y personajes célebres de Buenos Aires. Un ejemplar del mismo será obsequiado al Rey de Francia por este Gobierno, agradecido por el reconocimiento de la independencia del país. »

Transcurren cinco meses. Tres naves francesas han llegado a Buenos Aires y ninguna ha traído carta para el retratista improvisado. El trabajo abrumador atenúa su desesperación por lo que considera ingratitud de los suyos, pero el 28 de mayo de 1831, coge la pluma y, colérico, escribe a Jean Claude y por su intermedio, a toda su familia. « ... tengo derecho de censuraros — empieza — pues a pesar de las oportunidades que habéis tenido y de mis consejos de dirigir la correspondencia por el correo ordinario, habéis dejado correr un año y diez meses sin averiguar cosa alguna relacionada conmigo. No me sorprende la infidelidad de algunos. ¿ Es que sólo tengo uno o dos hermanos ? ¿ Qué es de mi madre, mis hermanas, mis sobrinos ?

« Quiero creer que vosotros os habéis complotado para

obligarme al regreso, cortando toda relación conmigo. ¡ Dios mío ! ¡ No tenéis necesidad de excitar mis deseos por ese acercamiento ! Correrán todavía dos años antes de mi regreso. Necesito ese tiempo para redondear mi peculio. Quiero presentarme digno de mi fama, pero qué trabajo, cuánta constancia para amasar una fortuna !

« Los primeros quince mil pesos están ganados ; hasta septiembre último no había percibido un solo peso. Los mismos medios me servirán para ganar los subsiguientes. El mango de mi pincel es la varita mágica que me proporciona esos tesoros. Soy el pequeño Horacio Vernet de Buenos Aires, y como en París, tenemos también nuestro Sommariva y nuestro Felipe de Orléans.

« ¡ Qué lástima que estos pesos no valgan más de quince sueldos ! En fin, todo está proporcionado a la escala y hay perfecta armonía entre los pesos, los Vernet y los Sommariva de Buenos Aires ».

« Os imaginaréis, sin duda, que este famoso pincel usa su pelo sobre algún gran proyecto de canal, puente u otra empresa parecida. ¡ Error ! Este pincel trabaja en reproducir, inútilmente, la belleza de las Náyades del Plata. Digo inútilmente por modestia ; todo el mundo alaba el parecido de mis retratos.

« Es bueno que tenga paciencia dos años más, después de los cuales iré a verlos y, si es posible, formaré mi « nido » en Saboya, con alguna robusta Magdalena, que haga feliz el resto de mis días. Aquí no faltan mujeres ;

las hay ricas y feas, bellas y pobres ; inconveniente por el que se pasaría bien, de no existir las tres mil mortales leguas que me separan de lo más precioso que hay en el mundo : la familia ».

« Si, como todo parece anunciarlo, este país se tranquiliza pronto, no será extraño que dentro de poco se dupliquen mis actuales economías. Tocamos ahora el desenlace de la tragedia, que comenzó el 1° de diciembre de 1828, con el fusilamiento del Jefe de la República, el infortunado Dorrego. Este magistrado merecía, desde luego, los reproches y el odio de un partido ; ¿ pero la gloriosa paz que acababa de firmar con el Brasil, no le redimía del indigno sacrificio de los sectarios de Rivadavia ? »

Las quejas de Pellegrini, respecto al desamor de los suyos, no eran justificadas. Lo evidencia su carta del 29 de julio de 1831 — dos meses después de la anterior — en que dice a su mismo hermano : « ... Por fin, después de casi un año y veinte días de espera, sé cómo se encuentran mi madre y demás familia. La última de Joseph del 14 de febrero, me llegó el 21 de julio, pues la nave que la trajo se detuvo mucho tiempo en Río de Janeiro.

« ¿ Será necesario que inicie mis cartas con protestas ? Vosotros me creéis infortunado y esta creencia acaso os contenga de escribirme. No me sorprendería. Los resortes de la amistad, incluso los vínculos familiares, se relajan con la ausencia y ésta hace extraños entre sí, aun a

los seres que se han querido mucho. Y no es porque desaparezcan los motivos de interés para reanudar una correspondencia extinguida. ¡ Desengáñense ! Soy mil veces más feliz de lo que merezco. Lejos de poder significar en lo futuro, una carga para Uds., pienso que algún día podré ser útil siquiera a vuestros hijos. Mi constancia y prudencia me preparan un porvenir halagüeño. El dinero entra en casa y la economía rendirá sus frutos. Vivo independiente, con honor y comodidades, que quizá compensen el dolor de vuestro silencio. En adelante, viviré de rentas y filosóficamente. No soy de esos espíritus que lo mismo reniegan de los principios austeros, como de las peligrosas ilusiones de grandeza. Necesito moverme en un término medio, que conseguiré con dos años más de trabajo. ¡ Cuán feliz es el hombre que sabe hacer alguna cosa y posee algún talento ! Necesita, sin embargo, disponer de un juicio sano y observar esa virtud vulgar que se llama buena conducta ; sólo así serán provechosos sus esfuerzos, ya que, de lo contrario, sabrá adquirir, pero no retener.

« ... Dile a nuestra querida madre, que tengo muchos deseos de verla y vivir a su lado, con mi pequeña cosecha y la buena y virtuosa mujer que ella quiera escogerme ».

En el salón de don Francisco Antonio de Escalada, del que es asiduo concurrente, cultiva la exquisita y sencilla sociabilidad de la época. Departe sobre temas graves y

diversos con don José Oromí, don José Manuel, Inocencio y Mariano de Escalada y principalmente con don Antonino Reyes, a quien retrata bailando un minué con su esposa doña Toribia Escalada, dibujo que por su fidelidad y precisión, es uno de los documentos plásticos más importantes de la época. El salón porteño está sintetizado en esos personajes y su decoración. El mismo retratista se incluyó entre los contertulios. Apenas que las tres cuartas partes de la obra pictórica de Pellegrini, hayan desaparecido. Nos falta la tertulia de Rivadavia, en su casa de la calle Defensa ; las estiradas reuniones en el Fuerte ; las de la Sala de Representantes, de la Universidad, de la Alameda. Sólo resta al contemplador póstumo, imaginar las bellísimas estampas perdidas para siempre.

A poco del tratado de paz entre Lavalle y Rosas — año 1829 — Pellegrini, que no ha orientado todavía sus actividades, visita en su finca de la calle Bolívar a don Mariano Fraguero, con quien se siente identificado por similares aficiones.

En 1825, Fraguero había explorado el río Carcarañá, a fin de verificar su navegabilidad desde Córdoba al Paraná, para pequeñas embarcaciones. Pellegrini, imbuído de doctrinas económicas y gustador de problemas financieros, descubre en Fraguero un posible aliado. Este, esposo de doña Ana de Alzaga, de familia influyente entre el elemento federal que gobierna el país, podría

apoyarle — presente el ingeniero — en la obra de construcción del Muelle de las Catalinas, que ha proyectado y sometido a la desaparecida administración de Lavalle.

Fragueiro — recuerda Pellegrini — escuchó al extranjero con mucha atención y como éste no hablase aún el castellano, en perfecto francés le respondió, entristecido :

— Amigo Pellegrini, tenemos que dejar eso por el momento. Roma está en poder de los bárbaros. Los pies mandan a la cabeza. Buenos Aires va a pasar por una época de tinieblas. Su renacimiento vendrá, pero Ud. y yo somos muy maduros, para llegar a verlo.

Fragueiro tenía 34 años ; Pellegrini 29. Ambos vieron, por suerte, el renacimiento que no esperaban ver y trabajaron, cada cual en su andamio, en la tarea de organizar el país.

Según una versión muy difundida, hallándose un día el ingeniero en casa de doña Mariquita Sánchez de Mandeville, se comentaba la carencia de buenos retratistas en la ciudad. Deseoso de ser grato a la dama, el galante saboyano se brindó a hacerle un retrato, que concluye en menos de una hora. La habilidad insospechada del extranjero, proporcionó a éste ocasión de vincularse a las principales familias porteñas y de obtener una fuente importante de recursos, como hemos visto a través de su correspondencia.

Alto, musculoso, de andar elástico y decidido, parecía estar siempre dispuesto a vencer los obstáculos que

se le presentasen. La cabeza grande, fuerte, impresionaba ; la frente alta y noble, los ojos grandes y azules, de mirar reflexivo y penetrante, acusaban su jerarquía espiritual. La nariz prominente, con una leve curvatura en el centro, y los labios finos, contraídos como por una sonrisa sutil, hacían más sugestivo el semblante. No usaba barba ni bigote y las pobladas cejas se confundían con las revueltas patillas a la inglesa. La gravedad habitual y el vivo sonrosado de la piel, le daban la apariencia de un banquero que gustaba de vivir al aire libre. Vestía con pulcritud, aunque sin atildamientos. El cuello volcado, de gusto democrático, mostraba la corbata negra, de lazo, de esas « hechas », que no hacen perder tiempo ante el espejo. En los primeros años de su arribo usó el corbatón rivadaviano, pero con el cambio de los tiempos, redujo esa prenda a su más mínima expresión. Buen gustador de los deleites de la mesa, sabía conservar la línea, y lo prueba su longevidad magnífica.

Se aquerenció con el país y llegó a amarlo como a su Saboya nativa. Nunca dejó traslucir esas agrias nostalgias de otros, para los cuales siempre está nublado el cielo extranjero.

Lector de Stendhal, cuyo *Rojo y Negro*, aparecido en 1831, leyó en Buenos Aires a mediados del 32, admitía que la iniquidad es la mejor levadura para robustecer la virtud, en los temperamentos nobles.

Sus acuarelas que reflejan los cuatro frentes de la Plaza de Mayo, hechas en 1829, fueron destinadas a su

hermano Jean Claude, que instaba a Carlos Enrique le hiciera conocer de alguna manera la ciudad donde vivía. César Hipólito Bacle compró a Pellegrini el derecho de reproducción de esas vistas, las más exactas del histórico lugar, en esa época. Le siguieron el « Cabildo y la Policía », la « Recova », « Cementerio de la Recoleta », y el litógrafo Bacle anunciaba la venta de esas reproducciones en *La Gaceta Mercantil* del 2 de junio de 1830.

En *El Lucero*, redactado por don Pedro de Angelis, del 28 y 31 de agosto de igual año, se consignan otras actividades de Pellegrini, que no son precisamente las de retratista. El hombre de empresa que había en él, no desaparecía ante el pasajero éxito, social y económico, del artista. La obra del Puerto, la provisión de agua pura a la ciudad, eran menesteres que le acuciaban de continuo. De Angelis consignó en su periódico las actas oficiales y documentación relativa a las experiencias del francés, para la clarificación del agua del río. Intervinieron en ellas don Vicente López y Planes, Avelino Díaz, Octavio Fabricio Mossotti, Juan Pons, Carlos Zucchi y el jefe de policía de Buenos Aires, don Gregorio Perdríel.

Extraviado el expediente que contenía esas actas y análisis del agua clarificada, Pellegrini comentaba el suceso, en 1853, en su *Revista del Plata*: «... A fe que hubo acontecimientos tan extraordinarios en la Honorable Sala, que nada sería extraño que en 23 años de letargo industrial, el espíritu «omárico» que ha prevalecido en

ellos, o simplemente, la polilla, lo hubiese devorado ».

Dos botellas, utilizadas en esas experiencias como términos de comparación, « una llena de agua negra y hedionda y la otra con el producto obtenido por la clarificación », quedaron, durante diez años, en exhibición sobre la chimenea de la secretaría de Gobierno, en el edificio del Fuerte. Cuando Rosas abandonó éste a los ratones — escribe Pellegrini — « esas botellas, fueron trasladadas al Museo, donde probablemente divierten la vista de las moscas, ya que no pudieron servir para librar a nuestros estómagos de las incomodidades resultantes, tanto de la aproximación de un riacho sobrecargado de materias corrompidas, cuanto del contacto de todas las basuras del pueblo ».

El 8 de septiembre de 1831, Pellegrini escribía a su hermano Jean Claude: «... Mi carta del 29 de julio te habrá hecho conocer cuál es mi suerte en Buenos Aires. Desde el primero de octubre del año pasado, me dedico diariamente a hacer retratos. He reunido cerca de diez y siete mil pesos, de los que economicé doce mil, que rinden el 24 % y hasta el 36 % anual, tipo usual en plaza.

« Debo permanecer aquí dos o tres años más y luego volveré junto a los míos con cien mil francos en el bolsillo. Sobre veinte mil extranjeros que viven en Buenos Aires, se dice que yo soy el que, en las actuales circunstancias, gana más dinero. Esto, a pesar que el comercio

está en la mayor angustia y la guerra civil no ha cesado de azotar a este hermoso país.

« ... Cuánta razón tenía nuestro padre al darnos una buena educación, haciéndonos aprender cosas de utilidad y aplicación inmediata. No estoy, precisamente, satisfecho de hacer retratos; lo hubiera estado siendo arquitecto, astrónomo, artillero, geógrafo o ingeniero. Mi padre me recordaba continuamente tu ejemplo e imitándote adquiriré, en la juventud, el gusto por el trabajo. Sin constancia ni actividad no hay dinero y sin éste no hay consideración posible.

« En la actualidad, hago retratos con mucha facilidad y no escribo casi cartas; a fuerza de hacer los unos, he perdido la costumbre de las otras.

« El primero de octubre próximo, se cumplirá un año de mi iniciación en este arte; llevo terminados más de doscientos retratos, de los que no podría, en conciencia, reprocharme uno solo, no por lo perfectos, sino por el parecido.

« Esta ocupación, además de brindarme satisfacciones, riqueza y espectabilidad, me prepara una reputación para el porvenir, cuando Buenos Aires sea un escenario más grande.

« Tú convendrás que mi vocación se ha manifestado de una manera singular; acaso, a fuerza de estudiar la naturaleza y razonarla en *matemático*, pueda, algún día, sorprender las formas clásicas; siempre, claro está, en mi reducida esfera de retratista. Quizá sea un sueño pre-

suntuoso, pero hasta el presente he desmentido el proverbio: « pobre como un pintor », acreditando, en cambio, el de « ratón que tiene varios agujeros, nunca es cazado ».

« ... Me preocupa mucho asegurar a mamá una pensión de seiscientos francos anuales, a contar desde el corriente año. Mañana pediré a Dunoyer, a quien he prestado tres mil pesos, una letra por esa suma, a cargo de sus asociados Mosca y Vanni, para que ellos se la hagan llegar cuanto antes.

« Puedo hacer, fácilmente, este sacrificio, encontrando en él mi liberación con el reconocimiento de mamá. Mi destino está en mis manos. Soy independiente; ejerzo una tarea cuyos resultados nadie puede contrariar y, en tanto tenga salud, como actualmente, iré perfeccionándome en mi arte.

« ¡ Ay, hermano mío ! Qué escasez de lápices ingleses y papel. Poseo un lápiz, con el cual he hecho más de veinte retratos y me veo obligado a conservar su resto, como si fuera parte de mi sangre. He aquí el resultado de las grandes distancias !

« No se tienen las comodidades europeas, pero esta privación aguza el ingenio, empuja al trabajo con ardor y tenacidad, y de todo esto, nace la alegría de espíritu, ese honesto bienestar de que habla Horacio.

« Debo acumular erudición. He comprado una *Biographie Universelle*, que hace las delicias de mis escasos instantes de ocio. Las ciencias exactas me apasionan y es

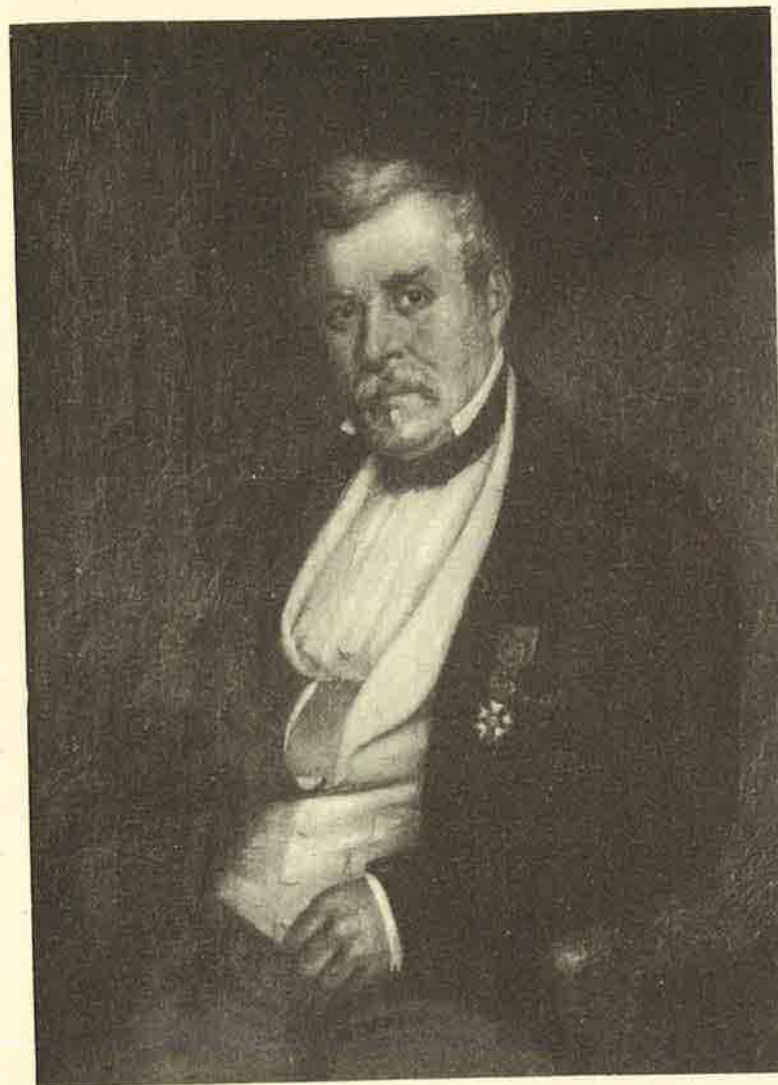
indispensable que equilibre este conocimiento con el de la Historia, que es ciencia positiva cuando no se divaga ».

A principios de 1833, la clientela del retratista había mermado notablemente. Los continuos desórdenes contra el gobierno del general Juan Ramón Balcarce — derrocado en octubre de ese año, por la revolución de los « Restauradores » — eran la causa de ese retraimiento.

El Estado Oriental, presidido desde tres años atrás por el general Fructuoso Rivera en forma pacífica y casi constitucional, ofrecía un clima más propicio a nuestro ingeniero. El ministro de gobierno de ese país, don Santiago Vázquez, antiguo amigo de Rivadavia, ex diputado al Congreso General de 1826, que conociera ocasionalmente a Pellegrini en Buenos Aires, le ofreció con motivo de su llegada a Montevideo, una tarea que consultaba la íntima vocación del viajero.

« ...Aprovechando la residencia accidental en esta ciudad, del ingeniero Carlos Enrique Pellegrini — dice el decreto de Vázquez — se ha acordado comisionarle y encargarle, especialmente, para que procediendo al reconocimiento del local y sonda de los canales y costas de la bahía, adyacentes a la población, fije el sitio más indicado para la obra proyectada, forme el plano y presupuesto de ella y eleve al Gobierno sus trabajos a la mayor brevedad, acompañados de una *Memoria* descriptiva ».

Esa « Memoria sobre el establecimiento de un nuevo Muelle y formación de un Puerto abrigado en la bahía



VII

JEAN-CLAUDE PELLEGRINI, HERMANO MAYOR DEL INGENIERO PELLEGRINI.

de Montevideo », fué escrita — incluso los estudios previos que ella supone — en el término de cinco semanas por el hidrógrafo francés, quien recibió por esa tarea la suma de mil pesos, de acuerdo con el convenio del 8 de febrero del citado año.

« ...Muy grande es el valor que encierra ese estudio — afirmó a su respecto, el erudito uruguayo Fernández Saldaña — no sólo desde el punto de vista técnico, sino como documento de comparación ».

Rivera Indarte, redactor de *El Investigador*, de Montevideo, insertó en su periódico (números del 13 de abril al 8 de mayo), la *Memoria* de Pellegrini, utilizando el mismo material tipográfico, pues el folleto fué sacado por la misma imprenta de la Independencia, que editaba esa hoja.

Pellegrini acompañó a su « Informe », un plano de los sondeos efectuados; documento que al buscársele en 1895, por razones científicas e históricas, no pudo ser hallado.

La *Gaceta Mercantil* reprodujo también la pieza de Pellegrini, en su número del 30 de abril de 1833, en cuya fecha el interesado debió estar de regreso en Buenos Aires. Antes recorrió el interior del Uruguay, deteniéndose en el departamento de Lavalleja, para visitar las canteras de mármol de ese lugar. De allí pasó a Entre Ríos, donde había estado hacía tres años.

Durante su permanencia en Montevideo, se alojó en casa de don Juan Mallet Gowland, fuerte comerciante de

origen escocés, aficionado a las ciencias y corresponsal de una sociedad científica de Londres, para informaciones meteorológicas.

El proyecto de Pellegrini consistió en la construcción de un Muelle de piedra, de noventa y cuatro varas de largo por catorce de ancho, para substituir al de madera, hecho en 1824, que era frecuentemente destrozado por el mar.

Mallet Gowland y su huésped, gustaban conjeturar el futuro de estos países, y su indignación crecía de punto frente a los campos vírgenes, en tanto se importaban artículos fáciles de producir, como la harina, la cebada, el arroz y el azúcar.

Poseedor de una espléndida organización intelectual, sólo hallaba felicidad en el consumo armonioso de sus fuerzas espirituales. La inercia le abrumaba hasta la prostración.

Hay dos clases de activos, que obedecen a signos opuestos. Unos se desplazan velozmente y son la causa de su propia ruina; otros regulan su dinamismo, y disponen de él con precisión matemática. Pellegrini era de estos últimos. Concebía con audacia, pero obraba con calma. Su hijo Carlos, que tantos rasgos heredó de su padre, no tuvo esa medida; disposición temperamental, más que norma de hombre experimentado.

En 1829, don Carlos Enrique hizo algunas excursiones por el Río Paraná, a objeto de estudiar sus corrientes

y mareas. En la *Memoria* de 1833, presentada al Gobierno Oriental, dice: «...En 1829 observé que la velocidad mediana del Paraná, era apenas de un pie por segundo en la superficie, y sin embargo estaba crecido hasta abrazar, exactamente, la superficie llana de las islas y riberas».

Pellegrini intentó dar cauce a sus actividades de ingeniero, pero la indolencia específica de los nativos y el recrudescimiento del estado revolucionario, le hicieron retomar sus pinceles, que le brindaban un medio tranquilo de subsistir.

En 1833, Buenos Aires tenía nueve iglesias, un convento de frailes, tres de monjas, un hospital general, Casa de Expósitos, el Fuerte, la Aduana, la Sala de Representantes, la Policía, y es posible que Pellegrini hallase más gusto en trasladar al papel los edificios y vistas de la ciudad, que retratar a cuanto vecino espectable se lo pidiese.

El barrio patricio levantábase al sur, en cuya zona se creyó estaría el foco central de la ciudad futura, que fué desplazándose hacia el norte y noroeste. Fenómeno análogo ocurrió en Washington, cuyos fundadores suponiendo que la capital se prolongaría al sudoeste, orientaron en esa dirección el pórtico del Capitolio.

En las treguas de su tarea, el pintor concurría a los lujosos y amables salones de la ciudad. La casa de su amigo Guillermo Robertson, que fuera del general Alvear, en la calle San Martín, era un centro de verdadera sociabilidad.

Por su buen sentido, peculiar en los hombres librados a su propios esfuerzos, Pellegrini era oído con el mismo interés por jóvenes y ancianos. En septiembre del 31, hace al lápiz el retrato de Esteban Echeverría, que acababa de llegar de Europa fascinado por los esplendores del Viejo Mundo y que alardeaba de heraldo de las nuevas ideas. Pintor y modelo, se trenzan en una larga discusión, sobre la actitud que corresponde adoptar frente al misterio social y político de estos países. Pellegrini, que traía en la sangre la cultura europea y era representante genuino de ella, advierte con asombro que por su capacidad de fe y optimismo, es más americano que su contendor y mira con desprecio la postura del criollo, que recitaba desengañados versos franceses, frente a un paisaje antítesis de sus lamentaciones.

Había leído el *Emilio* — al que Lamartine consideró una versión plebeya del *Telémaco* — y estaba convencido que Napoleón, pese a su talento realista y a su buena estrella, había fracasado por la influencia de quiméricas ideologías que actuaron desde el subconsciente.

La tierra adoptiva, habíale dado un sentido más sólido de la realidad social; sus conocimientos, un poco mezclados, de ciencias naturales y matemáticas, le llevaron a mirar con recelo la prédica importada de Echeverría y a aplaudir, en el fondo de su corazón, el juicio de Luis XIV sobre el *Telémaco*: « su autor es el hombre más quimérico de mi reino ».

Nuestro ingeniero, escudado en la inofensiva tarea,

miraba en silencio las alternativas del clima político del país, sin enrolarse jamás en ninguno de los bandos. De esta manera transcurrió el tiempo, pero al llegar Rivadavia a Buenos Aires, en abril de 1834, no puede Pellegrini permanecer indiferente y prueba que son tan firmes sus afectos como sus ideas.

El unitario, arribó el lunes 28 de abril a las 8.30 de la mañana, dirigiéndose directamente a su casa. El gobierno, enterado de su llegada, llamó al jefe de Policía, don Lucio Mansilla, ordenándole se trasladase a casa de don Bernardino y le intimara el reembarco.

« ...sólo a eso de las 12.30 — dice *El Monitor*, escrito por Angelis — pudo comunicarse dicha orden al general Mansilla. Acto continuo el Gobierno pasó a la H. Sala de RR. una nota al respecto y otra al Sr. Rivadavia, firmada por el Ministro de Gobierno, diciéndole: « El Sr. Ministro que suscribe, tiene el desagradable deber de comunicar al Sr. D. Bernardino Rivadavia que el Gobierno instruido de haber desembarcado en la mañana de este día, se ha visto en la necesidad de impedirle su permanencia en el seno de su familia, mientras obtiene una declaración que ha solicitado ya a la Legislatura ».

Al día siguiente, unos hombres emponchados, a caballo, atraviesan la calle de La Plata, gritando: « Muera el Gobierno! Viva el Gral. Rosas! Muera Rivadavia », informa el *Monitor* en su número 13.

El amable retratista, que tantas delicadezas gastaba con las damas y al que se le habría podido creer un pusi-

lánime o un comodín, muda inesperadamente de conducta y protesta, con energía, por el atropello que se comete con Rivadavia. Ha venido de Europa — dice — para desvirtuar los cargos injuriosos que se le han hecho en su ausencia. ¿Por qué no escucharle? Se enardece cuando alguien recuerda su habitual parsimonia. No es posible — arguye — que un pueblo libre emplee procedimientos despóticos, y subraya la frase agregando: ¿No es ésta la tierra de la libertad?

Cuando Rivadavia es reembarcado y algunos ciudadanos se atreven — con riesgo de sus vidas — a salir al paso de su coche por la calle de las Torres, para aplaudirle, el prócer mira al general Mansilla, que le acompaña y sorprendido le pregunta: ¿Es éste el pueblo que exige mi expulsión?

Sólo tres amigos llegan hasta el *Talma*, a despedirle: Valentín Alsina, Dalmacio Vélez Sársfield, Carlos Enrique Pellegrini.

Ni el general Viamonte, ni Rosas, ni su partido, molestaron nunca a Pellegrini. Al referirse a él, acostumbraban decir: «el francés retratista», poniendo en la expresión el tono despectivo habitual en ciertas gentes.

Lucio V. Mansilla — en sus *Memorias* — deja entrever que Pellegrini, frecuentador asiduo de la casa de don León Ortiz de Rosas, estuvo enamorado de su hija Agustina, hermana de don Juan Manuel, una de las jóvenes más bellas de su tiempo. «... ¿Renunció el padre del

doctor Pellegrini — escribe — a la hermana del que debía ser dictador omnipotente, señor de vidas, famas y haciendas, porque presintió o columbró el porvenir y temió ligarse a su familia, o ésta opuso trabas a sus pretensiones porque el sello de un hombre de ciencia, extranjero por añadidura, reclutado por Rivadavia, considerado cuasi ateo, tenía que ser mirado como un caballo de Troya, introducido a sus filas?». «¿O la joven le desengañó para unirse a un hombre mucho mayor que ella, inducida quizás? Los dos eran hermosos. Pellegrini estaba en la flor de la edad, y el otro, si no declinaba ya, por ese camino iba. Ciertamente tenía el prestigio de la gloria militar: la bravura; pero Pellegrini tenía la juventud radiante y el saber que fascina, de lo cual el otro carecía, no obstante su vivacidad intelectual nativa característica».

Pellegrini pintó en 1835 a doña Agustina Rosas de Mansilla, juntamente con su hijo Lucio V., lo que hace presumir que entre ambos, a pesar del idilio frustrado, no existió enojo. El mismo general Mansilla, su marido, no tuvo inconveniente en hacerse retratar por el francés en 1832, y Mármol recuerda, en *Amalia*, que Agustina Rosas, en la época del episodio que narramos, «vivía completamente ajena a la política, rodeada de admiradores y de lujo». «... la importancia de esa joven — agrega — no se la daba su hermano, ni su marido, ni nadie de la tierra; se la había dado Dios». «... el pincel no encontraría cómo combinar el color indefinible de sus

ojos brillantes y aterciopelados, unas veces, y otras, con las sombras indecisas de la media luz de ese color; y dónde hallar tampoco el carmín de sus labios, el esmalte de sus dientes, y el color de rosa y leche de su cutis». «... magnífica Diana para la escultura, espléndida Rebeca para el lienzo», dirá, por último, el poeta.

Si relacionamos el recuerdo de Mansilla con la pregunta de Pellegrini, a su hermano mayor Jean Claude, en la carta del 22 de diciembre de 1830: «... ¿Dime, debo casarme en ésta o en Francia? ¿Con la persona de que te hablé o con la hija del «Rey Perrotín», de Chambéry?», es lógico suponer que se refería a doña Agustina Rosas, pues en esa época se sitúa el romance.

Desde 1830 hasta principios del 37, Pellegrini ejecutó ochocientos retratos del patriciado argentino. Juan María Gutiérrez, que fué su amigo, afirmó en 1862, que don Carlos Enrique había anticipado la fotografía en Buenos Aires y por la nota que encontramos en uno de sus cuadernos, sabemos que abrió su taller de retratista el 1º de octubre de 1830, fijando su tarifa en onzas de oro, según la importancia del personaje y tamaño del retrato.

Pese a las satisfacciones y dinero que le proporcionaba su labor, hizo algunos paréntesis en ella, respondiendo, acaso, a secretos impulsos creadores que desde el fondo de su alma le agitaban; pues el hombre sólo se consuela de sí mismo, cuando se realiza cabalmente.

«... El que suscribe — anotó Pellegrini en la carta al librero Lucien — no ha hecho en realidad gran cosa, para alcanzar la fama. Ha fundado en el Río de la Plata, una estancia modelo de veinte mil merinos, que le pertenece; y antes pintó, al principio por gusto y luego por interés, retratos al lápiz, a la acuarela, tinta china, aguainta, óleo, pastel y temple, conservados aún en Buenos Aires, y en todos los colores imaginables. Publicó también dos ediciones de un «Album» de vistas de la ciudad y campaña, dibujado, litografiado e impreso bajo el título de *Recuerdos del Río de la Plata*». «... Actualmente es arquitecto-director y accionista del Teatro «Colón», edificio único en su género, por las comodidades e innovaciones que encierra».

En tan breves líneas, resume Pellegrini su variada acción en el transcurso de veintiséis años. Por su epistolario, vemos cuántas dificultades tuvo que vencer para conseguir el material pictórico, al punto que el retrato de don Vicente López y Planes, su gran amigo, lo hizo al dorso de una hoja de papel impreso. «... De esa galería de Pellegrini — escribió un crítico, en 1900 — nos llega como una suave ráfaga de intimidad ceremoniosa y amable, trasunto de la hidalga hospitalidad castellana. Los apellidos de aquellas hermosas damas de apacible mirar, de aquellas matronas de venerable actitud, de aquellos hidalgos encorbatados de varonil continente, pueblan nuestros salones de hoy, constituyen la patronímica de numerosos hogares porteños; priman en las altas esferas de la

política, la intelectualidad, el clero, el foro, el capital y la milicia. Aquellas semillas fecundas y vigorosas, han esparcido sus vástagos frondosamente, fructificando en hombres útiles y floreciendo en mujeres hermosas. ¡ Cuán distante de la frívola Buenos Aires actual, el noble tiempo antiguo ! Parece que entre una y otra época — setenta años — mediasen varios siglos... »

« ... Mucho habría que hablar y observar en esta magnífica galería de retratos, magistral evocación histórica de una de las épocas menos conocidas y más interesantes de la sociedad argentina, pero no debemos olvidar otros trabajos que no ceden en interés a la iconografía social. Aludimos a las *escenas*, de las que hay regular cantidad, plenas de colorido e intención, espejo fiel de las costumbres de la época. La que reproduce un « Baile de la Mazorca », está bastante detallada, pero el « minué » en el salón de Escalada, el primero del Buenos Aires aristocrático de entonces, merece mención aparte. Todo está cuidado allí y se conoce que el autor quiso trazar en su dibujo una verdadera página de costumbres. El gran recinto está tapizado de damasco de seda rojo, con gran cenefa que contornea todo el techo, a estilo del Primer Imperio. Baila el ceremonioso minué una hija de la casa con su novio, el joven oriental don Antonino Reyes. Otra niña de Escalada toca el piano y, sentadas en círculo, se ven diversas damas conocidas y personalidades, entre las que está el futuro arzobispo de Buenos Aires y el propio Pellegrini, que se ha pintado a sí mismo, sonriendo. Sin

duda, su rara facultad de adaptación al medio, que tantas simpatías le granjeó entre la aristocrática y no muy llana sociedad de entonces, le permitió aprovechar un risueño detalle : cuatro personas que presencian el baile de Corte, toman mate en sendos y lujosos utensilios de plata. El ingeniero Pellegrini es uno de ellos. Al fondo, una morena entorna la puerta y da una chupada al mate que va a cebar, contemplando con aire picaresco el baile de sus amos ».

Este juicio, se complementa con el de don Eduardo Schiaffino, buen juez de la materia, que ha escrito sobre nuestro personaje : « ... la serie de acuarelas de la Plaza Victoria, está ejecutada en estilo de arquitecto, con una visible preocupación del detalle pintoresco e informativo, que desarrollada más tarde por el estudio, le permitirá sacar gran partido frente a sus modelos.

« Sus primeros trabajos en este género, son dibujos al lápiz, en los que el autor persigue con ahinco, por medio de la línea, como un adepto de Ingres (que dominaba la escuela francesa cuando Pellegrini se educaba en París), apenas modelados y realzados a veces con lavados al aguainta, especialmente aplicados al vestido ; después colorea esos dibujos a la acuarela por medio de tintas lisas, que transparentan el sombreado gris del lápiz común ; más adelante el lápiz deja el sitio al modelado a la acuarela, ejecutado a punta de pincel, según la práctica de los miniaturistas ; y, por último, a fuerza de ensayos, llega a apoderarse de la técnica del pintor de agua-

das, y es con este procedimiento que, al par del lápiz, obtiene sus mejores resultados.

« La acuarela pura y franca, sin base de blanco, no pudo ser su instrumento, por falta de virtuosidad; no hay que olvidar que Pellegrini nunca fué un virtuoso — felizmente para él — sino un ingenuo, lo que en materia de arte es todo lo contrario.

« Los pasteles, materia deleznable y por lo tanto impropia para atravesar tiempos difíciles, fueron perdiendo partículas de polvo en cada sacudimiento político y cada sacudida doméstica, hasta quedar manchados y marchitos, que induce a considerarlos como atribuciones ».

En el año 1900, al exhumarse sus obras, en los salones del Ateneo, con motivo del centenario del nacimiento del artista, se comprobó la supervivencia de casi doscientos retratos, cuya nómina damos a continuación:

De doña Francisca Ambroa de Alsina, Micaela Camuso de Maldonado, Lorenzo Torres, Aniceta Villarino de Lagos, Mercedes Anchorena, José María Pizarro y Monje, José Manuel de Guerrico, Narciso Martínez de Hoz, Manuel Antonio de Castro, Bernardo Pereda, Pedro José Agrelo, Aimé Bonpland, Cruz Segurola de Ortiz Basualdo, Juan Lagos, Aniceta Lagos Galup, Francisco Doblás, Juan Bautista de la Fuente, Miguel del Mármol Ibarrola, Estanislada Costa de Tobal, Isabel Agüero de Ugalde, Gertrudis Merlo de Llavallol, José Julián Guerra, Mariano Medrano y Cabrera, Rosa Lanuz de Alurralde, Justo Villegas, Pedro Anchorena, An-



VIII

BUENOS AIRES. VISTA DESDE LA RIBERA (1829).

Acuarela de C. E. Pellegrini. (Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires).

tonio Martínez, Miguel de Azcuénaga, Juana Rodríguez de Carranza, Joaquín Cazón, Francisco Lynch, Felipe Senillosa, Mariano Andrade, José Ignacio Andrade, Tadea Pérez de Alsina, Mercedes Puelma de Maza, Isabel Calvimontes de Agrelo, Juan Manuel Agüero, María Oyuela de Botet, Manuel José Lavalle, canónigo Saturnino Seguro, Candelaria Lagos de Wilde, Pablo Villarino, Santos del Mármol de Guerrico, Guillermo Brown, José Ruiz Huidobro, Francisca Díaz de Vivar de Marcó del Pont, Esteban Echeverría, Genara de la Peña de Bunge, Manuel Mateo Masculino, Nicolás Herrera, Gregorio Ignacio Perdriel, Manuel J. García, Tomás Guido, Juan José Viamonte, Anita Sala de Irigoyen, Felipe B. Arana, Juan Pedro Varangot, Juana Costa de Beláustegui, Rosalía Lagacha de Las Heras, Francisca Quintana de Pérez Millán, Saturnino Perdriel, Juan Alsina, Manuel Vicente Maza, Vicente López y Planes, Valentín Gómez, Albina Gomensoro de Herrera, Pilar Spano de Guido, Andrea Ibáñez de Anchorena, Manuel Insiarte, Doroteo García, Micaela Eguren de Guerrico, Rosario Maldonado de González, Rita Baliño de Carballido, Domingo de la Gándara, Mariano Lozano, Nicanor Costa, Manuela Aguirre de García, Manuel R. García, Pastor Obligado, José María Paz, Facundo Zuviría, Luis J. de la Peña, Pedro Ferré, general Guillermo Pinto, Francisco Cascallares, León Ortiz de Rozas, Juan Harrat, Antolina Visillac de Moreno, Juan Nonell, Margarita Piñero, general Félix de Olazábal, Francisco Mariano de

Orma, Agustín José Donado, general Lucio Mansilla, general Julián Laguna, Gregorio Rodríguez, general Estanislao López, Pascual Echagüe, Julián Segundo de Agüero y Aarón Castellanos.

En 1836 hizo, de perfil, el retrato del general Juan Manuel de Rosas, observándolo durante un *Te Deum* en la Catedral de Buenos Aires, oculto el artista detrás de un pilar del templo. Es posible que Rosas jamás posó para él, y basamos la hipótesis en la carta que casi cuarenta años más tarde — el 20 de febrero de 1872 — escribiera el Restaurador a don Héctor F. Varela, que le solicitara una fotografía para publicarla en un periódico que editaba en París.

«...Siento, señor — escribe Rosas, desde su chacra de Southampton —, no poder enviar a Ud. el retrato bueno mío, que según su apreciable 12 del presente, desearía le mandase para ponerlo en *El Americano*, periódico ilustrado que funda Ud. en París.

«Y le suplico me disculpe, considerando los antecedentes que me lo impiden. Sólo existe una copia del original, que permití hacer sacar a nuestro antiguo y digno amigo el Honorable Sir W. Parish. Por los servicios que le debíamos y atento a distinguidas demostraciones de amistad, no me fué posible, entonces, ha muchos años, negarme.

«Esa copia en miniatura la presentó el mismo Sr. Parish a Encarnación. Actualmente la tiene Manuelita, en Londres. Está de frente. Según las personas que en-

tonces me conocieron, es igual al original, en aquel tiempo.

«La puesta en *Algunos Rasgos de la Vida del Gral. Rosas*, publicados por decreto de la Legislatura de Buenos Aires, 1841, no sé de dónde la tomarían. Dicen algo se parece. No era tan cargado mi uniforme. Es adjunta. La he cortado de uno de esos libros. Deseo a Ud., Sr. D. Héctor, la mejor felicidad y queda suyo atento servidor : *J. M. de Rosas* ».

El hijo mayor de don Florencio Varela, al publicar en *El Americano*, de París (n° 1, marzo 15 de 1872) la carta que antecede, la acompañó de esta nota : « El retrato que acompaña a esta carta, no nos satisface, pues además de haber sido hecho, ahora treinta años, no daría, como lo quisieran los amigos que nos hicieron la indicación, una idea de la fisonomía de tan sombrío personaje. Maniático durante toda su vida, parece que Rosas tiene todavía la manía de no quererse retratar, privándonos, en esta circunstancia, de la oportunidad de poder ofrecer su retrato a las infinitas personas que deseaban conocerlo ».

« El que no tiene paciencia, la logra viniendo a esta tierra, y el que la tiene, la pierde », escribía Pellegrini en uno de sus cuadernos de apuntes.

Era un pertinaz, con la obstinación inteligente de las razas puras, de los temperamentos equilibrados. El mestizo carece de esa cualidad, porque en lo radical de su ser falta una línea definida, intergiversable ; y se ve obligado

a obedecer distintas tendencias, en cuyas mutaciones invierte sus mayores esfuerzos.

Su culto por las ideas e ideales salidos de la Revolución Francesa y dispersados por el mundo, para mayor bien o mal de la humanidad, nunca fué abandonado. Hombre de ciudad, prefirió el campo y el peligro del salvaje, a mezclarse a los odios y pasiones que lo rodeaban.

Había visto en 1834 atacar al gobernador de Buenos Aires, general Viamonte, que aun a los sesenta años se esforzaba por mantener su credo de guerrero de la independencia; el asesinato del sobrino del ministro García, el asalto a la casa del doctor Valentín Gómez — más tarde sabrá del fusilamiento del joven Avelino Viamonte, hijo del ex gobernador —, y comprendió que las pasiones demagógicas acabarían con todo.

¡ Adiós sus planes de fundar una escuela particular de pintura! Los materiales que hizo traer de Europa, así como una colección de láminas y yesos — el *Apolo* del Belvedere y una *Venus* del Palacio de los Médicis — los vendió, en 1834, al gobierno, con destino a la Escuela de dibujo de la Universidad, por la suma de ochocientos pesos, perdiendo en dicha operación, con sus ilusiones, casi todo el capital invertido.

La suba del oro empobrecía a todos. Nuestro ingeniero comprendió que había llegado la hora de emplear sus economías en un valor efectivo, no fugible, y compró una porción de campo en el partido de Cañuelas. Cualesquier otro negocio era desechable. El arte de la tipo-

grafía que aprendiera, durante algunos meses de 1829, junto a Bacle, en su taller de la calle Catedral n° 17, no presentaba porvenir ninguno. ¿Quién podía interesarse, en esas horas, por el gusto y la forma de las publicaciones? ¿Estaba próxima la época de tinieblas, de que le hablara Fragueiro?

A mediados del siglo pasado, el partido de Cañuelas estaba dividido en cinco cuarteles; en jurisdicción del primero se hallaba su planta urbana, pequeña población de doce cuadras cuadradas, donadas, a ese efecto, por un viejo vecino del lugar. Al sur y sudoeste, Cañuelas lindaba con Monte; al oeste y noroeste, con Lobos; al norte y noroeste, con Matanzas, y al sur, con San Vicente. Ocho arroyos principales — Cañuelas, Castro, Pereira, Navarrete, Del Gato, Medina, Parra y Ortega — regaban esas tierras excelentes para la ganadería y la agricultura, muy descuidada entonces y reducida al cultivo del maíz, la cebada y el trigo.

Según el censo de 1854, Cañuelas tenía en esa época una población de 4344 habitantes, de los cuales 174 eran ingleses y 46 franceses.

Después de Caseros y con la devolución a los emigrados políticos de las tierras que les habían sido arrebatadas, la población de la campaña aumentó considerablemente, por lo que es fácil deducir que cuando Pellegrini se radicó, en 1837, en su campo «La Figura», la soledad del paraje debió ser realmente impresionante. Quince

años después de esa instalación, Cañuelas sólo tenía 44 establecimientos agrícolas, diez casas de comercio, de reducido capital, siete hornos de ladrillos y una fábrica de sebo.

Antiguos hacendados como don Ildefonso Zorrilla, Marcos Ponce, Esteban Rams, José Herrera, Pedro Soiza, María Zenona Ocampo, Bruna Castro, etc., llevaban una vida patriarcal, digna de los tiempos bíblicos, viendo multiplicarse y desaparecer sus ganados por pestes o epidemias, que interpretaban, alternativamente, como premios y castigos de Dios.

Cuando Pellegrini pone en práctica en «La Figura» los métodos modernos de crianza y cuidado de la hacienda, que va conociendo a través de revistas especializadas, recibidas de Europa, y que retira de la posta, distante algunas leguas, que salva a caballo, con asombro del correísta que no se explica el interés del extranjero por unos papeles que no estaban «escritos en cristiano»; cuando fabrica una noria, abre canales, cava un aljibe, pone alambrados, construye gallineros y los blanquea — ¡oh enormidad, hacer casas para las gallinas! —; cuando siembra verduras, planta árboles, cura vacas y terneros, extingue la sarna de las ovejas y practica, en fin, todas las faenas rurales hoy en uso, no hace otra cosa que cubrirse de ridículo ante sus vecinos, que descansando bajo el alero, matean tranquilamente.

Al construir rediles y separar las ovejas grandes de las chicas, las de cría de las que no la tienen, la comicidad

sube de grado; buscó con empeño obtener de sus rebaños lana de primera calidad, de largos, abundantes y sedosos vellones, como los que viera en Francia. Persiguió el abrojo, el cardo, las alimañas del campo; las hormigas le restaban algunas horas de sueño, y el vecindario terminó por creer que el nuevo poblador era poco menos que un loco.

Ese gringo, dicen, quiere hacer del campo un patio de estancia. ¡Si será ignorante!

Años después, cuando las pestes y sequías abruman la comarca y se lamentan de esas calamidades, Pellegrini, con tesón de apóstol, les explica que muchos de esos daños pueden atenuarse con una mayor dedicación a la tierra y a los animales. Lo probaba con su ejemplo.

Le escuchaban, pero no le creían...

La vocación desoída implica el abandono del menester intranferible traído al nacer. Las más de las gentes oscilan entre los reclamos de las exigencias íntimas y las del medio. Cohonestar ambas imposiciones, la de dentro y la de fuera, es realizarse con plenitud.

Augusto Ballerini, uno de nuestros «primitivos», copió por propia inspiración, en sus primeros años, *La Auróra* de Guido Reni. Su precocidad no era sino el afloramiento de la vocación, que el pintor simbolizó más tarde en un niño en el atrio de una iglesia, empeñado en reproducir, con un trozo de carbón, el perfil de la *Madona* que acababa de contemplar.

Extinguido el efímero placer de innovar, nuestro poblador de Cañuelas, acaso el primer introductor, en aquellos lugares, de normas y métodos para la más provechosa explotación rural, sentía que esas satisfacciones no colmaban su ánimo, que una secreta angustia le roía; sobre todo al atardecer, cuando regresaban los rebaños y surgían las estrellas. Paliaba el tedio, superior al cansancio muscular, visitando en su estancia de « Los Galpones Chicos », de San Vicente, a su amigo don Juan Harrat, el irlandés admirador de Rivadavia, que después de haber fracasado en una tejeduría de lana, que ensayó con su compatriota Pedro Sheridan, se dedicaba a la obtención de espléndidos ejemplares de merinos.

Otras veces, consagraba sus ocios a leer. Suscriptor de la *Revue Britannique*, seguía atento la marcha de las grandes construcciones que se hacían en el mundo. Al enterarse de los ensayos que se practicaban por entonces para la comunicación interoceánica por el Panamá, su exaltación llega al extremo. Sabía que Humboldt había insinuado, en 1829, a Bolívar, la posibilidad de ese canal, cuya importancia política y comercial lo arrebatava. Además era esa empresa la más atrevida que se intentaba en el Continente.

Euler, Raynal, Buffon, Franklin, Pascal, Chateaubriand, Bernardino de Saint Pierre, Diderot y cien autores más, filósofos y científicos, merecían su preferencia. Sus escritos de la época están salpicados de pensamientos

de Homero, Juvenal, Tácito, Hipócrates, que alterna con los del Dante, Maquiavelo, Mirabeau, el cardenal de Retz, Miguel Angel, Leonardo y Donatello. Escribe en francés e inglés, indistintamente, y un ejemplar de la *History of America*, de Robertson, en la edición de Londres de 1800, está lleno de comentarios marginales. Sus cuadernos contienen páginas de M. de Pradt, Adam Smith y Volney, aliados en una trinidad inseparable, con su menuda y caligráfica letra.

Sea al referirse a sus expediciones por el río Paraná o a la instalación de un horno de ladrillos, encuentra siempre ocasión para intercalar un pensamiento de sus autores admirados.

« ... ¿ Sin las estancias — escribió — qué sería del pueblo argentino ? ¿ Y sin el lazo, qué sería de las estancias ? El lazo es para nosotros lo que la azada para el Brasil y el arado para Chile y Norteamérica. Para perfeccionar este último instrumento se han escrito bibliotecas y ofrecido grandes premios. La industria pastoril es imperfectible en algunos respectos. La argolla del lazo es hoy igual que en los tiempos de Abraham ; invariable como una constelación ; como el doble anillo de Saturno desatendido por los sabios. No nos quejemos ; de ese circulito saldrá, como por encanto, la cinta de acero que nos unirá a la civilización para siempre ».

En Cañuelas recibe, por todos los correos, la *Gaceta Mercantil* y el *Archivo Americano*, publicación esta última en español, francés e inglés, que dirige su amigo Pedro

de Angelis, con quien mantiene una relación más científico-literaria que afectiva.

Desde mediados de 1837, sus ocupaciones rurales le van alejando de Buenos Aires. En la soledad del campo goza de la libertad, cantada en su poema a Rivadavia :

El que planta y custodia la simiente,
Vive tranquilo y feliz cual otro alguno.

« La Figura », que tal fué el nombre que el vecindario puso a su estancia al colocar su dueño en 1841, al frente de la casa, una imagen de la Virgen en elegante hornacina, hallábase cercana a la actual estación Uribelarrea, del F. C. Sud. De su antigua extensión sólo restan 900 hectáreas, pertenecientes hoy al señor Silvano Crotto ; pero en 1888, cuando era de propiedad de don Miguel N. de Uribelarrea, el establecimiento tenía una superficie de dos leguas cuadradas.

En « La Figura » implanta Pellegrini los adelantos e inventos de la agricultura y mejora el balde sin fondo, invención, según él, de un español llamado Lanuse, que consistía « en un cuero de potro sacado entero, sin rajadura longitudinal, trozado transversalmente por el lomo y pescuezo y que semejaba un caño sin costuras ; una de las bocas recibía el agua, la otra la derramaba ». « Hemos imaginado — escribe — un balde de metal para el uso de nuestras estancias. Balde de hierro, cobre o madera, de forma cilíndrica, que se vuelca por sí mismo ».

« Comunicar es fraternizar », anotó el francés, abo-

gando por el aumento de postas y correos ; palabras que traducen su ansiedad por vencer el desierto.

Sus predilecciones por la estadística, en una época en que esa ciencia amanecía, movieronlo a aplaudir esfuerzos encaminados a esclarecer nuestro desarrollo demográfico, industrial y comercial.

Los *Almanques* de Blondel — tan buscados hoy por historiadores y coleccionistas — eran para él « termómetros industriales dignos de ser consultados por los que estudian la marcha de nuestra civilización ».

Con don Vicente López y Planes, afecto a estas disciplinas, como lo fué después su hijo Vicente Fidel, discutía epistolarmente estos problemas. En 1830 había en Buenos Aires, según Pellegrini, 61 abogados y sólo 30 maestros albañiles, 17 agrimensores, 1 mecánico, 1 químico, 3 ingenieros y 18 hojalateros. En un pueblo como éste — era su estribillo — necesitamos artesanos, industriales, técnicos y obreros, que pongan en circulación la riqueza del país. Por ello miró con fastidio la multiplicación de letrados y médicos, y en lo más íntimo de su corazón acariciaba la idea de que sus hijos serían técnicos o industriales ; propulsores de la grandeza material de la República.

Mis hijos — decía — no serán abogados. Bien conocía a los doctores consejeros de Lavalle en la revolución del 1º de diciembre. No ignoraba que el extinguido Cabil- do nunca tuvo más graves conflictos, que cuando predo-

minaron en él los abogados. Era vergonzoso que a orillas de Buenos Aires existieran ilimitadas tierras de pan llevar y se importase de Estados Unidos, Brasil y Chile, el trigo, la yerba mate, el arroz y el azúcar.

Para confeccionar sus cuadros estadísticos, recorría pacientemente *La Gaceta Mercantil* y anotaba los promedios de natalidad y mortalidad de Buenos Aires, en diversos períodos. Esos estudios le servirán veinte años después, para escribir jugosos ensayos en su *Revista del Plata*. Con la estadística de 1838, establece una mortalidad de 2275 personas, cifra numerosa con arreglo a la población de la época, pues las parroquias de Balvanera, San Telmo, Pilar y Concepción, estaban formadas por quintas.

El promedio de vida entre nosotros era muy inferior al del Viejo Mundo. « ¿Por qué esa diferencia ? », se preguntaba. « ¿Cuál es la causa que acorta la vida en el país más sano del orbe ? »

Por ese tiempo morían millares de niños a causa del mal de los siete días ; especie de tétano proveniente de la inflamación umbilical. De cien niños fallecían 33, antes de cumplir un año.

En 1853, comprueba que en Europa era más barato alimentar a un hombre con pan que con carne y que en nuestro país, el primero de estos productos valía diez veces más que el segundo. Hace un cómputo del consumo cárneo en las distintas naciones y sostiene que un habitante de Francia come diez libras de dicho alimento por

año ; un inglés, treinta ; un porteño, quinientas y dos mil el hombre de nuestra campaña.

Acriollado fundamentalmente, predica el consumo intensivo de la carne en la alimentación humana. Ha visto en nuestras llanuras magníficos ejemplares de domadores, reseros y pastores, que sólo viven de carne. « Si viviera Bernardino de Saint Pierre — expresa con gracia muy francesa — le diríamos : señor utopista, observe Ud. las gentes de Buenos Aires, analice el cerebro de sus niños y sonrójese de sus aforismos en favor del sistema vegetariano ».

« ... un patriota europeo emigrado a estos países — sentenció Sarmiento — se conservará patriota *activo* mientras no tenga fortuna, propiedad territorial ni hijos ; pero conquistado lo uno y lo otro, los hijos absorben al padre y se suplantán en sus afecciones ».

Ese fué el proceso espiritual de Pellegrini. A su arribo al Plata, ¿ recordáis la correspondencia a sus hermanos ? , su propósito era reunir una fortuna y volver a su Saboya bienamada. Pero el 18 de mayo de 1841, cortando las últimas amarras de su pasado europeo, contrajo matrimonio con doña María Bevans, hija de Mr. James Bevans y de doña Priscilla Bright. Fueron padrinos de este casamiento — celebrado en la iglesia del Socorro, previa dispensa por diversidad de credos, otorgada por el obispo don Mariano Medrano y Cabrera — el barón Picolet d'Hermillon, cónsul de Cerdeña, gran simpatizante de la causa unitaria, y la madre de la novia. Meses antes ha-

bía fallecido doña Margarita Berthet, su progenitora, y esta pérdida decidió su destino.

Entre los papeles del ovejero de Cañuelas, no hemos encontrado ninguna correspondencia con sus hermanos, posterior a esa fecha.

«...se había identificado tanto con la sociedad y los intereses argentinos — afirmó Estanislao S. Zeballos, en *Tiempos que fueron* — que cuando Thiers habló en la Cámara francesa en 1848 sobre la cuestión del Río de la Plata, y dijo *nuestra colonia de Montevideo*, Pellegrini, indignado por lo que consideraba un vejamen, escribió una sátira inspirándose en el ñandubay».

«Fue ese curioso árbol — recordó entonces — que me sugirió la idea de satirizar la indiscreción de las palabras de M. Thiers, con las que perdió a sus connacionales, alarmó al Brasil, a la Confederación, y sobre todo a Inglaterra».

Tan arraigado se hallaba a nuestro país, que al encargarse en 1855 de la obra del Teatro Colón, como se le insinuara la necesidad de un viaje a Europa para tomar contacto con los adelantos arquitectónicos, respondió que lo consideraba innecesario, pues con libros y revistas lo supliría. Pudo hacer el viaje en un cómodo vapor, sin las peripecias del bergantín que lo trajera al Plata, pero las raíces que lo ataban a esta tierra, le impidieron moverse.

El gringo de 1828 se había argentinizado hasta el tuétano.



IX

LA CATEDRAL. PLAZA DE LA VICTORIA, COSTADO NORTE (1829).

Acuarela de C. E. Pellegrini. (Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires).

En *The British Packet and Argentine News*, que leyó desde su llegada al país hasta fines de 1856 en que desapareció esa hoja, que se publicaba los sábados, encontró un día de 1840, hallándose en Buenos Aires, un aviso ofreciendo la venta de un teodolito, instrumento que deseaba adquirir desde mucho atrás. Con el fin de comprarlo, se dirigió a la quinta que doña Priscilla Bright, viuda de Bevans, ocupaba en las inmediaciones del Socorro y que era precisamente la dueña del teodolito anunciado en el periódico.

Mientras cruzaba don Carlos Enrique la antigua Plaza de Armas (hoy San Martín) halló a su paso una jovencita rubia y blanca, de cabello suelto y hermosos ojos celestes, vestido claro y andar elegante, que iba chupando un limón. El artista sintió en el acto la sugestión del encuentro y se detuvo a contemplar a la joven, en tanto se alejaba.

¡ Cuál no sería su sorpresa al ver entrar de improviso, en la sala de la señora Bevans, a la jovencita del limón !

— ¿ Con que esa niña había sido hija de usted ? — inquirió el ingeniero, mientras envolvía el teodolito.

— Sí, señor, respondió la viuda. Su padre fué el primer proyectista del puerto de la ciudad.

— ¡ Qué rara coincidencia ! — exclamó. Yo también fui contratado por el gobierno para dirigir esa obra.

La conversación medida y ceremoniosa de los primeros instantes, se convirtió pronto en plática cordial. El saboyano no dejaba de mirar a María, que por entonces contaba 17 años.

Después de algunas visitas a la casa, pretextando interesarse por las tareas de Bevans en el Departamento de Ingenieros, admirando la honorabilidad de la familia, pidió a doña Priscilla la mano de su hija.

El novio tenía 40 años, pero una salud de hierro y el excelente carácter que proporcionan las costumbres morigeradas y la permanencia en el campo, lo hacían mucho más joven.

La pareja se instaló en Buenos Aires, en la calle Cangallo n° 37 — la misma donde naciera María, pero cuadra y media más al oeste — en el lugar que ocupó hasta hace pocos años el Banco de Galicia y hoy se halla un comercio de librería.

Un hombre de las calidades suyas, apremiado de acción generosa y bien público, no podía limitar su horizonte a las tareas de la explotación rural.

« La Figura » estaba en plena actividad y su propietario buscaba alternar esas labores con la de alguna empresa en Buenos Aires, en mayor consonancia con sus inclinaciones. Además ¿ cómo iba a sepultar a su joven esposa en la soledad del campo ? ¿ No existiría el medio de vivir en la ciudad sin abandonar Cañuelas ?

Poco demoró en hallarlo. Una semana después de su matrimonio, celebraba contrato con don Luis Aldao, obligándose éste por el término de un año « a cubrir con su licencia de impresor litográfico y bajo su responsabilidad legal », las obras que saliesen de la Litografía de las Artes, propiedad de Pellegrini. El señor Aldao « de-

bía llevar los libros del negocio con toda exactitud » y su socio le abonaría un sueldo mensual de doscientos cincuenta pesos moneda corriente, y la tercera parte de las ganancias que se obtuvieran por los trabajos que proporcionase al establecimiento. Firman el documento, de fecha 25 de mayo de 1841, los contratantes y los testigos Eugenio Canandi (pintor) y Juan H. Pegels.

Los socios no marcharon largo tiempo de acuerdo y la sociedad se disolvió antes del año. « ...La Litografía de las Artes — escribió Pradère en su conocida *Iconografía de Rosas* — fué un establecimiento prestigioso, que con sus trabajos siempre celebrados y correctos, cumplía una misión de cultura y dignificaba las artes gráficas ». En ese taller imprimió Pellegrini en 1841, su álbum *Recuerdos del Río de la Plata*, firmado con las iniciales C. E. P. y que contiene veinte reproducciones de vistas y escenas del país, sin texto explicativo. Este álbum ofrece la particularidad de dos ediciones con láminas sobre idénticos temas que difieren entre sí en detalles que advierte el observador minucioso. En 1910, la Comisión Nacional del Centenario reprodujo dicho álbum, que es hoy, también, una rara pieza bibliográfica.

Cuando los unitarios de Montevideo echaron mano del asesinato político, desengañados de conseguir con su prédica la insurrección general del país contra Rosas, y envían a éste, cual simulado obsequio, una máquina infernal que no estalló por lo defectuosa, nuestro ingeniero fué comi-

láminas de que se componía, una hoja presupuestando los gastos de impresión. Siento que este Sr. se niegue, también, a darme esta declaración por escrito ».

Ofrecía, por último, la declaración de don Antonio Dunoyer, cónsul de Cerdeña; la del señor Gilbert, de la casa Hallet, que imprimiera el texto; la del señor Aldao, su socio en la « Litografía de las Artes »; la de Pelvilain, comprador de las piedras litográficas grabadas, vendidas al liquidar el negocio y que Pelvilain borró para utilizarlas de nuevo. Por fin, ahí estaba el original de la *Descripción*, corregido de puño y letra de Rosas.

Nada consiguió, sin embargo, sino convencerse que su abstención de la política y la estada en Cañuelas, le habían librado de mayores penurias.

Los veinte mil merinos de « La Figura » se reproducían pacíficamente y el trabajo que demandaban exigía pocos meses de labor al año.

La sociedad que proyectara su dueño con su hermano Joseph, a quien quiso hacer su agente en Francia, para la venta en aquel país de los productos de su establecimiento y los que acopiase, no tuvo resultado; las alteraciones del bloqueo anglo-francés dificultaban toda suerte de negocios de exportación.

Don Carlos Enrique no deseaba dejar sola en Buenos Aires a su mujer, madre de Julia Delfina, su primera hija, nacida el 23 de febrero de 1843 y para ello debía reducir la atención personal que prestaba a la estancia.

Su hijo Carlos, en la conferencia que dió en el Príncipe George Hall, el 28 de noviembre de 1905 — ocho meses antes de morir — sobre *Los británicos en la Argentina*, recordó una anécdota de su padre, aclaratoria de este propósito. « Un día — dijo — allá por 1845, apareció en la estancia de mi padre, en Cañuelas, un irlandés joven y vigoroso, rendido de fatiga. Contó brevemente su historia; era marinero de un buque de guerra, había desertado porque quería trabajar en este país y hecho el camino a pie desde la ciudad hasta la estancia, donde unos compatriotas le habían asegurado encontraría empleo. Quería cuidar ovejas. Se le confió una pequeña majada y se le acordó un pequeño sueldo, prometiéndosele que de cada tres corderos que se salvaran, le pertenecería uno. Para relatar sus afanes y empeños en el nuevo oficio, bastará decir que, cuando había temporal y corrían peligro, todos los corderos encontraban refugio en el humilde rancho, bien cuidados y abrigados, mientras el pastor dormía bajo el alero. Con estos cuidados, no es de extrañar que un día anunciara a mi padre que ya tenía una majadita propia y había resuelto arrendar un campo, cerca de Mercedes, para establecerse solo. El irlandés partió con sus ovejas y pasaron los años sin noticias sobre él. Un día, quince años después, allá por 1860, los diarios anunciaron como hecho extraordinario que un carnero « Negrette », importado, había sido vendido por la enorme suma de cuarenta mil pesos moneda corriente y que el comprador era irlandés. Muchos crio-

llos sonrieron y algunos llegaron a sospechar que nuestro hombre había tomado, la mañana antes de ir al remate. Mi padre tuvo la curiosidad de conocer al comprador y halló a su antiguo marinero convertido en gran y progresista criador, dueño de las mejores majadas de la provincia ».

Al regresar un día de Cañuelas, encuentra a su mujer con los dolores preliminares del segundo alumbramiento.

¿Será mujer, será varón?, se pregunta anhelante. ¡ Oh, si fuese varón ! Continuaría la obra que no pude hacer. Lo educaría yo mismo. Con mi experiencia le evitaré los tropiezos que sufrí. ¡ Será ingeniero ! ¡ Será constructor ! Hombres de obras y no de palabras necesita el país. Se llamará Carlos Enrique, como yo, y además José, como mi hermano menor, al que haré padrino por interposición persona.

Mi hijo será el mejor proyecto, la mejor obra de mis días ! Le enseñaré a leer ; escogiéndole los libros no perderá tiempo ante páginas inútiles.

Intuía que un niño que lee está desarrollando un insospechado sentido de la vida ; abriendo una nueva fuente de energía. Que leer es conversar consigo mismo y con los mejores hombres de la humanidad. Organizar las propias ideas, conocer mejor el camino y ser útil. Que los grandes libros no envejecen nunca, puesto que tienen palabras nuevas para cada generación.

Un quejido de la madre, lo vuelve a la realidad.

— ¿ Varón ? — pregunta a la comadrona.

— Sí — contesta, mientras desaparece en la habitación contigua.

Don Carlos Enrique tiene 46 años. Alguna vez había desesperado de gozar la felicidad que experimenta, y sus grandes ojos azules, habitualmente serenos, vense de pronto, sin que pueda evitarlo, constelados de lágrimas.

Esto ocurría el 11 de octubre de 1846.

Desde 1845, el conflicto del bloqueo anglo-francés tornaba cada vez más difícil, como hemos dicho, la salida de los frutos del país. Numerosos fardos de lana, cueros y cerda se apilaban en los galpones de « La Figura ». En marzo de 1847, dando nuevos giros a sus negocios, hace un convenio con don Antonio Dunoyer, de la firma Dunoyer, Mosca y Vanni; por el que amplía el área de su campo dedicado a la agricultura — trigo y papas — cuya semilla y capital necesarios aportará Dunoyer, encargado de colocar ambos productos en Buenos Aires.

La sociedad giró hasta fines de 1849, disolviéndose porque los gastos eran iguales a las ganancias.

Durante los años 1847 a 1849, nuestro agricultor llena sus cuadernos con pensamientos propios y ajenos y escribe hermosas páginas que revelan un conocedor agudo del país y un sagaz pensador.

He aquí algunas :

« Del mismo modo que es difícil a los individuos conocerse perfectamente a sí mismos, tanto en lo moral como en lo físico, es casi imposible a una nación, apreciarse debidamente. Todo juicio debe formarse por comparación. ¿Cómo sabrá un pueblo que es pobre y primitivo, si en su educación no ha aprendido a conocer a otros pueblos industriales, ricos y organizados? »

« La provincia de Buenos Aires, se distingue de las demás regiones por una estructura física singular y una organización social peculiar.

« El criollo que no haya viajado o instruídose por la lectura y las ilustraciones gráficas, creará que lo que ve, el orden que palpa, los hábitos, los procedimientos, las invasiones de indios, las revueltas civiles, son el pan bendito de la tierra, lo que precisa y fatalmente debe ser; y no sabrá dar un paso para remediar los males que sufre.

« Francia, por no conocerse bastante a sí misma, ha sufrido terribles desengaños ».

« La diferencia tan enorme que se nota en nuestra provincia, entre los salarios de un jornalero del campo y uno de la ciudad, se comprende fácilmente al reflexionar en que: 1° Hay una demanda de brazos considerablemente mayor en los pueblos que en la campaña, pues los productos de ésta van a capitalizarse en aquéllos y ninguna construcción ni mejora agrícola se emprende en las estancias o, al menos, nada en comparación de la

riqueza que ellas mismas producen. 2° El gusto a la ociosidad, producido por la dulzura del clima, por la facilidad de alimentarse, por las innumerables fiestas religiosas y civiles, que ordena el gobierno o establecen las costumbres, hace que el artesano exija por los días de semana que trabaja, lo necesario para subsistir en éstos y durante los días en que holgazanea y se divierte ».

« El que vió la Iglesia de San Francisco antes del año 35 y la ve hoy día, exclama involuntariamente: *¡ Quam mutatum ab illo!* San Francisco era la más hermosa de las Iglesias de Buenos Aires. Adentro como afuera, todo era elegante. Una nave majestuosa ostentaba proporciones atrevidas; vinieron las llaves y los estribos de hierro, para precavernos de una pretendida catástrofe.

« Una loza pintada, que revestía los techos de los campanarios, hermoseaba con su lustre y matices la coronación de la fachada. Vino el arquitecto y la cal de La Bajada y adiós mi porcelana, mis flores y mis amores! ¿Qué razón se nos dió de esta segregación? Ninguna; ni siquiera un pretexto. Cuando Dionisio quitó a la estatua de Júpiter Olímpico la manta de oro macizo, para ponerle otra de madera dorada, se justificaba — bien o mal — diciendo que el oro era muy frío en invierno y muy pesado en verano; pero los restauradores del templo, ningún pretexto han ofrecido ».

« Mejor es no tener catedráticos, que tenerlos mediocres. Para tenerlos buenos, hay que pagarlos liberalmente y si no los hay en el país, se traerán con fuertes emolumentos y distinciones. Hay que desarrollar con generosidad la instrucción primaria, cuyos límites lleguen a la profusión; y fomentar las escuelas particulares, mediante premios, medallas y otras recompensas, distribuidas por mano de la autoridad; tanto a maestros como a los alumnos que se destaquen, sea cual fuere su sexo, edad, religión y nacionalidad ».

« La Iglesia unitaria de Baltimore, es una gran obra de elegancia y simplicidad. La tolerancia de cultos existe en Buenos Aires; ¿pero, qué dirían los federales, si se instalase una filial de dicha iglesia unitaria? »

« Por más perfecta que sea una institución, no debe ser imitada sino en circunstancias iguales a las que presidieron su creación. En circunstancias diferentes, no puede servir más que para enseñarnos a proporcionar y combinar los medios a un fin determinado.

« El estadista se portará como el buen arquitecto, que lejos de tomar en la naturaleza un modelo que le libre de toda reflexión y esfuerzo, sólo la estudia y consulta en su admirable relación y armonía de causa y efecto ».

« Para dictar leyes a un país, hay que conocer bien sus hábitos, sus usos, prejuicios, maneras de ser y la

naturaleza de su suelo y de su clima; de modo que la ley sea una armonía aplicada en el juego de todos esos elementos.

« Rivadavia no conoció su país tal vez más allá de San José de Flores, y sus sucesores, no conocieron otra ley que la del sable ».

« ¿ La esclavitud se perpetuará en la América del Sur? ¿ Hallará refugio en nuestra República? Horroriza leer diariamente, en nuestras gacetas, esas abominables transacciones que rompen los vínculos de la naturaleza; arrancan los hijos a la madre, separan el marido de su esposa, el hermano de su hermana, el desgraciado de los amigos a quienes unía, al menos, la misma cadena.

« Sensibles y generosos porteños: vosotros que nunca habéis desatendido el grito de la humanidad, borrad de vuestros códigos, ese renglón que la ultraja! »

« Muchas naciones para mejorar su suerte política, tienen que pasar horrendas convulsiones. Cuanto más duras éstas, máspreciado el resultado.

« El comercio de estas Américas era un edificio caprichoso, informe, que en el día de la tempestad debió caer, sepultando bajo sus escombros, a sus imprudentes moradores.

« Ya cesó el derrumbe; no habrá más víctimas y el sitio de esa fortaleza será ocupado por un edificio sólido

y hermoso, cuyo arquitecto es la libertad y, sus obreros, los hombres todos del Universo ».

En este jocoso terceto sintetiza, nuestro ingeniero, la evolución económica de algunos argentinos :

Tu abuelo pulpero,
Tu hijo caballero,
Tu nieto pordiosero...

« La verdad es que con el moderno principio del *laissez faire* perecerá, necesariamente, el germen de las más interesantes industrias que todavía se conservan en algunas provincias interiores. Acá como allá, la mujer del cristiano, la amiga del hombre civilizado, va olvidando su tradicional sabiduría y quedará en estimación, goces y talentos, muy atrás de la mujer aborigen, que no abandona su arte de tejer diestramente ».

« Una máquina inglesa a vapor, de un caballo de fuerza, muele, en 24 horas, 1200 kilos de trigo, es decir, doce fanegas. Una tahona de Buenos Aires, servida, alternativamente, por tres mulas, muele en igual tiempo, cuatro fanegas del cereal. De donde resulta que un caballo de vapor muele, en 24 horas, lo que doce mulas en un molino de Buenos Aires ».

« La historia demuestra que la agregación de provincias extrañas a un grande Imperio, no perjudica su prosperidad, cuando el Imperio se halla sólidamente constituido por la fuerza o el derecho.



X

EL CABILDO. PLAZA DE LA VICTORIA, COSTADO OESTE (1829).

Acuarela de C. E. Pellegrini. (Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires).

« Las grandes monarquías, antiguas y modernas, son un testimonio de esta verdad. Sin embargo, un Imperio fundado sobre la conquista, ligado por la fuerza, prospera y dura menos que el resultante de la convicción y la libre voluntad de los pueblos que lo integran ; de la identidad de los intereses mercantiles y políticos.

« La población francesa de la Louisiana, la alemana de Filadelfia, la holandesa de New York, no han sido un estorbo para la marcha armónica y próspera de la gran federación anglo-americana.

« La industria y la libertad, he ahí el fundente que hizo, de estos elementos heterogéneos, una masa indisoluble.

« Introduzcámoslo, pues, entre nosotros ; protejamos las artes ; perfeccionemos y liberalicemos nuestras leyes e instituciones políticas, y nada tendremos que recelar de ver establecerse en el corazón mismo de la República, colonias enteras de ingleses y franceses, alemanes e italianos. Es evidente que, siendo más numerosas y diversas esas colonias, más garantía de seguridad y preponderancia tendría la población española, preexistente. Al cabo de dos generaciones, todos hablaríamos una misma lengua, y no se distinguiría entre nosotros y ellos, cuáles amarían más a esta tierra.

« Es preciso que nos guardemos contra los pusilánimes y las sugerencias de un patriotismo poco ilustrado, mezquino y envidioso.

« Si nuestra población continúa estando estacionaria

o creciendo lentamente, podrá llegar un día que nos veamos presa de los indios o negros del Brasil.

« ¡ Ah! ¡ Si Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay, Banda Oriental y el Río Grande, formasen un solo Imperio! ¡ Cuántos recursos! ¡ Qué espectáculo! ¡ Chile y Buenos Aires unidos, emularían a Boston y Virginia! He aquí un Estado, al que la federación daría vida, formando un hermoso juego con la América del Norte ».

« El viento pampero, viento de tierra o del sudoeste, reúne la sequedad a la frescura. Bien diferente de la mayor parte de los vientos de Europa, de ese « siroco », cuyo aliento ardiente endurece la piel y enrojece las plantas; el pampero vigoriza, por el contrario, las fuentes de la vida e inspira al alma una confianza y alegría, productoras de acciones nobles y generosas.

« No hay extranjero que no se admire de la prontitud con que los cadáveres se secan bajo su influencia. Partiendo de las regiones australes y andinas, aumenta gradualmente de temperatura durante su carrera hacia el litoral del Río de la Plata, y se hace por esto, capaz de absorber, con avidez siempre creciente, la humedad que encuentra en el paisaje. El territorio esencialmente seco que recorre, lejos de poder saturarlo, lo despoja frecuentemente de su propia humedad, por la acción de las eflorescencias salinas.

« ... Con su velocidad, el « pampero » puede llegar de la Araucanía a la capital de Buenos Aires, en quince

horas de tiempo. La teoría enseña, que al cabo de ese trayecto, su temperatura ha aumentado veinte grados. Esto sucede algunas veces en verano. Lo que la experiencia enseña es que, a orillas del Plata, la carne expuesta al aire y al sol es, en ocasiones, completamente desecada en 24 horas. Ninguna parte, pues, más favorecida para la preparación, en grande, de carnes saladas, cuyo agente conservador abunda en las costas de la Patagonia. Sin embargo, el establecimiento de los saladeros en la provincia de Buenos Aires, data únicamente de 1816, época en la cual un inglés, Mr. Stapple, Cónsul de S. M. B., asociado de don Pedro Trápani, natural de Montevideo, fué el primero que estableció uno, en el puerto de la Ensenada de Barragán. Desde entonces, se multiplicaron alrededor de Buenos Aires, sobre las orillas del Uruguay, del Paraná y penetraron hasta Corrientes; al punto que el año antes del bloqueo francés, se despacharon para la Habana y el Brasil, miles de quintales de carne de buey salada, del puerto de Buenos Aires.

« Los progresos industriales son rápidos, y preparan al país un porvenir de brillante opulencia. Ya en 1830, don Juan Larrea — nombre caro a la Independencia americana — presentó, ayudado por un químico francés, M. Cambaceres, el ejemplo de nuevas mejoras en la explotación de los productos animales de la Provincia, con el auxilio de fundiciones a vapor, que utilizaban grasas hasta entonces abandonadas ».

« La carreta es en las Provincias del Plata, a la vez que un vehículo para el comercio, una fortificación para la guerra y una habitación para la pobreza. Con el auxilio de una hilera de estas carretas, cuyas maderas, pesadas y macizas, constituyen sólido baluarte, los cuerpos del ejército se ponen al abrigo de las sorpresas y se atrincheran contra las cargas de una caballería audaz. Desatando las ataduras que fijan la carreta sobre su eje y poniéndola en tierra, es cómo el paisano la convierte, en caso necesario, en una cabaña. Pero, como medio de transporte, son muy de considerar sus servicios. La invariable originalidad de su forma y su destino, sobremanera adaptadas a las circunstancias locales, hacen de ella, por lo demás, un rasgo pintoresco propio para caracterizar el país.

« Su capacidad es de diez varas cúbicas. Se puede ver por el detalle de sus dimensiones, tomadas sobre un modelo del Tucumán, provincia en que se construyen las mejores, que ella es excesivamente estrecha con respecto a su largo.

« Para responder a las necesidades de la localidad es necesario que las ruedas de este vehículo sean elevadas; pues las carretas deben atravesar las corrientes de agua sin mojar la carga que llevan y zafarse de esos profundos lodazales, célebres bajo el nombre de pantanos.

« Por sí solas estas carretas forman un artículo de comercio bastante interesante para las ciudades de Tucumán y de Santiago, que las fabrican; pues todas las estancias de la rica y grande provincia de Buenos Aires,

están provistas de cierto número de estos grandes carruajes, para efectuar sus propios transportes. Estos se hacen, también, en carretas más pequeñas, llamadas de *media carga*, que equivale, más o menos, a 75 arrobas o sean 862 kilos.

« Dificil sería creer, que un peso tal pueda gravitar sobre ruedas privadas de toda partícula de hierro y hacer viajes de muchos cientos de leguas. Tal la superioridad de las maderas empleadas en la construcción, y la suavidad de los caminos que recorren; pasando muchos años sin que necesiten reparación alguna ».

« ¿ Qué inconveniente puede haber en que circulen en Buenos Aires, como moneda metálica, otros cuños que la onza patria? ¿ Por qué lo resistiría el comercio? ¿ En qué se fundaría su resistencia? »

« ¿ La persona que negocia en metálico es, acaso, cualquier hombre del pueblo, que no puede comprender ni familiarizarse sino con lo que la rutina le enseñó desde su infancia? ¿ Qué inconveniente hay, sobre todo, que corra en un país, que no sella sino papel y reales de cobre, el Napoleón, el soberano inglés, el águila norteamericana y el cóndor de Chile? »

« ¿ Acaso estas monedas ofrecen menor garantía de peso exacto, de buena fe en la liga, de ciencia y escrupulosidad en la fabricación, que las acuñadas en nuestras Republicuetas, en países que recién nacen a la industria, expuestos a todos los desórdenes adminis-

utilidad ; es tiempo de cubrir tus puertos con magníficas ciudades y de fecundar tu estéril belleza ».

Le combat d'Obligado, dédié a l'auteur de L'Hymne National, par Un berger de la Plata. Imprimerie de la *Gaceta Mercantil*. Buenos Ayres, 1848, que tal es el título del poema de Pellegrini — rarísimo de encontrar en las bibliotecas — no acercó más ni distanció menos a su autor del gobierno. A la justeza descriptiva de la primera estrofa sigue el elogio, más retórico que sincero, de las fuerzas argentinas y del general Rosas, pero éste tal vez jamás leyó esa composición y sólo tuvo noticias de ella, por de Angelis y don Vicente López y Planes.

La llegada a Buenos Aires, en 1847, del conde Alejandro Walewski, enviado de Luis Felipe, Rey de Francia, ante el Gobernador de Buenos Aires, para solucionar juntamente con Lord Howden, representante de la Reina Victoria de Inglaterra, los conflictos del Plata, agitaron los dormidos sentimientos patrióticos del francés. Su amistad con el cónsul de Cerdeña, barón Picolet d'Hermillon, padrino de su boda, hizo posible su acercamiento a Walewski, quien lo trató con afecto, así como su joven esposa, una florentina de 22 años, descendiente de Maquiavelo.

Alejandro Colonna, conde Walewski, era hijo de la condesa polaca María Walewska y de Napoleón I, y aun cuando evitaba recordar tal origen, su gran parecido físico con el Corso — que nunca dejó de interesarse por él, todavía después de nacido el Rey de Roma — tornábalo un

personaje cautivante y sugestivo. Revolucionario en Polonia, militar en Argelia, autor dramático y periodista en París — donde tuvo amores con la Rachel — el más tarde ministro de Relaciones Exteriores de su primo hermano Napoleón III, poseía sobrados atractivos para despertar en don Carlos Enrique un reverente afecto, juzgado con dureza por Rosas, quien, como se sabe, no se entendió con el enviado francés, el cual por su parte trató con frialdad al Restaurador ; conducta ésta distinta de la del representante inglés, Lord Howden, que, según la tradición, se enamoró de Manuelita.

La muerte en Buenos Aires de la condesa Isabel Walewska, hija del enviado francés y póstuma nieta argentina de Napoleón, hizo más estrecha la amistad de nuestro ingeniero con el conde Walewski, pero, ¿ traicionó aquél su amor a la patria adoptiva ? Su conducta posterior prueba lo contrario. En el caso referido, buscó de ilustrar al brillante huésped sobre las modalidades del país y su gobierno, ya que la terminación del bloqueo favorecía a sus intereses.

Si a esta actitud de Pellegrini añadimos la « circunstancia que referiré a Ud., si gusta », como dice a Terrero en su carta del 18 de julio de 1853, tendremos configurada su situación ante Rosas.

« ¡ Oh, Buenos Aires, el gran país de la tierra ! », exclamó, en rueda de damas, el diplomático inglés Mr. Henry Southern, refiriéndose graciosamente a las célebres polvaredas de las calles de Buenos Aires.

¡ Oh, Buenos Aires, gran país de la incompreensión !,

pudo parafrasear Pellegrini, ante los injustificados recelos de que era objeto.

Para resistir al ejército de Urquiza, Rosas echó mano de todas las caballadas particulares de la provincia. De « La Figura » fueron requisados cien animales, por lo que su dueño gestionó, después de Caseros, ante el jefe de policía de Buenos Aires, don Manuel José de Guerrico, la indemnización correspondiente.

Guerrico ofició al juez de paz de San Vicente ordenándole entregase a nuestro estanciero cien caballos de los pertenecientes al Estado. « ... le ruego — escribió Pellegrini a don Francisco López Seco, que tal era el nombre del juez — me mande caballos que sirvan y me saquen del apuro en que me encuentro desde que me ha dejado a pie el ex-tirano de Buenos Aires ».

López Seco contestó que no podía dar cumplimiento a la orden « por no existir actualmente más caballos en el Partido », lamentando haberla recibido tan tarde, pues, de no ser así, « habría tenido ocasión de servirle con sumo placer ».

La victoria de Caseros significó, pues, para Pellegrini, la pérdida de cien caballos, pero también la conquista de algo que había anhelado secretamente muchos años: la libertad política y social.

Después de Caseros, también él volvió del destierro; del destierro de la pampa, donde había aprendido funda-



XI

RECOVA VIEJA. PLAZA DE LA VICTORIA, COSTADO ESTE (1829).

Acuarela de C. E. Pellegrini.

(Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires).

mentales realidades argentinas. Por eso el grupo dirigente lo recibió como a uno de los propios; no había esterilizado su juventud en la guerra contra la tiranía ni en la política de Montevideo. Como don Vicente López y Planes y Dalmacio Vélez Sársfield, que vivieron durante ese período en Buenos Aires, Pellegrini se sumó a la causa de la libertad. En el fondo, resultaba más americano que muchos emigrados. Había auscultado las modalidades del alma popular, el porvenir y la riqueza del país. Algunos de los proscriptos seguían viendo sin ver; interpretándolo todo al través de teorías políticas y filosóficas de Europa, inaceptables en nuestro medio. Eran extranjerizantes por reacción ante la barbarie original de la tierra y no se puede comprender aquello que se desprecia.

Lo primero que se le ocurrió a Pellegrini fué fundar una revista que llama *Revista del Plata*, declarando paladinamente en su primer número, que estaba « destinada a llevar al exterior un conocimiento exacto de estos países en cuanto a su comercio, fábricas y agricultura; en una palabra, a cuanto tenga relación con su riqueza y economía administrativa. Es notoria — observa — la poca afición de nuestra juventud por los estudios serios de las matemáticas, arquitectura, ciencias naturales, química, etc. y las escasísimas notabilidades que tenemos en este género; circunstancia que proviene del empeño de un hombre en viciar nuestra educación, vilipendiar estos estudios; cuya circunstancia, entretanto, pone y pondrá por mucho tiempo en conflicto a la autoridad, cada vez

que trate de realizar alguna empresa económica de magnitud, algún gran plan de progreso industrial. Esta Revista tiene por objeto el adelanto material de los pueblos del Río de la Plata y muy especialmente, el de Buenos Aires. De política y literatura sólo relatará lo necesario, para tener al corriente a sus lectores de lo más notable que en ellas ocurra ».

El fundador, propietario, director, ilustrador y redactor único de la *Revista del Plata* prefiere, confiesa, « el lenguaje poco prestigioso pero benéfico de la razón calculadora e inventiva, que más que nunca nos conviene oponer a las seducciones de la gloria militar y de la poesía legislativa ».

« La industria — afirma — cuenta con héroes y revoluciones. ¿ Por qué no ha de tener anales, que inmortalicen a unos y a otras ? ».

En 1840 don Claudio Stegmann trajo al país, desde Altona, doce ovejas y dos carneros merinos, que le costaron 2000 pesos fuertes. ¿ Harrat, Sheridan, y tantos olvidados propulsores, no merecían un recuerdo ?

Recorre las calles de la ciudad y su desazón aumenta, a medida que se aproxima a los suburbios. « Por todas partes vemos — apunta — estampado el sello de la dictadura ; ese profundo y sistematizado desprecio a la ciencia, a las artes, a la imitación de lo bueno. La Biblioteca pública muestra un lote enorme de libros apolillados ; los archivos administrativos, el mayor abandono ». Un Matadero, en el centro de la ciudad, le sugiere estas líneas : « Sobre una

playa ennegrecida por un mar de sangre desecada, levántanse, de un lado el corral en que las víctimas esperan su suerte ; del otro, el convoy que repartirá sus despojos. Ábrese la puerta ; todos están en su puesto ; el enlazador y los pialadores arrimados a las bestias ; el desjarretador, medio desnudo como el gladiador entre los romanos, cruzando alerta la arena, esgrimiendo un puñal ; las « achureras » en el fondo del cuarto, celando a los cerdos, sus rivales. Cayó, por fin, el lazo sobre una cabeza... ¡ pobre animal ! Esos cuernos que debieron defenderle, le entregan al verdugo. Aquí empieza una escena de horror y piedad. El novillo embravecido sale ciego del recinto. Cree haber recuperado su libertad, mas el lazo doblando su musculoso pescuezo, lo derriba por el efecto mismo de la violencia. Esta vez sus bramidos se pierden en la risa y algazara de los sacrificadores. Levántase el animal e inmóvil ante su enemigo, medita la huída o un ataque desesperado. Ni tiempo le dan para ello ; tras él ha venido, cautelosa y furtivamente, su mayor enemigo a trozarle los tendones de las patas. ¡ Qué aullar doloroso ! ¡ Qué espectáculo horrendo ese caminar sobre la punta de los muslos, ese par de tibias golpeando la tierra como un lúgubre tambor, y llenando los aires de una sorda y salvaje armonía !

« Gracias a Dios, el mártir exhausto de cansancio, empapado de su sangre, se resigna y recibe la muerte de la mano misma que traidoramente lo acaricia ».

¡ Admirable estampa del viejo Buenos Aires, hecha por un economista, que gozaba del favor de las Musas !

El espectáculo del Riachuelo con sus aguas quietas y pútridas, le merece severas censuras. La grasitud de las aguas, el paisaje circundante, hacen todavía actuales las palabras de un escritor nuestro : las orillas de los ríos son comúnmente el punto de reunión de las personas pulcras y de las que no lo son. Las primeras buscan el agua para el aseo de sus casas y las segundas las persiguen para ensuciarlas con los despojos de sus viviendas.

« Aquí vivo pobre, pero no quiero llamarme desgraciado », escribía el general José María Paz, desde Río de Janeiro, en octubre del 49, a su amigo Domingo de Oro.

Aquí vivo consumiéndome en proyectos, sin poderlos realizar ; podía haber exclamado Pellegrini, mientras ambulaba por Buenos Aires, suscitando iniciativas y entusiasmos.

¿ Al dejar sus menesteres de ovejero, pensó en volver a su antigua labor de retratista ?

Un recorrido por la ciudad, debió persuadirle lo inútil de su empeño. Además, la mano ágil veinte años antes para el manejo del lápiz, se había entorpecido un poco por las tareas del campo. Los ojos, penetrantes otrora, ¿ le aseguraban la captación del parecido, razón de sus triunfos ?

Con el sentido sutil que tienen de las cosas las gentes que han padecido muchos reveses, comprendió, también, que el gusto público se había orientado hacia la fotografía, en cuya industria varios comercios de plaza guerreaban sórdidamente.

¿ No morían comercialmente de consunción los únicos

seis retratistas al daguerrotipo : Bartoli, Frederiks, Labonté, Mekes, Weston y Favier & Portal ?

Los fotógrafos Aldanondo y Sulzman, de la Recova Nueva, se jactaban de ser los primeros introductores de la cámara oscura. Mangel du Mesnil, cuya galería de la calle Victoria era visitada por las personas más calificadas, hacía retratos desde la suma de cincuenta pesos hasta la de un mil doscientos. La galería « San Miguel », de Loudet, calle Piedad 344, libraba una reñida lucha comercial con don Emilio Lohore, otrora empleado suyo, establecido en la calle Buen Orden 96, junto a la plaza Montserrat ; y Adolfo Alexander, de la calle Artes 37, ejecutaba retratos a veinte pesos, rivalizando con Descalzo y Beuza, de la calle Buen Orden 74.

¿ Cómo se impondría él en la liza ?

Hasta el 3 de febrero, las calles de Buenos Aires se iluminaban con velas de sebo, pero a partir del citado año 52, ese alumbrado se substituyó por el de aceite de potro, de mayor duración y potencia. Cuatro años después, la iluminación a gas queda iniciada en las calles Victoria, Bolívar, Perú y Chacabuco, las principales de la época. Una empresa particular edifica en la antigua plaza de las Artes, el Mercado del Plata, aun existente, y al Mercado Lorea — que proyecta Pellegrini — se destinan los productos del oeste, así como al Montserrat los procedentes del sur.

La plaza de toros de Montserrat, es convertida en bellos

jardines por los ingenieros del estado Nicolás Grondona y Pompeyo Moneta, que se esfuerzan en transformar la sede porteña, borrando para siempre la que entrevemos hoy al conjuro de las evocaciones de nuestros primitivos iconógrafos César Hipólito Bacle, su esposa Andrea Ma-caire, Daufresne, Onslow, Emeric Essex Vidal, Pedro Benoit, Carlos Morel, Gregorio Ibarra, Alberico Isola, Juan León Pallière, Raymond Monvoisin, Juan Mauricio Rugendas, Carlos Enrique Pellegrini, Prilidiano Pueyrredón y otros.

Designado don Vicente López y Planes gobernador de la provincia, don Carlos Enrique, que en la cincuentena es tan jovial como en la juventud, le dedica unos versos en francés, que se imprimen por la imprenta de la Independencia y que firma Ch. Pel.

Ese mismo año se creó el Consejo de Obras Públicas, destinado, según el decreto del 16 de junio, a « examinar los proyectos que se presenten al Gobierno relativos a obras y trabajos públicos, caminos, canales, muelles, puentes, refección y construcción de edificios del Estado y cuanto tenga conexión con las ciencias exactas aplicadas a las artes y la agricultura », y Pellegrini es nombrado miembro de la dependencia, cuya secretaría desempeñará varios años. Serán sus colegas, entonces, don Agustín Ibáñez de Luca, José María Romero, Saturnino Salas, Manuel Eguía, Pedro Pico, Felipe Senillosa, Eduardo Taylor, Emilio Landois y Augusto Villerroud.

Un mes antes se había fundado el Club del Progre-

so, con el fin — declaran sus iniciadores — de « reunir a los caballeros más respetables nacionales y extranjeros, para mantener y estrechar relaciones personales; uniformar en lo posible las opiniones políticas, por medio de una discusión deliberada y de acuerdo con este principio, cuyo nombre adoptan por bandera, mancomunar sus esfuerzos para el progreso moral y material del país ».

Su primer presidente, don Diego de Alvear — hijo del general y hermano de don Torcuato, que a su hora haría efectivos muchos proyectos e ideas de su amigo Pellegrini — se apresuró a invitar al saboyano a asociarse a la institución, que por largos años fué algo así como la legislatura privada de los porteños, donde todos los problemas políticos, sociales y económicos, se debatían en brillantes y bulliciosas tertulias. De ese Club será el doctor Carlos Pellegrini, su vigésimo primer presidente.

Sabíase que don Carlos Enrique era hombre de cultura multiforme. « Fundemos la prosperidad sobre su legítima base: la ocupación productiva de la inteligencia. Dejen nuestros jóvenes de preocuparse de gloria, de distinciones y que ninguno de ellos sueñe en forzar la puerta que conduce a los empleos. ¡ Empleos ! La industria los tiene para todos. Sus favores son inagotables. ¡ Fecundadla con vuestro generoso esfuerzo, magistrados que tenéis en las manos los destinos del país ! ¡ Dadnos una de aquellas leyes, que hagan de la nada un mundo de maravillas y no permitáis que ningún defensor de la patria, que ningún hijo del país, se rebaje al rol de

suplicante, por no saber qué hacer ! », escribirá, al año siguiente, en su *Revista del Plata*.

Convencido de la sentencia de Bacon, que no se manda a la Naturaleza sino obedeciéndola, pugnó por el conocimiento circunstanciado de nuestras riquezas naturales, más apreciadas por los extranjeros que por los nativos.

Presintió lo que ocurriría decenios después, al llegar de Europa ilustres o desconocidos hombres de ciencia, que recorrieron el país, ayudados por autoridades nacionales y provinciales, y que, invocando el carácter de geólogos, botánicos, naturalistas o geógrafos, necesitaban completar sus conocimientos o colecciones de mariposas o cualquier otro coleóptero. Recorrián, con ese fin, nuestras florestas, planicies y montañas; estudiaban el suelo, hacían cortes geológicos, clasificaban maderas y minerales, y con tal acopio servían, encubiertamente, a intereses de grandes sindicatos capitalistas que, por ese medio, lograban noticias técnicas y precisas, para solicitar cateos, concesiones, o adquirir tierras públicas, con vistas a una explotación cuyo rendimiento habíanse asegurado por esos emisarios, que en muchos casos — justo es reconocerlo — ignoraban ser instrumento de tales propósitos.

Una lectura de la *Revista del Plata*, llena de fecundas iniciativas, revela que su director y propietario no aprovechó de ellas y fué un desinteresado incorregible — como lo será más tarde su hijo — y que la aparente ansiedad de dinero que traducen sus cartas de 1829 a 1831 a sus hermanos, no fué otra cosa que la *fuerte razón* que invoca-

ba ante sí y los propios, para no abandonar una tierra que había ganado su corazón desde los primeros instantes.

Rehuía lo quimérico, pese a su apasionamiento por las ideas generales de bien común. Se dijera que el ejercicio de las matemáticas, hábale dado ese buen sentido cartesiano que dignifica la cabeza humana.

El 8 de septiembre de 1855, día de la Natividad de la Virgen, una lancha de la capitanía del Puerto, al mando de don Antonio Somellera, transportaba a un grupo de argentinos que, por haber vivido en la expatriación, no conocía el interior del país y deseaba contemplar las islas del Paraná, cantadas por Marcos Sastre.

Iban en la lancha Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento, Santiago Albarracín, Carlos E. Pellegrini, Santiago Arcos, Angel Crousa y alguno más. Pellegrini, conocedor del paraje, explicaba a sus acompañantes las particularidades del mismo, secundado por Crousa, propietario de la finca que habitara Sastre en el Delta, donde la comitiva se detuvo.

Sarmiento, excesivo siempre, hacía fantásticos cálculos sobre la riqueza forestal de la región y exaltado aconsejaba la siembra del mimbre, cuya industria describía con más alarde literario que científico. Sin esperar la aprobación de sus compañeros, se apresuró a plantar una estaca del arbusto.

« Pellegrini — recordó Sarmiento — insistía en hacer la carta fluvial del Delta, como base de todo plan de ubi-

cación y colonización. Albarracín propuso y quedó establecido que en la isla que hace frente al Abra Nueva, se destinase el local de un templo a la adoración de la Natividad de la Virgen, mientras que otros se inclinaban al patronato de San Marcos de Venecia, guardián de las repúblicas acuáticas ».

Mitre habló de la necesidad de tomar posesión de esas tierras y de las leyes que habían de regirlas. Pellegrini, de la riqueza forestal y frutal del lugar, llamado a producir en lo futuro, colmenares suficientes para abastecer de miel a la República. Añadió que muchos fruticultores franceses se habían interesado por el Delta, poblado, a la sazón, por veintiséis vecinos y que una buena política haría del lugar un centro rumoroso de trabajo.

« Está escrito — anotó Pellegrini, en su *Poema a Rivadavia* — que todo osado promotor de la felicidad pública, ha de soportar el peso de la cruz y que el mundo no adelanta un solo paso, sin ayes ni dolores ».

Las peripecias y los años no habían apagado en ellos la fe en el porvenir, y el antiguo hacendado de Cañuelas encontraba aún fuerzas para cantar, en la materna lengua, dos años más tarde, a la llegada de los restos de Rivadavia, la obra del estadista que, según Burmeister, fué « rival en méritos, con respecto a su país, del gran Cosme de Médicis ».

Análoga referencia se repetiría medio siglo más tarde. Paul Groussac — otro francés — que por ser cerebral puro no tuvo los registros del saboyano, estudiando la



XII

PLAZA DE LA VICTORIA, COSTADO SUD (1829).

Acuarela de C. E. Pellegrini.

(Original existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires).

personalidad del hijo de éste, no titubeó en afirmar — él que era un cancerbero de su intimidad — que el doctor Carlos Pellegrini era el « hombre que más había querido en esta tierra ».

En una de sus acostumbradas tertulias, hablaba Pellegrini del escaso beneficio que le reportaba « La Figura » y de estar dispuesto a venderla por una determinada cantidad. Uno de los presentes — don Miguel N. de Urribarrea — aceptó la ocasional propuesta del francés, quien, aunque con disgusto, pues era un mal negocio, se creyó obligado a sostener su palabra.

De regreso a su casa de la calle Corrientes, n° 126 (numeración antigua), dijo a María :

— Mujer, he vendido « La Figura » — e indicó el precio.

Su esposa, que dormitaba, pues era hora avanzada, respondió con viveza :

— ¡ Qué disparate, Dios mío ! — y guardó silencio.

« Una mujer joven dormida — repetía Pellegrini comentando el hecho — posee más razón que un hombre viejo despierto. »

María Bevans, tenía 29 años ; su marido, 53.

A sus hijos Julia y Carlos, por entonces de 10 y 7 años, respectivamente — Ernesto, nacido en marzo del 52, no alcanzaba el año — resolvió darles una educación eminentemente inglesa y no francesa, como la suya. Satisfacía con ello los deseos de la madre y se ajustaba al rumbo

de nuestro crecimiento cultural. « El inglés — escribiría Sarmiento, desde New York, a su amigo Camilo Rojo, gobernador de San Juan, doce años más tarde — es tan necesario hoy para el desarrollo de la buena educación, como lo era el latín en la Edad Media. Es el inglés el idioma de las instituciones libres y nadie puede hablar de Constituciones sin este auxilio; que es además el lenguaje universal del comercio ».

Desde mediados de 1851, había comenzado nuestro ingeniero a enseñar a leer y escribir a su hijo Carlos, allá en Cañuelas, cuando el pequeño contaba escasamente cinco años. Fué durante el invierno, por la noche, después de la cena, en circunstancias que la autoridad, conocido el « Manifiesto » de Urquiza, aguzaba el oído, imaginando sorprender, en todas partes, simpatizantes del gran entrerriano.

Luego del breve recreo musical a cargo de María, que en el amplio comedor de caoba y platería inglesa, cantaba al piano, con sus hijos, viejas canciones británicas, nuestro hombre, enfundado en sus funciones de maestro, colocaba a los pequeños a ambos lados del escritorio e iniciaba sus lecciones.

Los niños solían distraerse u olvidarse, en cuyo caso don Carlos Enrique les imponía penitencias, que para evitarlas, María acostumbraba colocarse detrás de su marido, bordando o tejiendo, dispuesta a auxiliarlos en las interrogaciones del maestro.

Este hijo mío — pensaba el padre — que aprende tan

fácilmente cuanto le enseño, será ingeniero, un gran constructor !

Sonríe al imaginarlo. El niño levanta los ojos del libro y sorprende la actitud del progenitor, quien muda súbitamente de gesto y torna a la tarea.

En el fondo, don Carlos Enrique no se equivocó. ¿ Pues, qué otra cosa que un constructor social, es un gran estadista ? ¿ Olvidaba, acaso, que el muchacho traía en la sangre otros imperativos ? ¿ Que era sobrino nieto de John Bright y que los parientes de su mujer eran de carácter indomable ?

Nadie sabe el destino de una cuna; a veces las madres, y solamente las madres, llegan a entreverlo. ¿ Qué oscuro vínculo sanguíneo, extratemporal, conduce a esa adivinación ?

Los poetas, que en la creación estética no tienen la limitación del sexo, suelen ser proféticos. « Vuestros niños no son hijos vuestros, sentenció Gibril Jalil Gibril. Son los hijos de la vida anhelante por ella misma. Vienen al mundo por vosotros, pero no de vosotros. No os pertenecen; podréis darles vuestro amor, mas no conseguiréis inculcarles vuestros pensamientos, porque ellos tienen sus propios pensamientos.

« Podréis albergar sus cuerpos, pero sus almas no vivirán con vosotros, porque viven en las habitaciones del futuro; que no podréis visitar ni aun en vuestros sueños.

« Podréis esforzaros por llegar a ser semejantes a ellos, pero en vano pretenderéis hacerlos iguales a vosotros. La

vida no retrocede ni se detiene en el ayer. Vosotros sois los arcos por los cuales la vida lanza a vuestros niños, como flechas vivientes ».

La Revolución del 11 de septiembre, que significa el reverso del triunfo de Caseros y la ingratitud del pueblo de Buenos Aires con su libertador, sorprendió a Pellegrini en su campo de Cañuelas.

Dicha Revolución, inspirada por el núcleo de proscritos — que habían adquirido en el exilio la psicología habitual de las gentes injustamente perseguidas y que se hacen recelosas y susceptibles en grado enfermizo — fué indirectamente vigorizada por el tradicional sentimiento autonomista de Buenos Aires. Una anécdota del coronel don Martín Hidalgo traduce, admirablemente, el estado público de la conciencia porteña de entonces.

Hidalgo, que estaba al servicio de Rosas, fué visto días antes del 3 de febrero, por su amigo el general José María Flores, en las inmediaciones del Arroyo Colorado e instado por Urquiza a sumarse a la empresa libertadora, respondió gallardo :

— General, no me es posible aceptar su ofrecimiento, aun cuando considere justiciera su causa. El general Rosas me ha confiado las fuerzas de mi mando y volver ahora con ellas en su contra, sería deshonorarme, pasar a la condición de jefe sublevado y de ciudadano desleal. Excuse usted me oponga a echar sobre mi vida, que he mantenido siempre pura, esa mancha imborrable.

Triunfante Urquiza en Buenos Aires, el coronel Hidalgo, gran amigo de don Valentín Alsina, no tiene inconveniente en participar de la Revolución del 11 de septiembre, aun cuando sabe que ella es inspiración del bando unitario. Este dualismo explica muy bien las contradicciones de aquella hora, y Mitre, aludiendo a la adhesión de Hidalgo, expresa que fué « para sostener los derechos del pueblo y las instituciones de la Provincia ».

Como se ve, por encima de todo, gravitaba esa tendencia autonomista, separatista, antinacional, que tendrá dividida a la República por diez años.

Vendida que hubo « La Figura », en las condiciones precedentemente narradas, ¿ intentó Pellegrini adquirir nuevas tierras y dedicarse al campo ?

Una escritura, pasada por ante el escribano don Mariano Cabral, de fecha 3 de julio de 1852, en la que don Pascual Costa, de Montevideo, le vende por nueve mil pesos fuertes un campo, también en Cañuelas, lindante con la sucesión de don Justo Villegas, parecería demostrarlo. Dicho campo reconocía una hipoteca de doscientos setenta y cinco onzas de oro selladas de buena ley, sin riojanas, a favor de don Nicolás Anchorena, que se canceló antes de vencer su término.

¿ Fué una simple transacción, sin mayor ulterioridad ?

Al dar a luz su *Revista del Plata* — septiembre 15 de 1853 — aparecían en Buenos Aires, además de varios papeles furiosamente políticos como *La Avispa* y *El Duen-*

de, de vida efímera, los periódicos *La Tribuna*, *Los Debates*, *El Nacional*, *British Packet* e *Ilustración Argentina*, que acogieron con elogios al colega.

El primer número lo dedicó su director a sus amigos el general José María Paz y los doctores Dalmacio Vélez Sársfield, Lorenzo Torres y Nicolás Anchorena.

Simpatizante de la Revolución de septiembre, sintió por el jefe de la defensa — de quien hizo el retrato e insertó en su periódico — invariable afecto. Matemático, estratega, admirador de Napoleón, soñando a los 61 años en invadir las provincias del interior y con el aporte de éstas fortificar su ejército y marchar sobre Entre Ríos para vencer a Urquiza, que agigantaba su figura de organizador constitucional de la República, el general Paz tenía muchos puntos de contacto con Pellegrini.

Al morir el vencedor de Oncativo, el 22 de octubre de 1854, y solicitar Vélez Sársfield de sus amigos una contribución para socorrer a la familia del prócer, don Carlos Enrique escribe a don Dalmacio :

« Doctor amado : Una vez más en mi vida, siento el ser pobre. Hubiera deseado hacerme digno del honor que usted me hace de contarme entre los amigos dispuestos a favorecer la familia del ilustre general, cuya pérdida deploramos ; pero hace dos años que voy, cada día, cerceando los pequeños recursos que destino a la mía ; sírvale esto de explicación por el diminuto obsequio que incluyo. Usted sabe que ya no soy estanciero, que no tengo ni estudio ni tienda abierta y que la adversa fortuna ha

cruzado hasta ahora mis esperanzas en Muelles, aguas corrientes, Marcas, etc. De un « Diógenes » reducido a las rentas de una « Revista », no es posible, pues, esperar más de lo que humildemente y avergonzadamente le ofrezco.

« Apelaré, sin embargo, a los sentimientos de usted hacia el héroe perdido, para que se sirva responder con un rasgo de generosidad a la mezquindad de mi donación, suministrándome los conocimientos necesarios para completar la historia de su vida.

« Señor Vélez : quien tiene fe en la misericordia de Dios, sentirá esa muerte como un fuerte indicio de nuestra paz venidera, pues, de lo contrario ¿ cómo creer que la Providencia nos arrebatase precisamente al hombre más necesario y capaz de combatir a sus enemigos ? ».

Pronto nuestro ingeniero advertirá lo errado de la política separatista de los porteños y, casi sin proponérselo, por propia gravitación personal, se convertirá poco después y dentro de la limitación de su órbita, en mediador oficioso entre los hombres de Paraná y Buenos Aires.

Al doctor Juan María Gutiérrez, ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, en Paraná, a quien conoce desde 1833, cuando hizo el retrato de don Marco M. Avellaneda, el mártir de Metán, que por entonces hacía periodismo en Buenos Aires con Gutiérrez y Alberdi, le escribe sesudas cartas encaminadas a deshacer malos entendidos. Gutiérrez era el único porteño importante del gobierno del general Urquiza y el redactor de la

Revista del Plata sabe que tiene en él uno de sus mejores aliados. « Bien sabe usted — le dice — lo exiguo del teatro en que escribo, al menos por de pronto. Esta sociedad es un compuesto de hombres de moneda, poco adictos a las ciencias, y de una docena de filósofos pobres como ratas de iglesia ».

Desde Santa Fe, donde Gutiérrez está accidentalmente, le escribe el 19 de enero de 1854 : « ... varias tentativas semejantes a la de usted, se han malogrado en nuestro país por indiferencia pública y por defecto de los escritores, principalmente. *El Telégrafo Mercantil*, de 1800, el *Semanario de Agricultura*, de Vieytes, de algunos años más tarde ; *La Abeja Argentina* y el *Registro Estadístico*, contribuyeron al estudio de los intereses materiales, pero ninguno de aquellos periódicos eran tan prácticos ni tan *actuales* como el suyo. Creo que esa publicación será buscada por el extranjero que estudia nuestros países como lugares de emigración ; hoy está de moda en Europa el ausentarse en busca de regiones no explotadas por la autoridad ni por la ciencia. Me atrevo a indicar a usted extienda el campo de sus especulaciones hacia acá del Arroyo del Medio.

« Si la raza sajona de carneros, ha tenido el desarrollo que usted ha dado a conocer en la Provincia de Buenos Aires, qué desarrollo no tendría en la deliciosa sierra de Córdoba y en los llanos elevados de San Luis ? En el interior de la República, casi todas las industrias de los países civilizados se practican imperfectamente ; se teje

la lana y la seda, se fabrican vinos, se siembra regando artificialmente la tierra y me parece que nada sería tan digno del talento de usted y de las miras que traduzco en sus ideas, como el estudio y la revelación al mundo de un país cuya geografía es tan poco conocida.

« ... He asegurado al gobernador de Santa Fe, que nadie más aparente que usted para juez y consejero de un trabajo importante que se piensa realizar sobre el brazo del Paraná, que amenaza la solidez de la barranca sobre que está situada la ciudad. Se formará un plano de la localidad con todos los datos necesarios y, si no pone usted inconveniente, se le remitirán a Buenos Aires para que juzgue las opiniones que hay aquí sobre el modo de remediar aquel mal o proponga usted algún medio más eficaz por más científico.

« Si tuviéramos líneas de navegación a vapor ya establecidas, invitaría a usted a un paseo por estas amenas soledades, pero mientras no haya más que caballos o velas genovesas para viajar, me contentaré con recibir una visita de usted dentro de algunos renglones epistolares ».

En carta del 8 de septiembre, pero desde Paraná, vuelve a escribirle Gutiérrez : « ... El ejemplar que usted me dirige de su *Revista*, apenas pude conservarlo en casa algunas horas, porque me lo arrebató el doctor Carril, que estima en su justo valor los inteligentes y útiles esfuerzos de usted para llamar los espíritus al fértil campo de las cosas positivas. Fuera de ese terreno, no hay salvación para estos países, tan desvalidos de la acción del

hombre sobre la materia, tan escasos de sanas ideas económicas y tan poco convencidos de que las Leyes, las Cartas constitucionales y la libertad misma de la prensa, de nada sirven si el trabajo y la población no se fomentan y protegen ».

« Le diré a usted francamente —dícele Gutiérrez en otra carta del 23 de octubre del 54 — que no me parece bien que usted se ocupe de biografías y de retratos de contemporáneos, porque las efigies de éstos sublevan ideas encontradas y se oponen al carácter de la publicación de usted y pudieran enajenarle parte de las simpatías de que goza. Me tomo la libertad de aconsejar a mi tolerante y discreto amigo que, en aquel punto, sea retrospectivo y se entienda con los muertos, porque éstos ya no inspiran ni sublevan pasiones. Hiere usted con un golpe eléctrico a mi corazón cuando, sacudiendo el polvo de las crónicas, pinta la elegante y aislada torre de la Recoleta, narrando, al mismo tiempo, la historia de aquel pedazo de tierra que comenzó por ser un huerto de cenobitas, y ha terminado en descanso de tanto deudo y amigo, perdidos para siempre. Haga usted lo mismo con algunos héroes desvalidos, descuidados por los biógrafos e historiadores patrios, que la lista es grande y simpáticos sus retratos. Recuerdo que siendo niño, mi padre se detenía a menudo delante del retrato de un fraile que existía en la sacristía de la iglesia de Santo Domingo; personaje humilde y caritativo, que había consagrado su larga vida enseñando a leer a más de una generación de porteños. Llamábase el



XIII

SALÓN DE DON FRANCISCO ANTONIO DE ESCALADA, POR C. E. PELLEGRINI (1830). DE IZQUIERDA A DERECHA: DOÑA MERCEDES DEMARÍA DE DEMARÍA, DOLORES REYNOSO DE PACHECO, INDALECIA OROMÍ DE ESCALADA, DON JOSÉ MANUEL DE ESCALADA, NIEVES ESCALADA DE OROMÍ, TOMASA DE LA QUINTANA DE ESCALADA (SUEGRA DEL GENERAL SAN MARTÍN), JOSÉ ANTONIO DE ESCALADA, DOCTOR MARIANO DE ESCALADA (FUTURO OBISPO DE BUENOS AIRES) Y DON CARLOS ENRIQUE PELLEGRINI. EN EL CENTRO: DOÑA TORIBIA DE ESCALADA Y DON ANTONINO REYES MARÍN.

padre Zambrana y, si mi gusto o la memoria no me engañan, el retrato es de mérito artístico, circunstancia que le autorizaría a usted a reproducirlo con su lápiz feliz, acompañándole con observaciones sobre el arte y la pintura ejercidos en Buenos Aires en diferentes épocas, por maestros que tendría usted la gloria de sacar del olvido.

« Yo he conocido a un viejecito que pintó las bóvedas de San Ignacio, representando la historia del porfiado vizcaíno, fundador de la famosa Compañía de Jesús. Nuestra ingratitud con los descubridores y conquistadores ha sido grande y deplorable.

« ¿ Quién conoce en el Plata a Solís ? ¿ Quién jamás vió la casa de Mendoza o de Garay ? ¿ Por qué no hemos de tener una serie de los gobernadores y virreyes españoles, con sus biografías, alrededor de los cuales puede trazarse por épocas la historia « peninsular » de la que es hoy República ?

« Moreno, Belgrano, Chiclana, Rodríguez Peña, Castelli, etc. son dignos de figurar en una *galería* patria mucho más que Ferré, el clérigo Peña y el doctor Obligado.

« Liniers, esa noble víctima del caos revolucionario, merece una rehabilitación del culto y fino lápiz del redactor de la *Revista*. Para que usted tenga presente estas indicaciones (si valieran algo), le incluyo unos papeles donde hallará el escudo de armas de dos Virreyes con las firmas autógrafas, porque estos apéndices pueden figurar bien junto a los retratos de los personajes históricos.

«...le incluyo, también, un croquis de Córdoba y otro de Mendoza, que calqué y mejoré sobre un original que tiene crédito de ser exacto en aquella provincia. Puede usted completarle con otra hoja que va también, donde he marcado algunos edificios que pueden considerarse como históricos. Para decorar el croquis de Córdoba, le mando una copia fiel y auténtica del acta de fundación de aquella ciudad. Tengo en mi gabinete tres magníficos cuadros fotográficos que representan una vista general de Córdoba y su elegante Catedral, tomada bajo dos puntos de vista diferentes; trabajos hechos, con suma felicidad, por M. Roque, antiguo ingeniero y hoy explotador de metales, vecino rico de Córdoba, que debe hallarse actualmente ahí, en Buenos Aires, en viaje para la próxima Exposición de París.

« No quiero hablarle del Instituto Histórico del Río de la Plata, porque no quiero cansarlo. Junten materiales y trabajen hasta fundar una buena biblioteca, rica en antecedentes sobre América. Impriman y reimpriman cuanto encuentren útil, metodizando y anotando, en la inteligencia que antes de escribir la historia, es preciso tener los materiales preparados y fáciles de ser estudiados.

«...Entre los personajes que he apuntado, pueden entrar el doctor Sola, cura de Monserrat, donde se conserva su retrato; modelo del pastor de almas, de una caridad realmente evangélica. (El doctor Agüero, don Julián, pronunció su oración fúnebre que corre impresa); don Avelino Díaz, autor de varios tratados de matemática ele-

mental, etc. En la Catedral, debe de haber retratos de los Obispos primitivos ».

Informándole sobre trabajos científicos realizados en hispanoamérica, escribe: «...ese célebre *solar* ha sido mandado ejecutar a expensas del gobierno chileno. Las autoridades de aquella República han dado, con este paso, una prueba de haber entrado en el camino de la verdadera civilización. Los norteamericanos han puesto su atención sobre los puertos del Pacífico de habla española, para el estudio de la astronomía. De 1849 al 50, establecieron un precioso Observatorio en el cerro de Santa Lucía, altura muy original geológicamente hablando, y a la cual concurrían, en las hermosas y transparentes noches de aquel clima, las señoras de tono a colocar sus rasgados y curiosos ojos en el anteojo del Observatorio, para extasiarse con el azulado brillo de Venus y el anillo caprichoso de Saturno. El fundador del Observatorio fué un distinguido teniente de la marina de la Unión, Mr. Gilliss, autor de varias obras notables y hombre de figura y maneras muy distinguidas. Gilliss abandonó Santiago así que concluyó las observaciones que le llevaran a aquellas latitudes y el gobierno de Chile negoció con el de Estados Unidos la adquisición de los instrumentos del Observatorio, que ha puesto al cuidado de persona competente y de algunos jóvenes del país, que habían hecho cierto aprendizaje al lado de los norteamericanos. Así se ha aclimatado en Chile para siempre la ciencia que Mossotti no pudo arraigar en Buenos Aires, a pesar de su mu-

cho talento y virtudes sociales. Así se encadenan los progresos humanos: por el contacto de unos pueblos con otros. Quizá no dejen de ser curiosos para la historia de las ciencias de América, los datos que acabo de darle.

« La América del Sud pasa por bárbara y hay algo de verdad en esto; pero sería un caso risueño el que se presentase a esta misma América, como teatro del desenvolvimiento de las ciencias más arduas. Su naturaleza ha dado ocasión a que se estudien fenómenos y se completen las fórmulas de muchas leyes físicas, que hubieran quedado siempre obscuras si los europeos no hubieran podido pisar esta parte del mundo. Sus hombres han hecho, también, mucho por las ciencias, atraídos al estudio por la prodigiosa hermosura de la naturaleza patria. Si usted quitase a la obra de Humboldt los datos, hechos y estudios que le suministraron algunos observadores americanos, faltarían a sus cuadros las más certeras pinceladas. Nadie ha reivindicado todavía la partícula de gloria que a estas regiones corresponde en el proceso y desarrollo de las ciencias. ¡Qué trabajo nuevo y hermoso para un investigador!

« En literatura hay americanos muy esclarecidos de antes de la Revolución, y todos pasan por peninsulares! »

Pellegrini, relee las cartas tan llenas de sugerencias de su amigo Gutiérrez, ministro en Paraná. En realidad — piensa — estas epístolas son dignas de un europeo. Y sonriente, se pregunta: ¿ no será América, en lo futuro, la nueva Europa? ¿ Llegará a superarla?

Cuando años después, el mismo Gutiérrez, rector de la Universidad de Buenos Aires, le encarga, juntamente con don Felipe Senillosa, de la redacción de un programa de estudios para la cátedra de ciencias físico-matemáticas, escribirá a su colega catalán: « Desde luego apoyo su pensamiento de no recargar nuestras cátedras con un lujo doctrinal innecesario. Testigo fui en Francia y en Italia de los efectos perjudiciales de esta riqueza escolástica, cuyo menor inconveniente es aburrir a la juventud y robarle un tiempo precioso. Procederes simples, expeditos, es lo que conviene a pueblos nuevos como el nuestro. »

Don Valentín Alsina ha recorrido cautelosamente las páginas de la *Revista*, y ha dicho a su director su elogiosa opinión. « ...Las palabras con que usted me expresó por primera vez su concepto sobre mi periódico — le escribié Pellegrini — resuenan todavía en mis oídos y han contribuido a dar a mi alma el coraje de seguirlo. Sus palabras serán, por largo tiempo, el más poderoso estímulo que me mantenga en el humilde sendero que recorro. Ufano de merecer la aprobación del heredero en virtudes y saber del inmortal Rivadavia, poco me he detenido a pensar si con esta dedicación literaria alcanzaré a dar pan a mis hijos.

« Hay en este siglo un sacerdocio que llenar por los hombres que sin llevar corona aman a sus semejantes. En ese sacerdocio ha ganado Ud., doctor Alsina, el episcopado, mientras que yo, pobre subdiácono, ofrezco a la

civilización del Plata, las primicias de mi noviciado ».

Dos días más tarde, Alsina le responde: «...es usted de aquellas personas que al hacer un don, muestran poseer el talento especial de saber hacérselo agradecer doble y triplemente.

« Su publicación es utilísima y usted ha sabido sostenerla hasta ahora con mucha lucidez, y yo me felicito cordialmente de haber sido justo y veraz al juzgarle. Por desgracia, no puedo acompañarle sino con la sinceridad de mis votos, pues estoy lejos de creerme capaz de desempeñar el episcopado que con tanta benevolencia me confiere y me contentaría con ser acólito, al ejercer usted ese subdiaconado a que tan modestamente limita su aspiración y sus títulos ».

Por esos días, el coronel Bartolomé Mitre pide a Pellegrini una colección de la *Revista* para obsequiársela a Sarmiento. « Deseo sobremanera — escribe su redactor — saber el juicio que se formará dicho señor de mi publicación y, como lo que más importa aquí es la sinceridad, me alegro que sea Ud. quien se la envíe ».

Una vez más insistirá por esta época, asociado con los señores Blumstein y La Roche, dueños de un molino a vapor instalado en la calle Balcarce, cerca del « Fuerte », para solicitar a la Legislatura la concesión del suministro de agua potable a la ciudad, mediante la instalación de cañerías subterráneas que abastecerían los diversos depósitos a construirse en cada barrio de la misma. El Estado

debía garantizar a dichos industriales, por el término de 15 años, la venta exclusiva de « esta agua de perfecta pureza y condición ».

La Legislatura estudió los proyectos, planos y demás antecedentes del asunto, pero nada resolvió, preocupada por la instalación de un alumbrado moderno; tendencia que consulta, insinúa Pellegrini, « esa propensión al lujo y a lo vistoso que se reprocha en el carácter porteño ». Mientras tanto, el agua impura que bebían los pobres, ocasionaba periódicas epidemias: tifus, viruela, cólera, fiebre amarilla.

¿ Sería invencible la institución del *aguatero* ?

Su pluma mordía con agudeza de buril, y algunas de sus páginas rivalizan en poder evocativo con sus dibujos. El afán progresista tornábalo, a veces, sombrío y mordaz; adivinaba el esplendor de la Buenos Aires futura y le impacientaba la tardanza.

En la segunda entrega de su *Revista*, anotó colérico: « El célebre de Pradt afirma que el espíritu humano ha recorrido más espacio en estos últimos cincuenta años, que el que anduvo desde la creación del mundo.

« Nosotros, a pesar del letargo de veinte años, demostramos la verdad del aserto. Antes de 1810 no teníamos ni maquinistas, ni grabadores, ni carroceros, ni fundidores, ni joyeros, ni quincalleros, ni pintores, ni torneros, ni armeros, ni cuchilleros, ni librereros, ni gaceteros, ni tintoreros, ni ebanistas, ni escultores, ni bomberos, ni

plomeros, ni sombrereros, ni toneleros, ni caldereros, ni tapiceros, ni dentistas, ni licoristas, ni destiladores, ni encuadernadores, ni cien otros oficios de esta clase. Eran desconocidos los cafés, los clubs, los hoteles, las tiendas de lujo y fantasía, los baños y paseos públicos, los teatros líricos, los circos, las fábricas de jabón blanco, de aceite, las prensas hidráulicas, los molinos de viento, lavaderos de lana, máquinas de hacer calzado, amoldar velas, fideos, y mil otros renglones domésticos. No teníamos museos, biblioteca, Banco, Casa de Moneda, imprentas, escuelas de dibujo, catastro, academia de jurisprudencia, de medicina, ni cátedras de ciencias exactas, etc.

« La lana merino, la papa, la cerveza, la manteca, el buen queso, eran productos exóticos.

« ¿ Y qué había entonces ? — preguntarán nuestros jóvenes.

« ¡ Oh ! Había talegas de plata en cuartos blanqueados ; vasijas preciosas debajo de las camas ; baúles llenos de alhajas tradicionales ; sillas monumentales imperecederas ; uno que otro espejo reflejando perillas de cristal alumbradas por velas de baño ; había en la calle unos negros abanicando con el plumero canastas de rosquetes ; había lo que pronto dejaremos de ver : esos grotescos bazares llamados pulperías, donde se vende todo menos el aseo y la decencia. Por lo común, comíamos en una misma fuente ; el mantel hacía de servilleta ; bebíamos en un solo vaso ; nos calentábamos en nuestros ponchos ; nos bañábamos en medias pipas ; sesteábamos en catres de

cuero ; una parda nos recibía a luz ; un hilo nos arrancaba los dientes ; nos paseábamos en carretones ; los tambores eran nuestro teatro y una corrida de toros nuestra ópera.

« Al presente ¡ gracias a la libertad !, no solamente confeccionamos, con elegancia y baratura, infinidad de artículos desconocidos por nuestros padres, sino que cada día se introduce con más empeño, la división del trabajo en nuestros talleres y la especialidad en los negocios mercantiles.

« Y bien : ¿ de dónde proviene este maravilloso impulso dado a la labor y consumo de un pueblo ? Proviene, visiblemente, de nuestro contacto con Europa ; del espíritu y necesidades del siglo ; del atractivo, o como dicen los miopes, del contagio del lujo ; del deseo de imitar lo bueno, lo bello, lo comfortable ; natural a todo pueblo vivo e ingenioso.

« ¡ Oh ! ¡ Qué sorprendente sería esta metamorfosis si estas industrias, si este tráfico, hubiesen hallado siempre una legislación estimuladora, en lugar de venir a abismarse en un régimen que ha devorado una generación e incapacitado a la siguiente ! ».

¿ No poseen estas palabras el acento del patriotismo verdadero ?

El volterianismo irremediable, la inteligencia objetiva, le impidieron entrever el esplendor virreinal. ¿ Pero esas líneas no valen — insistimos — lo que cualquiera de sus estampas ?

El hombre que proyectó obras portuarias, de desagües, nivelación de calles, construcción de iglesias y municipalidades de campaña, mataderos, caminos, mejoramiento de postas, confección del catastro de la ciudad, mejoras agrícolas y rurales, que estudió, dibujó y organizó un sistema de marcas para distinguir ganados, que bregó por la extinción del abrojo y disminución de epidemias, clasificó maderas del país, etc., « sin la menor presunción ni la más lejana idea de lucro y especulación », como dice en uno de sus artículos, resultaba ser, bajo la gubernación del doctor Valentín Alsina, algo así como un ministro sin cartera o legislador sin diploma. « ...Después de meditarlo mucho — le escribe Alsina — he redactado el decreto que acompaño y que le ruego me devuelva dándome su opinión. He creído oportuno no poner lo del tanto por ciento o por mil sobre varios objetos, a causa de que esto sería crear un impuesto y habría que acudir a la Legislatura y esto sería muy moroso... ». « ...Deseo que Ud. repare bien si hay algún error u omisión en el título que doy a cada ingeniero, esto es, si sólo es civil o geógrafo, etc. el nombrado o algo más. No quiero que se vaya a resentir algún quisquilloso ».

En otra carta, disculpándose por las tareas con que lo recarga, le dice: « ...tenga paciencia. Espero no olvide lo de la Policía general de campaña. Creo que está en su poder todo lo relativo al punto ».

La amistad de los padres, perduró en los hijos. Adolfo Alsina y Carlos Pellegrini fueron amigos entrañables.

« Yo he frecuentado de niño la casa del Dr. Valentín Alsina, siendo gobernador de Buenos Aires », recordó Federico Tobal. « Le he visto con toda la dignidad de un Lord, sin más majestad que la majestad del traje negro y de los cuellos bien planchados, que le subían hasta las orejas ».

« El patio de ladrillo, la mesa alumbrada por velas de baño, la sobriedad de las comidas (puchero, carbonada, asado criollo), la pobreza, en fin, del magistrado era toda la riqueza de esos tiempos ».

Todavía en 1868, el doctor Adolfo Alsina, desempeñando la gobernación de Buenos Aires, consulta al laborioso francés sobre cuestiones de higiene que planteaban los saladeros. El 12 de febrero del referido año, Pellegrini le responde: « ...en mi concepto, el modo más eficaz, a la par que sencillo, de resolver la cuestión saladeros, bajo la base de tolerarlos a orillas del Riachuelo, consistiría en abrir una zanja desde el primer codo de éste hacia Quilmes, hasta una distancia de 5 ó 6 kilómetros, la cual fuese a desembocar en el Río de la Plata. Tendría esta zanja, en su extremo norte, una compuerta y enfrente de ésta y sobre el Riachuelo, otra suficientemente grande para dar cabida a las embarcaciones. Estas obras bastarían para desinfectar el Riachuelo y purificar las aguas del río frente a la ciudad. He aquí cómo: subiendo el río, ciérrase la pequeña compuerta y se abre la grande; mientras tanto entran y salen los barcos. ¿ Manifiéstase la bajante?, entonces se abre la pequeña y se cierra la grande.

De esta manera y por las oscilaciones diarias del Plata, es seguro que las aguas hediondas del Riachuelo y las impuras de la ribera, irán paulatinamente a sepultarse río abajo, a una gran distancia de la ciudad, para según las leyes de la gravedad, alejarse siempre más; si alguna vez volvieran a acercarse, sería por efecto de una sudestada; pero entonces, mezcladas con una masa inmensa de agua pura, su acción nociva sería nula. Y para todo esto, nada de máquinas a vapor, ni estanques, ni caños expuestos a atorarse. Un par de escluseros, abriendo y cerrando las puertas, he ahí todo el personal; todo el gasto de explotación. Llenaríase al mismo tiempo, otro objeto de gran utilidad pública. La gran compuerta sobre el Riachuelo haría, cuando se quisiera, el oficio de represa o esclusa de limpieza con la ayuda de alguna obra en el río, de manera de remover y bajar la barra que allí tanto estorba al cabotaje».

Fácil es advertir la maciza fe de nuestro ingeniero en la bondad de cuanto proyecta. Confundió con frecuencia la concepción con la realización y las más de las veces se quedó en el umbral del acto. Su hijo, en cambio, obedeciendo a la influencia puritana de su madre — paciente y ejecutiva — proyectó y realizó, que es la verdadera gloria del estadista, según Macaulay.

«La infinita variedad de marcas hace imposible reconocer la de los propietarios lejanos, pero si se atiende a que por el ingenioso sistema del Sr. Pellegrini, puede

todo criador de ganados determinar con matemática precisión, el propietario de cada marca, se comprenderá que este mal no ha de durar sino mientras se retarda la adopción de aquel admirable sistema de interpretación», escribió Sarmiento en *El Nacional* del 6 de diciembre de 1855.

El sistema de *marcas desconocidas*, «bellísima invención dictatorial, según Pellegrini, que ejemplarizó el robo, diezmó la hacienda de los ricos y aniquiló la de los pobres», movió a nuestro ingeniero a estudiar un sistema de marcas de lectura clara y sencilla, que pudiera enseñarse desde los bancos de la escuela primaria. «El primero que concibió la grande idea de poner orden a esa Babel de las lenguas ideográficas — sentenció Mitre — sujetando todas sus líneas caprichosas a una clasificación sistemática, fué el Sr. Carlos Pellegrini, cuyos trabajos llevan el sello de la originalidad unido al estudio de lo existente».

En 1822 el gobierno de Buenos Aires, con el propósito de reprimir el abigeato y las operaciones a que éste se prestaba, dispuso que todos los propietarios de ganados registrasen sus marcas en el Registro que al efecto abría la policía. Se fijó el plazo de cuatro meses para la inscripción, ordenándose dos años y medio después la publicación de ese Registro, en el que se incluían toda clase de detalles sobre cada marca de hacienda y su propietario.

Como todos los años se registraban unas 700 marcas nuevas, pronto se vió la necesidad de buscar otro medio

para que las autoridades comprobasen fácilmente los robos de ganado, tan comunes entonces.

« En los treinta años que nos separan de aquella fecha — escribió Pellegrini en el prólogo de *El Descifrador de Marcas*, sistema ideográfico de su invención —, ni una vez la Policía ha tratado de cumplir con lo prescripto en el art. 13 del decreto de 22 de junio de 1825. Fué preciso la intervención del infatigable litógrafo César Baclo, para que tuviésemos un ensayo de la publicación vanamente recomendada por la primera autoridad de la Provincia.

« ...Baclo no sospechó la posibilidad de una clasificación del vasto repertorio que publicaba. Peregrina le parecería y hasta descabellada la pretensión de someter a leyes fijas lo que nace del capricho de los hombres, a veces los más rudos.

« Con todo y aunque ese Registro impreso fuese en extremo caro y voluminoso, el Gobierno aplaudió y fomentó al artista y los estancieros se suscribían a una obra que consideraban de suma utilidad. Veintidós años han transcurrido desde aquella publicación y durante ese tiempo, la confusión de las marcas, su multiplicidad, sus complicadas formas y los abusos consiguientes, han cundido a tal grado que las autoridades locales así como los particulares, no encuentran modo de salir del inextricable laberinto. El clamor de los propietarios sacrificados por este caos administrativo, es cada vez más poderoso. La necesidad de un Diccionario consultivo ha sido recono-



XIV

DON CARLOS ENRIQUE PELLEGRINI CON SUS HIJOS
JULIA Y CARLOS (1854).

Daguerrotipo.

cida por el público y los jefes de Policía que desde Caseros han estado al frente de la dependencia. La Comisión especial compuesta por los Sres. Anchorena, Senillosa y Salas, nombrada por el Gobierno para examinar mi método juntamente con el de la nueva marcación, que últimamente ideó y propuso D. Daniel Pérez Mendoza, han reconocido prácticamente la eficacia de mi sistema. Presentada una marca registrada, es fácil descubrir, en pocos minutos, cuál es su actual dueño, en dónde vive, quién fundó la marca, en qué año se archivó o se transfirió y, finalmente, el tomo y el folio en que se halla registrada en el gran archivo de la Policía ».

El Descifrador de Marcas fué estudiado y puesto a prueba por las más diversas personalidades de Buenos Aires. Don Valentín Alsina, don Vicente López y Planes, Juan María Gutiérrez, Miguel Azcuénaga, Fernando Otamendi, Felipe Llavallol, Juan Cano, Felipe Senillosa, Saturnino Salas y Nicolás Anchorena, dictaminaron, a su turno, sobre ese sistema. En una reunión del Departamento Topográfico, en que se estudiaba el punto, don Nicolás Anchorena, dirigiéndose a sus colegas Salas y Senillosa, exclamó : « Este libro deberá circularse en todos los rincones del Estado », y Gutiérrez dirá : Es el *fiat lux* de los pastores.

Por fin, el decreto del 27 de marzo de 1856 hizo justicia a nuestro ingeniero y dispuso la impresión de *El Descifrador de Marcas*, que corrió a cargo de su inventor. Se trataba de reunir, en un solo tomo, los cuarenta y tantos

volúmenes en folio del Registro existente, dibujar y litografiar las marcas y presentar la explicación del sistema en reglas breves, claras y sencillas.

Por su trabajo, el autor recibió la suma de sesenta y cinco mil pesos moneda corriente. «...parto de una suposición, que quizás me salga errada, y es que los particulares me ayuden asegurando el resto del consumo de una edición de por lo menos mil ejemplares; número indispensable para sufragar los gastos del grabado de miles de láminas. Confío en el genio de un público ansioso de adelantos, para sobreponerme a las dificultades inherentes, a esta faz de mi empresa.

« Quisiera que V. E. — advierte Pellegrini en nota al Gobierno — se fije que voluntariamente renuncio a la posición ventajosa que me ofrecían las dos Comisiones nombradas por V. E. para conferenciar conmigo y ajustar un plan de ejecución. Esas Comisiones — añade — quedarán sorprendidas al ver que, el resarcimiento que pido, no es la mitad de lo que me brindaron espontáneamente y pactaron conmigo.

« No obstante, si por este lado pierdo, espero ganar en la estimación de V. E., quien no lo dudo reconocerá en mi actual propuesta algo más que las sugerencias del interés privado ».

Al día siguiente de adquirir el gobierno de Buenos Aires la propiedad del sistema ideográfico, *El Nacional* informaba que la suma mandada abonar a su autor apenas bastaría « para la edición de las láminas del Diccionario,

dejando al autor la venta del libro, que será el *vademecum* de todos los que tengan que entender con animales ».

« Desde que el sistema ideográfico de Pellegrini se ha adoptado, la ominosa frase *marcas desconocidas*, queda abolida de nuestro léxico político, administrativo e industrial », anotará Sarmiento en su libro *El camino del Lacio*, agregando: « Este sistema será imitado por todos los países ganaderos de la América del Sud y no vacilamos en recomendar a su autor se asegure el invento en Chile, Uruguay, Brasil y Confederación, antes que se hagan las traducciones a que se prestan las marcas usuales, en todas partes ».

Temeroso de que su sistema fuese conceptuado como una mordaza a la libre invención de las marcas, se apresuró a decir: « No hay que apagar en nuestros paisanos el desarrollo de una afición nata para el dibujo. ¿ Quién no los ve con placer, en sus ratos de ocio, trazar diestramente con la punta del dedo las innumerables marcas que pueblan su memoria? ¿ Quién se atrevería a borrar este rasgo característico de nuestras costumbres nativas? ¿ Quién no sentiría ver ahogarse en su germen un principio de inteligencia artística, que podrá fecundar algún día? ».

Poco tiempo antes de aprobado su invento, un miembro de la Junta de Hacendados preguntó a Pellegrini qué plazo se necesitaba para enseñar la doctrina ideográfica a los maestros de escuela, primeros encargados de difundirla.

« Si se trata de personas inteligentes, señor, en una semana. Las menos inteligentes, acaso necesiten quince días... Falta ahora, agregó, la resolución gubernativa y entonces circulará por la Provincia un libro que llenará de asombro a nuestros gauchos, de alegría a los hacendados y de terror a los ladrones de hacienda ».

Las revueltas políticas, crisis financieras y revoluciones, no empañan su canto de alondra. « ...Edificad, argentinos; edificad casas y más casas. Una azotea que levantéis es moral y materialmente un trozo de fortificación añadida a la defensa del buen derecho. Así se salvó Europa de las incursiones de los bárbaros; así os salvaréis vosotros ».

A veces adoptaba posturas quijotescas. Al difundirse en Buenos Aires el juego de la lotería, importado, según Pellegrini, del Brasil y Montevideo, protesta por el peligro que significa todo juego de azar.

« Esta *Revista* — apunta — destinada a fomentar los hábitos laboriosos, no puede ver con sangre fría una institución que contraría tan vivamente sus propósitos. Sabemos todo lo que puede decirse para justificar la lotería; que sus estragos no son tales como lo pinta la imaginación melindrosa de ciertos puritanos; que el jugar es un vicio inherente a la naturaleza humana; que conviene darle la dirección menos mala posible; que el uso del producido de la lotería se invierte en obras pías, en actos de beneficencia.

« Apologista interesado de la lotería: has pervertido a la criatura desde que la persuades que puede remediar sus necesidades sin aplicarse al trabajo; desde que la seduces con ejemplos asombrosos de transición repentina de la pobreza a la fortuna; desde que la distraes de sus humildes quehaceres con una perspectiva falaz ».

Su voz clamó en el desierto...

En su tertulia vespertina del Club del Progreso, pone en circulación entre políticos, estancieros y profesionales, sus ideas sobre la mejor manera de llenar las necesidades públicas. Ejerce, de este modo, espontáneamente y con el beneplácito de todos, una suerte de docencia libre, muchos de cuyos postulados se convertirán en leyes o resoluciones de gobierno.

« El que esto escribe — confesó, dejando traslucir su pena — a pesar de su amor notorio al país, de una residencia no interrumpida de veinticinco años, de servicios gratuitos prestados constantemente al Gobierno, de haber casado con una porteña y ser cabeza de una familia porteña, se ha visto, por dos artículos de la Constitución, privado del gusto de acceder a los deseos de varias parroquias, que lo quisieron honrar con el más elevado sufragio a que pueda aspirar un corazón bien nacido.

« Diez años de naturalización, dice la ley. ¿Quién no comprende que es lo mismo que decir *nunca*? Desafiamos a que alguien nos pruebe que, fuera de una docena de extranjeros, nadie ha solicitado ser ciudadano en el rei-

nado de la *Mazorca*; ninguno se ha visto en la dolorosa necesidad de vestir una ignominiosa librea.

«...la prescripción contenida en los artículos 11 y 23 de la Constitución liberal del Estado de Buenos Aires, coloca en mejores condiciones al extranjero que se resignó a vestir el *chaleco punzó*, olvidando que la noble altivez de quienes no quisieron usarlo, implica una garantía de firmeza e independencia».

El doctor Vélez Sársfield oye en silencio las justas quejas de su amigo, y será inútil que se empeñe en explicar la previsión de esos artículos. Pellegrini no se resignó nunca, y al designársele miembro del Consejo Consultivo del Gobierno, bajo la administración de don Pastor Obligado, juntamente con don Manuel María Escalada, Juan Bautista Peña, Félix Frías, Marcelino Gamboa, Amancio Alcorta, Domingo F. Sarmiento, general Ignacio Álvarez Thomas, Tomás Iriarte, etc., dirá que agradece la gentileza de una autoridad que «llama en su auxilio hasta a aquellas personas que por una rara disposición de la Carta Constitucional sobre ciudadanía, se ven excluidas del recinto legislativo».

Cronista veraz y agudo del viejo Buenos Aires, se refirió a los cuarenta y cuatro arcos de la Recova y a la necesidad de su demolición; pensamiento que llevará a cabo — librando una batalla — don Torcuato de Alvear, nuestro primer intendente.

El nombre de las calles le sugería risueños comenta-

rios. «Calle del Comercio, calle de las Artes, ¿dónde, Dios mío, están ese comercio y esas artes? ¡Comercio! ¿Por los suburbios del Alto? ¡Artes! ¿Porque hubo en esa calle una docena de lomilleros?».

El destino haría que esa calle de lomilleros, llevara el nombre de su hijo Carlos, que por entonces recibía las primeras lecciones de su enérgica madrina, miss Ana Bevans, hermana de su madre y que sometía al pequeño a la rígida disciplina de los colegios ingleses.

«En un tiempo — recordó don Carlos Enrique — era fácil arrimarse al Plata y bañarse. No sucede así desde que la *Muralla de Julio* se ha convertido en un anfiteatro, desde el cual los ociosos contemplan a sus anchas a nuestras ninfas, sin curarse de la suerte que le cupo, hace tres mil años, a un curioso llamado Acteón. Es necesario que la Policía mande plantar en la playa algunos postes de hierro, de los que cuelgue un atajadizo que vele el pudor del bello sexo y refrene el descarado de los imberbes».

Cuando conoce *Lima por dentro y por fuera*, de Simón Ayanque, con ilustraciones de Ignacio Merino, «el Gavarni peruano», editado en París en 1854, se encoleriza consigo mismo por no haber hecho algo análogo con su ciudad adoptiva. Olvidaba Pellegrini que además de sus dibujos dejaba en las páginas de sus cuadernos, *verdaderos* cuadros de costumbres; tal el que escribiera en 1829, a los pocos meses de su arribo y que debió formar parte de alguna carta a sus hermanos.

«...La policía de Buenos Aires — dice — ha tomado

cielo ; se levanta una brisa lijera y el *pampero* provoca remolinos de polvo. Nuestro grupo de ninfas corre a sus ropas y cada una pretende dar con la suya, pero el apuro aumenta el pavor y el desorden. Las fuertes dominan a las débiles ; la obscuridad favorece el escándalo y el aire se puebla de gritos nerviosos. Hay lágrimas en el entrevero ; los ladrones hacen su agosto.

« Una desarrapada volverá a su casa con tres polleras, en tanto que la hija del magistrado llegará a la suya como una Eva.

« Mañana, a la hora del alba, algún *gringo* dará el último retoque a la escena, y paseará su mirada experta sobre ese campo de hallazgos ; llenará su chaqueta de abanicos rotos, peines, pantuflas, y muchas otras prendas abandonadas en la huída femenina.

Los baños domiciliarios no son de menor simplicidad ; se dirían antípodas de las termas de Dioclesiano. Constituidos por la mitad de un tonel, que todavía exhala el aroma del « Medoc », se llena con el agua nitrosa de un pozo a balde o la turbia de la ribera. Ese estrecho reducto, cubierto, las más de las veces, por un paño blanco, tiene su sitio habitual a poca distancia de los desperdicios de la cocina o de la cuadra y en él se baña la familia de un propietario de diez mil vacas ! ».

¿ Acuarela o aguafuerte ?

Todo tiempo pasado fué mejor, dijo el poeta ; y es que toda lejanía embellece los contornos, ilumina el paisaje

con una luz que se diría alimentada con lo más depurado de sus elementos. Si el tiempo huye como una sombra, es indudable que el presente recoge del pretérito la síntesis armoniosa de su estructura. La técnica de Rembrandt existía en la historia antes que el pintor holandés la prodigase en sus lienzos.

Así como hay libros para una época, o mejor, para un momento — Montaigne solía llamarlos *Almanaques* del año pasado — hay normas y conceptos morales perecederos y perennes.

En la época que venimos estudiando, la probidad era un principio vivo, actuante en la conducta de las gentes. Vélez Sársfield — según Sarmiento — confesaba a los sesenta años de edad no hallarse preparado para escribir el Código Civil, que empezó a los 66 y terminó a los 70.

Muchos hombres públicos argentinos de entonces dieron prueba de esa probidad. Tal don Tomás Manuel Anchorena, el porteño que mejor conocía la antigua legislación española, al ser designado diputado al Congreso de Tucumán de 1816, lucha valientemente contra la tendencia general del Congreso, favorable a un régimen monárquico o dinastía incaica. El republicanismo de Anchorena está basado en su exacto conocimiento del alma popular y su probidad le impide traicionarla. Aún más ; siendo gobernador delegado de Buenos Aires, Rosas le ordena el fusilamiento del poeta Hilario Ascasubi, sobre el cual recaen graves sospechas de conspirador. Don Tomás Manuel estudia el sumario, no ve suficientemente

probada la culpabilidad del prisionero, y no cumple la orden. Obedecía también a su probidad a riesgo de perderlo todo. Y no sólo esta conducta enaltece su figura, sino que merced a ella las letras argentinas cuentan con poemas fundadores como *Santos Vega o los Mellizos de la Flor*, *Aniceto el Gallo*, *Paulino Lucero*, complementarios del *Martín Fierro*, de Hernández, nuestro romancero máximo.

« Comprender es igualar », sentenció Rafael, y cuando los pueblos guardan el culto de estos héroes civiles, se hacen dignos de ellos.

Los hombres, para recobrase, hacen varios altos en su vida. Es una especie de arqueo, de mirada atrás y hacia adelante, verificación de la brújula o carta náutica obedecida; las más de las veces condensan en una frase, en un gesto o en un libro, el balance de la jornada.

En 1856, don Carlos Enrique Pellegrini se detiene a hacer uno de esos *balances*, y anota cuidadosamente en un cuaderno de apuntes, doce reglas de disciplina moral. Acaso cifró en ellas la sabiduría del vivir; por lo menos, son el resultado de su experiencia múltiple. Los tituló *Mis principios*:

1° No jugar a la lotería, ni por interés a ningún juego de azar.

2° No hablar mal de nadie sin estar asistido de las más fuertes razones.

3° La felicidad consiste en la quietud del alma, en la salud del cuerpo, en la consideración pública, en tener



XV

DOÑA MARÍA BEVANS DE PELLEGRINI, MADRE DEL DOCTOR PELLEGRINI, CON SU HIJO ERNESTO (1856).

Daguerrotipo.

lo necesario para vivir decentemente y aun economizar. Completa la felicidad, el amar y ser amado.

4° No casarse sin tener los medios seguros de sostener una familia y proporcionarle los goces a que su situación social la haga acreedora. No bastan para ello las buenas costumbres, ni las buenas intenciones.

5° Abstenerse de pedir firma ajena para no tener que dar la propia más tarde.

6° Aborrecer pedir servicios, favores y dinero prestado.

7° Hacer de la ocupación de la inteligencia, el principal recreo del hombre.

8° Evitar todos los excesos.

9° Fumar raras veces y nunca embriagarse.

10° Ser exacto en las citas.

11° Prometer poco y ser esclavo de su promesa.

12° Si por falta de fe no venero bastante los misterios sagrados y dejo de cumplir con los preceptos de la Iglesia, al menos cada día me prosterno ante el Ser Supremo, dándole gracias por la dicha que gozan mi mujer y mis hijos. ¡Ojalá pudiera decir, todos mis semejantes!

¿No es ésta la profesión de fe de un discípulo de Marco Aurelio?

La muerte de su hermano Joseph, el menor, en 1852, y la de Jean Claude, el mayor, tres años más tarde, le arrancaron todo estímulo de volver a Europa. La *tierra*

de tránsito de los primeros tiempos, se hizo definitiva en su corazón. « Nosotros los argentinos — escribía por entonces — no sabemos curar nuestros postes, nuestros tirantes, cuando no se necesita sino chamuscarles la punta o cubrirlos de alquitrán. A la polilla ni le hacemos caso y miramos con la mayor indiferencia al esforzado mangangá taladrar las tijeras y las soleras de nuestros galpones. Bueno es siquiera, en un país pobrísimo de madera, el que aprendamos a conservarla ».

« Sus artículos son muy comentados y aplaudidos en esta ciudad », le escribía don José María Cantilo, que insertaba en su *Comercio del Plata*, de Montevideo, algunas páginas de Pellegrini.

El Barón du Graty, a cargo de la dirección del Museo Nacional de Paraná, le expresa por igual época: « ...hace tiempo que deseaba entrar en relación con Ud., pues su *Revista* me parece la publicación más útil de las que salen en estos países y deseaba ofrecerle mi débil curso ».

Du Graty está confeccionando un muestrario de productos argentinos para la Exposición Internacional de París, de cuyo certamen el doctor Salvador Ma. del Carril, vicepresidente de la Confederación, se había hecho su panegirista.

« ...En comparación con su Museo, mi *Revista* — contesta su redactor a du Graty — no es más que una pálida nebulosa ». La carta de Pellegrini está llena de imágenes de astrónomo. Dice al compatriota que los científicos

deben influir en los políticos para que éstos se acerquen a Buenos Aires. « Los porteños — arguye — están animados de un espíritu fraternal, pero será bueno que la iniciativa parta de Paraná. Gutiérrez, que es porteño y hombre de Urquiza, nos lo está probando. La evolución hacia lo nacional se producirá; estas provincias deben formar un todo indivisible y, quizá, a nosotros nos esté reservado dar el primer empuje ».

Iguales pensamientos propone a don Martín V. de Moussy; sostiene nutrida correspondencia con don Facundo Zuviría, quien termina por enviarle algunas colaboraciones y el original de un libro suyo para ser impreso en la imprenta de *El Nacional*, interviniendo don Carlos Enrique ante Vélez Sársfield, con ese efecto.

« Ha sido Ud. muy generoso conmigo. Es la primera vez que la prensa de Buenos Aires me trata con benevolencia. Le suplico acepte mi agradecimiento; su aplauso me consuela mucho en mi actual estado y me ayuda a soportar con resignación las injusticias de que soy víctima », le escribía desde Montevideo, a principios de 1855, don Pedro de Angelis, el antiguo redactor del *Archivo Americano*, ex diplomático, apologista de Rosas y que a pesar de su indudable talento, carecía del sentido ético de la función del publicista.

« Afirma Ud. — continúa — que mi pluma se niega a escribir pequeños trabajos, como el que me ha encargado. Mi reputación, al lado de la de M. Bonpland, es harto inferior; pero ambos hemos conocido las fluctua-

ciones del destino ; lo que significa pasar de los salones de una Corte a los estrechos límites de un calabozo. Quisiera borrar estos recuerdos y espero que los años, al embotar las sensaciones, me ayudarán a olvidar todo aquello que me amarga.

« Sólo deseo reunirme a mi mujer, en quien concentro todos mis afectos y es mi única familia. Su alejamiento me es doblemente penoso en estos mis últimos años.

« Le ruego presente mis saludos a su señora y le diga que me es muy grato saberla cerca de mi mujer ».

Ese mismo año dejó de aparecer la *Revista del Plata*, a fin de encargarse su director de la construcción del Teatro Colón, acerca del cual hablaremos en capítulo aparte. Terminada esa obra y organizado el Registro de Marcas de Hacienda, presidirá la Comisión Exploradora del Sud, que con propósitos científicos parte a comienzos de 1859, llegando a Bahía Blanca en el *Río Bamba* y sobre cuya expedición escribió Pellegrini un « Informe » magnífico, que todavía se lee con provecho.

En noviembre de 1860, el tenaz saboyano vuelve a sacar su *Revista*, pero como los tiempos se han modificado y las últimas jornadas unificadoras del país se están dando, se ve obligado a suspender esa publicación en abril de 1861. « ...Es preciso — anuncia — conciliar el gusto del escritor con las obligaciones del padre de familia », y con esta frase estoica y elegante, da término para siempre a sus menesteres de periodista.

El sembrador había vaciado su granero en obras de beneficio general. Su propia generosidad lo empobrecía.

Una carta del 15 de noviembre de 1854, de Pedro de Angelis a su esposa, doña Melanie Dayet, conservada entre los papeles de Pellegrini, nos entera de las peripecias sufridas después de Caseros, por el polígrafo napolitano. Fechada en la capital uruguaya, la letra angulosa, esquinada, con interrupciones de cardíaco, habla de su estado espiritual y físico. « ...Deseo te libres muy pronto — le dice — de las dificultades de la casa y del remate. Es necesario me indiques dónde vas a alquilar, para poder dirigirte mis cartas. Te remito el artículo para el señor Pellegrini y dile que no me ha sido posible terminarlo, que las ocho o diez páginas que faltan se las enviaré cuanto antes. Ruégale vigile mis pruebas, sobre todo el título de las obras citadas en latín y los nombres propios. Sé lo delicado que es esto y es menester le pidas, también, deje las mayúsculas y la puntuación como están en el original. Si no fuera mucho exigir, rogaría imprimieran mi artículo en un tipo más grande que el usado en la biografía de Brown. Mi trabajo llevará mi nombre : Pedro de Angelis. Creo que el Sr. Pellegrini no se avergonzará de tenerme por colaborador ».

Angelis contaba a la sazón setenta años ; incluído entre los procesados como cómplices de Rosas, vivía prófugo, lejos de su Melanie, mujer de cultura refinada — amiga

de Mariquita Sánchez — suiza de nacionalidad e institutriz en su juventud, que al llegar a Buenos Aires con su marido había secundado a éste en el Colegio Argentino, fundado por de Angelis y don José Joaquín de Mora, en los días del amanecer rivadaviano.

Melanie, socorrida en Buenos Aires por varias amigas, entre las que se encontraba doña María Bevans, esperaba que nuestro ingeniero influyera ante el gobierno en favor de su marido.

«... Empezaré por ceñir estas líneas — escribía don Carlos Enrique a de Angelis, el 12 de enero del 55 — porque siento que las cuatro carillas de este papel, son insuficientes para expresar mi placer en comunicarme con Ud. Me agradece Ud. las palabras que le dediqué en mi *Revista* y créame que he tenido que contenerme para no dar latitud a los sentimientos que me inspira su infortunado talento. Confiaba en su afecto, pero su gratitud y la de su excelente esposa, me asombran.

« He salvado los errores de las últimas « pruebas » de la biografía de M. Aimé Bonpland, haciéndoselos presente a Huergo, quien interesado por su folleto sobre el Amazonas, me lo ha pedido prestado.

« ¡ Con qué emoción leí la carta de Humboldt ! Mis lectores verán con agrado esa correspondencia mantenida en las altas regiones de la inteligencia. Esta mañana pregunté a mi impresor si tenía un tipo de letra más claro para utilizarlo en la composición de ese trabajo y me ha dicho que no. Hubiera deseado letras de oro !

« En verdad, acaso ningún creyente de la Edad Media haya intercalado en el santoral, más *santos* que yo en mi *Revista*. Ud. me ha regalado un hermoso diamante y yo lo he engarzado lo mejor posible.

« Si en realidad saliera yo para Francia el mes próximo, me sería muy grato llevar al Jardin des Plantes y ofrecerlo en su nombre, el retrato de Bonpland, que conservo aún en mi poder, acaso con gran cuidado de su propietario.

« Quizá algún día exista en la ribera derecha del Plata un Jardín de Aclimatación, que llamaríamos Bonpland, con más propiedad que ciertas sociedades alemanas. Eso ocurrirá cuando estemos en compañía del historiador de los historiadores del Plata ; quien, empleando su amistad y sugestión, atraerá a esta tierra al pájaro hurao y anacoreta, que se resiste abandonar las orillas del Uruguay.

« Es posible que esto no sea más que un brillante sueño y corra la suerte de todas las inspiraciones generosas en este país, o mejor, bajo sus gobiernos.

« Es realmente una coincidencia que ambos hayamos convenido en renovar nuestras viejas simpatías, a fin de rendir un homenaje a la ciencia y sus cultores, colocándonos a la sombra de los mismos árboles, bajo el mismo techo y substrayéndonos al tedio de los salones. Más dicho que Ud., yo he podido gozar frecuentemente de esos felices tiempos ; he gustado de los trabajos de Bonpland, he paseado a la sombra de su extensa viña y he visto regar la tierra por sus industriosos compatriotas.

Yo mismo he sacado con placer, las orugas que atacaban los tiernos perales y he respirado la frescura de la más alta de las casas.

« Pero no debo gozar recordando cosas amables, teniendo presente los sacrificios de Ud., la inconstancia de su destino, el fin de su vida laboriosa.

« Hago votos para que Ud. pueda volver pronto a gozar de esta joven Tívoli. Quisiera indicarle la fecha, pero no me es posible. Nuestros hombres de gobierno se empeñan en respetar el imperio de la murmuración y la calumnia; y es probable que una conversación suya tenida con un General, en presencia de un *traidor* firmante de un gran documento, en el transcurso de la cual Ud. desaprobó la última página sobre Urquiza, haya neutralizado mis esfuerzos y los de otros amigos, interesados en que Ud. sea llamado a ésta.

« No me pida por ahora nada y perdone me entrometa en sus asuntos. Debo a su esposa una larga visita; ella me escuchará y después, Ud. dirá el resto ».

¿ El *General* de la conversación con de Angelis era don Tomás Guido ?

Por entonces, el antiguo secretario de Moreno en su misión a Londres, colaborador luego de Pueyrredón en el Directorio y soldado después del general San Martín, confidente de sus amarguras y compañero de sus glorias, hallábase exilado en Montevideo, a igual que don Luis J. de la Peña. Ambos patriotas se carteaban con Pellegrini, y lo avanzado de la edad no les impedía escribir

al saboyano, con temblorosa letra, extensas epístolas, a las que respondía nuestro personaje con otras llenas de dulzura y optimismo.

Por igual época, don Andrés Lamas, desde Río de Janeiro escribe a don Luis J. de la Peña: « ...Necesito obtener una copia al daguerrotipo o de otro modo, con tal que no cueste mucho dinero, de un retrato del Gral. Belgrano, hecho en Londres y que se encuentra en Buenos Aires. ¿ Tendría Ud. la bondad de escribir al señor Pellegrini, para que desempeñe ese encargo del modo que le parezca mejor ? ¿ Sabe Ud. que tengo escrito un libro sobre Belgrano, que pienso imprimir en París ? Para ese libro quiero el retrato ».

Pellegrini cumplió el encargo. « ...la copia fotográfica que me ha enviado del Gral. Belgrano es magnífica; es mejor que el mejor grabado; perdone Ud. el atrevimiento de un profano al juzgar los misterios del arte ».

« ...Enteramente de acuerdo con Ud. — sigue Peña — sobre la necesidad de que desaparezcan para siempre las viejas rivalidades entre Buenos Aires y Montevideo; pienso que se conseguiría ese efecto por medio de arreglos enteramente comerciales. Las dos únicas ciudades de la entrada del gran Río, están llamadas a ser un solo foco de civilización y no pueden ser rivales en punto a comercio ».

De la Peña y don Carlos Enrique se profesaban una gran amistad. El célebre ex sacerdote, que estuvo mezclado a los más graves problemas públicos suscitados

después de Caseros, desengañado de la política y un poco corroído por la misantropía, vivía en las afueras de la capital uruguaya, cultivando la tierra. « Cultiva Ud. flores y estudia a la Naturaleza ; merced a ese influjo quizá su actividad nos presente un nuevo fruto de su ciencia », dicele Pellegrini en una de sus cartas. De la Peña envió al redactor de la *Revista*, el *Diario* de Descalzi sobre la Navegación del Río Negro de Patagones, acerca de cuyo trabajo ambos amigos formularon elogiosos juicios.

En su refugio del « Buen Retiro », el ex sacerdote plantó álamos « para proteger mi casa con una pared viva », dice al francés, en tanto le recomienda al doctor Brougues, dinámico colonizador oficial en Corrientes y el Chaco, autor de estimables libros sobre nuestro país, publicados en Francia. Peña comenta en el *Comercio del Plata* un libro de don Facundo Zuviría enviado por Pellegrini a ese efecto. « ... Ignoro, observa el clérigo, si los periódicos de Buenos Aires se han ocupado de esa publicación. Justo es indemnizar a ese buen argentino y amigo excelente, de los disgustos que ha tenido que sufrir ».

« Me había olvidado — añade — hablarle sobre el resultado de mis afanes de horticultor. Espero vivir lo que me reste de vida, del trabajo de mis manos. ¿ Nuevas ilusiones ? Acaso ; pero, ¿ qué es sino la vida ? ».

Estos ancianos capitulares se entendían con media palabra.

Frustrada, una vez más, su empresa de construir un Muelle en el bajo de las Catalinas, cuya financiación ofrecía don Esteban Rams, nuestro ingeniero retiró de la Legislatura sus planos y propuestas, brindándose a don Pedro Pico, secretario de la Comisión del Muelle, para ser útil a la entidad con las informaciones que necesitare, pero decidido a no perseverar más sobre el punto y dirigir su actividad por otros caminos.

En carta del 3 de febrero de 1855, escribe a su amigo Juan María Gutiérrez : « ... me ocupo, desde hace un mes, en llevar adelante la conclusión del Coliseo ; encabezando una sociedad que con el capital de tres millones de pesos, sobre la base de un arriendo perpetuo del terreno, se ha comprometido y cree poder efectuarlo. Mi tiempo está enteramente ocupado en la confección de los planos, cosa para mí de cuidado, pues tengo en el negocio cerca de doscientos mil pesos empeñados. Del presupuesto que levante definitivamente, resultará la conveniencia de que vaya o no a Europa, a hacer construir y comprar las diferentes cosas que necesitamos para esta obra. Se anunció, intempestivamente, en los diarios, mi salida, pero el hecho es que no hay nada cierto. Harán mis socios lo que les aconseje y yo no he de aconsejarles sino lo que sea absolutamente necesario a los intereses y buen éxito de la empresa.

« En caso de que me vaya, no dude Ud. del placer que tendría en verme ocupado por Ud. o por ese Gobierno, de cualquier comisión en que pudiera ser útil en punto a

inmigración, proyectos de bienestar público o exhibición de los recursos mineros y rurales de la República.

« Mitre me dijo, la víspera de recibirse de su cartera, que él no juzgaba pasada del todo la oportunidad de que Buenos Aires se hiciera representar en París, aprovechando mi viaje. Pero la voz de Mitre no es la de Gutiérrez, que encuentra en la fibra amoldable del vencedor de Caseros, la propiedad de vibrar al influjo de generosas inspiraciones; la de Mitre, se pierde en una peña sin eco.

« Sé, además, que el Ministro Gutiérrez pronuncia a menudo mi nombre y que, disimulando su aparente frialdad, lo recomienda a la estimación de sus amigos ».

Casi dos meses más tarde, Gutiérrez le contesta: « ... Voces como la de Ud. tienen un valor inmenso para mí; me distraen de penosas ocupaciones y me confortan en la esperanza de que el estado actual de estos países ha de cambiar pronto con el auxilio de personas capaces y perseverantes como Ud.

« En un número próximo, *El Nacional Argentino* publicará la descripción de los minerales que se envían a la Exposición de París. Se ha ofrecido esa colección como modesto regalo para los gabinetes imperiales. M. du Graty ha hecho un trabajo muy completo sobre las cales de la Bajada del Paraná, rico de datos estadísticos. M. de Moussy, que parte dentro de pocos días para los pueblos del Uruguay, pertenecientes a Entre Ríos, deja concluido y bajo mi cuidado, un trabajo que se publicará pronto bajo el humilde nombre de *Almanaque* y que com-



XVI

INGENIERO CARLOS ENRIQUE PELLEGRINI, CON SU FAMILIA. SENTADOS: DOÑA MARÍA BEVANS, SU ESPOSO Y SUS HIJAS JULIA Y ANITA. DE PIE: ERNESTO Y CARLOS, ESTE ÚLTIMO DE 14 AÑOS (1860).

Daguerrotipo.

prende un resumen bastante satisfactorio de la estadística argentina, con informaciones sobre inmigración, comercio e industria.

«...Si va Ud. a Europa encontrará allí al Dr. Juan Bautista Alberdi, que en estos últimos tiempos se ha distinguido por una serie de obras útiles, cuajadas de verdades políticas y administrativas, sobre las cuales llamo la atención ilustrada de Ud. Si Ud. habla con él, se entenderán en un momento y se ayudarán mutuamente en los trabajos verdaderamente útiles para estos países, que tanto Ud. como él, son capaces de emprender en aquel grande y ardiente foco de ideas y publicidad ».

Por esos mismos días, de la Peña escribe a Pellegrini :
«...Su viaje a Europa, querido amigo, le proporcionará la ocasión de hacer oír allí la voz del apóstol de la paz y del progreso de los intereses materiales. ¡Qué bella oportunidad para fortificar y extender la propaganda de emigración hacia Buenos Aires ! Nuestro Río Negro de Patagones ofrece, en mi concepto, más ventajas a los colonos europeos que el Paraná, donde baña los territorios de Corrientes y del Paraguay ».

Las autoridades seguían con atención los trabajos de nuestro ingeniero, y el gobernador Obligado, en su Mensaje de 1855, dice : « Las artes y el ornamento de esta ciudad obtienen asimismo sus beneficios, en la construcción de un hermoso teatro en el antiguo Coliseo, bajo la dirección de una empresa particular que lo llevará a cabo ».

Otros tópicos de Pellegrini tenían por esa fecha prin-

cipio de ejecución ; tal el establecimiento de municipalidades en los pueblos de campaña. El nuevo organismo comunal suscitaba desagradables rozamientos con los jueces de paz, que hasta entonces habían compendiado la máxima autoridad comarcana. En su Mensaje del año siguiente (1856), el gobernador bonaerense, juntamente con sus Ministros Valentín Alsina, Norberto de la Riestra y Bartolomé Mitre, refiriéndose al sistema ideográfico del saboyano, consigna : « El gobierno se lisonjea de haber hecho un gran servicio a la industria ganadera, aprobando y determinando costear la próxima realización de un sistema ingenioso y seguro, inventado por un hombre de inteligencia y que resuelve la difícil cuestión sobre marcas desconocidas, imposibilitando para siempre su reaparición ».

Todavía en el Mensaje a la IV Legislatura Constitucional, el gobierno mencionará la construcción del Teatro Colón, al informar de la marcha de las obras del Muelle de Pasajeros, el Palacio Episcopal, la Aduana Nueva y el Paseo y Alameda de la Guardia Nacional, « adelantos — dice — que llenan de satisfacción a Buenos Aires ».

¿ A esta altura de la vida, no había dejado de ser don Carlos Enrique el ciudadano progresista, para convertirse en la entidad carlyleana, foco irradiante colaborador del Gobierno ?

Según Eckermann, en sus *Conversaciones con Goethe*, el gran poeta alemán al hablarle con elogio de Alejandro

Humboldt, le confesó en febrero de 1827, que prefería « soportar la pena de otros cincuenta años de existencia », con tal de ver realizados el Canal de Suez, el del istmo de Panamá y una comunicación entre el Danubio y el Rin. « Quisiera verlo ; pero no lo veré », comentó el poeta y sonrió con tristeza.

Algo análogo, como esperanza no realizable, debieron sentir los porteños que, desde 1804, esperaban contemplar el edificio del *Coliseo*, mandado construir por el virrey Sobremonte y el Cabildo de Buenos Aires. Los arquitectos don Tomás de Beláustegui y Matías de Cires habían proyectado la obra y fueron comisionados para escoger el lugar donde levantarla. Eligieron la esquina conocida por el « Hueco de las Animas », hoy Rivadavia y Reconquista, y que nunca se había ocupado por considerársele sitio estratégico para la defensa militar del vecino Fuerte.

Dichos arquitectos iniciaron la obra, que fué interrumpida por las invasiones inglesas, cuando las paredes estaban levantadas hasta la mitad. En 1822, Rivadavia dispuso la continuación del edificio, para instalar en él una escuela de arte escénico y declamación. Seis años más tarde, los señores Felipe Senillosa, Félix de Alzaga, Miguel de Riglos, Miró, Frías, Oyuela, Arzac, Perdriel, Munilla y Calvo, formaron una comisión para proseguirla, pero la revolución de Lavalle paralizó el proyecto.

En 1835, Rosas anunció que continuaría la construcción, pero sólo en 1851 se logró techar el edificio con

fondos obtenidos por suscripción pública, y dar en él un gran baile en honor de Manuelita.

Producido Caseros, la opinión pública empezó a reclamar la erección de un teatro adecuado a los nuevos tiempos, pues el Victoria y El Argentino resultaban pequeños e incómodos. En *El Progreso* del 4 de agosto de 1852, se publican algunas propuestas hechas al gobierno para la terminación del Coliseo y aun cuando la de los señores Francisco Madero y Cía. fuese la más ventajosa, las autoridades no resolvieron nada sobre el particular.

Tres años después, los hermanos Varela, que dirigían *La Tribuna*, iniciaron una campaña en ese sentido y propiciaron la formación de una Sociedad constructora, que debía levantar un lujoso teatro sobre las ruinas existentes en el « Hueco de las Animas ». Con tal objeto, y previas gestiones que hiciera don Lorenzo Torres, el 1° de febrero de 1855, el gobierno de Buenos Aires celebró un contrato de arriendo perpetuo de ese predio fiscal, con la sociedad constituida por los señores Héctor Varela, José Ramón Oyuela, Hilario Ascasubi, Joaquín Lavalle, Martín Rivadavia, José Migoni, Carlos Enrique Pellegrini, Nicanor Alvarillos, Francisco Oyuela, Esteban Rams y Alejandro Martínez. Dicha sociedad encargó al ingeniero Pellegrini de la proyección y dirección del teatro a levantarse, a cuya tarea se consagró de lleno el interesado, abandonando todo otro menester. Secundado por don Joaquín Lavalle y José Ramón Oyuela, puso manos a la obra. Los socios miraban asombrados la concepción fá-

cil, los recursos arquitectónicos de que daba muestras el antiguo poblador de Cañuelas y reciente director de la *Revista del Plata*. Dos años más tarde, la obra del teatro Colón estaba terminada; nada más rápido y mejor se había hecho en Buenos Aires hasta entonces. El coliseo contaba con sesenta y cuatro palcos; cuatrocientas cuarenta y una plateas; ciento catorce tertulias; doscientas cuarenta cazuelas y doscientas cincuenta lunetas paraíso. Era suficiente para contener hasta tres mil quinientas personas y, según las crónicas, esta cifra ascendió a 4000 y 5000 personas, en los bailes de carnaval y fiestas de la Sociedad de Beneficencia. Su entrada principal daba por la calle Reconquista n° 11, y tan sólida se hizo la planta del edificio, que al ser adquirido éste por el Banco Nacional, en pesos 900.000 para instalar allí sus oficinas, se respetaron los viejos muros que han estado en pie hasta nuestros días y que desaparecerán para dar lugar al nuevo edificio del Banco de la Nación Argentina, su actual propietario.

Pellegrini introduce la tirantería de hierro en la construcción, y se esfuerza por convencer a los absortos porteños, que la viga metálica era el esqueleto de las delgadas paredes que se hacían en relación con los anchos muros de las antiguas construcciones. Fué él quien acabó con la arcaica estructura de los teatros españoles, el enrejado detrás del patio de plateas, donde los hombres permanecían de pie, fumando a destajo y sumiendo la sala en tinieblas por el humo, pues no había ventilación

y era inútil la protesta de las señoras y el clamor de los periódicos.

Inauguró ese teatro la iluminación a gas, desapareciendo para siempre de nuestras salas el alumbrado a vela o aceite de potro, humoso y maloliente. En octubre del 55 llegó, en la nave *Don Quijote*, la araña central del nuevo teatro, que se llamó, redundantemente, « La Lucerna » y fué el arrobamiento de todos. Tenía 450 picos de gas y su encendido demoraba casi media hora y era todo un problema de técnica iluminatoria. Cuando se iba temprano al teatro, se decía risueñamente: voy a ver encender la araña.

« Los techos construídos sobre mis diseños — recordó Pellegrini — es decir, con almagamas de hierro arqueadas ensanchándose en el estrado de las armaduras, llamaron la atención del constructor de la usina y aparatos de gas de Buenos Aires, a quien sorprendí tomando apuntes de su estructura. Probablemente fué este señor Bellhouse, quien suministró al editor de *Practical Mechanic's Journal*, de Londres, los datos y láminas que aparecieron en el número de esa revista, de diciembre de 1858, con un artículo en el que se recomendaba mi técnica a la atención de los constructores ingleses ».

El teatro Colón se inauguró, en realidad, el 25 de abril de 1857, con la ópera de Verdi, *Traviata*, cantada por el tenor Tamberlik y la Lorini y funcionó por espacio de 31 años, cerrándose el 13 de septiembre de 1888, en que por ley del Congreso del 17 de agosto de 1887, la Municipalidad vendió el edificio al Banco Nacional y con

cuyo importe la Comuna levantó el nuevo teatro Colón, frente a la Plaza Lavalle, que en un principio se proyectó ubicar en la manzana ocupada actualmente por el Congreso Nacional.

« De la planta del viejo Coliseo, no quedó nada, decía, terminada su obra, el ingeniero Pellegrini. El 1° de marzo de 1855 recibí las llaves de esas ruinas, por el Departamento Topográfico y, ese mismo día eché mano al derumbe ». Algunas particularidades del edificio se prestaron a los más variados comentarios; pero lo cierto es que los porteños sintieron la belleza de la obra y que la gigantesca heladera colocada en su sótano, que nunca pudo ser colmada con el hielo traído de los grandes lagos de Estados Unidos, no pasó de ser un episodio humorístico.

Con el teatro Colón, don Carlos Enrique dotó a la ciudad del más hermoso edificio de la época; pero habiendo invertido en él toda su fortuna, encontrábase a los 57 años, virtualmente empobrecido.

El brillante negocio resultó un espejismo.

Los artistas auténticos jamás dejan de estimular a los continuadores de su arte. En 1860, llegan a Buenos Aires los primeros trabajos pictóricos de los jóvenes Lastra y Agrelo, becados por el gobierno de don Valentin Alsina, para seguir estudios en la Academia de Bellas Artes, de Florencia. Esas muestras son descubiertas en presencia de personas que permanecen indecisas y reticentes.

Estas pinturas — dice Pellegrini, sin que nadie le con-

sulte — valen más que el dinero gastado por el gobierno con sus autores.

Las palabras magnánimas rompen el hielo y el elogio aflora en todos los labios.

« ...lo que muestra al hombre productivo, no es tan sólo la masa de sus creaciones y hechos, sino también sus estímulos », sentenció Goethe.

Hombre justiciero, le tentó la escritura de la historia. Amigo del general José María Paz, trazó sobre el prócer algunos apuntes, que pueden consultarse, todavía, con provecho.

Como afirmara que durante la campaña del Brasil, el general Carlos de Alvear fuera dado a otorgar licencias fácilmente, un hijo del héroe, don Torcuato, replicó a Pellegrini, en el diario *Tribuna*, del 25 de octubre de 1854, que tal no había sido la norma de su padre. « ¿ Quiere saber el señor Pellegrini — escribía don Torcuato — cuál fué la contestación del general Alvear al coronel Iriarte, cuando éste le pidió pasaporte para regresar a Buenos Aires, por hallarse enfermo ?

— Si usted, coronel, se muere, le enterraremos en una cuchilla. Lo mismo hagan ustedes conmigo.

« ¿ Que cuáles fueron las razones — continúa don Torcuato — por las que el coronel Olavarría obtuvo permiso para bajar a Buenos Aires ?

— General, le dijo a mi padre: Once años falté de Buenos Aires. Me he hallado, durante todo ese tiempo,

en batallas: Chacabuco, Maipú, Junín, Ayacucho. Después de tan larga ausencia, volví a mi país y estuve en él, únicamente, dos meses. Salí a la campaña del Brasil; he peleado en Ituzaingó, Camacuá, El Ombú, Yermal. Los asuntos de una madre que no tiene más hijo que yo, reclaman mi presencia en Buenos Aires. El ejército está, ahora, en sus cuarteles de invierno; pido licencia por 40 días. El comandante Olmos, jefe acreditado, queda a la cabeza de mi Regimiento. Mi presencia no puede hacer falta por ese término ».

« ¿ Usted, señor Pellegrini — concluye don Torcuato — hubiera negado esa licencia ? ».

El saboyano, reconoció la justicia de la réplica.

En 1858, llegó a Buenos Aires, contratado por el Gobierno, el ingeniero irlandés don Juan Coghlan, diplomado en París, y cuyos trabajos en España, Alemania y Suecia, le habían dado una brillante notoriedad. El decreto del 31 de agosto del citado año, expresaba que dicho profesional debía « atender toda suerte de trabajos públicos, municipales y del Estado ».

Coghlan es 24 años más joven que Pellegrini; debe proyectar obras de provisión de agua a la ciudad — continuadas por Bateman — y, todo esto, no fué obstáculo para que ambos profesionales se hicieran grandes amigos. Coghlan se dedicó a la instalación de los primeros ferrocarriles y todo lo que significaba un factor de progreso, ganaba el corazón de nuestro artista.

Una anécdota de esa época, lo confirma.

Vivía Pellegrini en la calle Corrientes 126 (hoy 542) y tenía prohibido a los suyos tratar con los desconocidos que llamasen a la puerta, estando él ausente. En una ocasión, sorprendió a Julia, su hija mayor, hablando, a través de la reja de la ventana, con un desconocido.

— ¿Quién es ese hombre — preguntó a la hija, con manifiesta nerviosidad.

— Lo he atendido, papá, porque vende un agua química que quita las manchas de las ropas, en el acto que se la aplica.

Pellegrini miró menos fosco al desconocido, quien le explicó que, en efecto, fabricaba un agua industrial para quitar manchas.

— ¿Por qué no explota usted, en grande, ese producto?, le dijo.

— No tengo capital, señor.

El ingeniero entró en tratos con su ocasional interlocutor y, advirtiéndole sus prendas morales y su capacidad de trabajo, le proporcionó el dinero necesario para iniciar la industria. No quiso ser su socio, a pesar de las perspectivas del negocio y recibió la devolución del préstamo, sin admitir pago de interés alguno.

Merced a ese gesto, se instaló en Buenos Aires don Adrián Prat, fundador de la casa de comercio que lleva su nombre.

«...la renuncia a los frutos de las obras allega paz y contento», se lee en el *Bhagavad Gita*.

Al discutirse en la Legislatura porteña, en 1857, la adopción del sistema métrico decimal, el senador don Ambrosio P. Lezica consulta a Pellegrini sobre la exactitud del metro empleado por Senillosa, en cumplimiento del decreto de Rosas del 18 de diciembre de 1835, sobre pesas y medidas. «...La duda que tengo — informo — es que el metro empleado en esa operación, fuese más o menos genuino que el empleado primitivamente por la Sociedad Bonaerense de Ciencias Físicas y Exactas. Nombraría, si fuese necesario, a persona muy caracterizada, que me aseguró, varias veces, que el padrón usado en la segunda confrontación, era un metro de pacotilla, rezago de nuestra Aduana. Sea lo que fuere, tengo motivos para sospechar que aquel metro (el de 1835) no era exacto. Lo he comparado con reglas de metal divididas en París y, en el Consejo de Obras Públicas, con dos decímetros de acero, que me franqueó el primer ingeniero del ferrocarril Oeste, señor Mouillard ».

En 1861 y por gestiones de Mitre, el ingeniero Pellegrini fué nombrado secretario del Consejo de Obras Públicas, « cargo que merece — expresa don Bartolo en carta del 8 de marzo — por el tiempo que, de hecho, ha auxiliado al Consejo con sus importantes conocimientos. Aprovecho esta oportunidad — añade — para felicitarle por la reaparición de la *Revista*, que es el periódico más útil, en su género, que se haya publicado en Sud América ».

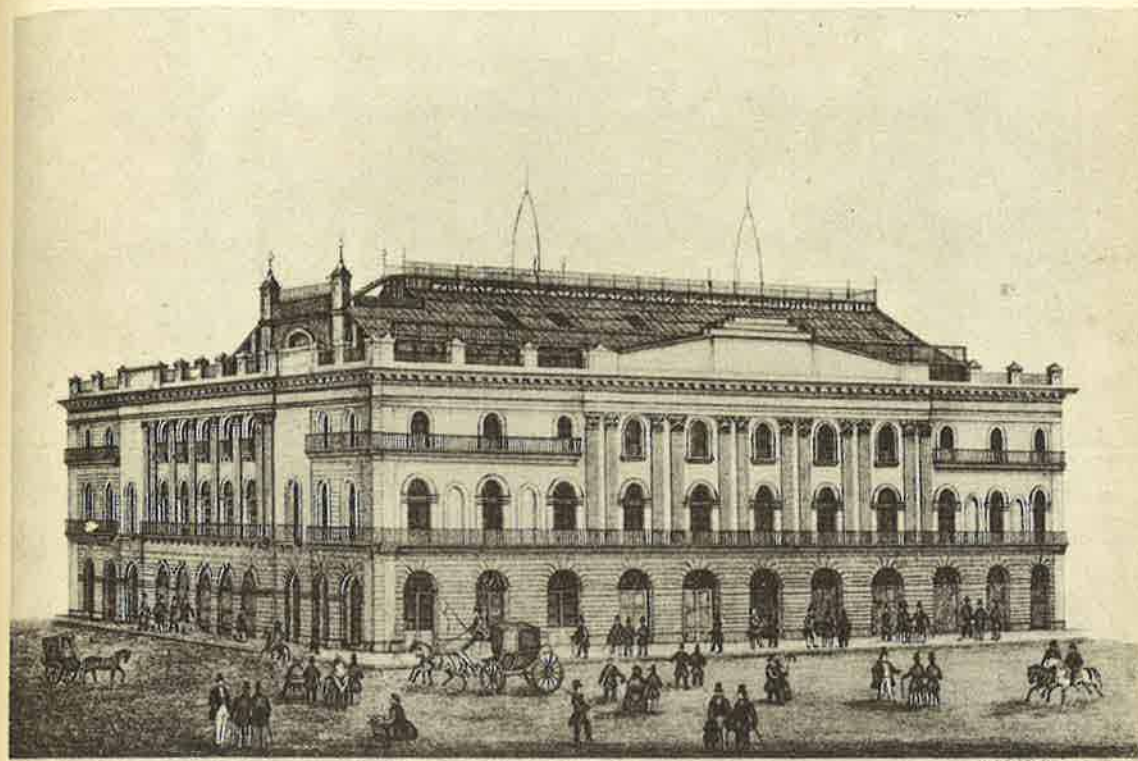
En el Consejo de Obras Públicas, que funcionaba en

la calle Moreno 85 (numeración antigua), Pellegrini tenía por compañeros a don Otto Arnim, como presidente; don Emilio Landois, como vicepresidente y como vocales a los señores Prilidiano Pueyrredón, Adolfo Sourdeaux, Juan Coghlan, Guillermo Simpson, Enrique Hunt y Antonio Dunoyer.

Padre de cuatro hijos, Julia cuenta 18 años; Carlos, que cursa estudios secundarios, tiene 15; Ernesto 9 y Anita 7; aún lo será de Arturo, venido al mundo el 30 de abril de 1863.

En el Consejo, sus funciones de secretario llenan todas sus horas; y sus colegas, que saben de su actividad y honradez, descansan en él. Con quien tiene mayor amistad, es con el hijo del antiguo Director Supremo, ingeniero y pintor como él, y cuya casa de la calle Reconquista 49, visita a menudo. Por veces, el saboyano regaña a Pueyrredón, que no se preocupa sino por lo que le atañe muy vivamente. Temperamento alegre, locuaz y sensual, sus estudios en París, Madrid y Florencia, le inclinaban a los pinceles más que a los planos. En su casa solariega de San Isidro, había llevado al lienzo primorosas escenas domésticas y retratos de singular relieve. Únicamente, por complacer a su padre, proyectó un puente sobre el Riachuelo y la casa de los Azcuénaga, en Olivos, donde hoy está la quinta presidencial.

Amante de la buena mesa, dado a alternar con caballeros y gentes del pueblo, sus pinturas son felices evocaciones del viejo Buenos Aires. Colorista sobrio y



XVII

ANTIGUO TEATRO COLÓN, POR C. E. PELLEGRINI.
(Lámina de la «Revista del Plata» (1857).

elegante, los patios porteños, el interior de las antiguas casas, fueron motivo de su pincel, y merced a su obra, entendemos hoy mejor los hombres y la política de esa época; por lo que el artista sirve a la historia con la eficacia de su documento estético.

Respetuoso de la ciencia, creyendo que ésta ofrecía a la humanidad la solución de muchos de sus problemas, rezelaba de los fanatismos y se atenía a las conclusiones objetivas y terminantes.

Hacia años que Woodbine Parish lanzara la hipótesis de la rápida disminución del Río de la Plata, en cuya opinión le acompañó Bravard.

«¿Cómo puede ser eso cierto —replicaba Pellegrini— si recién ahora, en 1861, el capitán Sidney sondea nuestro Río y antes no existió hidrómetro? Al vecindario de esta capital —prosigue— le consta que el bello anfiteatro de nuestras lavanderas, es y está en el sitio conocido desde tiempo inmemorial. Las observaciones que hice en 1830 lo comprueban, y desafío que se saquen de ellas conclusiones favorables a la tesis de la disminución».

Al tratarse, ese mismo año, la construcción del puerto, escribe sentencioso: «...No es a Inglaterra donde debe irse a buscar modelos para las obras del puerto en el Río de la Plata. Los puertos de Buenos Aires y Montevideo, no son puertos de marea. Al Mediterráneo, esa vieja y grande escuela de arte hidráulico, debemos ir a aprender.

Cartagena, Barcelona, Marsella, Tolón, Niza, Génova, Liorna, Messina, Palermo, Ajacio, Venecia, Alejandría, Túnez, Argel, etc. son los lugares que conviene estudiar; no Liverpool o Southampton, Brest o El Havre ».

« ...los argentinos tendremos, como los españoles y franceses, dos especies de puertos y, por consiguiente, dos géneros diversos de aparatos hidráulicos. La diferencia esencial entre un puerto de marea y uno que no la tiene, como Buenos Aires, es que uno necesita compuertas y el otro no. Algún día, Buenos Aires tendrá el puerto que positivamente merece y exijan sus actividades mercantiles de exportación e importación. Estas obras pueden proyectarse con mucha anticipación, sin perjuicio de otras precarias para cubrir las necesidades del momento. La primera nación del mundo, realizó recientemente, en el puerto de Marsella, mejoras que fueron divisadas y sentidas en tiempo de los fenicios. Seamos, pues, más discretos y no repitamos la fábula del perro (iba a decir de las aguas corrientes) que, por abarcar demasiado, dejó lo real por la sombra ».

Por eso, al inaugurarse el Muelle de Pasajeros en la desembocadura de la actual calle Sarmiento, a unos quince metros del Paseo de Julio (hoy Avda. L. N. Alem), por entonces un lugar de toscas y yuyos, donde las lavanderas tendían sus ropas, su regocijo llegó al frenesí. Con el director del Muelle, don Gerardo Bosch, departe menudamente sobre el movimiento de buques y arribo de pasajeros. La construcción de 1857 era una de esas

obras precarias que aconsejara nuestro ingeniero, mientras tanto no pudieran hacerse las grandes.

Don Aarón Castellanos era de sus asiduos correspondientes. Explorador, en su juventud, del río Bermejo, había sido prisionero del tirano del Paraguay, doctor Francia, durante seis años. Fundador de la colonia « Esperanza », en Santa Fe, Castellanos miraba con profunda simpatía la prédica progresista de Pellegrini y el afecto se extendió a ambas familias. Hombre ejecutivo y no de ensueño, don Aarón tomó parte dirigente en muchas empresas, tal la construcción del ferrocarril de Rosario a Córdoba.

En 1892, desempeñando el doctor Carlos Pellegrini la presidencia de la República, visitó colonia « Esperanza » — hoy ciudad promisoría — respondiendo, acaso, al viejo cariño de su padre por el fundador. « Esperanza » se vió honrada, entonces, por tercera vez, con la presencia del primer magistrado de la Nación.

Todas las fases del drama humano fueron objeto de su meditación. Presintiendo el peligro de algunos ideales llevados a sus extremos, anunció: « Llamamos a gritos a la inmigración, desatinando a fuerza de cavilar cómo atraerla. Nuestras leyes llevan el sello del cosmopolitismo más marcado. Ofrecemos el excedente de nuestras tierras a las masas de proletarios hacinados en remotos distritos, donde apenas respiran ».

Don Mariano Fragueiro, retirado de la política después

de su frustrada aspiración a la presidencia de la Confederación Argentina, volvía a sus viejas inquietudes científicas, y escribe a don Carlos Enrique el 4 de enero de 1861: «... Desea Ud. poseer una parte de la preparación que ensayaba para hacer estudios y observar el cambio que el tiempo operaría en la carne. Una casualidad me proporciona el gusto de satisfacer sus deseos, con la ventaja que no tendrá que esperar, para ver el efecto que cuatro años han causado en una muestra de carne. A principios del año 57 me hallaba en las sierras de Córdoba y, continuando con mis ideas sobre preservación de carnes, encargué a don Isauro de la Lastra mandara hacer una porción de charque de vaca, la asara al horno y la pusiera, molida, en un saco, prensando fuertemente la materia. Ocho meses después, se sirvió ese producto en mi mesa y lo hallé muy aceptable. A mediados del 58, volví a utilizar el resto de esa porción, encontrándola buena ».

Pellegrini probó la carne que le enviara Fragueiro e hizo al respecto consideraciones interesantes por lo intuitivas.

Nuestros saladeros elaboraban entonces tasajo, que vendían a muy buenos precios en Brasil y Cuba. «... Debemos extender su consumo — clamaba Pellegrini — poniendo el artículo en estado de ser apetecido en todas partes y consumido, sin repugnancia, en hospicios, talleres, colonias militares y ejércitos de Europa ».

Excepto la provincia de Buenos Aires, cuya única ri-

queza era agropecuaria, el resto del país — empezando por el Gobierno Nacional en Paraná — creía que su riqueza principal estaba en la minería; de ahí que se mandasen, de preferencia, a la Exposición Internacional de París, productos de ese género.

Por aquel tiempo, el quintal de carne salada argentina se vendía en Cuba a ocho pesos fuertes y la abundancia del producto ocasionaba continuas oscilaciones de precios, perjudicando los negocios saladeriles.

Fragueiro aspiraba obtener un tipo de preparación de carne que permitiese su envío a Europa. Debía conocer las ideas y experiencias que por esos días hacía Pasteur, divulgadas en diarios y revistas. Asociado con Demaría, Fragueiro consiguió producir una preparación que conquistó buenos mercados.

Pellegrini bate palmas, jubiloso; presiente hallarse ante el nacimiento de una industria, que será el puntal económico más sólido de la nación.

Predica el abono de las tierras de labranza con desperdicios animales, que sólo servían para aumentar la fetidez de mataderos y pantanos. Recuerda que los ingleses fueron los primeros en utilizar esas substancias y que su amigo Eduardo Olivera — fundador de la Sociedad Rural Argentina en 1866 — estudiante en el Instituto de Grignon (Francia), donde se recibió de ingeniero agrónomo, refería que M. Gustave Heuzé, profesor de dicho establecimiento, había expresado en clase: « Los ingleses, recorriendo los campos de batalla del mundo y des-

enterrando huesos para cambiarlos en nabos y trigo, han llegado hasta el campo de Waterloo ; han comprado a los belgas el derecho de extraer, de los alrededores del Monte San Juan, todos los restos humanos existentes en aquel campo de batalla, llevándolos a Inglaterra para transformarlos en materias alimenticias. De lo que se deduce, que los ingleses no han comido por mucho tiempo sino franceses ».

Olvidaba el ilustre Heuzé, que el antiguo había presentado la identidad de la materia en última instancia, como elemento único y variable.

Los 65 años le sorprendieron pletórico de salud y entusiasmos. Se dijera que la adversidad no lograba en él otra cosa que fortalecer su espíritu. Designado ingeniero municipal, propuso la confección de un Plano Catastral de Buenos Aires. Desde la enfitéusis rivadaviana, la provincia de Buenos Aires, y por consiguiente el país, carecieron de la cartografía eficiente para conocer con exactitud el estado, proporcionalidad y régimen de sus tierras. El nuevo funcionario desarrolla su obra y se entera que el Departamento Topográfico realizaba un trabajo análogo, por lo que se dirige al presidente de la Municipalidad, don Juan Bautista Peña, planteando una cuestión de competencia. El 6 de junio de 1866, Peña consulta el punto al Ministro de Gobierno, doctor Nicolás Avellaneda. « ... la atención de las delineaciones y la traza de las calles corresponde a la Municipalidad — dice —

y pesa, hasta ahora, sobre el Departamento Topográfico, que ha querido desprenderse de ella por delegación que la misma ha hecho, reservándose la superintendencia en el asunto : como el Gobierno ha autorizado a dicho Departamento la publicación de ese plano, será conveniente que la Municipalidad tome conocimiento, por anticipado, de esa publicación ».

« ... El plano que se publicará — informa don Saturnino Salas, presidente del Departamento Topográfico, a pedido del Ministro — tiene solamente por objeto mostrar cómo se encuentran los hechos sobre el terreno ; pero no dar una regla para las delineaciones ».

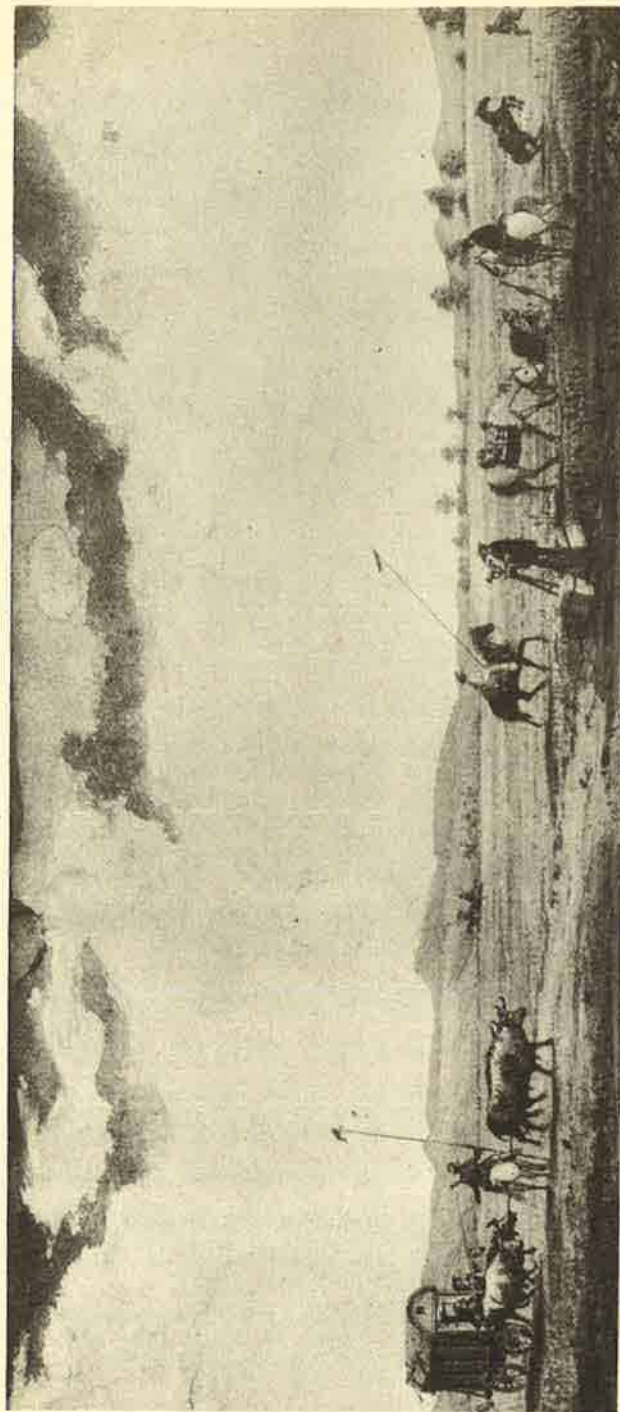
« No quiere el Departamento — advierte — dar una muestra de su desdén por la aprobación previa que se le ofrece, sino rectificar un error a este respecto ».

Pellegrini lee el informe del Departamento Topográfico y el 25 de julio de 1866 replica que la culpa de todo lo que ocurre es la carencia de una reglamentación al respecto.

Con ojos de precursor propone que los límites de la ciudad se extiendan hasta parte de Flores y Belgrano. « Eso implica — alega la oficina topográfica — la disminución del territorio de esos partidos ». « Dejemos a un lado — insiste Pellegrini — todo lo que huele a polémica ; seamos breves y no tornemos una cuestión sencilla en asunto de complicada magnitud. Al pisar el umbral de la Municipalidad provoqué algunas mejoras en el ramo a mi cargo. Desde dos años que la inicié, no he teni-

do por qué alterar los conceptos que vertí, y la dependencia ha tenido sobradas ocasiones para apreciarlos. Ahora que ella tiene a la vista los dos proyectos rivales, puede inclinarse por uno u otro, o dejar que la administración superior elija. Yo no tengo esperanza que el mío triunfe, por cuanto sé el poder de la influencia personal sobre las dos aldeas de Belgrano y Flores, para protegerlas. Pero habré hablado con prescindencia de intereses y mirando sólo al porvenir y las conveniencias del gran pueblo, a quien mañana pertenecerán esos apéndices. Rebatir las observaciones del Departamento Topográfico — arguye — en contra de mi indicación, sería ocupar ociosamente vuestra atención. La Municipalidad y las personas del P. E. de la Provincia son más aptas que yo para pensarlo. Lo que sí me atrevo a profetizar es que, si el deslinde que he propuesto no es aceptado por su demasiado alcance, el del Departamento Topográfico tampoco lo será por su extremada timidez; por llevar en sí el carácter de remiendo más que el de reforma o progreso. ¿Que cómo? ¡ Si ni encierra porciones importantes del casco de la ciudad y, por el oeste, no pasa del límite que le fijó Garay! »

La Municipalidad apoyó a su ingeniero, y considerando que correspondía a la Legislatura entender en la extensión de los límites del municipio, elevó a aquélla los antecedentes del caso. Trece años después, en 1880, el presidente Avellaneda, al federalizar Buenos Aires, incorporó a la misma los partidos de Flores y Belgrano. El



XVIII

VISTA TOMADA POR EL INGENIERO C. E. PELLEGRINI DURANTE LA EXPEDICIÓN CIENTÍFICO-EXPLORADORA A BAHÍA BLANCA (1859).
Acuarela existente en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires.

viejo ingeniero ganaba la batalla, como el Cid, después de muerto.

Hacia cinco años que descansaba en el seno de Dios.

No sólo don Carlos Enrique fué el evocador gráfico de Buenos Aires, sino que escribió la historia de algunos de sus edificios seculares. Según su relato, las paredes de la Catedral fueron de paja y barro en las primeras décadas de la colonia y su techo de totora. Sesenta años después de erigido el templo, éste estaba en ruinas, por lo que Monseñor Antonio Arcona, continuando la obra de su antecesor don Pedro Carranza — primer obispo de Buenos Aires, cuyo retrato reprodujo Pellegrini — lo reconstruyó. El techo del nuevo edificio se hizo de cedro paraguayo, material que se consideraba incorruptible y sus paredes se levantaron con los primeros ladrillos cocidos entre nosotros, en la quinta de del Sar, situada al norte de la Recoleta. Un temporal de 1752 derrumbó nuevamente la iglesia, que volvió a levantarse con arreglo a planos del arquitecto Rocha. En 1801 se produjo otro derrumbe y, en 1822, el ministro Rivadavia comisionó al arquitecto don Próspero Catelín la reconstrucción del edificio. Catelín concibió la actual columnata, imitación algo desgraciada, según Pellegrini, del frente de la Cámara de Diputados de París. « La Catedral de Buenos Aires — escribió — es ciertamente un edificio elegante. Sus naves son bien proporcionadas. La claridad que reina en todas sus partes, desmiente la triste opinión que las tinieblas favorecen el

sentimiento religioso. Todo en ella es grande, noble, risueño, como la idea de Dios que traduce ».

Durante largos años, el frontispicio de la Catedral estuvo inconcluso. « Cubiertas de verdín sus columnas y habitados los capiteles por centenares de palomas — anotó un viajero — lo que más blanqueaba en aquella fábrica eran las plumas de sus alados ocupantes ».

La comisión encargada de las obras de la citada iglesia consultó a Pellegrini sobre un proyecto del escultor francés M. Dubourdieu, amigo suyo. Dubourdieu había marchado a Francia sin aguardar la colocación del tímpano que proyectara, y al partir dijo a Pellegrini: « La necesidad me obliga a regresar a Francia; pero bien sabe Ud. cuánto amo a Buenos Aires, y lo que desearía unir mi nombre a la terminación de ese templo ».

El dibujo de Dubourdieu habíase extraviado y Pellegrini lo rehizo con toda fidelidad, entregándolo para su grabación a los litógrafos Kratzenstein. Robado el diseño en dicho taller, don Carlos Enrique, sin impacientarse, consecuente con la amistad del estatuario, realizó de nuevo el trabajo, explicando después, el simbolismo religioso y patriótico de la composición.

Amigo del doctor Francisco Javier Muñiz, José B. Gorostiaga, Pastor Obligado, Marcos Paz, Luis Sáenz Peña, Federico de la Barra, Miguel Cané (padre), Antonio Somellera y otros, no rehuía tareas menores, como la de corregir y encargarse de la publicación de los escritos del ingeniero Emilio Witz, comisionado por el

Gobierno, para la reducción de pesas y medidas al sistema métrico decimal.

Levantó el plano de Bahía Blanca, obsequiando una copia del mismo a aquella localidad. « ... Bahía Blanca — comunicábale don Mariano Méndez, presidente de la Municipalidad — no dispone más que de un *buen corazón* para agradecer a Ud. su regalo. En el acta de la sesión del 10 de mayo de 1863, se consigna su obsequio, para que en lo futuro sepa Bahía Blanca qué favores le ha prestado el ingeniero Pellegrini ».

En mayo de 1869 presenta y publica su proyecto de construcción de un gran Matadero para Buenos Aires, eligiendo para su asiento los terrenos de las calles Caseros y Rioja, antiguos Corrales del Sur, convertidos hoy en el Parque de los Patricios.

Siendo varios los concurrentes al concurso instituido por la Municipalidad, ésta consultó al respecto a la Sociedad Rural Argentina, y una comisión integrada por los señores José M. Jurado, Mariano Billingham, Luis A. Huergo, Exequiel Ramos Mexía, Luis Bilbao y Antonino Cambaceres, dictaminó que « el plano del señor Pellegrini dejaba mucho que desear », optando por el del señor Pastor Senillosa.

El doctor Roque Pérez, presidente de la Municipalidad, dió vista del « Informe » de la Sociedad Rural a Pellegrini, para que hiciera las observaciones del caso. « ... Un Matadero de palos — escribe — podrá ser un

edificio digno de una aldea, pero no de una ciudad como Buenos Aires y constituiría un insulto a su cultura y su opulencia. Rivadavia apartaba la vista de las carretas de Tucumán para no perder la ilusión de los progresos que decretaba; ¿y qué habría sentido, qué habría dicho, si hubiera visto, en su propio tiempo, la matanza en los corrales de Miserere, hace cerca de medio siglo?».

Largas incidencias motivaron las obras de los Corrales del Sur, pero, en definitiva, prevaleció la opinión del ingeniero municipal.

En el Club del Progreso, calle Victoria, 178, esquina Perú; en el Club del Plata, Rivadavia, 112; en el Instituto Histórico Geográfico del Río de la Plata — fundado por Mitre y Valentín Alsina — o en la Sala de Comercio, 25 de mayo n° 69, nuestro francés sometía al libre examen de sus tertulios, los problemas generales que le ocupaban.

Habitualmente ventilaba estas cuestiones en la Sala de Comercio, institución cuyo objeto era proporcionar a sus socios, datos sobre el movimiento del puerto y demás actividades relativas a las importaciones y exportaciones. La Sala poseía dos miradores con telescopios y catalejos para averiguar, con antelación, el arribo de las embarcaciones, y un gabinete de lectura de periódicos europeos, norteamericanos, brasileños y uruguayos, completaba el servicio. En ocasiones, olvidando el saboyano las fatigas del día, deleitaba a sus oyentes con temas de cultura ge-

neral. En esos instantes, era de ver a viejos lobos de mar y graves hombres de negocios, tertulios de la Sala, cómo oían a este hombre, que daba la sensación de saberlo todo.

«Huyo, por instinto, de las regiones encumbradas», confesó en su poema *La Statue de Rivadavia*, escrito a los 74 años y firmado con el pseudónimo de «Un Republicain de 1800».

Sus últimos años fueron de recuerdos. Cerca de tres lustros había vivido en nuestra campaña. Su sensibilidad artística jamás atrofiada ante nuestro paisaje, lo fué acriollando, adentrándosele éste en el espíritu. Había conocido, de cerca, al indio y al gaucho, en sus más secretas modalidades. La gallarda figura del segundo, que en alguna parte de sus escritos compara con la del caballero castellano, olvidado de su fe y barbarizado por el desierto, le cautivaba. Al aparecer, en 1872, el libro de Hernández, anotó cuidadosamente los grandes aciertos del poema. No le extrañó la popularidad de la obra y, de haber vivido hasta 1894, habría festejado que, a esa fecha, se hubiesen vendido 64.000 ejemplares del *Martín Fierro*, no obstante lo poco poblado de la campaña y el analfabetismo reinante. Es que el libro se leía en corro, junto a los fogones, en los fortines, en las pulperías; todos veían en el poeta, al vengador de muchos vejámenes. Tanta aceptación tuvo, que los almaceneros mayoristas de Buenos Aires, recibían de la campaña pedidos como éste:

50 gruesas de fósforos.
2 quesos de bola.
10 tercios de yerba.
1 barrica de cerveza.
2 pipas vino Carlón.
50 *Martín Fierro*.

La obra de Hernández era también un comestible para nuestras gentes del campo, cuyo aplauso contrastaba con el significativo silencio de las de la ciudad. José Manuel Estrada, en su *Revista Argentina*, declaró que no había razón para asombrarse del éxito de *Martín Fierro*. « Ni Hidalgo, ni Ascasubi, ni mucho menos del Campo — escribió — han llegado, entre nuestros poetas populares y gauchescos, a la altura filosófica que toca el versificador más incorrecto de todos. *Martín Fierro* es el tipo culminante del gaucho, el producto más completo de una sociabilidad injusta, operando sobre una naturaleza ingénitamente poderosa y activa ».

A Hernández le dolió el cargo de mal versificador, que le hizo Estrada, pero Avellaneda restañó la herida con una carta bondadosa y bella. Sabía que los dichos y proverbios del poema, contenían el sentido universal de los grandes libros del mundo antiguo.

« Donde hay una masa de hombres — escribió Miguel Cané — el drama humano es idéntico. En *Martín Fierro*, se encuentra la misma tristísima poesía, la misma filosofía desolada, que en los versos cantados en los albores de la historia humana o en las estrofas de Leopardi ; eleván-

dose, en el umbral de nuestro siglo, como un presagio funesto para los hombres del porvenir ».

Mitre, Ricardo Palma, José Tomás Guido, aplaudieron nuestra biblia gaucha.

Pellegrini había acertado en su elogio.

Los carnavales de antaño tenían, entre nosotros, una repercusión que han perdido totalmente. Nuestra mejor sociedad participaba de esas fiestas y ciudadanos espectables como don Bernardo de Irigoyen, no desdeñaban presidir la comisión organizadora de un corso. En 1869, al adornarse e iluminarse, por primera vez, la calle Florida con motivo del carnaval, Pellegrini, alerta siempre para estimular todo lo que contribuyera al embellecimiento de la ciudad, escribió a don Bernardo : « Envidio a Ud. la gloria que, si pudiera comprarse, me haría dar miles de pesos. Confundido en el rango de los admiradores, como tal ofrezco a Ud. el óbolo incluido, proporcionado a la humildad de su devoto amigo ».

Trabajaba sin exigir aplausos, pero aplaudía cuanto fuese digno de ello. Moral de justiciero y bondadoso ; no de cambista.

En 1868 se discutió en la Cámara de Diputados la concesión de los servicios tranviarios. Los doctores José María Moreno, ingeniero Luis A. Huergo, don Antonino Cambaceres, Alfonso Demaría y Pedro Agote, formaban la Comisión de Hacienda, que debía dictaminar sobre el

punto. No todos sus miembros simpatizaban con el servicio a instalarse. El doctor José María Moreno, tan ilustre en otros respectos, hallaba fundadas las objeciones que se hacían sobre el peligro que significaba el nuevo medio de locomoción. El adoquín de corte asimétrico, traído de Martín García, daba a las calles un aspecto lamentable; el peso de las grandes carretas hundía las piedras, y las lluvias formaban enormes baches. En invierno, los caminos que conducían a Flores, Belgrano, Barracas o la Boca, quedaban intransitables y en los famosos pantanos perecían ahogados innumerables caballos. « El establecimiento de tranvías en las calles de la ciudad — recordó el doctor Agote — causó el mismo progreso en Buenos Aires, que los ferrocarriles en las provincias con respecto a la Nación ».

Hubo que vencer arraigados prejuicios, tanto en los altos círculos sociales como en el pueblo. Se temía que los tranvías atropellasen a los peatones y que las calles concurridas y centrales se despoblaran por el peligro. El doctor Nicolás Avellaneda — tan clarividente siempre — tuvo sus vacilaciones, y según Agote escribió al Gobernador de Buenos Aires, don Emilio Castro, quejándose por haber permitido el tránsito del tranvía por la calle Moreno, donde era dueño de algunas propiedades.

Decíase que las trepidaciones del nuevo transporte afectarían el cimiento de las casas hasta derrumbarlas. Los vecinos de la calle Rivadavia elevaron una nota al Gobierno, pidiendo que fuese excluída esa calle del paso

del vehículo, y cosa igual solicitaron los de la de Suipacha, agregando que el tranvía obstaculizaría la concurrencia de los fieles al templo de San Miguel.

El Nacional ofreció una columna a sus lectores para registrar, diariamente, los trastornos que padecieran por el sistema a instalarse, como así la nómina de los muertos y heridos que ocasionara. Don Bernardo de Irigoyen confesó que era arriesgado permitir el paso del tranvía por todas las calles y que quizá fuera mejor dejar, entre una y otra línea, algunas calles libres. La primera en conocer dicho servicio fué la de Cuyo, a cargo de la empresa de los señores Méndez hermanos. Un guía a caballo, con una trompeta, marchaba media cuadra adelante del vehículo, deteniéndose en los cruces para hacer resonar su instrumento, a fin de que los transeúntes tomaran precauciones. Pronto se advirtió la inutilidad del heraldo y los porteños rieron de los peligros que sólo habían estado en su imaginación.

Los segundos empresarios de tranvías fueron los señores Lacroze hermanos; luego don Mariano Billingham y los señores Unzué, que explotaron, respectivamente, distintas líneas.

Con el nuevo medio de locomoción, las casas adquirieron precios inesperados, al punto que los martilleros de la época anunciaban la venta de una finca, con la promesa de que el tranvía pasaría pronto por delante de ella o a muy corta distancia. De este modo, la ciudad creció y la densa población de las manzanas próximas al puer-

punto. No todos sus miembros simpatizaban con el servicio a instalarse. El doctor José María Moreno, tan ilustre en otros respectos, hallaba fundadas las objeciones que se hacían sobre el peligro que significaba el nuevo medio de locomoción. El adoquín de corte asimétrico, traído de Martín García, daba a las calles un aspecto lamentable; el peso de las grandes carretas hundía las piedras, y las lluvias formaban enormes baches. En invierno, los caminos que conducían a Flores, Belgrano, Barracas o la Boca, quedaban intransitables y en los famosos pantanos perecían ahogados innumerables caballos. « El establecimiento de tranvías en las calles de la ciudad — recordó el doctor Agote — causó el mismo progreso en Buenos Aires, que los ferrocarriles en las provincias con respecto a la Nación ».

Hubo que vencer arraigados prejuicios, tanto en los altos círculos sociales como en el pueblo. Se temía que los tranvías atropellasen a los peatones y que las calles concurridas y centrales se despoblaran por el peligro. El doctor Nicolás Avellaneda — tan clarividente siempre — tuvo sus vacilaciones, y según Agote escribió al Gobernador de Buenos Aires, don Emilio Castro, quejándose por haber permitido el tránsito del tranvía por la calle Moreno, donde era dueño de algunas propiedades.

Decíase que las trepidaciones del nuevo transporte afectarían el cimiento de las casas hasta derrumbarlas. Los vecinos de la calle Rivadavia elevaron una nota al Gobierno, pidiendo que fuese excluída esa calle del paso

del vehículo, y cosa igual solicitaron los de la de Suipacha, agregando que el tranvía obstaculizaría la concurrencia de los fieles al templo de San Miguel.

El Nacional ofreció una columna a sus lectores para registrar, diariamente, los trastornos que padecieran por el sistema a instalarse, como así la nómina de los muertos y heridos que ocasionara. Don Bernardo de Irigoyen confesó que era arriesgado permitir el paso del tranvía por todas las calles y que quizá fuera mejor dejar, entre una y otra línea, algunas calles libres. La primera en conocer dicho servicio fué la de Cuyo, a cargo de la empresa de los señores Méndez hermanos. Un guía a caballo, con una trompeta, marchaba media cuadra adelante del vehículo, deteniéndose en los cruces para hacer resonar su instrumento, a fin de que los transeúntes tomaran precauciones. Pronto se advirtió la inutilidad del heraldo y los porteños rieron de los peligros que sólo habían estado en su imaginación.

Los segundos empresarios de tranvías fueron los señores Lacroze hermanos; luego don Mariano Billingham y los señores Unzué, que explotaron, respectivamente, distintas líneas.

Con el nuevo medio de locomoción, las casas adquirieron precios inesperados, al punto que los martilleros de la época anunciaban la venta de una finca, con la promesa de que el tranvía pasaría pronto por delante de ella o a muy corta distancia. De este modo, la ciudad creció y la densa población de las manzanas próximas al puer-

to, se fué desparramando. Los antiguos contornos de la ciudad, formados por cercos de pitas y de sina-sina, desaparecieron para dar lugar a barrios prósperos y pujantes.

Veinte años después, los porteños no se conformaban ya con el tranvía a nivel, y los periódicos de 1888 — *El Sud Americano*, por ejemplo — publicaban interesantes ilustraciones, en las que se ven ilusorias avenidas porteñas con sendos pilares de hierro en la vereda, sobre los cuales se sostenía un coche que se deslizaba rozando casi la parte superior de las casas, a manera del « elevado » de algunas ciudades norteamericanas.

Desde su empleo de ingeniero municipal, Pellegrini pugnó por la implantación del nuevo método de transporte. « Empezamos — dice — por dar a nuestros nobles caballos un objeto de progreso, en vez de ser elementos de guerra, como hasta ahora. La ciudad despertará al son alegre de la corneta del mayoral y sus límites se dilatarán hasta cubrir la llanura ».

En 1870, a los 70 años de edad, juzgó llegada la hora de su descanso. La holganza no era para él, sin embargo, y volvió a sus grandes viejos libros, dedicándose especialmente a las matemáticas y astronomía. Sentía por esta última ciencia una pasión reconcentrada. Recordaba con tristeza el fracaso de la propuesta que hiciera M. Nicollet, secretario del Bureau des Longitudes de France, colega de Arago, por intermedio suyo, a don Ber-

nardino Rivadavia, para instalar en Buenos Aires un Observatorio Astronómico.

En las claras noches del verano, invitaba a su familia a subir a la azotea de su casa, calle Florida 258 (numeración antigua), para enseñarle las constelaciones y el nombre de las estrellas. Alguna vez, sus hijos se adormecían y era de ver el asombro y hasta el enojo del anciano, que no comprendía cómo se despreocupaban de la contemplación del cielo.

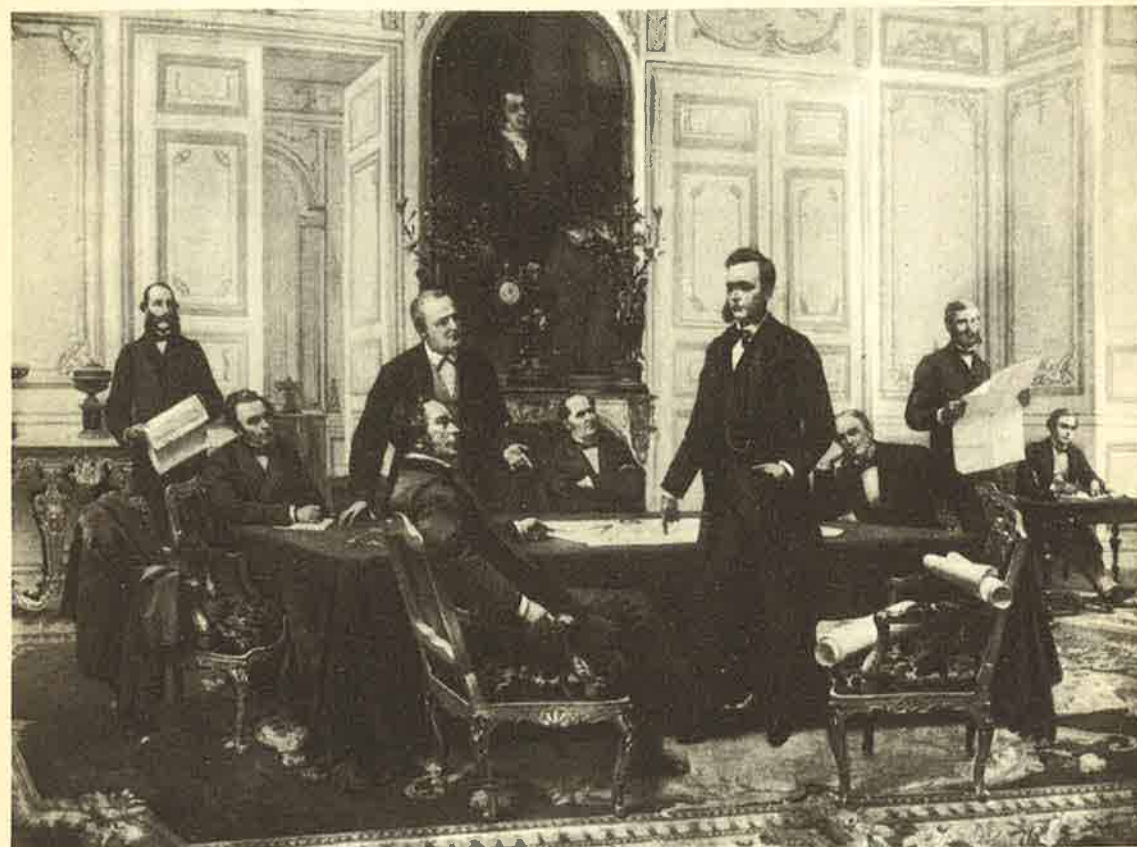
Sarmiento, al asumir la presidencia de la República, propuso la creación de un Observatorio Astronómico, autorizado por ley de 1869. Ese mismo año, el ministro de Instrucción Pública, doctor Avellaneda, contratava para su organización al astrónomo norteamericano Benjamín A. Gould, cuyo desempeño en la Universidad de Gotinga habíale dado grandes prestigios. Gould llegó al país en septiembre de 1870 y escogió la ciudad de Córdoba como sitio más adecuado para levantar el Observatorio. El edificio se inauguró a fines del 72, pero el primer telescopio fué habilitado en octubre de 1871, concurrendo el presidente Sarmiento, que dió al acto grandes contornos, no sin deplorar que la guerra franco-prusiana retrasara la llegada de los aparatos de Europa y que la fiebre amarilla causara, también, la demora de la incorporación de dicho organismo a nuestra cultura.

Gould empezó por completar la obra de Bessel y Argelander, y su *Uranometría Argentina*, premiada por la Real Sociedad Astronómica de Gran Bretaña, interesó a

todos los círculos científicos. Catalogó las estrellas visibles al ojo desnudo, según su posición y grado de brillantez, formando así un sistema de mapas para representar el cielo sur del ecuador celeste. No existía, hasta entonces, nada semejante ni determinaciones fidedignas de la cantidad de luz de las estrellas, de modo que el verdadero aspecto de esta parte del cielo, era desconocido para los astrónomos del Norte. Los resultados de sus trabajos abarcaron una serie de catorce mapas, incluyendo todo el firmamento desde 10 grados al norte del Ecuador hasta el Polo Sur, así como el catálogo de las posiciones y brillantez de las estrellas, según una escala de décimos de magnitudes, hasta la séptima magnitud; en total cerca de 8000.

La inauguración del Observatorio de Córdoba, exaltó al laborioso ingeniero, entregado a la sazón, como dijimos, a la astronomía. Experimentaba por Gould simpatía y respeto, y deseoso de aportar a la tarea del ilustre sabio su modesta contribución, publicó en *La Nación* del 1° de noviembre de 1871, un trabajo titulado: *Variación diurna de la aguja imantada. Su causa probable.*

«¿Será posible — empezaba preguntando Pellegrini — que un simple aficionado a la ciencia, vagando por los desiertos de la América del Sud, haya sido más afortunado que esas lumbreras del mundo científico? ¿Será posible, que lo que no se alcanzó a distinguir en los Observatorios de Greenwich y del Luxembourg, haya podido descubrirse a orillas del Napostá?».



XIX

DON EDUARDO MADERO EXPONIENTE SU PRIMER PROYECTO DEL PUERTO DE BUENOS AIRES A LOS MIEMBROS DE LA COMISIÓN DEL MISMO, INTEGRADA POR LOS DOCTORES: NORBERTO DE LA RIESTRA, VALENTÍN ALSINA, MANUEL J. DE GUERRICO, INGENIERO CARLOS E. PELLEGRINI, AMBROSIO LEZICA, JUAN BAPTISTA PEÑA, OTTO VON ARNING Y EL CITADO DON EDUARDO MADERO. A LA DERECHA, EN LA PEQUEÑA MESA, EL JOVEN CARLOS PELLEGRINI, ESCRIBIENTE DE LA COMISIÓN.

Recuérdese que en 1859, Pellegrini presidió la Expedición científico-exploradora de Bahía Blanca y que durante la misma efectuó observaciones sobre la variación diurna de la aguja magnética.

« A mediados del siglo pasado — observó — los sabios hallábanse fuertemente preocupados acerca del porqué parecían las estrellas no conservar en el firmamento una posición enteramente fija. Nadie atinaba a explicar el fenómeno, hasta que un día, Bradley, iluminado por uno de esos destellos que suceden a la larga meditación, proclamó que la aberración sidérea era efecto del movimiento de traslación de la tierra combinado con la velocidad de la luz ».

Correlacionando ambos fenómenos — el de las estrellas y el de la aguja imantada — añade : « Absténgome de incluir ciertas reservas que algunos observadores creen haber notado en la comportación de la aguja con relación, ora al movimiento de la luna, ora a la mayor o menor abundancia de manchas en el disco del sol, etc., por cuanto estos efectos, no pasando de medio minuto angular, razonable es suponer que provienen, en parte, sino en el todo, de la imperfección inevitable de las observaciones y de los instrumentos en ellas empleados. La rotación de la tierra y la fuerza de inercia de la materia, son los principales causantes de la variación diurna de la aguja imantada. Si, desde luego — advierte —, faltase a esta teoría el carácter de una verdadera ley físico-matemática, no sería un motivo para rechazarla ».

« ¿Cuáles son las leyes reconocidas hoy para reglar la marcha de la Naturaleza, que al principio no ofrecieron algo de anómalo, de incompleto? ¿Quién duda que las mareas son ocasionadas por la atracción lunisolar, aunque quedan todavía por explicarse varias irregularidades que presenta el fenómeno? ¿Cuánto tiempo no ha pasado, antes que Leverrier sanease el principio de la gravitación universal, adivinando en los espacios el elemento que más lo corrobora? ».

El hombre que había propiciado el riel, las carreteras, las vías fluviales, diciendo que en la moderna economía, los caminos eran el sistema circulatorio de un país, aportaba ahora sus esfuerzos a un plano de alta especulación científica.

« No soy nada más — sentenció una vez — que un peón en la obra de la civilización argentina ».

Cinco años duró su vivir para sí mismo; para acariiciar viejos sueños y crear nuevos. El país aumentaba con presteza. Las prédicas de Sarmiento, continuadas por Avellaneda, cobraban realidad y, al amparo de nuestras leyes, llegaban de todos los rincones del mundo, los necesitados de una patria nueva.

Algunas veces, don Carlos Enrique recorría a pie o en coche, el antiguo centro de la ciudad, alejándose hasta sus alrededores. ¿Quién reconocería — pensaba — en este próspero barrio de la Recoleta, los altos cicutales de hace pocos años? ¿Quién, en el pueblo de Belgrano que

fundara don Valentín Alsina en 1856, los alfalfares de Rosas que vi en 1830 repletos de ganados?

La veloz transformación de la urbe llenaba su alma de contento, al revés de lo que sucede a la mayoría de los ancianos, que no quisieran ver desaparecer las visiones de su juventud. Por momentos, sin embargo, un repentino recuerdo le entristecía. ¿La revolución de 1874, en la que participara su hijo Carlos, sería la última para conseguir la paz definitiva de la nación?

Pensamientos encontrados agitaban su ánimo. Todo pasará — pensaba — y como apartando sombras agoreras, silba por lo bajo una música popular, que traduce más su angustia que su alegría y, lentamente, regresa al centro.

El 11 de febrero de 1874, Sarmiento le había sorprendido con un decreto ordenando la compra de cincuenta ejemplares de la colección de su *Revista del Plata*, para ser distribuidos en todos los Colegios Nacionales. La iniciativa del presidente hábale halagado mucho. Ese montón de papel impreso dejaría de estar arrumbado en su escritorio y las páginas, en las cuales volcara el mejor zumo de sus meditaciones, serían leídas por millares de jóvenes, en los que la nación cifraba su porvenir.

Nadie sabe para quién trabaja, dice el proverbio; pero él aspiró a trabajar por la Argentina eterna.

Su hijo Carlos, en unas líneas que escribió en julio de 1891, a su ministro de Hacienda don Vicente F. López, reiteró esa aspiración. « ¿Quién cosechará? ¡ Nadie sabe

cuando siembra ! », dijo entonces, y, animoso — digno retoño del pertinaz esforzado — reconstruyó la República, que estaba en escombros, con sus manos de cíclope !

El 12 de octubre de 1875, se extinguió la vida de don Carlos Enrique Pellegrini, pintor y poeta, estanciero y arquitecto, sociólogo y astrónomo. Su mujer y sus hijos, excepto Julia, que vivía con su marido en Hamburgo, rodearon su lecho. Murió tranquilamente, con la serenidad de los justos. Su jornada no había sido estéril; además, ahí quedaba su hijo Carlos: la ofrenda que hacía a la patria definitiva de su corazón.

III

AÑOS DE APRENDIZAJE

De las vigorosas manos del padre, de quien aprendiera, como Disraeli del suyo, a leer y escribir y lo que es más, a respetar los valores del espíritu, pasó Carlos al cuidado de su tía Ana, hermana de la madre y su madrina de bautismo. Mujer enérgica y valerosa, había atenuado desde joven la pobreza de los suyos, estableciendo por propia iniciativa en Buenos Aires, un colegio que se hizo famoso por la disciplina y rigor de los estudios.

Nacida en Londres el 2 de diciembre de 1821, apenas contaba un año de edad al llegar al país, y, caso singular, nunca pudo acriollarse del todo, permaneciendo en lo íntimo insobornablemente inglesa. Recelosa de que su excesiva juventud malograra el éxito de la escuela, contrató como ayudante a una señorita porteña, de origen británico, muchos años mayor que ella, y asistida de la fe peculiar de las gentes nacidas para el triunfo, inauguró sus clases.

Poco antes, había visto sin inmutarse el regreso a Inglaterra de sus hermanastros John y Thomas — hijos de

Mr. Santiago Bevans, en su primer matrimonio — y logrado convencer a su madre doña Priscilla Bright, que en este país estaba su destino.

Más de tres lustros mantuvo Ana abierto su colegio, en el que se educaron gran cantidad de porteños de las principales familias. Al cerrarlo, para contraer enlace — tenía 36 años — con Mr. Thomas Stockdale, administrador de una estancia en San Vicente, muchos ex alumnos lamentaron la clausura del establecimiento que habían deseado para sus hijos.

Como buena inglesa, sabía oír las seductoras voces del campo; junto a su marido fué intensamente feliz. Hábil amazona y tiradora al blanco, dedicaba a estos deportes algunas horas de la jornada.

Nuestra campaña era entonces inhóspita y peligrosa. La línea de fortines corría mucho más al sur, pero ello no obstaba para que se temiesen los malones o la aparición de algún *gaucho malo*; sujeto antisocial, feroz y errante, en continua pendencia con la autoridad.

Un día de 1858 y hallándose sola en su casa, pues su marido estaba ausente por asuntos del cargo, ocurrió a Ana el episodio que referiremos para reflejar con toda exactitud, el temple moral de la que fuera maestra del doctor Carlos Pellegrini.

Un atardecer, llegó a la estancia un hombre de aspecto humilde y pidió permiso para pasar la noche; iba hacia el sur en busca de trabajo. Alojado en la cocina, los peones le obsequiaron con asado y mate; pero al ser visto

el forastero por la negra sirvienta de Mrs. Ana, aquélla corrió a decir a su patrona que el recién llegado parecía un asesino. El ama aparentó no dar importancia a la superstición de la mujer, mas instantes después, salía al corredor de la casa, provista de un fusil y dirigiéndose a su capataz, que conversaba amenamente con el forastero, exclamó serena: Ya saben Uds. que andan ladrones por el pago. Si oyen algún ruido, me llaman, que al que se anime lo tumbaré de un tiro como a esa botella, y disparó sobre una, colocada en el extremo del corredor, haciéndola añicos. Los hombres contemplaron en silencio la escena y el capataz insistió en que nada malo ocurriría.

Recogida Ana en su habitación, poco después dormía tranquilamente; pero un pequeño ruido la despertó horas más tarde. Escuchó anhelante. Era algo como un tintineo que partía de un lugar próximo que no podía precisar. No quiso despertar a la sirvienta negra que dormía en la pieza inmediata y esperó, a obscuras, la aclaración del misterio. Muchas horas oyó el ruido que la inquietaba y al amanecer, rendida por la vigilia, se quedó dormida. Eran las siete de la mañana, cuando los silbidos habituales en el campo al juntarse la hacienda, la despertaron. El sueño le quitó ánimos para saltar de la cama y presenciar el rodeo, como acostumbraba. Siguió en el lecho. Una hora después se enteraba, con el horror consiguiente, que su capataz yacía degollado en su catre y que el viajero de la noche anterior había desaparecido.

Los cuatro o cinco peones de la estancia, estaban inmobilizados por el espanto.

Ana pidió su caballo y montó en él, llevando en el brazo izquierdo al menor de sus hijos y en el derecho, el fusil que utilizara la víspera. La acompañaba la negra sirvienta, que también iba armada y a caballo. Se dirigían al pueblo a comunicar lo ocurrido a la autoridad. Mudas, dándose mutuamente valor más con gestos que con palabras, las mujeres marchaban por el camino. Al acercarse a un cañaveral, Ana observó en él un movimiento extraño. Ordenó a la negra aproximase su caballo al suyo, y volviéndose de grupas, es decir, colocándose las viajeras espalda contra espalda, de manera de poder apuntar de adelante y de atrás hacia el sitio sospechoso, llegaron al pueblo. Horas después, una partida de milicos hallaba al asesino oculto en dicho cañaveral. El malhechor confesó haber muerto al capataz, para hacer luego lo mismo con la inglesa y robarle el dinero del escondite que conocía.

Los silbidos que oyera Ana, habían sido lanzados por el asesino para sorprender a su víctima de atrás, tan pronto como saliera al corredor a ver la hacienda, agazapado, en tanto, detrás de una puerta.

El ruido que turbara el sueño de Ana y produjera su demora en levantarse, lo ocasionó un sapo que trepado sobre el marco de la ventana, cayó de cabeza en un vaso colocado sobre el lavatorio y de cuya difícil situación había intentado zafarse toda la noche.

Ana experimentó, desde entonces, gran cariño por los sapos y no quiso que se matasen los que hubiera en su campo. Un sapo me salvó la vida, repetía años después, entre melancólica y risueña, al evocar el suceso.

En 1875, quedó viuda. Volvió a ejercer la enseñanza, instalando un colegio en Belgrano. Esta segunda etapa de su labor de educadora abarcará 17 años, desde 1875 a 1892. Un día de este último año, recibió inesperadamente la visita de su sobrino Carlos, bajado ya de la Presidencia. Pellegrini, conmovido ante la anciana maestra y obedeciendo a un arranque de su corazón, propúsole a Mrs. Bevans el cierre del colegio.

— Tú no debes trabajar más, le dijo imperativo. Llevas treinta y cuatro años de docencia y hay que jubilarte.

— Carlos : ¿ olvidas que he trabajado siempre por mi cuenta y que el trabajo me ayuda a vivir, a olvidar las penas ?

— Ya que el Estado no puede jubilarte, le contestó, tu familia reemplazará al Estado.

Semanas después, cerrábase la escuela y una cuota mensual aseguraba la subsistencia de la educacionista ejemplar.

Cuando Carlos era pequeño — recordó una vez Mrs. Bevans — solía aventajar a sus compañeros, aún sin proponérselo. Por razones fáciles de comprender, yo trataba que esa superioridad no hiciese sufrir a mis otros discípulos. Un día discerní un premio a un rival de Carlos,

grini, arroja alguna luz sobre nuestro personaje, en el período a que nos referimos. « ...tu carta ha traído a mi mente — empieza — toda la vieja y noble relación de nuestros padres, cultivada con la sinceridad y las costumbres del antiguo Buenos Aires, en que éramos menos estadísticamente, pero moralmente éramos más. Conservo en mis recuerdos de niño, una visita que mis padres hicieron a los tuyos, visita de corte antiguo, que tu padre amenizaba con la culta intimidad de su saber y de su mundo. De pronto, tu mamá salió violentamente de la sala; había visto pasar a Carlos como una exhalación, perseguido por dos o tres muchachos más grandes que él, que trataban de vengar una travesura. A la voz de tu mamá se detuvieron y luego intervinieron nuestros padres para calmar a tu mamá y desalojar a los intrusos. A Carlos le conté alguna vez aquella anécdota, pero por supuesto, no la recordaba; tal vez por la pluralidad de los casos ».

El Colegio Nacional de Buenos Aires, fundado por el presidente Mitre e inaugurado por su ministro doctor Eduardo Costa, funcionaba en el antiguo caserón jesuítico, anexo a la Iglesia de San Ignacio, parte del cual subsistió hasta hace pocas décadas. Con dicha fundación se buscó crear un instituto preparatorio a la Universidad, desechándose el primitivo propósito de un Colegio Eclesiástico para formar religiosos, sin perjuicio que a él concurrieran estudiantes que luego pasarían a la Universidad para seguir una profesión civil.

Seramente preocupado por la solución del problema, el benemérito doctor Eusebio Agüero halló la manera de resolver el punto, mediante el plan de estudios que aprobó el entonces Rector de la Universidad, don José Barros Pazos.

Antes de que se instalase el Colegio Nacional en el caserón de Bolívar y Moreno, el edificio se conocía por el del Colegio y Seminario Eclesiástico, y allí funcionó el de la Unión del Sud que fundara Pueyrredón, y el de Ciencias Morales de Rivadavia.

El gobernador Obligado en su Mensaje a la Legislatura de 1855, informaba que la Universidad había sido trasladada al local del antiguo Colegio. « Túvose en vista con esta medida — dice — el mutuo auxilio que así podrían prestarse la Universidad y el Seminario Eclesiástico, que ahora son contiguos y se comunican interiormente ».

La enseñanza del nuevo internado duraba cinco años y sus autoridades las constituían el Rector, un director de estudios y cinco profesores. El Rector lo fué hasta su muerte, el reverendo doctor Eusebio Agüero y a don Amadeo Jacques, llamado de Tucumán por el doctor Marcos Paz, vicepresidente de la República, se le designó director de estudios. El Colegio Nacional de Buenos Aires ansiaba superar al de Concepción del Uruguay, fundado por el general Urquiza. Por ese entonces, sólo se nombraban en el país dos colegios oficiales de jerarquía: el de Urquiza y el de Mitre. Según fuese provinciano o por-

teño el que hablara de ellos, hacía el elogio de un instituto en detrimento del otro. A tal punto llegó la rivalidad, que al disponer el Gobierno Nacional, el 20 de febrero de 1865, que el Colegio de Concepción del Uruguay «siguiera en cuanto la diversidad de localidades lo permita, el plan de estudios adoptado para el Colegio Nacional de Buenos Aires», su rector, don Alberto Larroque, renunció al cargo en señal de protesta, siendo sustituido por don Juan Domingo Vico.

William James afirma que los hombres difieren entre sí, con ser de la misma especie, mucho más que todas las especies de mamíferos una de otra.

Las gentes de todos los tiempos han mirado con prevención a las inteligencias puras y es porque una inteligencia de excepción supone un régimen fisiológico distinto del común de los mortales. El problema ha sido estudiado por la ciencia, que hasta ahora ha ofrecido soluciones provisorias. Desde luego, no todos los nerviosos son inteligentes ni todos los inteligentes son nerviosos. En Pellegrini, se advirtió en seguida que las potencias de su espíritu eran superiores a su físico. Su talla lincolniana acaso contribuyera a cierta endebles orgánica, que intranquilizó desde temprano a sus padres. A fuerza de voluntad, consiguió el muchacho equilibrar sus facultades. «...podía irritarse sin dejar de dominar la situación. Su primera embestida era terrible; pero en lo más recio de la pelea, sabía hacer alto oportunamente». De él puede



XX

EL DOCTOR CARLOS PELLEGRINI A LOS 8 AÑOS DE EDAD. (MINIATURA SOBRE MARFIL, MANDADA HACER POR EL DOCTOR ERNESTO PELLEGRINI PARA OBSEQUIAR A SU HERMANO CON MOTIVO DE SUS BODAS DE PLATA MATRIMONIALES). OBSÉRVESE QUE SE HA ADICIONADO AL TRAJE DEL NIÑO LA BANDA Y BASTÓN PRESIDENCIALES.

decirse lo que Trevelyan de su ilustre tío: «...era raro que tuviese que pegar dos veces. Donde dejaba su marca no hacía falta una nueva impresión».

Jugador apasionado al billar — el recreo de la época — fueron famosas sus carambolas y el bullicio de sus partidas. Juan Carlos Lagos, Norberto Quirno Costa, José A. Terry y otros, tuvieron que soportar en silencio sus éxitos, especialmente Terry, a quien Pellegrini, según Cané, corría todas las noches hasta su casa, «sin faltar nunca a esa higiénica costumbre».

De pies y manos enormes, llamaba la atención su textura ósea, que no cargó nunca de carnes. Nervioso, dinámico, después de las grandes explosiones, caía en fuertes desfallecimientos.

«Desde la primera época de su vida — recordó Zeballos — reveló todas las calidades y los excesos de los temperamentos nerviosos y de lucha. Más tarde, de pie en la cumbre, una reacción profunda se opera en su carácter y en sus medios. Se abre la segunda jornada de su vida, la del hombre de estado; y el talento maduro y profundo, mostrando de improviso la intensidad que no pocos le negaban, sorprendía a la República por la madurez y el acierto de las advertencias y de las vistas».

Uno de los recuerdos más precisos que de sus catorce años conservaba Pellegrini, era el acto de la jura de la Constitución Nacional por el pueblo y autoridades de Buenos Aires, congregados en la Plaza Victoria la tarde

del 21 de octubre de 1860, al que lo llevara, muy entusiasmado, su padre. Recordaba el palco oficial donde Mitre, junto a sus ministros Sarmiento, Elizalde y Gelly y Obes, pronunció una arenga vibrante y cómo los porteños, deponiendo transitoriamente viejos resquemores, aceptaban la unión nacional, jactándose de haber impuesto enmiendas a la Carta de 1853.

El hijo del doctor Valentín Alsina venía echando, desde años atrás, las bases de su carrera política. Secretario de la Legislatura de Buenos Aires, comandante del primer batallón del 4° Regimiento de Guardias Nacionales, su casa de la calle Potosí 423 (numeración antigua) se veía concurrida a diario. Caudillo auténtico, atendía personalmente a los visitantes y sus impulsos canalizaban las aspiraciones, sentimientos e intereses de la Provincia soberbia y separatista.

El coronel Bartolomé Mitre, por su parte, en su carácter de gobernador, recibía en su despacho de la Casa de Gobierno, calle Moreno 85, primer patio, a la derecha, a parecida clientela. El indiscutido jefe político, intérprete fiel, otrora, del más vehemente porteñismo, orientaba su acción hacia las soluciones nacionales, en tanto que el doctor Adolfo Alsina, recalcitrante y levantisco, creía que su labor estaba dentro del predio provincial. La crisis de ambas tendencias — la de Mitre y la de Alsina — fragmentó el alma popular, que desde entonces tomó rumbos divergentes.

El cargo de comandante de guardias nacionales, colo-

caba a Alsina en estrecho contacto con la juventud. El gobierno nacional de Paraná, anheloso de integrar la República — en cuyo propósito también estaba Mitre, aunque por otros caminos — amenazaba la *soberana* autonomía de los porteños, que defendían sus fueros con más vehemencia que raciocinio. Entre los lugartenientes del doctor Adolfo Alsina, pronto figuró el joven Pellegrini, con sobradas condiciones para destacar.

La juventud pugnaba entonces por liberarse espiritualmente de los sentimientos románticos heredados en la cuna. Quería ser fuerte y ejecutiva. Obedecía con ello al influjo de las nuevas doctrinas y a las necesidades del país. Lord Byron, Larra, Espronceda, Bécquer, Heine y otros ruisseñores extranjeros, dejaron de interesarle. Salvo los poetas — Carlos Encina, abismado en su poesía metafísica; Andrade, nuestro Hugo, ensordeciendo con sus bronces; Gervasio Méndez, Ricardo Gutiérrez, de acentos bíblicos; Guido y Spano, extasiado ante un helénismo convencional — el resto de los jóvenes bajaba marcialmente a la arena y alternaba el estudio con la discusión de los asuntos públicos.

Nicolás Avellaneda, llegado a Buenos Aires en 1858 — tenía 20 años — portando como único bagaje su flamante diploma de abogado cordobés, publica un artículo en un periódico de segundo orden. No importa. Lo ha leído un hombre que ha visto los gérmenes nobles que contiene la prosa clara y elástica del joven provinciano. « El Dr. Martín Piñero — dijo Adolfo E. Dávila — no se

dió reposo hasta no entregar al joven e ignorado estudiante, la redacción de *El Nacional*, cuyas columnas prestigiosas vivían de la savia de los más esclarecidos talentos; de los atletas del periodismo argentino ».

Era una edad en que nadie que tuviera talento pasaba desapercibido. Miguel Cané, que escribió su *Juvenilia* en Viena, para compensar, recordando los días de su infancia, su obligado alejamiento de la patria, dijo que esas páginas eran « recuerdos para los amigos » y que algunas no habían sido incluídas en el volumen (publicado en 1884, en la antigua sede Imperial) « porque para ser comprendidas era necesario la luz intensa del cariño, que da cuerpo y vida a las formas vagas del recuerdo ».

Sensible y refinado, nos brindó con su libro un esquema de la época, bellamente iluminado.

En algunos períodos de la historia, la línea que separa una generación de otra, se presenta borrosa, casi indivisa, diríase que interferida en su hondura; apenas señalado el deslinde por un trazo de superficie. Esas son las etapas constructoras de la cultura humana. Su íntima continuidad produce la ilusión óptica del progreso indefinido y es bajo estos ciclos que los pueblos se desarrollan alegremente y gozan del placer de vivir, al que aludiera Talleyrand en su famosa frase.

Entre la generación de don Valentín Alsina y la de su hijo Adolfo, el distingo no puede ser más profundo. Sólo el amor localista, falla substancial de ambos políticos, les

era común; en todo lo demás diferían. El padre venía de los tiempos de Rivadavia; era grave, solemne, erudito y reposado. El hijo, surgido a la vida pública después de Caseros, vehemente, bullicioso, improvisador. Don Valentín se apoyaba en el españolismo liberal, retórico y jurídico, más atento a la letra que al espíritu. El hijo, inclinado a la observación directa del acontecer político, no buscaba precedentes, interpretaciones o exégesis teóricas, y sus resoluciones estaban amasadas con el repentismo y la valentía.

Bajo estos cánones, se plasmó la formación política de Pellegrini. Su padre, al brindarle las obras completas de Voltaire como un refrigerio en la aridez de los textos, no sospechó que el sublimado corrosivo del filósofo, ajaría en el muchacho la influencia religiosa que la madre le imprimiera desde la infancia.

Inteligencia objetiva, realista, Pellegrini era, sin desearlo, el aguafiestas de muchos ingenuos proyectos juveniles. Acostumbraba oír hablar a sus compañeros y después emitía su opinión sobre lo que se discutía. No fué polemista por el gusto de serlo, como Macaulay; le horrorizaban las disquisiciones bizantinas. Acaso la herencia cuáquera gravitaba en ello. Tenía la moral del cirujano de urgencia, que opera y llega al órgano afectado sin intimidarse por los tejidos que corta. Ese buen sentido de saber siempre lo que quería, le dará entonces y después, por derecho propio, la jefatura de la agrupación donde actuara. No era un irreverente. Roque Sáenz Peña, su

amigo de todas las horas, en la carta mencionada, dice : « ...Tenía por mi padre mucho respeto y tú sabes que él acordaba a pocos hombres ese sentimiento, como dijo una vez en el Senado : *No respeto sino lo que es respetable*. La política — continúa Sáenz Peña — tuvo exigencias que estoy cierto fueron para él muy dolorosas y que interrumpieron sus propósitos leales y patrióticos. En la última enfermedad de mi padre, yo estaba en Buenos Aires y pude sentir a Carlos realmente acongojado. Es preciso — me decía — que no se nos vayan todos los patricios. Necesitamos los hombres de ese corte, aún cuando vivan en su casa ».

Por último, el inspirado estadista que con la ley que lleva su nombre instrumentalizó nuestra democracia, expresará : « ...la memoria de nuestro *hermano* Carlos tiene relieves imborrables para mí y todo lo que lleva su nombre posee títulos inextinguibles. Ahora se ve todo el vacío que ha dejado en el país. Era el *hombre-faro*, cuya luz aumentaba a medida que se espesaban las tinieblas ».

La juventud argentina de 1863 había roto ideológicamente con las generaciones anteriores. Sin olvidar el credo de Mayo — a la tiranía la consideraba una culpa común — se empeñó en no ser contemplativa ni romántica y en marchar con los postulados positivistas y científicos imperantes en el mundo ; quería actuar enérgica y eficazmente. No todos se dejaron dominar por la tendencia. Miguel Cané, reaccionando ante el avance de esos princi-

pios, escribió irónico : « ¡ Oh jóvenes ! : haced gimnasia, desenvolved vuestros bíceps, adiestraos en el arte de boxear, habituad vuestro cuerpo a la rigidez, a la brutalidad consciente, pero no sólo como preparación para viajes futuros sino como un *training* para la vida misma ; el mundo marcha a la suprema grosería ».

Frente al extravío de los días que corren, al babelismo moral e intelectual del mundo, se advierte que Cané formuló con sus frases, un certero pronóstico de nuestra civilización.

Todo movimiento exhumatorio estaba condenado a morir. Miguel Cané (padre), tal vez uno de los pocos argentinos de su época que mejor conocía la historia del Renacimiento italiano, se asocia, pese a lo avanzado de los años, al joven Nicolás Avellaneda, para publicar en Buenos Aires el *Comercio del Plata*, y en homenaje a don Florencio Varela, su fundador, principia la publicación con el número 3538, como si realmente fuese la continuación del periódico del ilustre publicista.

El *Comercio del Plata* apareció siete meses — desde el 1º de octubre de 1859 al 31 de mayo de 1860 — y cesó por falta de ambiente.

« Todo lo vemos a través del llanto cuando nos falta la esperanza », había anunciado el poeta, y los jóvenes argentinos de ese momento histórico, fuertes y optimistas, se abrían paso derribando sombras.

Edgard Quinet era el oráculo del racionalismo. La juventud argentina alardeaba de ser precisamente *juventud*,

por haber puesto en segundo término la tradición religiosa de sus mayores.

José Manuel Estrada daba a la estampa, por esos días, su traducción española de la obra del abate Freppel, en la que el doctor de la Sorbona refuta la *Vida de Jesús*, de Renán, que circula entre los alumnos de la Universidad y del Colegio.

David Strauss, el « Eróstrato del criticismo », como le llama Freppel, había abierto ancha brecha en el terreno de las ideas religiosas y Renán, con la magia de su estilo, apoyándose en Strauss, culminaba la empresa.

Después de la buena siembra del colegio, caía sobre aquellas almas una estéril lluvia de cenizas. Reflejo de la educación que se impartiera en el mismo, es el siguiente trabajo escolar de Pellegrini, conservado inédito hasta ahora, y cuya verdad histórica reverdece irrefutable. Se titula *Ruina de las Misiones* y empieza así:

« Carlos III, al firmar el decreto que expulsaba de sus dominios a los miembros de la Compañía de Jesús, decretaba sin saberlo, la ruina de las Misiones del Paraguay, haciendo desaparecer de sus colonias de América, la única organización que hablaba en favor de los conquistadores del Nuevo Mundo.

« Las colonias sólo habían recibido en sus playas turbas de aventureros, sedientos de oro, sólo impulsados por la avaricia de cruzar el océano, sin otro objeto que explotar los tesoros que creían ocultos en el seno de la América, sin más móvil que su codicia, sin más ley que

su anhelo de procurarse oro, aunque para ello preciso fuera acuñar la sangre de los infelices indios, de esos seres desheredados, a quienes sólo se les debía el tormento y el castigo, en cambio de sus tierras y sus riquezas.

« Por todas partes, los nuevos colonos en vez de civilizar al indio, lo hacían más salvaje o esclavo y tenía éste que abandonar su toldo, su hogar, para ganar los montes, o inclinarse ante la más cruel servitud.

« Sólo había un punto en las vastas Colonias de América, donde no reinaba ese espíritu de explotación y tiranía.

« Sólo había un punto, donde se predicaba el Evangelio, donde se derramaba sobre el ignorante y dócil indio la luz del Cristianismo; donde se conquistó hijos para la Iglesia, y súbditos al Rey de España, por medio de la dulzura y la mansedumbre.

« Sin embargo, nunca podrá condenarse a Carlos III por su decreto de 2 de abril de 1767.

« La ruina de las Misiones fué la consecuencia lamentable de un hecho necesario.

« El poder de los Jesuitas en Europa y particularmente en España, había llegado a altura, que dominaba el poder de los Reyes, y amenazaba la Monarquía. Había hecho sentir su influencia hasta en la cátedra de San Pedro, donde se sentaba el que ungía a los Reyes. Los Reyes, guiados sólo por el instinto de propia conservación, tenían que levantarse contra ese poder colosal que los amenazaba, y que tarde o temprano iba a dominarlo todo, si una

mano vigorosa, no lo atacaba por su base, antes que se hiciera invulnerable.

« La España había presenciado el año antes del célebre decreto, motines en Madrid y Zaragoza, escandalosos en aquélla, pues se había llegado en ellos hasta a desconocer la autoridad del Rey.

« Carlos III hizo indagar prolijamente la causa de esos motines, y en el fondo se encontró una mano oculta que movía las masas, y esa mano no era otra que la de los discípulos de Loyola.

« Cuán grande era el poder de los jesuitas y cuánto los temía el Soberano Español, lo muestran claramente, las precauciones exquisitas, que se tomaron para que los jesuitas no sospecharan que iban a ser expulsados, hasta que rodeados sus colegios de soldados, se les intimara prisión.

« Carlos III, al expulsar a los jesuitas de España, defendía su trono, y removió de su reino la fuente de los últimos disturbios.

« Al redactar su decreto de expulsión no conocía, o se olvidó de las misiones del Paraguay, y esta ignorancia o este olvido, hizo que cayeran envueltos en la ruina de la Orden.

« Las Misiones, su riqueza, su estado floreciente, la civilización que había penetrado junto con la verdad del Evangelio en el corazón de los indígenas, todo se debía a los cuidados y empeños paternales de esos misioneros, que se lanzaban al través de los bosques vírgenes de esa

parte del Nuevo Mundo, sin más armas que la Biblia y la cruz, buscando prosélitos a la Religión de Cristo, y sólo encontrando muchas veces la muerte en medio del desierto.

« Desterrados de en medio de sus misiones y de sus neófitos que acostumbraban mirar en ellos sus padres y bienhechores, todo iba a concluir.

« Llegada la orden de España, fué ejecutada inmediatamente.

« Los jesuitas fueron arrancados de sus Colegios de orden del Rey, ante la que se inclinaban sumisos los tímidos indios; en seguida fueron conducidos a Buenos Aires, y enviados a Europa a compartir la suerte de sus hermanos.

« Los indios, acostumbrados a la sumisión y a la mansedumbre, a acatar y respetar la autoridad del Rey, se limitaron a pedir en humildes súplicas, la vuelta de sus bienhechores, sin conseguir con esto más que apresurar su destierro, pues sus enemigos creyeron ver en esas súplicas, un principio de insubordinación.

« Se enviaron, en reemplazo de los misioneros jesuitas, frailes franciscanos escoltados por las tropas del Rey.

« Se dividió la administración de las misiones, en civil y espiritual, encargando de esta última a los padres franciscanos y nombrando gobernadores para la primera.

« Faltaron los cuidados patriarcales de los jesuitas, y en su lugar los gobernadores civiles sólo trataron de ex-

plotar las ricas misiones, y sacar todo el partido posible del trabajo de los indios.

« Comenzó con esto la opresión, la tiranía y el desaliento de los oprimidos.

« Los franciscanos no ejercían ni podían ejercer sobre los indios, la influencia benéfica de que gozaban los jesuitas, influencia que habían conquistado, a fuerza de benevolencia y suavidad.

« Los indios, faltándoles el estímulo que los contenía en las reducciones, empezaron a emigrar a sus bosques, volviendo a la vida salvaje, y las misiones empezaron a despoblarse rápidamente.

« La jurisdicción de las misiones fué dividida. Las once misiones del Paraguay y las cinco que existían sobre la ribera izquierda del Paraná, fueron sometidas al Gobierno del Paraguay; las otras diez que existían en Corrientes y las siete de la margen derecha del Uruguay, dependieron de Buenos Aires.

« Un Gobernador general, que residía en Candelaria, dependía de ambos gobiernos, y tenía bajo sus órdenes un Vice Gobernador elegido de entre la Oficialidad, por cada uno de los siete departamentos, de San Miguel, Yapeyú, Apóstoles, Candelaria, Itapúa, San Ignacio y San Estanislao, en que se había repartido el territorio de las misiones.

« En cuanto a la autoridad espiritual, se colocaron en cada reducción dos frailes, un franciscano y un dominico, encargados del curato y vicariato, y debiendo lle-

nar todas las funciones que desempeñaban los jesuitas.

« El Cabildo, existente ya en tiempo de los jesuitas, fué aumentado. Se componía de indios, con los siguientes títulos, un corregidor, un vice corregidor, dos alcaldes, cuatro comisarios, un alcalde de cofradía, un alguacil mayor, dos mayordomos y dos secretarios. El nombramiento de estos funcionarios era sometido a aprobación del Gobernador, que residía en Candelaria.

« En cuanto a los caciques, conservaron su mando militar bajo el título de tenientes reales.

« Además, había en cada reducción un administrador encargado de recoger los productos, llenar con parte del producido de su venta, las necesidades de la Reducción y enviar el resto al Tesoro, donde raras veces llegaba.

« Se trató de conservar lo más posible el régimen de los jesuitas, para evitar la inmediata disolución de las misiones. Se continuó el sistema de las comunidades, y se hacía trabajar a los indios, una semana en beneficio de la comunidad y otra en beneficio propio.

« Sin embargo eran tratados con más dureza y obligados a un trabajo forzado que les era por naturaleza antipático; empezaron a desertar, y con ellos a desaparecer las ricas reducciones.

« Los nuevos amos no economizaban los castigos corporales y llegaban hasta arrancarles sus hijos, para ser enviados, con presentes, a sus amigos de Buenos Aires y Montevideo.

« Los últimos años del siglo xviii, vieron la rápida de-

cadencia de esas regiones. Los primeros del XIX, vieron a esas pacíficas poblaciones, donde antes reinaba la paz y el orden, teatro de una guerra asoladora, traída por la ambición de los portugueses.

« Había sonado ya la hora de la ruina de las florecientes misiones, de los templos y edificios inmensos, levantados por la mano prolija de los jesuitas; no iban a quedar pronto más que llanuras desiertas, cubiertas aquí y allí con ruinas y escombros.

« Cegado el manantial que regaba y fertilizaba el valle, pronto se iba a convertir en arenal estéril.

« Hoy no queda de las misiones más que el recuerdo y las ruinas.

« La ambición desmedida de los jesuitas en el Viejo Mundo, había sido la causa que se malograra su mejor obra en América ».

Esto pensaba y escribía a los 16 años, el hijo del humanista Carlos Enrique Pellegrini.

El general Mitre, en el ejercicio de la presidencia de la República, repitió el error de Rivadavia de propiciar la capitalización de Buenos Aires. El Congreso resistió el proyecto y en su lugar se arribó a un *statu quo* de cinco años, durante el cual las autoridades nacionales tuvieron jurisdicción sobre la ciudad; esperándose que dentro de ese término se hallaría la solución del problema.

El Partido Nacional, refundición del Liberal que ac-

tuara desde Caseros, cuya jefatura ejercía Mitre, se sintió desmembrado por la iniciativa del Presidente; la provincia no estaba dispuesta a ceder su capital a la Nación y reputaba un despojo lo instituido por el artículo tercero de la Constitución de 1853.

Adolfo Alsina, con el apoyo unánime de la juventud, acaudilló la oposición. Por esa época, Pellegrini se alista en dicha tendencia, desempeñando la secretaría del comité.

Carlos Tejedor, adicto a Mitre, se creía con sobrados derechos a ser cabeza de partido por pertenecer a la generación abnegada que combatiera a Rosas desde 1839. Con elementos dispersados a la muerte del doctor Alsina y los que no transaban con la corriente que fundía en lo nacional viejos intereses provinciales, formó su núcleo. Así se explica que, andando el tiempo, en los sucesos de 1874 y 1880, *mitristas* y *tejedoristas* sostuviesen la misma causa, en tanto que los *alsinistas* de la primera hora, que transigieran con la candidatura presidencial del doctor Avellaneda y que su jefe integrase el gabinete nacional, fueran, de hecho, los legatarios auténticos del Partido Autonomista Nacional, a la desaparición de su fundador y el doctor Avellaneda. Sarmiento gobernó sin partido y tuvo el apoyo, en Buenos Aires, del autonomismo, cuyo jefe completaba la fórmula; no fué presidente elector, pese a lo escrito en contrario, entre otras cosas, la sátira « El Sombrero de Don Adolfo », de Casimiro Prieto Valdés (su autor la llamó caricatura teatral), cuya

representación prohibió la Municipalidad en 1874, dando a la pieza una importancia que no tenía.

La dirección suprema del P. A. N. la ejercerán a partir de entonces y en común, el general Julio A. Roca y el doctor Carlos Pellegrini, hasta el momento en que con la quiebra de una vieja amistad, desaparece el comando.

El 8 de octubre de 1867 venció la ley dictada cinco años atrás, sin que la *cuestión capital* estuviera resuelta. Marcos Paz, vicepresidente de la República en ejercicio del P. E. — el general Mitre estaba en Tuyú-Cué, dirigiendo la guerra contra el Paraguay — devolvió a la provincia la jurisdicción que le reconocía dicha ley, declarando que por la guerra que sostenía el país, el Ejecutivo Nacional con la conformidad del gobierno bonaerense, « continuaría ejerciendo su autoridad desde el mismo municipio de Buenos Aires sin ejercicio de la jurisdicción local, pero con la plenitud de las facultades que la Constitución le confiere en el orden nacional, dentro y fuera del lugar de su residencia ».

Este estado de cosas, estimuló la tendencia autonomista que consideró su victoria definitiva.

El canónigo doctor Eusebio Agüero, antiguo catedrático de la Universidad rivadaviana, que vivió enclaustrado algunos años en el Convento de San Francisco y que huyendo de las huestes de Rosas escapó a Montevideo en 1840 disfrazado de marinero, al regresar a la patria en 1852, bregó por la fundación de un Seminario Eclesiás-

tico y Colegio Nacional. Buscaba el ex capellán del general Paz y su ministro en el gobierno de Córdoba, restablecer el Colegio de Ciencias Morales, a la vez que formar un clero nacional — aspiración del Deán Funes — y un profesorado de igual naturaleza. Al Colegio del doctor Agüero acudieron jóvenes de todas las provincias, cada una de las cuales tenía opción a cuatro becas. Renacía el espíritu de los grandes tiempos. El doctor Aneiros desempeñaba la vicerrectoría y ésa fué la etapa heroica del establecimiento. A él llegaba montado a caballo, el gobernador de la provincia doctor Obligado, entrando por el célebre portón de la calle Bolívar, utilizado para la caballada estudiantil al salir en vacaciones a la Chacarita de los Colegiales, y por el cual, según Cané, escapaban los alumnos mayores por la noche, para andar de parranda.

A pesar del régimen severo, casi militar del internado, su rector no pudo suprimir nunca los frecuentes tumultos que en él se producían y sobre los cuales escribió Cané páginas admirables.

Amigo de Sarmiento y de Vélez Sársfield, Agüero solía ser áspero con aquellos personajes que no consideraban la instrucción del pueblo como primer deber de un gobierno. « El inmortal autor del Código Civil — apuntó Federico Tobal, que vivió en compañía del doctor Agüero — visitaba a menudo al canónigo, quien lo recibía con manifiesto placer, alegrándosele el rostro desde que le veía entrar por la portería con paso majestuoso y lle-

vando el antiguo bastón de puño de oro, como si fuera un báculo. Departían extensamente y durante horas; a la despedida, el doctor Agüero lo acompañaba hasta la portería, viéndose a las dos graves figuras atravesar el claustro con majestad cordobesa, llevando el doctor Vélez Sársfield el sombrero en la mano, en el que se veía un gran pañuelo de seda color punzó ».

Miembro de nuestra Legislatura, Agüero poseía fácil y cáustico decir. Cuando se intentó arrancar al Colegio el patrimonio de la *Chacarita de los Colegiales* — que además de centro de veraneo, proveía de verduras, leche, manteca y queso al establecimiento — su Rector sostuvo violentos debates, oponiéndose a ello. Una madrugada llegó al colegio, fatigado, con sus ropas y cabellos en desorden. Venía de la Legislatura y acababa de ganar su batalla. En tanto se aprestaba a descansar, repetía, en manifiesta crisis de nervios: *Chacarita de los Colegiales, Chacarita de los Colegiales*, frase que sus alumnos le oyeron decir por espacio de más de una hora.

El virtuoso Rector buscaba enaltecer la docencia, menoscabada durante la tiranía, que la consideró, sobre todo a la de primeras letras, oficio servil, propio de mulatillos y de negros.

« Como todos los hombres del pasado, cercanos al coloniaje, Agüero estaba profundamente dominado por un alto espíritu democrático y nivelador. Los hijos de los españoles en América, en pleno coloniaje y en pleno despotismo, eran republicanos. La simiente de las antiguas

libertades españolas encontró en América suelo propicio, y la naturaleza nueva, virgen, elevó las almas a su nivel ». El tenaz sacerdote soñaba con « una democracia del saber, de la virtud y del talento ».

Cuando se dirigía a sus alumnos instándoles al estudio y a la reflexión, como únicos medios de trocarse en los ciudadanos que el país necesitaba, solía prometerles: *Les he de lanzar leones*; palabras que los muchachos interpretaban como un augurio de sus destinos.

Mas no todo era solemne en los claustros del viejo Convento de los jesuitas, que a la expulsión de éstos pasó a ser propiedad del Estado.

El doctor Agüero había impuesto en su colegio la norma socrática de comer para vivir y no vivir para comer. Esta frugalidad tal vez excesiva del pensionado, produjo muchos descontentos. Para protestar de ello alguien amarró a una de las ventanas altas del caserón, sobre la calle Bolívar, a guisa de bandera, una sábana en la que se leía, orlada por dos calaveras sobre tibias en cruz, esta inscripción: *¡ Socorro ! ¡ Socorro ! ¡ Que nos morimos de hambre !*

La bandera fué advertida, ya entrada la mañana, por las autoridades del colegio, y los transeúntes que la vieron, comentaron su leyenda en todas partes. El gobierno comisionó al ministro Portela para entrevistarse con el doctor Agüero, quien reunió a todos los alumnos en presencia del ministro y les pidió dijeran si era exacto o no lo que se aseguraba. Nadie se atrevió a confirmar el cargo y las cosas no pasaron a mayores.

Leyendo las *Vidas Paralelas* — confesó Sarmiento — « me creía la encarnación, en cada caso, de los personajes de Plutarco ».

Algo análogo debieron sentir los discípulos del primitivo Colegio Nacional, en los episodios de su internado.

Lo mejor del espíritu y del intelecto, difícilmente llega al libro ; tal vez una conversación sutil podría traducir el *substratum* de una vida. Un libro de *memorias*, es una suerte de soliloquio o confesión ; si ésta es veraz y no la extravía el aderezo literario, acaso se pudiera, por este medio, vencer la interdicción referida. Entre nosotros, no han sido usuales tales testimonios.

¿ Qué nos hubieran revelado, de haberlos escrito, San Martín, Rivadavia, Belgrano, Mitre, Pueyrredón, Montegudo, Agrelo, Balcarce, Brown, Lavalle, Dorrego, Agüero, Rosas, Urquiza, Carril, Derqui y cien más ?

Quizás la tradicional educación española nos hizo poco *intimistas*. La introversión ha sido nuestro fuerte. Castilla es roca y contemplación ; soledad y ahondamiento. Dios y el hombre frente a frente, en diálogo sin palabras ; nuestra mística lo prueba. Otros pueblos se desarrollan en sentido inverso. « El poeta encuentra su sangre en la rosa y en el manzano », escribió Emerson ; pero recordando que el espíritu ecuménico sólo es un retorno de lo profundo, anotó en seguida : « Viajamos para ver aquello cuyo origen está en nosotros, en vez de ser el producto del viaje : las Pirámides, el Partenón y sus mármoles, los cuadros



XXI

PELLEGRINI CON SU HERMANA JULIA, EN 1863. (POCO ANTES DE INGRESAR A LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES).

de Miguel Ángel y de Rafael, Venecia, Florencia, Dante y Shakespeare, van en nuestro *equipaje* ».

Nada o muy poco han escrito respecto de sí mismos, hombres tales como Avellaneda, Julio A. Roca, Manuel Quintana, Roque Sáenz Peña, Carlos Pellegrini, Lucio V. López, Victorino de la Plaza, Terry, Juan Carlos Lagos, Ignacio Pirovano, Leandro N. Alem, Bonifacio Lastra, Ernesto Tornquist, Miguel Cané ; la lista sería interminable. A través de esas *confesiones*, se iluminarían áridos documentos oficiales y podríamos tomar mejor el pulso de nuestro estadista. « Siempre me ha sido violento y repugnante ocuparme de mí mismo », declaraba éste en el Congreso, en su famoso discurso del 25 de julio de 1901.

Terminados sus estudios secundarios, ingresó a la Facultad de Derecho de nuestra Universidad, cuyo vetusto caserón, restaurado a instancias de su Rector, don Juan María Gutiérrez, verá entrar en sus aulas, esta vez en mayor proporción que la habitual, a los futuros timonales de la República.

La colocación de picos de gas en el frente del edificio, arreglos en la rectoría y apertura de ventanas en los salones, son señales que la nueva falange interpreta como signos anunciadores de su porvenir. En ese momento, el profesorado de la casa es un verdadero areópago. El doctor José María Moreno dicta la cátedra de Derecho Civil ; monseñor Federico Aneiros, la de Derecho Canónico ; el doctor Miguel Esteves Saguí, la de Derecho Comercial ;

el doctor Ezequiel A. Pereyra, la de Derecho Romano ; el doctor Nicolás Avellaneda, la de Economía Política ; el doctor Miguel Villegas, la de Filosofía y los doctores Mariano Larsen y Eduardo Gigena las de Latín, con don Federico Tobal por auxiliar.

Para el ingreso a la Facultad era necesaria la presentación de un trabajo escrito que reflejase el grado de preparación del aspirante. Pellegrini tituló el suyo : *Disertación sobre Instrucción Pública, principalmente con respecto a las necesidades en la República Argentina*, que tuvo entrada en dicha casa de estudios en noviembre de 1863 y mereció la aprobación del doctor Villegas, profesor de filosofía.

« ...la falta de instrucción produce una centralización ruinosa del poder en unos cuantos individuos, que llegan a tener en sus manos los destinos del pueblo, sin que éste, por la ignorancia en que se halla, conozca ni eche de menos los derechos sagrados de que se le ha despojado, ni comprenda mucho menos el abuso torpe que se hace de la generalidad, por medio de ese poder colocado en manos sacrílegas ». « ... es necesaria la uniformidad de sentimientos en los establecimientos de instrucción pública ». « ... La primera educación y tal vez la más importante por la influencia que ejerce en la vida del individuo, es aquella que recibe el niño en el regazo materno. En él aprende todas las virtudes que han de manifestarse en su conducta pública ; los primeros pasos en la senda del bien ». « ... a lo que se debe atender con más cuidado, es a la educación de las masas ».

Partidario de la educación popular obligatoria, declara Pellegrini que no debe dejarse « a los padres la libertad de dar o no instrucción a sus hijos ». Resulta, pues, un precursor de nuestra ley de educación común. « ... la libertad de enseñanza — dice — tiene su límite ; este límite es la incapacidad. Para enseñar se precisa no sólo ilustración, sino también moralidad ». « ... Quizás pueda decirse, sin exageración, que hay más políticos, publicistas, abogados, oradores, escritores y poetas, que químicos, mecánicos, mineros y aún agricultores y pastores, instruidos en sus respectivas industrias ». « ... Lo que forma la fuerza de un Estado, no es esa turba de declamadores, que sólo viven de la revuelta, sino el honrado y pacífico ciudadano, que profesa tal o cual industria ». « ... la educación no sólo ha de ser de la inteligencia sino, también, de las demás facultades ; es conocida la influencia que ejerce la música en las costumbres de Alemania, dice un escritor contemporáneo, y en la puerta de la cabaña encontraréis la amabilidad y la hospitalidad ; penetrad más adentro y encontraréis una Biblia y un piano ».

Tales son algunos de los pensamientos contenidos en la monografía de este muchacho de 17 años, que ha alcanzado ya su estatura física definitiva y que goza fama de valiente y arriesgado.

A través de su composición — el lector lo habrá advertido — se oye, como un acorde profundo, la voz del padre.

Alsínista y escribiente de la Comisión del Puerto — de

la que don Carlos Enrique era miembro, juntamente con los señores Valentín Alsina, Norberto de la Riestra, Manuel J. de Guerrico, Ambrosio Lezica, Juan Bautista Peña, Otto von Arning y Eduardo Madero — es, al mismo tiempo, el estudiante que, por su contacto diario con tales personajes, se le supone en el secreto de muchos enigmas políticos; ventajas que concurren a desarrollar en Carlos sus innatas condiciones de caudillo.

De ese grupo de amigos del colegio, el que más próximo estaba a su corazón, era Ignacio Pirovano. «...concluidos los estudios preparatorios, todos menos uno — confesó con tristeza Pellegrini — se dirigieron a la Facultad de Derecho; sólo Pirovano se separó, siguiendo una vocación irresistible que se manifestó desde la primera hora; se encerró en un hospital y el estudiante bullicioso e inquieto, hasta entonces poco amigo de los libros, se entregó de lleno, con entusiasmo y con pasión, a sus nuevos estudios, y cuando concurríamos a visitarle en su estrecha celda de practicante interno, para incitarle a renovar las conocidas hazañas, nos detenía, nos hablaba de sus autores favoritos y nos mostraba, cual si fuera obra cincelada por mano de maestro, alguna preparación anatómica, que sólo merecía de nuestra ignorancia un gesto de repulsión».

Dice Cané que Pirovano era el último alumno de la clase de latín que el profesor Larsen dictaba en el colegio. El muchacho sentía desprecio por la asignatura y no escuchaba al profesor, que siempre le sorprendía dis-

traído. A tal grado llegó el fastidio entre profesor y discípulo, que el primero aprobó al segundo en un examen deficiente, para no tenerlo más en clase.

Exequiel Ramos Mexía atribuye a Jacques el regreso al estudio de ese *niño terrible*, expulsado de clase y al que nunca pudo domesticar, dice, el enérgico boticario Suárez, cuya ferocidad «era superior a la de un acorazado».

Jacques, en una clase sobre el carbono, oída por Pirovano, despertó en éste el amor por la materia. Bondadoso como Pellegrini y bromista como Wilde, sin el desenfado del último, Ignacio se hacía querer entrañablemente por sus amigos. En la pequeña trastienda de la farmacia «El Cóndor de Oro», de la calle Corrientes, próxima al domicilio de Pellegrini y donde Pirovano era dependiente, reuníanse los jóvenes para hacer sencillos experimentos de laboratorio, por los que Carlos sentía afición.

Una tarde, se presentó Pellegrini a la tertulia con un dedo herido. Quirno Costa, que estaba presente, se aventuró a recetar una pomada, con la cual — dijo — curaría la herida. Pirovano hizo el remedio sin objetar nada; la herida curó, pero el dedo de Pellegrini quedó deformado para siempre.

¿Alguien hubiera presentado que en la bulliciosa rebotica de Suárez, gestábase el científico argentino a quien distinguirían en Europa, Claude Bernard, Pasteur, Richet, Verneuil?

«...fué más que un viejo amigo, un hermano cariñoso y querido», manifestó Pellegrini al despedir los restos de Pirovano, el 3 de julio de 1895, interrumpiendo su oración con lágrimas, que fueron las únicas vertidas, en público, por el enérgico estadista.

IV

HOMBRE DE ALSINA. GUERRA DEL PARAGUAY

El autonomismo, más que credo político o ideario de un partido, era el estado colectivo de conciencia de las gentes de Buenos Aires, exteriorizado en la Revolución del 11 de septiembre de 1852, por quienes sintieron la angustia de ver invadido por extraños su propio hogar. El sitio de Lagos, Cepeda y Pavón, no hicieron sino ahondar este sentimiento.

En julio del 52, Adolfo Alsina, que desempeñaba un puesto en el ministerio del doctor Luis José de la Peña, fué declarado cesante por un artículo que publicó en su periódico *La Nueva Epoca*, censurando la política de Urquiza.

La sanción aplicada al joven articulista produjo desagrado, y de esta cesantía arrancará la popularidad del brillante «líder» porteño.

Peña había sido profesor de filosofía de Adolfo Alsina. En el *Comercio del Plata*, de Montevideo, del 19 de enero de 1850, se consigna la crónica de la fiesta estudiantil en la que Alsina, bedel de la clase de filosofía dictada por

Peña, dirigió la palabra en nombre de sus compañeros premiados. La función, realizada en la iglesia de San Ignacio de la capital uruguaya, contó con la asistencia del ministro de Gobierno, doctor Herrera y Obes, padre de dos de los alumnos premiados, y del Rector de la Universidad, don Lorenzo Fernández.

Paul Groussac publicó en *La Biblioteca* el ensayo filosófico que Alsina leyó en dicho acto escolar y a través de ese trabajo, puede apreciarse la sólida instrucción que recibiera el famoso jefe autonomista. Su condición de porteño le dió esa *arenilla de oro*, aludida por Sainte Beuve, como índice de superioridad natural.

Los viejos emigrados unitarios miraron con recelo los hechos y palabras del hijo de don Valentín, quien no aprobando tampoco su conducta, estableció con aquél un distanciamiento visible, que en balde trataba de atenuar doña Antonia Maza.

Por entonces, se funda una sociedad secreta llamada *Juan, Juan*, que tenía por objeto eliminar al vencedor de Caseros. Los conjurados se sortean y toca al general Manuel Hornos, Adolfo Alsina y Adriano Rossi, la suerte de victimarios. Hornos, el mayor de los complotados — tenía 45 años — previendo el caos que originaría en el país ese asesinato, confió su propósito a don Valentín Alsina. No defecionaba por falta de valor, que lo tenía acreditado. A los 23 años habíase arrojado a las aguas del Uruguay para que no lo fusilasen. Soldado del general Lavalle y de Paz, combatió a la tiranía. Estuvo en la

revolución de Septiembre, contra el sitio de Lagos, en Cepeda, Pavón, en la guerra del Paraguay y todavía a los 70 años — uno antes de morir — revistaba en las filas del Ejército para acabar con la última montonera de Entre Ríos, su provincia natal. « No sabía escribir su nombre — sentenció Mitre en su tumba — pero su vida política y militar es la lección moral más hermosa que puede dar un hombre ».

Se ha atribuído a Adolfo Alsina el plan de formar una república, desde el Arroyo del Medio hasta la Patagonia, pero esto no tiene más valor que la frase *cuatro ranchos* en labios de Mármol, para designar a las demás provincias argentinas. « ... Eran indiscreciones naturales de la pasión política y del orgullo metropolitano, a la faz de las influencias y de las armas de las provincias, humildes, pobres, apenas comunicadas y mal conocidas, que aparecían de improviso a mandar con Urquiza a la cabeza, sobre las ruinas de la dictadura derrocada. Era la metrópoli, sede de los virreyes ostentosos y de su corte colonial, campanuda, centralista, absorbente, avasalladora ayer como hoy mismo, mirando con malicioso y risueño desdén, más que con odio, a los hermanos del litoral y de tierra adentro ».

Los porteños no fueron separatistas sino disidentes. Cuando el coronel Lagos asalta, en la madrugada del 7 de diciembre, el Parque de Artillería, en la plaza hoy llamada Lavalle, Héctor Florencio Varela, apoderado de un tambor, se lanza a las calles céntricas tocando gene-

rala. En pocos instantes se congregan los mejores porteños de la hora : Tomás S. de Anchorena, Manuel Guerrero, Manuel Anselmo Ocampo, Antonio Cruz Obligado, Ricardo Lavalle, Manuel Cobo, Cornelio Villar, Adolfo Alsina, Enrique O'Gorman, Laureano Oliver, Federico y Francisco Miró, Nicanor Basavilbaso, Julio Crámer, Claudio Benítez, Angel Plaza Montero, Carlos Casares, Eugenio Pérez del Cerro, José Elizalde, Santiago Calzadilla, José María Castro, Federico Riglos, Juan A. Fernández, Juan Aramburu, Ignacio Correa, Hermenegildo de la Riestra, Mariano Andrade, Dalmiro Seguí y otros, que al mando del coronel Mitre, se dirigen al Retiro, incorporándoseles en el trayecto de la calle Florida, el comandante Pastor Obligado. « Llegados al Retiro, el coronel Mitre desplegó en persona, la primera guerrilla de la juventud dorada de los porteños contra los centauros federales urquicistas ; y el 1° de Línea, reaccionando sobre este apoyo, rompió sus fuegos. El coronel Matías Rivero, solidarizado con Lagos, fué herido tras breve resistencia, replegando sus jinetes hacia la Recoleta. ¡ La situación de Buenos Aires se había salvado !

Esta atmósfera de *resistencia* perduró casi una década, cristalizándose en el alma de los porteños que se iban haciendo hombres.

En 1864 concurrían a la Facultad de Derecho de nuestra Universidad, 73 alumnos ; en el año siguiente 86 y el subsiguiente 91.

Periódicos doctrinarios y combativos : *El Nacional*, *Tribuna*, *La Nación Argentina*, *El Pueblo*, *El Progreso* y *El Mosquito*, reflejaban encendidas pasiones políticas, sustentadas por jóvenes y viejos.

Los estudiantes leían, al margen de los textos, libros de todo linaje. Las obras de Cornelio Witt sobre Washington y Jefferson, alternaban con las de Laboulaye, Guizot, Montalembert, Stendhal, Gioberti, Dumas, Veuillot, Darwin, Walter Scott, Jules Simon, Mérimée, Carlyle.

Avellaneda, en su cátedra de Economía Política, suscitaba en sus discípulos el amor por las letras y los grandes ideales. Nueve años mayor que el de más edad de sus alumnos, les hablaba de Berryer, Tocqueville, Montesquieu, Turgot, Comte, William Pitt, conde de Chatham. Sin ocultarles que la vida pública del célebre parlamentario inglés « era una obra brillante pero incompleta, en la que abundaban las incongruencias, sin unidad de plan y salpicada de magníficas escenas » y que, « actor en el despacho de S. M., en el Consejo, en el Parlamento y hasta en la vida privada, porque en ninguna ocasión ni circunstancia pudo reprimir su voz, ni depocer sus ademanes teatrales », según el decir de un contemporáneo, instábales a la lectura de sus discursos para la mejor comprensión de sus comentarios.

El joven Pellegrini conocía correctamente el inglés. De niño, su padre lo había familiarizado con los mejores autores británicos, pero sus gustos le llevaban a los ensa-

yos políticos y económicos. Las estadísticas le interesaban por la rápida visión de conjunto que proporcionan. Su naturaleza era de las que tratan de abarcar y entender de golpe un problema, y huyen de los aprendizajes lentos y confusos. Como a todos los activos, le urgía el hacer y no lo hecho. La lectura tiene poco de lo primero y mucho de lo segundo. A igual que tantos jóvenes de su generación, fué más inteligente que erudito. Sabía ampliar, trascender lo aprendido y llegar a conclusiones que otros consiguen después de paciente estudio.

Una anécdota de Eduardo Wilde, ilustrará este aspecto. Comprometido Wilde a dar una conferencia científica, pensó que lo más fácil para salir del trance, era pedir que un amigo especializado lo documentase. « No tengo tiempo ni voluntad — le escribió — para estudiar el tema. Tú que ya lo has hecho, préstame tu ciencia. Espérame o déjame escrito lo que sepas ».

El amigo facilitó sus apuntes y fué a la conferencia, que tenía lugar la tarde de ese día. Tránscurridos los primeros instantes, se convenció que Wilde se había burlado de él, pues probaba un conocimiento muy superior al que le suministrara con sus papeles. Sabedor Wilde de la reacción de su amigo, fué a verle al día siguiente para demostrarle que su conferencia no tenía otra fuente de información que la suya.

Refiere José Antonio Ocantos algo análogo con respecto al doctor Sixto Villegas, gran amigo de don Victorino de la Plaza. Villegas tenía una memoria prodigiosa.

Recitaba de corrido discursos de Mirabeau, Vergniaud, Barnave, durante la Revolución Francesa. Rechazada su tesis doctoral sobre el duelo, por considerársela irrespetuosa, escribió otra en cuatro días sobre *Donaciones*.

Muchos *Viajeros* han hablado de la sorprendente agilidad mental de los porteños. Amadeo Jacques, tan parco en elogios, la señaló también.

Sobre el escritorio paterno había hojeado Pellegrini la *Edinburg Review*, órgano del partido *whig* y la *Quarterly Review*, tribuna *tory*, ultraconservadora. No le era desconocida, tampoco, la *Dublin Review*, de los católicos irlandeses, que su madre leía atentamente. Le atraía, sobre todo, la *Westminster Review*, de los positivistas y evolucionistas, cuyas ideas, dando la vuelta al mundo, influirán en el pensamiento de nuestros hombres del 80.

« Cada vez me convenzo más de que cada cual no ha de tomar en serio más que su oficio, y todo lo demás, alegremente », escribía el autor de *Werther* en 1803.

Pellegrini se ceñía a ese mandato.

Los alumnos de la Facultad de Derecho, fueron un día sorprendidos con la noticia de la guerra contra el Paraguay. La arenga pronunciada una noche en el teatro Victoria, por el presidente Mitre, enardeció a la ciudad. Se olvidaron las disensiones internas, y se aprestaron todos a marchar a la lucha. El Tratado de la *Triple Alianza* del 1° de mayo de 1865, tonificó el ánimo general. El Paraguay era entonces una potencia de primer

orden, pero al conocerse en Buenos Aires el apresamiento en Corrientes, de dos barcos nacionales por fuerzas paraguayas, bombardeo de la ciudad, invasión y ocupación de la misma, la República convertida en un solo hombre, aceptó el desafío.

Para los estudiantes la lucha era espectáculo habitual. Su infancia habíase deslizado en medio de ella. Desde la azotea del Colegio Nacional, habían presenciado, según Cané, los pugilatos de la Legislatura vecina, y duelos criollos en medio de la calle.

Fueron ellos los que hicieron punta para ir a la pelea. La atmósfera mostrábase propicia. Estados Unidos se hallaba en guerra civil. La libertad pugnaba con la esclavitud y el dictador Solano López significaba, en esta parte de América, lo que los Estados sudistas en la República del Norte.

Pellegrini, Dominguito Sarmiento, Amancio Alcorta, Victorino de la Plaza, Angel Casares, Bonifacio Lastra, Francisco Paz, Norberto Quirno Costa, Nicanor González del Solar, Leandro N. Alem, Francisco B. Bosch, Julio Lacasa, Lucio Meléndez, Nicanor Sagasta, Leopoldo Nelson, Pascual Beracochea, José María Muñiz, Leopoldo Basavilbaso, Aristóbulo del Valle, Benigno Cárcova, José C. Soto, etc., abandonaron los libros por el fusil.

Un decreto del general Mitre, del 26 de abril de 1865, declaraba aceptar «el patriótico y espontáneo ofrecimiento que han hecho los estudiantes de Buenos Aires» y disponía se organizase con los que tuvieran más de

quince años de edad, el *Batallón Belgrano*, nombrándose jefe del mismo al catedrático de filosofía doctor Miguel Villegas.

Algunos alistados no conocían otras guerrillas que las político-literarias de *El Estudiante*, de 1862 o de *El Pueblo*, fundado por Juan Chassaing. Iban ahora a enfrentarse con la áspera realidad de la guerra y les acuciaba la aventura; un paréntesis en la uniformidad de sus días. Imaginábanse las selvas impenetrables del Paraguay; los pájaros raros, las flores misteriosas, los ríos brillantes y profundos. Sabían del peligro de los esteros y la frase de Lancici: «Los lagos, las balsas y los pantanos de aguas corrompidas, deben mirarse como sepulcros de la especie humana», no les hubiese conmovido.

La *China de América* era un fragmento de la patria común; gemía bajo el rigor de un tirano y los jóvenes suponían que hermosas mujeres de pálido semblante, ojos agarenos y lánguido andar, esperaban la llegada de los libertadores.

Creáronse batallones como por ensalmo. El sargento mayor José Pippo Giribone, comanda la *Legión de Voluntarios* y tiene por ayudante al hijo del doctor Marcos Paz, vicepresidente de la República. El joven Francisco Paz, herido gravemente, con su jefe, en el asalto de Curupaytí, murió semanas después en Corrientes, por infección de las heridas. Giribone tornó a la lucha, cayendo en Tuyú-Cué con 18 bayonetazos.

Pellegrini fué designado ayudante del capitán don

Eulogio Enciso, segundo jefe de Artillería. De alférez en el Cuerpo de Zapadores, pasó con el grado de teniente, al Regimiento de Artillería Ligera, que comandaba don Martín Arenas. Son sus compañeros inmediatos: el capitán Pedro Salvadores, teniente coronel Alejandro Díaz, capitán José María Muñiz, tenientes Vicente M. Souza, José M. Bustos, Francisco López Torres, Pedro P. Pico, José A. Lagos, Leopoldo Basavilbaso y los alféreces Manuel Gutiérrez, Juan Gironde y Nicolás Zamorano, que reunidos en grupo se hacen sacar una fotografía para enviar a sus familias.

El capitán Enciso, primer jefe de Pellegrini, era un abogado porteño que ejercía tranquilamente su profesión en Buenos Aires y que al producirse el conflicto tenía 37 años. Terminada la guerra, actuó en política, siendo diputado nacional y ministro de Hacienda de la provincia de Buenos Aires, durante la intervención del general José María Bustillo, en 1880. Desde 1895 a 1899, dirigió *Tribuna* y murió en su quinta del Tigre, seis meses después que el doctor Pellegrini, su antiguo ayudante.

En las treguas de guerra, que son muchas, Pellegrini escribe cartas a parientes y amigos. Les habla de las lentas horas de campamento; de guardias interminables, de inútiles esperas de ataques.

El paisaje que le rodea es maravilloso, primitivo, deslumbrador. La selva parece formada en los días del Gé-

nesis. Alimañas monstruosas, pájaros, ríos, flora y fauna, todo es extraordinario. La variedad de formas y colores quitan el sueño. Debe estarse en eterna defensiva. La tierra, el agua y el cielo, acechan al hombre para perderle. Durante una siesta, ha visto deslizarse al río un enorme caimán y coger desprevenido a un soldado que se bañaba. El espectáculo le ha conmovido; aquí, piensa todo es enemigo, todo es paraguayo... Este es un pueblo de héroes; les pierde el fanatismo y el valor excesivo.

El joven alférez, en la trinchera, reflexiona en el porvenir, en su vida. No ha de pasarla siempre rodeado de pumas y yaguaretés. La guerra fratricida terminará sin provecho para nadie, como ocurre siempre en las reyertas familiares. Presiente que otras pistas se abrirán para él, en un futuro cercano. El involuntario silencio de sus amigos le fastidia. Acampado en Concordia, escribe estas líneas a Juan Carlos Lagos, el 28 de agosto de 1865:

«Joven tocayo: Aunque parece que no soy digno de que te molestes un rato para embadurnar una cuartilla de papel para el amigo ausente, sin embargo voy a poner un apéndice a la carta de Marengo, para recordarte que aun vivo, *aunque ignorado por ahora*, pues más tarde cuando mi nombre suene entre el estampido del cañón y el eco repercute en aquellas lejanas regiones, entonces, toda la República sabrá quién es Pellegrini!

« Te escribo una carta que dirijo a la casa de José Antonio, por haber olvidado el número de la tuya. No sé si mis cartas tienen la fatalidad de perderse. Sin embargo,

el que yo no te escriba distraído por mis ocupaciones militares, no es razón para que tú no me escribas; ten cuidado en adelante, si no quieres tener por enemigo al terrible guerrero Pellegrini».

El que ha escrito esas frases, es un mozalbete de 19 años, con su carrera a medio concluir, hijo de un profesional brillante, empobrecido a fuerza de proyectar grandezas. No desespera. Volverá a Buenos Aires; terminará su carrera de abogado, intervendrá en política y será un personaje. La cosa pública le apasiona; es una novia que le ayuda a soportar las guardias nocturnas, a hacer más ligeras sus cargas de soldado. Está convencido de sus sueños; algún día se dirá *el gran Pellegrini*, como anuncia en la carta a su amigo.

Avellaneda, estudiante en Córdoba, escandalizaba a sus compañeros con la pintura de su destino político.

« Se dice siempre que la vida es demasiado corta, pero se puede hacer mucho si se la sabe aprovechar con tino ».

Hace más de seis meses que Carlos está en la guerra. Su madre le escribe por todos los correos; lo mismo hace su padre, pues cada uno considera que tiene que decir al hijo, cosas que acaso el otro omita. Las cartas de María Bevans se concretan, principalmente, a recordar al muchacho los cuidados que debe guardar para mantener la salud, que hasta entonces ha sido poco sólida. Con ellas remite la madre pequeñas encomiendas con dulces y cigarrillos. Ha hecho los primeros con toda dedicación y

el tabaco lo ha seleccionado personalmente en un comercio vecino, para asegurarse su calidad y frescura. Le remite también, grandes frascos de aceite de bacalao, insistiendo una y otra vez, que no olvide de tomarlo antes de las comidas. En balde el hijo hace protestas del buen estado de salud, del vigor que le ha traído la vida de campamento; la madre insiste. En climas insalubres, hay que defenderse con esa bebida desagradable.

Treinta años más tarde, el artillero de la guerra del Paraguay, que para complacer a su madre bebía el aceite de bacalao que le enviara, sin importarle las naturales bromas de sus compañeros, confesó no poder resistir el olor de ese medicamento. Yendo un día por la calle Florida y al pasar por una farmacia — era en invierno — llevó apresuradamente su pañuelo, saturado de colonia, a la nariz. Ante el gesto interrogante del amigo, dijo: No sé por qué, cuando siento este olor a aceite de bacalao, se me aparecen visiones de la guerra del Paraguay. Una y otra sensación están en mí estrechamente unidas y es que mi madre, creyéndome delicado del pecho, con todas sus cartas me mandaba un frasco de ese remedio.

En ocasiones, el combatiente de los pantanos paraguayos contestaba con una sola carta, las dos que recibiera de sus padres. He aquí una, fechada en Ensenada, el 10 de enero de 1866:

« Queridos papá y mamá: Por un señor que va mañana para Buenos Aires, les voy a escribir estos cuatro renglones, dejando el escribirles más largo para el próximo

correo que sale el sábado. He recibido todas las cartas de Uds. hasta las del 28; por este correo no he recibido nada, supongo se habrán traspapelado o pudiera ser que aun me llegasen. No sé cuál será la causa de la pérdida de todas las cartas que les he escrito, pues en su carta del 28 no me dice haber recibido alguna. Yo he escrito todos los jueves una carta. La primera que escribí, después de entrar en la Artillería, fué por conducto del comandante Viejobueno; supongo que más tarde las habrá recibido. Llegó Martín Bustos y me trajo una onza y una libra; les doy las gracias. Me han venido perfectamente. Carta de mamá, tampoco he recibido desde que se fué a lo de tía Anita; supongo que desde allá no le será tan fácil escribir, pero que estará sana, lo mismo que Arturito, que ya se habrá restablecido.

« Nosotros estamos aquí vegetando. Me parece que estaremos hasta el mes que viene, pues recién el sábado pasado han comenzado la segunda balsa, la que no estará concluída hasta dentro de quince días y ya serán dos balsas, capaces de pasar quince piezas de artillería cada una.

« Aquí estoy muy bien y deseando se pase esto de una vez para poder volver allá, pues no hay día en que no piense en Buenos Aires y las más de las noches sueño con él.

« En una carta le encargaba mi levita, un kepí de alférez de artillería y un par de botas cañas de taflete; la levita la lleva a Langlas, a que le ponga un galón en la manga y le cambie las insignias de zapador por las de artillero.

« En este momento me entregan una carta suya del 4,



XXII

PELLEGRINI (x) CON SUS COMPAÑEROS DE ARMAS EN LA GUERRA CONTRA EL PARAGUAY: CAPITÁN PEDRO SALVADORES, TENIENTE CORONEL ALEJANDRO DÍAZ, CAPITÁN JOSÉ MARÍA MUÑIZ, TENIENTES: VICENTE M. SOUZA, JOSÉ M. BUSTOS, FRANCISCO LÓPEZ TORRES, PEDRO P. PICO, JOSÉ A. LAGOS, LEOPOLDO BASAVILBASO Y ALFÉRECES: MANUEL GUTIÉRREZ, JUAN GIRONDO, NICANOR LARRAIN Y NICOLÁS ZAMORANO. (EL PRIMER OFICIAL DE LA IZQUIERDA, MORALES LEZICA, NO HIZO LA CAMPAÑA) 1865.

con un billete de cien pesos incluso; se los agradezco muchísimo, ya tengo dinero de sobra, así es que puede suspender la corriente.

« Siento tanto la enfermedad de Ernesto; espero se mejorará pronto. Siento se haya perdido mi carta, en que les anunciaba mi pase a la Artillería. Todos los oficiales han pasado a diferentes cuerpos; aquí han venido cinco. Yo fui el primero que vine a verlo a Arenas, quien lo que supo mi nombre me dijo que tenía con eso bastante recomendación y que desde ese momento me quería. Estoy de ayudante de él, perfectamente. Cuando me escriba, hágalo bajo cubierta de él. *Al señor Coronel Martín Arenas.* 2° Jefe de la División de Artillería. Primer Cuerpo de Ejército.

« La encomienda me la podría traer Muñiz o más vale mandarla directamente bajo nombre del coronel Arenas, porque Muñiz es muy dejado y quién sabe cuándo vendrá.

« Memorias a todos. Un abrazo a Julia, Ernesto, Anita y Arturito y Uds., queridos papá y mamá, reciban un abrazo de su hijo que no los olvida. *Carlos* ».

El coronel Martín Arenas, a cuyo servicio estaba Pellegrini como ayudante, era porteño como Enciso. Durante la guerra con el Brasil había sido, a su vez, ayudante del Almirante Brown, siendo herido en Los Pozos. Actuó en Ituzaingó y posteriormente estuvo con el general Lavalle, cuando éste organizó en 1840, su expedición libertadora contra Rosas. Las acciones de Don

Cristóbal, Sauce Grande y toma de la ciudad de Santa Fe — descrita magníficamente por el capitán José María Guerra en una *Memoria* histórico-militar, publicada en 1939 — contaron con el brazo y bravura de Arenas. En 1843, intervino en el Sitio Grande de Montevideo, a cargo de cinco baterías. En Caseros probó, una vez más, su arrojo, y al producirse el sitio de Lagos, defendió paladinamente su ciudad nativa. Durante la segregación de Buenos Aires, fortificó la isla de Martín García, peleando, en 1859, contra la escuadra del gobierno nacional de Paraná. Al estallar la guerra con el Paraguay, el general Mitre le confió el mando de una brigada; Arenas tenía 57 años de edad y el cuerpo lleno de cicatrices. Se batió en Estero Bellaco y en los dos encuentros de Tuyuty, donde su larguirucho y nervioso ayudante, probó que era digno de tal jefe.

Sobre la batalla de Tuyuty del 24 de mayo de 1866, Pellegrini escribió unos recuerdos, que mantuvo inéditos hasta su muerte, y que dió a luz el doctor Zeballos, en su *Revista de Derecho, Historia y Letras*, en agosto de 1906.

« En los esteros de Tuyuty — escribió Pellegrini — habíamos plantado nuestras carpas bajo un naranjal, en el vértice de un ángulo obtuso formado, a la derecha, por la línea de fuerzas en batería del 2º regimiento de artillería, comandante Maldones, y a la izquierda, la del 1º regimiento, comandante Viejobueno. Formábamos la línea avanzada del ejército.

« Al frente corría un estero vadeable en varios pasos ;

el principal al frente del naranjal. Más allá de ese estero, se extendía una lomada suave, cubierta de paja, que culminaba a las diez cuadras en un montecito de yatays ; más allá seguían los esteros y grupos de monte hasta las veinticinco cuadras, más o menos, en que se alzaba la línea de trincheras paraguayas. A la derecha, en dirección al río Paraná y a retaguardia, las divisiones del ejército Argentino, y a la izquierda la división Oriental y el ejército Brasileño.

« Fué una hermosa mañana del 24 de mayo de 1866, con atmósfera serena, sol radiante y una temperatura primaveral. Las fiestas patrias, la creencia de que el fin de la guerra estaba próximo, la confianza en la victoria, fundada en sucesos recientes, todo contribuía a formar un ambiente de alegría y de entusiasmo.

« La 1ª división, al mando de don Emilio, había recibido orden de alistarse para un reconocimiento y los batallones se preparaban a formar. Eran las once y media de la mañana, cuando se oyó un lejano toque de generala. Salimos apresuradamente del naranjal con otros oficiales, y me encuentro con el coronel Vedia, jefe de la artillería, que al verme me extiende un gemelo de campaña y me dijo : Ayudante (era ayudante del coronel Enciso, segundo jefe de artillería) suba a ese mangrullo y vea lo que hay. Era un viejo mangrullo paraguayo y tomando el antejo, lo trepé con toda la agilidad de mis 19 años !

« Sondeo el horizonte y anuncio : A la derecha avanza al galope una columna de caballería enemiga. Al frente

dantes, que viene recorriendo la línea. Está impasible y callado, observando la escena. Acude a hablarle el jefe del 1.^{er} Cuerpo, General Paunero, cuya hermosa barba blanca ostenta una mitad enrojecida, pues una bala le ha rozado el lóbulo inferior de la oreja. El General Mitre avanza y le dice: Mi general, lo saludo doble y honrosamente patrio!

« Después de un corto intervalo, en que ha disminuído el fuego, los paraguayos hacen el tercer y último ataque sobre nuestro frente. Son recibidos por el fuego de la artillería y por todos los batallones, incluso el 3.^o y 5.^o que, rehechos, han desplegado frente al naranjal.

« Rechazado este último ataque, el fuego cesa en todo nuestro frente, pero continúa a nuestra izquierda, en el Potrero Piris, donde las infanterías brasileña y paraguaya libran un combate encarnizado y sangriento.

« Pasa una hora y, a las 4 de la tarde, la batalla más sangrienta de esa guerra y de todas las libradas en América, ha terminado. De los 24.000 paraguayos que atacaron a las 12 del día, 10.000 estaban fuera de combate a las 4 de la tarde ».

En una batalla así, se bautizó *soldado* el hombre que en ningún campo de su acción pública, tuvo adversario que lo hiciera retroceder.

¿ Por qué no publicó en vida esas páginas ?

« ... No está aún escrita la historia de esa guerra. Ella vendrá algún día a excusar, o justificar tal vez, faltas u omisiones que nos llevaron a esos campos de batalla que

nada grande ni fecundo produjeron, pues sólo nos han enajenado la amistad de un pueblo tan vinculado a nuestra vida, y que sufre aún de las heridas casi mortales que de nuestras manos recibió ».

« ... Hay fuerzas superiores que combinan los sucesos, que mueven a los hombres y las cosas, según su varia índole en el inmenso tablero de la vida, y preparan para una hora dada las soluciones definitivas; y los hombres que se hallan en la escena en ese momento, son los que generalmente asumen la responsabilidad o la gloria de acontecimientos, a cuyas causas superiores y anteriores fueron ajenos. No es esto mero fatalismo que suprime la acción humana por inútil, sino un principio de justicia, que la hace solidaria a través del tiempo y que nos enseña que nuestro esfuerzo actual sólo prepara la historia del día siguiente, pues la de hoy ya fué hecha por actos pasados », escribía Pellegrini en julio de 1896, evocando en *Treinta años después*, la triste guerra con el país hermano.

La voz del estadista tiene aquí acentos de filósofo; de un hombre que se ha asomado al misterio de las páginas de Heráclito y Plotino.

No queremos crear ídolos; queremos hacer conocer hombres. Cuando un pueblo joven como el nuestro produce, en determinado período de su historia, un contingente de tales caracteres, es necesario mostrarlos a la juventud. Mirando lo bello, el contemplador se embe-

llece interiormente. En la juventud se siente con más ardor que nunca, la necesidad de ese espectáculo. Posee ella fuerzas, ansias, pero no tiene actos, que son recuerdos. Se agita y convulsiona por el déficit que la abrumba; siente el suplicio de las alas que nacen y no sabe emplear. Lo general es que, luego de algunos tanteos, fatigada de la busca, tome la línea de menor resistencia y el pitchón de águila no se realice nunca. El medio social conspira contra esa plenitud. Federico Nietzsche señaló el peligro con voces profundas.

El hombre no es nada más que un servidor de las fuerzas que lo crearon y que éstas utilizan mejor o peor en distintos periodos de la historia. Los jóvenes que marcharon a la guerra contra el Paraguay, encontraron en ella el *Gymnasium* adecuado para adiestrarse en los altos esfuerzos que demandaría la posterior consolidación de la República, obra de sus manos.

En esa guerra templaron el espíritu y la carne; aprendieron a dominar los impulsos y a regir la voluntad. Los pueblos fundadores de la cultura grecolatina sabían muy bien que los ciudadanos se fraguan en el estadio y en el Pórtico, mediante el canje armonioso de energías finalmente transmutadas y de cuyo equilibrio resulta la verdadera entidad humana.

Este proceso lo vió claramente el doctor Adolfo Alsina, cuando el 10 de febrero de 1866 escribía a Dardo Rocha, que estaba en la trinchera: «... Reciba mi felicitación, como una de las más ardientes y sinceras, por

la parte brillante que ha tenido Ud. en la jornada del 31.

« Como hombre de partido, me envanezco de que aquél a que pertenezco cuente entre las filas a hombres como Ud. Esto, para mí, asegura nuestro porvenir o, cuando menos, me hace esperar que, después de la lucha, tendremos elementos *enérgicos y vivos* para hacer frente a situaciones difíciles, y tal vez tormentosas ».

La epopeya paraguaya fué un torneo de valientes. Dominguito Sarmiento, que murió en ella a los 21 años, produciendo esta muerte en el cíclope andino la más grande borrasca de su vida, en carta a su madre, doña Benita Martínez de Sarmiento, fechada en Ensenaditas, el 5 de febrero de 1866, da testimonio del valor de sus compañeros.

« Esta carta te va a dar fiebre », empieza diciendo, a manera de acápite, y luego, cariñoso: « Querida vieja: Ayer recibí dos cartas tuyas, el dolman y algunas masitas y dulce de sandía, que ha conducido Fernanda hasta Corrientes y Enrique de allí a aquí. Mañana enviaré a mi asistente para que me traiga la vaina de la espada, el tarrito de dulce, etc. etc. No sé si veré a Mariquita, porque como todos los días vienen a incomodarnos los paraguayos, no es decoroso pedir licencia, ni me la darian tampoco. »

« El 29 del mes pasado, los paraguayos vinieron hasta pocas cuadras de nuestro campo, en pequeño número y fueron rechazados con algunas pérdidas. El 31 salió del campo la División Conesa, compuesta de los batallones

de Guardias Nacionales de campaña y, a las dos horas, se empeñó en combate con una columna paraguaya. Después de más de tres cuartos del día en combate, consiguieron echar al agua al enemigo. La lucha ha sido encarnizada y no valen las pérdidas el combate. Tenemos trescientos quince heridos y ciento ochenta muertos de tropa. El mayor Serrano y Márquez, muertos, además de 12 oficiales. El comandante Keen y el comandante Miguel Martínez de Hoz, gravemente heridos y 40 oficiales heridos. El enemigo ha llevado un escarmiento; todo el campo estaba sembrado de cadáveres en el espacio de legua y media.

« El 1º marchó al punto del combate mi División junto con todos los batallones de línea. Todos creíamos batirnos, pero hemos quedado afeitados y sin visita, pues ayer volvimos, después de dar un paseo en busca del enemigo. El General nos hizo volver porque no quiere que se bata nadie más hasta el día del *Paso*.

« Dile a Tamini que Carlos está bueno, aunque no he podido verlo. En el combate del 31, todos han sido héroes; pero entre los notables se cuenta Dardo Rocha, que condujo tres veces a la bayoneta a su batallón, después que cayó el teniente coronel Keen.

« En este momento llueve que es un gusto. No tengo ni tiempo para escribirte; el ejército muere por pelear. Tuyo *Domingo* ».

De regreso Pellegrini de la guerra, convaleciente aún de su enfermedad, en el verano de 1866, fué con su familia a San Isidro a pasar la temporada. Ocuparon una casa modesta — como todas las de la época, en esos lugares — parte de la cual se conserva todavía en la intersección de las actuales calles 25 de Mayo y Primera Junta.

Una tarde, un fotógrafo ambulante retrata a todos los suyos. En esa fotografía aparece Carlos, reclinado en el marco de una puerta, con un largo levitón y en visible actitud de desgano. Contemplándole así, alto, desgarrado, recuerda a Abraham Lincoln a su misma edad, cuando trabajaba en el campo.

Restablecida su salud, fué preciso volver a los libros y terminar los estudios universitarios.

La amistad del viejo ingeniero con el doctor Marcos Paz, hizo posible el nombramiento del ex combatiente, como oficial primero del Ministerio de Hacienda, a cargo del doctor Lucas González. Éste acogió al joven de 21 años con mucha simpatía, lo mismo don Santiago Cortínez, subsecretario de la dependencia, nombrado el 22 de octubre de 1867, es decir, un mes antes de la designación de Pellegrini.

En las finanzas están las fuerzas de una nación, piensa el flamante oficial 1º. Los números mandan y hay que someter a ellos los mejores impulsos. Todos los días comprueba el atraso administrativo del país y que la razón de muchos conflictos armados está en el deficiente reparto de los dineros públicos. Sabe que éstos

son en la vida de los pueblos, lo que el hierro en la sangre de los individuos. Aplicase al estudio del complicado mecanismo, estimulado por las prédicas de su padre.

Al asumir Sarmiento la presidencia de la Nación y renunciar Cortínez, el nuevo ministro doctor José B. Gorostiaga, designa a Pellegrini para ocupar la vacante. El promovido ha logrado sólidos prestigios. El ministro saliente, doctor González, así lo reconoce. Colaborará Carlos con el doctor Gorostiaga en un tramo difícil: la guerra del Paraguay planteaba el grave problema de su liquidación financiera.

Una fugaz disidencia, obliga al doctor Gorostiaga a abandonar el Ministerio en agosto de 1870, encargándose del mismo el doctor Nicolás Avellaneda, que tenía a su cargo el de Justicia e Instrucción Pública.

En los tres años que lleva actuando, ha adquirido Pellegrini el dominio de sus funciones, por lo que virtualmente es él quien reemplaza al ministro interino.

Entretanto, llegan a término sus estudios universitarios.

Si la breve y clara tesis de su amigo Roque Sáenz Peña consta sólo de catorce páginas, la suya sobre *Derecho Electoral*, publicada por la Imprenta del Plata (Buenos Aires, 1869), tiene 21. La dedica a sus progenitores con estas bellas y humildes palabras: « Si este pobre trabajo mereciera ser dedicado, lo dedicaría a mis padres ».

El padrino de la tesis fué el doctor Luis Lagos García y

los replicantes de la misma, los señores Juan Carlos Lagos y Carlos Marengo.

Era rector y cancelario de la Universidad don Juan M^e Gutiérrez y profesores de la Facultad: doctor José M^e Moreno, que dictaba la cátedra de Derecho Civil; doctor Miguel Esteves Saguí, la de Derecho Mercantil y Criminal; doctor Ezequiel A. Pereyra, la de Romano; doctor Federico Pinedo, la de Derecho Internacional; Monseñor Federico Aneiros, la de Canónico; doctor Florentino González, la de Constitucional y doctor Manuel Zavaleta, la de Economía Política.

A continuación de su tesis, el nuevo doctor formulaba las siguientes proposiciones accesorias: 1^a La pena debe ser prescriptible; 2^a La protección del Gobierno es necesaria para el desarrollo de la industria en la República Argentina; 3^a El renovamiento de una letra, importa novación de deuda.

« ...el ser *caudillo* es un deber entre nosotros », aseguraba el estudiante Pellegrini, a los 23 años de edad, en su tesis doctoral.

¿ Reaccionaba contra la prédica de Sarmiento, que desde 1840 venía infamando la palabra ?

El joven doctor habla en su tesis de la necesidad de limitar, dentro de lo razonable, el ejercicio del voto. Aboga por que dicha facultad comprenda sólo « a aquellos en quienes exista, por lo menos, la presunción de que están en condiciones de capacidad bastante para su ejercicio ».

Recuerda que Stuart Mill pretende tomar el impuesto

pagado por el individuo, como el medio de fijar su capacidad electoral. Pellegrini rechaza el postulado. «...es la clase más pobre de la población — dice — la que más necesita del amparo de la ley, pues el legislador no se ocupa sólo de votar impuestos y a ella (a la clase pobre) debe dársele una justa intervención en el nombramiento del legislador, dándole así, un elemento de defensa; pues la persona pudiente los tiene de sobra, en su propia fortuna ».

En resumen, el derecho de votar deben tenerlo — según él — únicamente los ciudadanos alfabetos. La instrucción primaria obligatoria — anuncia — irá aumentando los padrones que se inicien sobre la base de la capacidad alfabética.

Declárase, también, partidario de los derechos civiles de la mujer y pide se acuerde a ésta el ejercicio del voto político, con cuya proposición se solidarizaba con la campaña que hiciera en Inglaterra su tía-abuela Priscilla Bright, esposa de Lord Provost.

La cartera ministerial que dejara vacante el doctor Gorostiaga, fué ocupada por el doctor Luis L. Domínguez, historiador y poeta, de vasta cultura financiera, como lo probó durante la administración del general Mitre, en los cargos de Contador General y Contador Mayor de la Nación.

El 11 de febrero de 1871, Domínguez se recibió del ministerio. La situación económica del país era más grave

que de ordinario. Se imponían fuertes economías y tanto se empeñó en ello, que el presupuesto del ejercicio siguiente arrojó una disminución de 2.162.509 pesos fuertes, con cincuenta y cuatro centavos.

Por esa época, Pellegrini se prodiga en sus tareas burocráticas y aun encuentra tiempo para participar en las luchas comiciales de la provincia. En 1870, se levantó, por primera vez, su candidatura a diputado provincial, pero no tuvo éxito; cosa que sucederá igualmente en 1871. No se decepciona. Está seguro que sus facultades se desarrollarán mejor en el Parlamento que en las oficinas de la administración. El empréstito de 30.000.000 de pesos que se realiza con los banqueros Thompson, Bonor & Co., de Londres, recarga sus funciones, pero sus músculos son de hierro y resisten todas las fatigas. Secúndale en la labor don Luis Emilio Vernet, quien reemplazará a Pellegrini, cuando éste elegido en 1872, diputado a la Legislatura de Buenos Aires, deja para siempre, las actividades del empleado público.

Su anecdotario, en tal carácter, debió ser rico en sugerencias; y se ha olvidado. Exhumemos, empero, este episodio:

Hacía tres meses que el doctor Domínguez era ministro de Hacienda e iba salvando, con serias dificultades, las etapas de su programa reorganizador. Advierte por entonces, que algunos periódicos de la ciudad daban « extractos de resoluciones gubernativas sin su conocimiento ni autorización ».

Llama la atención sobre el punto a sus inmediatos colaboradores, pero la cosa se siguió repitiendo. Un día, el ministro lee en *La Verdad*, diario de Buenos Aires, del 13 de mayo de 1871, comentarios sobre un acuerdo de inversión de fondos que se había mantenido en riguroso secreto y que por último quedó sin efecto. La cólera del ministro estalla. Pellegrini, que tiene 25 años, demuestra tal carácter y firmeza en sus ideas, que encara la averiguación del hecho sin contemplaciones. Poco después, un decreto del presidente Sarmiento, refrendado por el ministro Domínguez, ordenaba la cesantía del culpable que era un militante prestigioso del *alsinismo*.

En vísperas de elecciones en la ciudad, el jefe del «Detall», coronel Federico Mitre, hermano de don Bartolo, hombre de libros, muy versado en guerras napoleónicas, dejándose llevar por la pasión política, que nublaban las mejores inteligencias, dió en la *Orden del Día*, escrita de su puño y letra, estos *santos* a la Comandancia General de Armas. Para el día 28: «Más vale agredir que ser agredido»; para el 29: «El que pega primero aventaja»; para el 30: «El primer impulso impone».

«Siendo incompatible con la moralidad del Gobierno de un pueblo — expresa el decreto de Sarmiento y su ministro de Guerra, don Martín de Gainza — esta conducta, destitúyese al coronel Federico Mitre del puesto de Jefe del «Detall», pasando a revistar a la plana mayor inactiva».

La pobreza y el coraje marchaban parejos. En los bandos adversarios latía el mismo sentimiento patriótico, igual amor por el pasado. Eran los hombres y no las ideas las que dividían. Estábamos en las primeras etapas de nuestra democracia embrionaria y resultaba ilusorio pensar en la formación de partidos políticos orgánicos.

V

ABOGADO, POLÍTICO Y LEGISLADOR

El flamante abogado tuvo oportunidad de observar, en sus funciones administrativas, cómo se desempeñaban el presidente Sarmiento y sus ministros. Avellaneda, acuciado de continuo por la fundación de establecimientos educacionales, no reparaba en que las partidas fijadas con ese fin, estuviesen agotadas. Sordo a toda negativa, tenía largas entrevistas con el Presidente, inclinado a igual solicitud; y ambos convenían en que con la escuela primaria se vencería a los caudillos.

El 7 de febrero de 1871, Paul Groussac fué designado profesor de matemáticas en el Colegio Nacional de Tucumán, a inspiración de Avellaneda. Se diría que los hombres que integraban el P. E. Nacional, lo daban todo para transformarlo todo.

Un decreto del 18 de agosto del mismo año, autorizaba la libre explotación del guano de la Patagonia y costas adyacentes. Se fomentaba la inmigración por todos los medios y, de estarse a los estímulos oficiales, en el Río de la Plata resurgía el Paraíso.

Por resolución del presidente Mitre, del 20 de octubre de 1864, se encargó al doctor Vélez Sársfield de la redacción del Código Civil, fijándosele una asignación de cuatro mil pesos anuales, sin perjuicio de la que el Congreso le señalara al aprobar su trabajo.

El Parlamento mandó entregarle por dicha obra, la suma de cien mil pesos, en títulos de fondos públicos.

Vélez guardó en su caja fuerte los títulos que representaban el pago de la labor que sintetizaba su larga vida de estudioso. Manos anónimas violaron su caja y robaron los títulos. El anciano vió de pronto esfumado el beneficio de sus esfuerzos. Su primer impulso fué guardar silencio; sentía cierto pudor confesarse despojado en forma tal. Precisamente él, el *doctor Mandinga* — como se le llamaba — que estaba alerta en todo, sagaz y cauteloso, y a quien sus adversarios atribuían la facultad de dormir con un solo ojo...

Don Carlos Enrique Pellegrini, fué de los primeros en conocer el suceso. Su hijo sugirió la necesidad de comunicarlo al Gobierno y pedir la anulación de esos títulos, en los que se consignaba el nombre de su dueño. El Senado de la Nación así lo resolvió el 8 de julio de 1870, mandando entregar a Vélez otros cien mil pesos en títulos al 6 % de interés y 1 % de amortización y anulando los anteriores.

Sarmiento, siguiendo la tradición de Mitre, seleccionaba personalmente a los examinadores del Colegio Na-



XXIII

DON CARLOS PELLEGRINI, A LOS 20 AÑOS DE EDAD (1866) VERANEANDO EN SAN ISIDRO, CON SU FAMILIA. DE IZQUIERDA A DERECHA: ERNESTO, CARLOS Y ANA PELLEGRINI. LUEGO, DOÑA MARÍA BEVANS, QUE TIENE EN BRAZOS A SU HIJO ARTURO; DESPUÉS SU HIJA JULIA. SENTADA EN EL SUELO UNA SIRVIENTA.

cional de Buenos Aires. En 1872 nombró para el caso, a los doctores Dardo Rocha, Matías Calandrelli, Pedro Goyena, Carlos Encina, Bernardino Speluzzi, Rafael Ruiz de los Llanos, Clodomiro Quiroga y David de Tezanos Pinto. En otra ocasión, ocuparán ese cargo : Avelleda, Vélez Sársfield, Sarmiento !

Nunca podrá apreciarse lo suficiente, la influencia fecunda que un tribunal de tales calidades tiene en los estudiantes.

Era imposible presentarse a exámenes sin estar cuidadosamente preparado. Nuestros hombres de ayer, políticos y pedagogos, pusieron en práctica la mejor de las pedagogías : la del respeto.

¿ Que no había dinero para proveer a los cuerpos de frontera ? Era lamentable. ¿ Pero este hecho podía impedir la compra y traducción de textos escolares que luego serian distribuidos por las provincias, en grandes cajones, llevados por lentas carretas, pues la red ferroviaria estaba en sus comienzos ?

La administración nacional era entonces almácigo de futuros hombres importantes. Son colegas de Pellegrini, como subsecretarios en los ministerios respectivos, José Manuel Estrada, Luis V. Varela, Aurelio Prado y Rojas y Eudoro J. Balsa.

Aristóbulo del Valle desempeñaba el cargo de oficial mayor de la Comisaría General de Guerra y Marina ; José A. Terry, archivero del Ministerio del Interior ; Miguel Goyena, oficial 1° del Ministerio de Guerra ; Antonio

Zinny, jefe del archivo de Relaciones Exteriores; Pompeyo Moneta, jefe de la oficina Topográfica, reorganizada por Sarmiento. Tenían empleos más modestos José V. Zapata, Emilio Hansen, Virgilio Tedín, Mariano Pelliza, Guillermo Hudson, Federico Mujica, Carlos Becher y eran escribientes de Hacienda, Miguel Cané, Juan Carlos Belgrano, Máximo Paz, Hipólito Irigoyen, Cosme Mariño, Guillermo Escobar.

Hipólito Irigoyen fué nombrado escribiente 1º supernumerario del Ministerio de Hacienda, por decreto de Sarmiento y su ministro Gorostiaga, de fecha 29 de marzo de 1870. Es muy probable que, para esa designación, mediase Pellegrini, que además de amigo de Leandro N. Alem, tío del nombrado, lo era de Roque Irigoyen, hermano mayor de don Hipólito, que murió muy joven.

A pesar de los distintos rumbos políticos que a lo largo de los años tomaron ambos hombres públicos, nunca faltó entre ellos el más sincero afecto.

El peligro del indio subsistía, no obstante el medio millón de pesos anuales que el presupuesto provincial señalaba para repartir entre los aborígenes a sueldo del gobierno, cuyos caciques, caciquillos y capitanejos tenían su sede en Bragado, 25 de Mayo, Azul, Bahía Blanca y Patagones. De este modo se esperaba frenar la ancestral rapacidad de aquéllos, que con sus malones asolaban los poblados próximos a las fronteras.

Durante su gobierno, don Adolfo Alsina, procuró el

sometimiento del indio por la fuerza; empresa que sólo llevará a cabo, años después, como ministro de Guerra y Marina de la presidencia Avellaneda. En tanto perdurasen los malones, era imposible organizar política y administrativamente el país. Mucho menos que las masas de inmigrantes se arriesgaran a cultivar las tierras, que estaban a merced del salvaje.

Sarmiento, en cuyo gabinete predominaban los provincianos, acentuó la tendencia a lo nacional, con descuido de legítimos intereses locales. Los *porteñistas*, fuesen de Mitre o de Alsina, miraban con desagrado esa conducta y al finalizar el período, se aprestaron a conquistar la situación e impedir que el Presidente incubase al sucesor. En Buenos Aires se era hostil a todo lo que tuviera etiqueta provinciana. Aquí, también siguió Sarmiento la escuela de Mitre, quien bajó del gobierno sin resistir al sanjuanino, a pesar de sus simpatías por el doctor Elizalde; el hombre indicado, según el prócer, para la liquidación de los problemas finales de la Triple Alianza.

Sólo después que recogió la opinión de las provincias, consideró Sarmiento al doctor Avellaneda el candidato de mayor área nacional. Hubo que convencer al país que las provincias debían *nacionalizarse*; salvar las conocidas barreras y marchar juntas hacia la grandeza de la nación. Buenos Aires, levantisca siempre, rechazó la advertencia. Por eso — escribió Goyena — «la presidencia de Avellaneda fué el drama más accidentado después de la caída de Rosas».

Los jóvenes que cobraban conciencia de los positivos rumbos de la República, se decidieron en favor de Sarmiento y del candidato Avellaneda. Pellegrini, consecuente con la política alsinista, fué de éstos.

En la sesión del Senado Nacional, del 18 de junio de 1901, en horas graves del debate sobre el proyecto de unificación y consolidación de la deuda pública, recordó Pellegrini un episodio de sus funciones administrativas.

« Había sido subsecretario del Ministerio de Hacienda — dijo — y dos o tres años después que dejé la secretaría, recibí una nota de la Contaduría General, ordenándose me presentase a la misma, a responder del cargo de doscientas mil libras esterlinas, que figuraba en los libros. No dejé de sorprenderme el cargo y más el saber que alguna vez había dispuesto de tal suma.

« Lo que había sucedido era lo siguiente: como subsecretario, había recibido del corredor giros a favor de los señores Baring por esa suma, que fueron remitidos directamente por el Ministerio. La Contaduría, en vista de mi recibo, me formó el cargo y el resultado era que, según los libros de la Contaduría, yo era deudor por doscientas mil libras esterlinas y los señores Baring, acreedores por esa suma, pues habían pagado el cupón, lo que dió lugar a reparos y confusiones, que acusaban la más grande informalidad en materia tan delicada ».

En esa misma ocasión, el orador aludió a la impericia

de algunos ministros de Hacienda. Hubo uno — dijo — que al consultar a un corredor de bolsa sobre el precio que podían comprarse libras esterlinas y contestársele que al tipo de 48 $\frac{1}{2}$; repuso: Bien sabe Ud. que estoy empeñado en hacer grandes economías. Vea de conseguirme las libras a 47 (!).

« ...ha habido hechos mucho más graves — añadió Pellegrini — y es muy conocido, desgraciadamente, el caso de un ministro que compró un giro por cien mil libras esterlinas sobre un Banco que no existía ».

« Buenos Aires no era entonces otra cosa que una ciudad de España reproducida en América. Se vivía de un modo enteramente patriarcal; todos se conocían », ha dicho don Emilio Daireaux.

El doctor José C. Paz — que será coronel en la revolución de 1874, donde tuvo un papel preponderante — fundó en 1869 el diario *La Prensa* y fueron sus redactores de la primera hora José A. Terry, Carlos Pellegrini y Delfín Gallo. Terry comenzó su vida pública en ese diario; Pellegrini, más dado a conversar que a escribir, sembraba ideas con sencillez y elegancia. No era de los que hablan para oírse, creando la forma pero no el fondo. Decía lo que pensaba con hondura. Orador en la asamblea pública o parlamentaria, sus mayores aciertos están en las réplicas improvisadas; esas que surgen mientras nacen. Los que asisten a tales alumbramientos son, sin quererlo, padrinos del orador.

De ahí que Pellegrini despertase simpatías en todas partes.

Su madre, de temperamento disciplinado y bondadoso, que gustaba permanecer en la penumbra del hogar al cuidado de sus hijos, viendo a Carlos entregado a la política con la vehemencia de la juventud, vivía en continuo desasosiego. Familiarizada con la profusa farmacopea doméstica, se le veía fabricar con el buche disecado de un avestruz, excelentes polvos digestivos o preparar unguentos para llagas y heridas.

Era una mujer de la Biblia. Nunca faltó junto al lecho de parientes enfermos. Sus amigas contaban siempre con ella en los difíciles trances del alumbramiento; por estas escondidas bondades de su carácter, su marido la llamaba festivamente *Santa María*, a pesar de sus protestas.

Pequeña de estatura, lo más interesante de su rostro eran los ojos celestes, grandes y redondos.

Al librar el alsinismo reñidas campañas políticas, suplicaba a su hijo moderación en actos y palabras. Carlos la tranquilizaba con promesas que no podía cumplir.

La escena nos recuerda otra, de cuarenta años antes, en una provincia andina, en que otra madre, Paula Albarracín, pedía a su hijo abandonase su prédica contra el tirano. « Madre — contestó el muchacho — hay países en el mundo donde reina la fiebre amarilla, el vómito negro u otras enfermedades endémicas que diezman las familias. En el nuestro, el degüello es endémico; hay que terminar con esa peste ».

Los hombres que han de cumplir una misión superior, deben ser sordos a todos los ruegos. Lo manda el Evangelio.

El artillero del Sitio de Montevideo, oyó también los lamentos de su madre, que viuda en 1845, tuvo la fortuna de verle ascender de la modesta pero gloriosa posición a los más altos cargos de su patria. Doña Josefa Martínez de Mitre, fallecida en Buenos Aires en 1876, contempló desde su retiro, los acontecimientos más importantes de la vida pública del prócer: la suprema exaltación y las vísperas angustiosas del fusilamiento.

¿ Cuándo se estudiará la vida de esas grandes ignoradas madres ?

Con el aquietamiento de las provincias y la progresiva organización del país, los problemas internacionales en materia de límites, fueron cobrando su debido volumen. Tema candente de la presidencia Sarmiento, su estudio despertaba viejas rencillas y los antiguos hermanos en las guerras de la Independencia, se desunían como algunas grandes familias en la hora de la partición hereditaria. Diplomáticos y peritos complicaban las soluciones, pues si todos querían zanjar pacíficamente las diferencias, ninguno renunciaba a los derechos invocados.

Un chileno ilustre, don Juan Clark, concibe en esos días la idea de ligar Chile y Argentina por el telégrafo: *el camino de la palabra*, que dijera Vélez Sársfield en circunstancia célebre.

Hallándose reunidos argentinos y chilenos en casa de don Mariano Sarratea, en Quillota, para festejar el 25 de Mayo de 1869, Clark propuso su anhelo, que fué recibido entre vítores y aplausos. Con esa iniciativa unía más nuestros pueblos, que los peritos y diplomáticos de uno y otro lado, exhumando viejos documentos para apoyar sus tesis.

En los despachos oficiales, en el Parlamento, en el seno del hogar, se discutían los asuntos públicos. El hospitalario comedor de don Leonardo Pereyra, calle Victoria 766, acogía a personajes como Sarmiento, Vélez Sársfield, Avellaneda y a jóvenes como Pellegrini, Aristóbulo del Valle, García Lagos, etc.

El dueño de casa, con ese buen sentido que le daba el manejo de sus bienes, solía proponer después de las polémicas de sus contertulios, conclusiones simples y terminantes.

Pellegrini, dispuesto siempre a simplificar las cosas para dominarlas mejor, optaba a menudo por las soluciones cargadas de buen sentido más que de erudición.

Tal vez por eso, no le apasionó la obra visionaria de Rivadavia, que tanto admiraba su padre. Por lo demás, la política autonomista en que militaba, había abierto sus filas a viejos federales de la época cruenta. Y, si a esto se añade el natural fenómeno de que las *devociones* del padre suelen ser objeto de los celos del hijo, que en su papel de nuevo actor en la escena se estima más capacitado para distribuir justicia, tendremos explicada su actitud.

Hay hombres que tienen resortes muertos y otros, demasiado elásticos para la exaltación; Pellegrini pertenecía a estos últimos.

Sólo en la madurez aprendió, con Rabelais, que es preciso adoptar jovialidad de espíritu — hecha de menosprecio — ante las cosas que no tienen remedio.

En las elecciones provinciales del 2 de julio de 1871, Pellegrini se presenta, por segunda vez, como candidato a diputado. Son sus rivales, entre otros, Carlos Casares, Luis María Drago, Alejo B. González, José María Cantilo, Juan A. Argerich, Eduardo Wilde, Dardo Rocha, José Manuel Estrada, Francisco Uriburu, Aristóbulo del Valle, Miguel Navarro Viola, Onésimo Leguizamón, Luis Sáenz Peña. Obtiene únicamente cuatro votos, como Aristóbulo del Valle, Victorino de la Plaza, Bartolito Mitre, Leandro N. Alem, etc.

El temporario fracaso no hace sino enardecerle para procurar el triunfo en los comicios del siguiente año. Continúa desempeñando sus tareas administrativas en jurisdicción nacional y mezclándose a las pasiones *porteñistas*. El doctor Adolfo Alsina, que es vicepresidente de la República, se vale de lugartenientes de esta talla para hinchar las velas de su nave.

Pero la administración y la política, no agotan las energías de este vigoroso. El amor ocupa un gran lugar en su corazón. Artista como su padre, todo lo bello le cautiva y la mujer — recreo de Dios al hacer el hombre — ilumina sus mejores instantes.

Hace algún tiempo que doña Carolina Lagos, hermana de sus mejores amigos, pone melancólico a este fuerte y le distrae con su recuerdo, en graves meditaciones. Tiene 19 años; es hija de don Juan Isidro Lagos y de doña Josefa García Arguibel. Su hogar honorable vése realzado con su belleza natural y sencilla. Posee la joven una gran templanza y la bondad será el mayor de sus defectos.

El 25 de diciembre de 1871, los jóvenes contraen matrimonio en la Iglesia de Nuestra Señora del Socorro, la misma que treinta años antes consagrara la unión del ingeniero Pellegrini con doña María Bevans. Son sus padrinos, el padre de la novia y la madre del novio.

El anciano ingeniero contempla emocionado la ceremonia y su profunda alegría no logra disipar algo como un asomo de tristeza, al ver salir de sus manos la obra que ha deseado modelar con lo mejor de sí mismo. Ha de seguir adelante, piensa. Desarrollará la parábola de sus altas calidades. No he de morirle sin verle sobre el sólido camino de su triunfo. El amor dará nuevas luces a su inteligencia; la vida se le presentará más entera.

Terminada la fiesta, su mujer se le ha acercado en silencio y adivinando los pensamientos que le embargan, lo ha tomado de la mano como cuando eran jóvenes, y después de mirarle fijamente a los ojos, le ha dado un beso.

Cuatro días después de su matrimonio, el 29 de diciembre de 1871, escribió Pellegrini a su hermana Julia

que vivía en Hamburgo con su marido, don Martín Meyer, donde éste desarrollaba sus negocios.

« Te escribo — le dice — desde mi nuevo hogar. Yo ya no soy yo, porque me he visto de la mañana a la noche cambiado en dos. Durante mi sueño, algún ángel bueno me sacó una costilla y con ella formó una nueva Eva. Al despertar la vi a mi lado y la tierra me parece un Edén. Estoy gozando de él sin temor y sin zozobra, porque siento y comprendo que si la primera Eva fué la perdición de Adán, la nueva será la salvación de tu hermano.

« Si antes hubiera adivinado todo el mundo de delicias que hay en la vida que hoy llevo, hubiera deseado nacer casado.

« Nunca te he deseado más que en estos días; hubiera querido tenerte a mi lado para que gozaras conmigo. Me siento tan feliz, que soy pródigo de mi alegría y anhelo compartirla con todos los seres que me son queridos.

« Bien sé que tú hallas cuanto placer puedes anhelar bajo el techo de tu hogar; sin embargo, si aquí estuvieras gozarías por ti y gozarías por mí.

« ¡ Cuán desgraciado debe ser el que nunca ha querido! Creo que el amor es al corazón lo que el fuego a los metales. El los ablanda, los purifica, los amolda; convierte una piedra tosca y grosera, llena de escoria e impureza, en una joya brillante y pulida, que refleja todos los bellos matices del iris.

« Quien no ha querido, tiene aún su alma como la piedra de la mina. No comprende ni el saber del Creador,

ni las bellezas de la naturaleza, ni los encantos del hogar, ni el amor de sus semejantes. Como el que nace ciego, no comprenderá tal vez toda su desgracia, pero no es por eso menos desgraciado.

« Ahora creo que te escribiré más, pues me siento dispuesto a atenuar todas mis faltas y obrar bien, siguiendo los consejos de un ángel.

« Escribe a tus hermanos y quíérelos como te quiero.

« Tuyo siempre. *Carlos* ».

¿Es ésta la carta de un político o de un poeta ?

En América, ambas calidades han andado unidas de continuo. El Nuevo Mundo exigió todas las dotes de sus conductores sociales. En el amanecer, los colores del iris se entremezclan. También en la cultura de los pueblos jóvenes, ocurre algo parecido. Simón Bolívar, San Martín, Wáshington, Rivadavia, Montalvo, Martí, Mitre, Sarmiento, Avellaneda y tantos más, escribieron páginas de alto acento lírico.

Es la transcripta la carta más transida de felicidad que conocemos de Pellegrini. Su epistolario — íntimo o político —, con encerrar valiosos matices de su personalidad, es en general de tono grave ; orientado a la expresión de cosas permanentes. Viendo sus originales, se observa lo poco que corregía. Sus mejores páginas salieron de primera intención. Maduraba, componía y recomponía *in mente*. Avellaneda, confesó haber corregido varias veces algunas de sus páginas. Es una bella lección, que no deben olvidar los jóvenes de todos los tiempos. Dicha ac-

titud traduce un temperamento efusivo, que se prodigaba sin tasa y que luego debía contenerse. Pellegrini obedecía a otras normas ; era un pudoroso activo.

La promesa de escribir frecuentemente a su hermana, no se cumplió nunca. Entregado de lleno a la política, fué postergando su generoso deseo. Julia se quejó alguna vez a su padre, de los silencios de Carlos. El 3o de junio de 1873, nuestro ingeniero le respondía :

« ... Ya tenemos, como tú sabes, a Carlos de congresal. Es el más joven de los diputados. Buen agüero para su porvenir, si él sabe conservarse moderado y virtuoso. No te fijes en su aparente frialdad ; en esto se parece a su padre ; frío e incivil en lo de afuera, consecuente y amoroso en el fondo ».

Este párrafo tiene el mérito de mostrarnos un perfil del viejo ingeniero, hecho por él mismo y con el cual identifica a su hijo.

En los comicios celebrados el 31 de marzo de 1872, la posición política de Pellegrini ha mejorado sensiblemente. Reúne 1802 votos a su favor, es decir, uno menos que los doctores José J. Montes de Oca y Ezequiel Pezra, que encabezan la nómina de los victoriosos.

Tiene entonces, exactamente 25 años, siete meses y dos días. Son sus colegas Francisco Alcobendas, José Luis Amadeo, Leandro N. Alem, Alcorta, Gambaceres, Drago, Frías, Insiarte, Iraola, Jacobé, Jurado, Larrosa, Lagos García, Lanús, J. J. Montes de Oca, Molina, Ma-

dero, J. Núñez, J. M. Núñez, Nazar, Olivera, Pereyra, Rom, Salas, Toledo, Unzué, Urioste, Aristóbulo del Valle, Carranza, Cantilo, Gowland, Sabiniano Kier, Obarrio, Aguirre, Cárrega, Galván, O'Gorman, Llorente, Manuel Aráuz, Mateo J. Martínez.

Presta juramento el 13 de mayo del 72 y su primer *proyecto*, firmado también por don Luis Lagos García, versa sobre *Conversión del papel moneda*. Lo fundamentó en cinco páginas del *Diario de Sesiones*, con una concisión sorprendente. Pasado el proyecto a estudio de la Comisión de Hacienda, entra a discutirse en seguida la construcción de un presidio en Martín García. El diputado Alem habla de ello extensamente, con la intervención de Aristóbulo del Valle, Sabiniano Kier y Lagos García.

El parlamentario novicio oye en silencio el debate y se retira con gesto de disgusto. Prefiero, dice a un amigo, las razones a las palabras.

La democracia parece ser, hasta ahora, la forma más perfecta del gobierno de las sociedades. Es, desde luego, una verdadera superación de las antiguas formas gubernamentales. Ello no justifica, sin embargo, el desdén que algunos sienten por los antecedentes de cuna del ciudadano. ¿Es ésa, acaso, la conducta que sigue el labriego al seleccionar las semillas para su siembra?

Sospechamos que Sarmiento fué el primero en llamar públicamente *gringo* a Pellegrini. En algunos de sus artí-

culos en *El Nacional*, afirmó maliciosas inexactitudes a su respecto.

Durante una época en que el tenaz sanjuanino era furiosamente anti-italiano, al notar los muchos apellidos itálicos que empezaban a figurar en la escena pública, exclamó, según Lucio V. Mansilla, estas graciosas palabras: « Si vamos así, dentro de poco no diremos García sino *Garchía*... »

¿ Oscura insurgencia ibera o aborígen contra la latinidad?

En la Legislatura provincial puso en práctica Pellegrini normas y teorías parlamentarias que aprendiera en los libros, sobre todo en los de procedencia norteamericana, que fueron brevarios de varias generaciones. Con frecuencia la Legislatura carecía de número para sesionar. El cargo era *ad honorem* y las pasiones banderizas demoralizaban a los más fervorosos. El diputado Amadeo propuso que los miembros que faltasen sin aviso a tres citaciones seguidas, fuesen declarados cesantes. Del Valle apoyó el propósito, pero extendió la aplicación de la medida a cuatro inasistencias. Muchos vacilaban; se corría el riesgo de que la Cámara quedase sin miembros.

Inflexible en el cumplimiento de sus funciones, Pellegrini faltó pocas veces a su banca y se mostró insobornable a los dictados de la amistad, cuando estaban en juego los intereses públicos. Su colega Lagos García, propone

que el gobierno, consecuente con la práctica de fomentar industrias, subvencione a una fábrica de seda instalada en Palermo. Pellegrini se niega rotundamente a ello. No hay tal fábrica — arguye — sino ensayos para el cultivo del gusano de seda. Sólo probando la aclimatación de éste en nuestro medio e instalada la respectiva fábrica, habría llegado el caso de considerar el asunto. Su amor por el desarrollo industrial y comercial del país, no le impedía distinguir entre los ensayos de Palermo y la existencia real de una industria. Extendido el debate, se aceptó por último la solución de Pellegrini, de eximir por cuatro años al incipiente industrial del pago de impuestos.

La concesión de nuevas líneas férreas y de patentes para la introducción de maquinaria agrícola, eran facultades que reclamaba para sí el gobierno federal, con gran alarma de la Legislatura que se creía menoscabada en sus prerrogativas. En las discusiones desordenadas y vehementes que se originan, resplandece la palabra ecuaníme de Pellegrini.

El 12 de junio de 1872 se trata la cesión del municipio de San Nicolás para sede de las autoridades nacionales, proponiéndose asimismo solicitar a la provincia de Santa Fe, con igual objeto, la entrega del terreno comprendido entre el Arroyo del Medio y el Pavón, tomando por frente el río Paraná y un fondo de seis leguas. El Senado auspiciaba otras soluciones y la cuestión *Capital*, enardecía a todos.

Por esa época, el Banco de la Provincia de Buenos Aires era reputado uno de los establecimientos más poderosos del mundo. Tenía un encaje de treinta millones de pesos superior al monto del papel moneda circulante.

Iniciábase la era de las empresas y capitales de toda índole y los gobiernos fueron ganados por dicha fiebre. El contraste entre las posibilidades del presente y la herencia del pasado, resultaba violento e irrisorio. Al disponerse la construcción de una cárcel, en lugar de la existente que se hallaba en estado ruinoso, el doctor Darro Rocha decía con sutil humorismo: «...debido a la debilidad del local que con el nombre de cárcel guarda los presos, acaba de suceder una cosa muy curiosa y es que uno de ellos fué hallado con un pequeño clavo horadando una pared, a cuya operación se prestaba admirablemente la casa, porque era de barro».

En la sesión del 26 de junio, se trató de la transferencia al gobierno nacional de la deuda provincial de 1824. Pellegrini deslumbró a sus colegas por el exacto conocimiento con que historió la vieja cuestión.

Se habían gastado 500.000 pesos moneda corriente en el estudio técnico de la línea del ferrocarril trasandino, y los resultados parecían no guardar relación con el dinero invertido. «Yo he de votar en contra de esa partida, no porque crea que es innecesario votarla, sino porque no debo sancionar con mi voto un mayor despilfarro de los dineros públicos.

« El gasto está hecho — alega un diputado — y no hay más remedio que pagar, porque hay un contrato que obliga a la Provincia ».

Aristóbulo del Valle, interviene conciliador: « Sería bueno que constara — dice — que algunos diputados votan por este artículo en honor al crédito de la Provincia de Buenos Aires ». En esa inteligencia da su voto el doctor Pellegrini.

Con don Luis Lagos García, J. M. Núñez y Alem, presenta en agosto 24 del 72, un proyecto aboliendo la prisión por deudas, salvo el caso de quiebra, en que se mantendrían las prescripciones del Código de Comercio. Alem fundamenta el proyecto.

Pellegrini entiende que la liberación del deudor, caído en tal condición por causas no dolosas, es afirmar la libertad humana.

Exigía el mayor escrúpulo en los títulos o imputaciones del presupuesto, que no obstante el estado floreciente de la Provincia, arrojaba un déficit anual de ocho millones de pesos. Era preciso tomar medidas heroicas para remediar el mal. Se pensó en la venta del F. C. Oeste, propiciada por Lagos García. El Estado no puede ser un organismo industrial o comercial, alegó Pellegrini, apoyando la idea. Con el dinero que se obtenga por esa venta deben construirse obras sanitarias, desagües, caminos, asegurarse, en fin, la salud pública continuamente amenazada por pestes, cuyo origen no es otro que la falta de higiene. « Donde llegaba ponía orden, síntoma supremo

del gran político », dijo sobre Mirabeau, Ortega y Gasset. « ...orden en el buen sentido de la palabra, que excluye como ingredientes normales policía y bayonetas. Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se suscita en su interior ».

Tal fué, diseñada a grandes rasgos, la primera actuación parlamentaria del doctor Carlos Pellegrini.



XXIV

DOCTOR CARLOS PELLEGRINI, EN 1870, CUANDO ERA
SUBSECRETARIO DEL MINISTERIO DE HACIENDA DE LA
NACIÓN.

VI

DIPUTADO NACIONAL. REVOLUCIÓN DE 1874

Las verdades de la filosofía llegan generalmente al pueblo por conducto de los políticos, del orador político, que para serlo realmente ha de fundir su emoción en el conocimiento que transmite. La verdad estricta es poco accesible a la multitud, que sólo entiende aquello que la emociona.

A este tipo de orador pertenecía Pellegrini. Desde temprano reveló capacidad para insuflar a sus ideas el calor de su corazón efusivo. Ignoró quizá que el morador de Túsculum había asignado al menester estas virtudes: claridad en lo difícil, plenitud en lo árido, novedad en lo vulgar, que él las poseía por imperio de su propia naturaleza.

No le envanecieron los éxitos, que consideraba medios necesarios para limpiar de hojarasca su camino; y la derrota nunca le afectó, hallándole «la mañana siguiente mirando el mundo con rostro sereno e indomable».

Al año y meses de su actuación de legislador provincial, renunció el cargo para ocupar la banca que conquistara en el Congreso Nacional. De un solo vuelo, a

los 27 años llegaba al Capitolio; sentíase seguro de su destino y que el servicio público era la tarea definitiva de su vida.

« He formulado mi renuncia y no he dado un simple aviso — dijo en la sesión de la Legislatura del 28 de mayo de 1873 — por cuanto creo que el cargo de diputado al Congreso no es incompatible con el de miembro de la Legislatura de la Provincia. Entonces, como mi ánimo es optar por el cargo de diputado al Congreso, y no desempeñar a la vez los dos cargos, he creído conveniente elevar mi renuncia.

« Yo creo que la incompatibilidad importa una limitación a los derechos políticos de los ciudadanos y que es por consiguiente materia constitucional. Así es que me parece que sólo existen aquellas incompatibilidades que expresamente están determinadas por nuestra ley orgánica, y que ellas no pueden nacer de ninguna práctica, ni establecerse por leyes dictadas por las Cámaras, porque los derechos constitucionales de los ciudadanos están arriba de todas las prácticas y de todas las leyes de las Cámaras.

« Es por estas razones, que he elevado mi renuncia; porque no me es posible atender a los dos cargos dedicándoles toda la atención que ellos requieren, optando por el de diputado al Congreso ».

La Legislatura aceptó su renuncia, en cuya aceptación tuvo que concurrir el voto del mismo renunciante, a fin de que la Cámara no quedase sin *quorum*.

En sesiones posteriores, el Cuerpo recibió *aviso* de los doctores Dardo Rocha, Aristóbulo del Valle y Manuel Aráuz, de haberse incorporado al Congreso Nacional. ¿ Debían considerarse renunciadas esos *avisos*? ¿ Había o no incompatibilidad entre ambas funciones? La Legislatura estaba indecisa. Los diputados Areco y Quirno Costa opinaban que sí; Estrada, sostenía que no. « Esta cuestión — empezó diciendo el líder católico — casi no tiene precedentes en materia constitucional, porque en todo país organizado bajo un régimen federal como el nuestro, hay una capital cuyo territorio y cuya población están inmediatamente sujetas a las autoridades federales, de donde se sigue que nunca se reúne en un mismo lugar una Legislatura provincial y una Legislatura nacional. Por razones que todos conocemos, hemos aceptado una solución aunque transitoria, distinta a la que sirve de base a toda organización federativa y tenemos en la Provincia de Buenos Aires, por el hecho de residir en ella sin jurisdicción especial las autoridades nacionales, una Legislatura nacional y una Legislatura provincial. Ahora ¿ declara acaso la Constitución Nacional que el cargo de diputado en una Legislatura sea incompatible con el cargo de diputado al Congreso? ¿ La Constitución de la Provincia de Buenos Aires, dice que no puede ser elegido diputado a la Legislatura uno que sea diputado al Congreso? Luego, la incompatibilidad no existe ».

Existiera o no incompatibilidad, Pellegrini se apresuró a dimitir de sus funciones provinciales, por considerar

que era imposible desempeñar eficazmente ambos cargos. Además, todo lo inclinaba hacia lo nacional. La Nación estaba antes que la Provincia y era llegada la hora de que las viejas reyertas localistas desaparecieran por completo.

La Cámara de Diputados de la Nación aprobó en su sesión del 23 de mayo de 1873, las elecciones realizadas en Buenos Aires el 1° de enero del mismo año y en las cuales resultaron electos: Bernardo de Irigoyen, Mariano Saavedra, Santiago Alcorta, Carlos Pellegrini, Pedro Goyena, Federico Pinedo, Eugenio Cambaceres, Luis Sáenz Peña, Luis Lagos García, Dardo Rocha, Manuel Aráuz, Aristóbulo del Valle, Emilio Conesa, Manuel A. Montes de Oca y Vicente Fidel López.

En la reunión subsiguiente, Pellegrini prestó el juramento de ley, juntamente con don Vicente F. López, Luis Sáenz Peña, A. del Valle, Pedro Goyena, Lagos García, Bernardo de Irigoyen, Dardo Rocha, Pinedo y Saavedra.

En ese momento eran también miembros de la Cámara, entre otros: Rufino de Elizalde, Guillermo Rawson, Gelly y Obes, José Ma. Moreno; varones consulares a los que se acercó el joven diputado autonomista, provisto de sus mejores armas. No traía ofensas que vengar ni estrechas pasiones de partido. El futuro de la República, era toda su preocupación. Hay que encarar resueltamente — opina — los viejos problemas nacionales, cuya

solución han impedido los intereses banderizos. El país debe ofrecer un *mínimum* de vida civilizada, para que sea posible la concurrencia del capital y del trabajo, que engrandecerán a la nación.

Se produce aquí uno de los primeros encuentros de la generación *hija* con la generación *madre*. Ésta última estaba constituida por los argentinos adultos al tiempo de la caída de Rosas y que llegados en su mayoría de la expatriación, tomaron las riendas del gobierno. La generación *hija*, que no conocía el rigor de don Juan Manuel, que no guardaba en su cuerpo ni en su alma las cicatrices de la tiranía, sin recuerdos ni agravios, aparecía jubilosa y desprevenida, optimista y pujante, para modelar la arcilla de la nacionalidad. Estas distintas posiciones, originarán grandes malentendidos. Para los emigrados de 1852, todo punto de referencia hallábase en el período nefasto. Para la generación subsiguiente, el pasado era una dramática pesadilla que había que olvidar y su pre-dio estaba en el futuro.

¿Habrá que decir que Pellegrini pertenecía a la generación *hija*?

Si la presidencia del general Mitre fué perturbada por la anarquía civil y la guerra con el Paraguay, y en el último año del período, por el cólera que arrebató la vida del doctor Marcos Paz, vicepresidente en ejercicio del P. E., la de Sarmiento fué igualmente tormentosa.

El sentimiento de nacionalidad estaba apenas desarro-

llado. Las provincias, llevadas de un mal interpretado federalismo, que más que fruto de doctrina era raigambre del proverbial individualismo español, se consideraban entidades soberanas. Era frecuente el caso que el nativo de una provincia, considerase extranjero al de la vecina.

Sarmiento proclamaba enérgico la necesidad de una patria común y su prédica no hacía sino aumentar el recelo de gobernantes y gobernados. « Mi país es mi país », decía cada uno aludiendo a los límites de su provincia. Por entonces, don Clodomiro Quiroga publica su *Manual del Ciudadano*, a fin de ilustrar la opinión pública sobre la forma de gobierno adoptada en el país, atribuciones del gobierno federal, libertades de la Constitución; pero el libro, que se distribuye por toda la República, es semilla que cae en la piedra.

El ministro Avellaneda crea la cátedra de Instrucción Cívica, encargando de ella a José Manuel Estrada, quien dicta su curso, ligando su hondo saber histórico a su alta inspiración religiosa. Se diría que con él reaparecen los profetas de la nacionalidad.

En el aula universitaria, el doctor Onésimo Leguizamón comenta la obra de Andrés Bello sobre derecho de gentes. Matías Calandrelli enseña griego, poniendo a nuestra juventud en contacto con los clásicos, a la vez que la familiariza con Keats, traduciendo en clase algunos pasajes del *Endymion*.

Don Aurelio Prado y Rojas, inaugura en el salón de

grados de la Universidad el *Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades*, con la colaboración de Carranza, Murature, Marcó del Pont, Ugarteche, Espejo, Álvarez, Salas, Cajaravilla, Fontana, Pabelo, Alsina y Eguía.

En el jardín de Casa de Gobierno, el Presidente Sarmiento hace colocar una carpa donde se instala un pequeño observatorio astronómico, bajo la dirección del ingeniero Moneta. « Se ha colocado un hilo eléctrico — anuncia el periódico *El Ateneo Argentino* — para comunicar las observaciones hechas por el observatorio Nacional de Córdoba y viceversa ».

Los adversarios del gran Presidente, ríen intencionados ante el interés oficial por los pronósticos del tiempo. « Esa carpita — léese en un periódico — enterará al gobierno del sol y de la luna, pero no de las revoluciones que se le preparan ».

Todos los esfuerzos por elevar el nivel cultural del pueblo, resultan pequeños ante los tropiezos que hay que salvar. La fiebre amarilla del 71, que asoló a Buenos Aires desde enero a mayo de dicho año, trajo las más tristes repercusiones. Una sensación de derrumbe lo envolvía todo. El asesinato de Urquiza había sido el prólogo.

En las elecciones de gobernador de Buenos Aires, realizadas el 1° de mayo de 1872, los candidatos más significativos eran don Mariano Acosta y don Eduardo Costa. Este último, apoyado por el Partido Nacional que presidía Mitre, fué objeto de una gran propaganda para asegurar su triunfo. De la situación bonaerense dependía la

futura elección presidencial. « Si el doctor Costa hubiese sido nombrado gobernador de Buenos Aires — escribió Héctor F. Varela, en el *El Americano* del 28 de mayo del 72 — era casi seguro que el sucesor del señor Sarmiento habría sido el mismo General Mitre ». « ... Considerada la cuestión bajo este punto de vista, se comprende toda la importancia que para el mitrismo tiene la derrota de su candidato ».

En 1865 el doctor Alsina hallábase en Europa, atendiéndose de la enfermedad que acabará con él años más tarde. En su ausencia, sus partidarios levantaron su candidatura a gobernador de Buenos Aires, cargo que asumió el 2 de mayo de 1866, para renunciarlo en 1868, a objeto de ocupar la vicepresidencia de la República.

Desde entonces, los autonomistas se empeñaron en que la situación bonaerense fuese siempre ocupada por ciudadanos de sus filas. La victoria de don Mariano Acosta exasperó, desde luego, las pasiones adversarias y a partir de ese triunfo, una atmósfera beligerante va gravitando sobre todo el país.

Ricardo López Jordán, caudillo como su tío Francisco Ramírez, que desde joven no había respetado otro principio que sus caprichos, ni acometido otra tarea que anarquizar el Litoral, provoca en 1873 una revolución en Entre Ríos.

En vano años antes el presidente de la Confederación, doctor Santiago Derqui, intentó unirlo a su causa nombrándolo general, esperanzado que esta dignidad, otor-

gada por autoridad legítima a un *montonero* de cuarenta años, lo redimiera. López Jordán permaneció irreductible. Como todos los caudillos de su estilo fué diestro en el arte de adueñarse del sentimiento popular. Sus rasgos de bravura y generosidad lo hicieron prontamente célebre. Era una fuerza que rechazaba la eficacia del manómetro; un elemento perturbador de toda obra institucional.

Electo gobernador de Entre Ríos en 1870 don José M. Domínguez, López Jordán, que aspiraba al cargo, promovió la revolución del 11 de abril, en la que fué asesinado Domínguez, asumiendo el caudillo la dirección del Estado.

El presidente Sarmiento desconoció la autoridad de López Jordán y comisionó al general Emilio Mitre para que lo desalojase del poder, con el apoyo del ejército nacional. En Puntas del Sauce, Santa Rosa y Don Gonzalo, se batieron las fuerzas de la República con las revolucionarias.

Tres años después, López Jordán alteraría nuevamente la tranquilidad del país, huyendo en 1878 de la cárcel y refugiándose en el Uruguay.

Cuando el doctor Pellegrini se incorpora a la Cámara de diputados de la Nación, el alzamiento de López Jordán, en Entre Ríos, ocupaba todos los debates. « Uno de los grandes males de ese hecho — dice Rawson — es el retardo que produce en la organización del Ejército de Línea; volveremos a la Guardia Nacional, con todas las

violencias, con todas las injusticias, con todas las iniquidades que la movilización trae siempre.» En seguida, añade irónico: «... No olvidemos la índole de nuestra raza. No olvidemos que en estas regiones la guerra civil es casi una necesidad social.»

El nuevo miembro oye en silencio el debate, y en reuniones inmediatas, otro, en torno al Crédito Público Nacional, con intervención de Rawson, Vicente F. López, Bernardo de Irigoyen, Pinedo, Moreno, Alcorta, Cáceres, Campillo, Uriburu y Elía, le da la pauta del *clima* habitual de la Cámara.

El nombre de Rivadavia, citado apologéticamente por Rawson, origina entre los oradores el cambio de diestras estocadas. López, que a diario se hacía el propósito de poner riendas a su vehemencia, expresa: «... tenemos el deber de ser tolerantes en la discusión y no tenemos el derecho de apostrofarnos, ni de dirigirnos alusiones personales».

Replicando a Rawson, que basaba su saber de constitucionalista en las fuentes norteamericanas, dirá rotundo: «... Tenemos un libro, señor presidente, que ojalá estudiásemos tanto como estudiamos otros; tenemos el libro de Solórzano, en donde están las bases de nuestra organización constitucional, desde la época de la colonia: allí hay más garantías de administración libre y de gobierno propio, que las que las malas costumbres nos van haciendo derivar de los principios constitucionales del día».

La aparente timidez de Pellegrini, desaparece a medida que va tomando contacto con los prohombres y domina las prácticas parlamentarias. Habla con oportunidad, y no para aumentar el *Diario de Sesiones* con páginas que encierren más palabras que conceptos. Por otra parte, el entrevero lo vigoriza.

Al ocupar su banca, no contaba en el recinto parlamentario con más fuerzas que su fe. Lentamente ha ido atrayendo en torno suyo a otras que le obedecen como satélites. En el comercio humano actúan también fuerzas parecidas a las que informan la mecánica estelar.

Quando se retira de la Cámara en uso de licencia — 6 de septiembre de 1876 —, el cuerpo pierde, temporariamente, un miembro más apreciable por el concierto que introduce en las polémicas, que por los problemas que trae a estudio. Pellegrini pudo decirse entonces a sí mismo, como el caballero medioeval: He velado mis armas. Todos los aceros me son comunes y mi ánimo estará siempre dispuesto para luchar por la verdad y la justicia.

Renunciamos a reseñar aquí todos los debates parlamentarios en que intervino, pues en los tomos tercero y cuarto de ésta publicación, se incluirá, por orden cronológico, toda la obra hablada y escrita de nuestro estadista.

En torno a los hechos del caudillo entrerriano, escribió por entonces, Pellegrini, los siguientes párrafos, hallados entre los papeles de su archivo:

« Los ciudadanos que se presentan como mediadores

entre autoridades constituídas y poderes rebeldes, son los sacerdotes de un culto, ante cuyos altares se quiere celebrar el repugnante consorcio de la justicia con el crimen. Invocan la paz, que a todos halaga, para cubrir con bandera amiga un contrabando de ignominia. La autoridad nacional es el vínculo de unión entre las Provincias que forman la República. Conservar y proteger esa unión, es su deber y su derecho. Romperla o declararse débil para mantenerla, importa o traicionar su mandato o confesar su impotencia.

« La autoridad nacional, frente a la rebelión de Entre Ríos, sólo puede hallarse en uno de estos cuatro casos : O quiere someterla y puede hacerlo, o puede y no quiere, o quiere y no puede, o ni quiere ni puede.

« Quiriendo y pudiendo, cumple su deber y ejerce su derecho ; prueba que es la primera autoridad de la República ; que arriba de ella sólo está la Constitución, que obedece y protege, y entonces marcha a la victoria, recta como la justicia, inflexible como la ley.

« No querer pudiendo, traiciona al país, ante el cual juró respetar y hacer respetar la Constitución.

« No poder queriendo, se declara impotente para hacer respetar esa carta sagrada, base de nuestra nacionalidad, vínculo único entre los pueblos que la forman. En el último caso, confiesa su falta de voluntad y de poder para ser la primera autoridad de la República.

« Un poder que perjura o traiciona, debe acabar por atentatorio. Un poder impotente, debe acabar por inútil.

Un poder perjuro e impotente, a la vez, debe acabar porque es algo más que inútil, es sólo útil para el mal.

« Los jefes entrerrianos, instrumentos de López, quedarán en Entre Ríos para conservar viva la influencia de su Jefe. López se colocará río por medio. El Gobierno Nacional retirará sus fuerzas y cesará de abonar giros por compra de caballos. Todos quedarán en paz y en gracia de Dios y las únicas víctimas serán aquellos Jefes, que por haber tenido la malhadada idea de plegarse a la autoridad nacional, tendrán que emigrar o resignarse a sufrir las persecuciones y los odios de los rebeldes amnistiados y prepotentes.

« Cuando la rebelión se declare en cualquier Provincia, sus jefes de algún prestigio, sabrán que siguiendo al caudillo rebelde, lo peor que podrá sucederles es ser indultados y que siguiendo la autoridad nacional, lo mejor que puede acontecerles es quedar colgados.

« O el gobierno nacional vence la rebelión y extirpa de raíz el caudillaje sedicioso y conserva la unión por el derecho y por la fuerza, sin mancha y sin desdoro, o se declara impotente y, entonces, que concluya ese fantasma que se llama Nación, que sólo sirve para consumir sangre y tesoros, en el vano empeño de mantener unidas las moléculas de un cuerpo gaseoso.

« Las proposiciones de paz de los rebeldes, son el beso de Judas ; quien lo reciba será crucificado ».

La última frase es a la par una sentencia y una profecía. Pellegrini acertó, como lo veremos más adelante.

No sólo la revolución de López Jordán dramatizó las postrimerías de la presidencia Sarmiento. El hombre que había luchado por vencer la barbarie, que soñó reemplazar las cárceles con las escuelas, tomó medidas draconianas. « López Jordán se ha levantado contra la Constitución y las leyes de la Nación », anunció el Presidente.

Se movilizaron fuerzas de Santa Fe y Corrientes, cerráronse los puertos de Entre Ríos para toda embarcación, se requisaron caballos y mulas para el ejército, encargándose de ello a una comisión compuesta por don Saturnino Unzué, Tte. Cnel. Carlos Forest, Justo Piñero y Félix Bernal. Contratáronse armas y municiones, de las que se carecía en absoluto, y los comandantes Francisco Borges, de la costa del Uruguay y don Juan Ayala, del Paraná, hacían prodigios para remontar sus tropas, proveerlas de chiripá, poncho y alpargatas, así como de cañas tacuaras, en cuyo extremo se ataba con tientos un puñal o media tijera de las que se usan para esquilar ovejas.

« Una revolución armada o una invasión al territorio de la provincia de Entre Ríos — hábale escrito don Nicasio Oroño a López Jordán, su amigo, el 23 de diciembre de 1871 — encabezada por Ud., por más probabilidades de éxito que tuviera, suscitaría contra ella no sólo el poder de la Nación, sino de los Partidos que esperan su triunfo en la futura elección presidencial, de la tranquila transmisión del poder ».

López Jordán, que era también amigo de Rawson,

contestó a Oroño, desde Pelotas (Brasil) el 20 de febrero de 1872 : « ...el hecho a que se refiere es completamente infundado. La prueba de que no existe de mi parte la intención de llevar a cabo una invasión a la provincia de Entre Ríos, es el punto donde le escribo, adonde he venido precisamente para destruir las sospechas que abriga el gobernador de Entre Ríos.

« Si Ud. no fuese Senador al Congreso, si no residiese en la provincia de Buenos Aires, donde se disfruta de todas las garantías que la Constitución acuerda, es seguro que si no encontraba justificada una invasión a esa provincia, encontraría fundada, por lo menos, la resistencia de parte de los que somos objeto de las hostilidades de ese gobernante ».

¡ Así cumplía con la palabra empeñada el *montonero* entrerriano !

No todo era ruido de armas, sin embargo.

El 24 de septiembre de ese mismo año, aniversario de la batalla de Tucumán, se inaugura en la Plaza de Mayo la estatua ecuestre de Belgrano, levantada por suscripción popular. Sarmiento descubre el velo que envuelve el bronce y pronuncia su famosa oración. Mitre, que preside la comisión del homenaje, enardeció a la multitud con una arenga inspirada.

Las provincias, notificadas por telégrafo, se asocian al acontecimiento con una solemnidad alusiva, celebrada dentro de sus medios, en el mismo instante de inaugu-

rarse la estatua. Era una reverencia nacional al creador de la bandera. Viejos generales de la Independencia: Juan Esteban Pedernera, José Matías Zapiola, Tomás Iriarte, Eustoquio Vélez, Gerónimo Espejo, Nicolás Vega y Juan Isidro Quesada hicieron guardia de honor al pie del monumento. El pueblo, conmovido por el espectáculo, revivió sus grandes horas.

Pellegrini, mezclado en sus filas, al observar que Aristóbulo del Valle está visiblemente emocionado por la oración de Sarmiento, le dice, esforzándose por ocultar su propia turbación: Sólo ese hombre que es de fuego y piedra, pudo pronunciar esas palabras!

La tranquilidad nacional no sería, sin embargo, duradera. Un año después — justamente el mismo 24 de septiembre —, otra sublevación militar enlutaría a la República.

Al terminar la presidencia Sarmiento, cinco eran las candidaturas que se agitaban para reemplazarle. Mitre, Tejedor, Quintana, Adolfo Alsina y Avellaneda.

Desde comienzos del 73, los simpatizantes de la reelección del general Mitre, habían iniciado trabajos en tal sentido. Aprovechando el regreso de don Bartolo de una misión diplomática en el Brasil, se le brindó un banquete patrocinado por el comercio y la industria, que tuvo lugar en el teatro Opera, la noche del 23 de febrero.

Se buscaba, de esta forma, revitalizar en la escena nacional la figura de Mitre, respetada siempre. En el inte-

rior se hacían trabajos en pro de otros candidatos, sobre todo de Avellaneda, que condensaba casi todas las opiniones, principalmente de Córdoba, que fué la primera provincia en proclamarlo.

Tanta seguridad tenían los organizadores del banquete en el triunfo de Mitre, que Rawson, circunspecto siempre, olvidando las rectificaciones infaltables de la historia, al referirse a los adelantos del país, aseguró que los viejos tumultos eleccionarios habían desaparecido para siempre. «... Si algún insensato — dijo — tuviera el criminal propósito de turbar la paz ¡ ay del insensato! porque todas las iras del cielo y de la tierra se unirían para confundirlo! »

Avellaneda, asistente al banquete, se retiró en seguida de ofrecida la demostración por don Juan José Méndez, presidente del comité patrocinante. « Con sentimiento de todos — recordó irónicamente un cronista — no pudimos oír la palabra del doctor Avellaneda, que se retiró del teatro después de la alocución del señor Méndez, por motivos que no conocemos ».

La candidatura Tejedor no tuvo mayor auge y desapareció sin lucha, « sin dejar tiempo suficiente — escribe Florencio del Mármol — para ver agrupados al pie de su bandera a los muchos ciudadanos que simpatizaban con ella ».

El doctor Carlos Tejedor venía desde muy atrás, de la Asociación de Mayo, del Club de los Cinco, cuyos complotados, según Zinny, se reconocían por una desfle-

cadura de la cinta del sombrero. Luego de hacer periodismo combativo, a la manera de Sarmiento, actuó después de Caseros a favor de la causa liberal, desempeñando con brillantez nuestra Cancillería y defendiendo los derechos argentinos en la cuestión de límites con el Brasil.

La de Quintana fué la candidatura de menos ambiente; sólo el general Arredondo parecía propiciarla. La reciente gestión diplomática del doctor Quintana en el Paraguay, no satisfizo la opinión pública y como legislador descollaba únicamente en la oposición; juicio que 30 años después repetirá el doctor Estanislao S. Zeballos.

Mitre ocupaba el centro de las candidaturas, pero el recuerdo, todavía fresco, de la guerra contra el Paraguay, tan discutida en el país, lo hacía una figura de más arraigo en el sentimiento público que en los círculos dirigentes, contrarios a su reelección. Se esgrimían todas las armas para obscurecer los prestigios del prócer. Decíase que había socorrido al general Flores en la invasión al Estado Oriental, por no simpatizar con Berro, presidente del país hermano. Mitre no apoyó dicha empresa; de nuestro Parque de Artillería no salió un solo fusil con tal objeto, pero es indudable que militantes mitristas ayudaron con armas y dinero al jefe oriental.

El doctor Adolfo Alsina era un candidato de prestigios localistas; además, su situación de vicepresidente de la República constituía un obstáculo para su elección de titular. «... Teniendo en cuenta los antecedentes del doctor Avellaneda—expresa Alsina el 16 de marzo, al renunciar

a su candidatura — su ilustración reconocida y las afinidades que existen entre el Partido que le sostiene y el que me honró designándome como candidato para la presidencia futura, no he vacilado en ofrecerle mi concurso».

Avellaneda, que acababa de ser ministro de Sarmiento, que había tenido frecuente contacto con el doctor Alsina en la esfera de sus funciones, polarizaba, por otra parte, el antiguo resquemor de las provincias contra la absorbente Buenos Aires. Se le eligió para la presidencia por el voto de todas las provincias, excepto Buenos Aires, San Juan y Santiago del Estero, que lo hicieron por Mitre y don Juan E. Torrent para vicepresidente.

En la sesión del Congreso Nacional del 6 de agosto, se le proclamó en tal carácter por 146 votos contra 79, que reunió Mitre. Triunfó, pues, por una mayoría de 67 votos.

El general José Miguel Arredondo, fiel servidor bajo la presidencia Sarmiento, manifestó su oposición al nombramiento de Avellaneda levantándose en armas, y como quisiera disponer de las fuerzas a cargo del general Teófilo R. Ivanowsky, jefe de frontera que se negó a sublevarse, sacrificó la vida de dicho militar, hallándose éste en su casa de Villa Mercedes (San Luis); suceso que por reflejo restó simpatías a la revolución.

Cuatro días después de la revolución, Sarmiento designó al coronel Julio A. Roca, tucumano como Avellaneda, comandante del Ejército del Norte. Se ignoraban las ramificaciones del movimiento, pero tanto el presidente que salía como el que entraba, estaban seguros que

el joven militar de 30 años, era el único capaz de ahogar la anarquía.

Arredondo, militar de la vieja escuela, con grandes prestigios en el interior, acaso miró despreciativamente al jefe adversario. Intuitivo, sin mayores conocimientos tácticos, emplazó su ejército en Santa Rosa, provincia de Mendoza. Allí, sólidamente atrincherado, esperó al casi imberbe coronel, para pulverizarle en la primera batalla. Roca, buen estratega, sagaz y disciplinado, comprendió que ese encuentro sería decisivo para el porvenir institucional de la República. Que la permanencia de Avellaneda en el poder dependía de su victoria y que, sometido Arredondo, el país tomaría los rumbos que deseaban darle los hombres jóvenes, a cuya cabeza estaba Avellaneda.

Con esa doble visión de los temperamentos superiores, estudió el pro y el contra de su empresa. Inicia su plan con movimientos que aparentaban temor; durante toda una noche camina a marcha forzada persuadiendo al enemigo que se pone en fuga y rehuye su encuentro. Apercebido Arredondo de estos movimientos, no advierte que el sutil coronel retorna audazmente a favor de las sombras y cae de improviso sobre sus fuerzas, destrozándolas y tomándolo prisionero. Con ese triunfo la revolución de 1874 está virtualmente vencida y en esos días el general Mitre capitula en La Verde. El presidente Avellaneda, interpretando el sentimiento unánime de la nación, telegrafía a Roca haciéndole general sobre el campo de batalla.



XXV

DR. CARLOS PELLEGRINI, EN 1871, AÑO DE SU MATRIMONIO CON DOÑA CAROLINA LAGOS GARCÍA.

«...Llamado no sólo por los que habían sostenido mi candidatura, sino también por los que le habían hecho oposición, a ponerme al frente de los trabajos revolucionarios — confesó Mitre — contesté negándome a ello; pero declarando al mismo tiempo que la revolución era un derecho, un deber y una necesidad; que no ejecutarla con pocos o con muchos, aunque no fuese más que para protestar varonilmente con las armas en la mano, sería un oprobio que probaría que éramos incapaces e indignos de guardar y merecer las libertades perdidas». «Una sola condición puse a esta aceptación y fué que, en ningún caso, la revolución se haría para corregir la elección buena o mala que se había efectuado, en el sentido de favorecer mi candidatura, que consideraba eliminada definitivamente, y que reivindicadas las libertades del pueblo argentino, me sería permitido declarar que mi vida pública había concluído para siempre».

La revolución tuvo graves repercusiones en la economía pública y privada. Produjo, al decir de un testigo, «la situación más terrible por que haya pasado esta plaza; vió disiparse grandes fortunas, perderse el crédito personal y pesar sobre los Bancos enormes pérdidas».

Cinco años después perduraban todavía esos efectos. El balance de 1879 del Banco de la Provincia de Buenos Aires — institución sacudida seriamente por la revolución — consignaba esta partida: Deudores en gestión y mora: 8.290.786 pesos.

Se ha indicado el origen de esta revolución, en el recha-

zo por parte del Congreso de los diputados nacionalistas, que no tuvieron otro camino que el de las armas para hacer valer sus derechos.

El doctor Norberto Quirno Costa, presidente del Club Nacional y uno de los diputados rechazados, no vaciló en adherirse al movimiento juntamente con sus amigos José A. Terry y Diego González, compañeros de infancia del doctor Pellegrini.

Don José C. Paz, director fundador de *La Prensa*, sumado también a la misma causa, se despedía de sus lectores en el editorial del día 24 de septiembre, con estas palabras: « El periodismo honrado y patriota no conoce más temperamento que trocar la pluma por la espada. Y bien! ese momento supremo ha llegado ya ». « Agotados los recursos del raciocinio, de los principios y del derecho, a nadie se le ocurrirá vacilar sobre la actitud que debe asumir ». « Dispuestos siempre al sacrificio en defensa del pueblo y de sus instituciones, nuestra opción está ya hecha ». « Consecuentes con estas ideas y sentimientos, cerramos desde hoy la sección editorial de *La Prensa*, para ponernos al servicio del pueblo en el terreno de los hechos ».

Caso singular: los fundadores de los dos diarios más importantes del país, participaron de esa revolución. Ésta empezó con guerrillas periodísticas y de tribuna, y terminó llevando a viejos amigos a contrarias trincheras.

El Club Constitucional, que sostuvo la candidatura de Mitre, en su *Manifiesto* del 10 de julio, aseguraba: « La

falsificación más descarada que se recuerda en nuestros anales políticos llevada a cabo después del 1° de febrero y en seguida del 12 de abril, ha sido el arma con que el llamado partido alsinista y avellanista ha destrozado los derechos del pueblo y exhumado la tea casi apagada de las discordias civiles ».

El gobernador de Buenos Aires don Álvaro Barros, asistido de su ministro de Gobierno Aristóbulo del Valle, secundó con sus medios al presidente Sarmiento para reprimir la sublevación. En su mensaje al Congreso, del 26 de septiembre, el gran sanjuanino se refiere al suceso con vocablos que aun parecen estallar como granadas. El 8 de octubre — cuatro días antes de entregar la presidencia al doctor Avellaneda — aconsejará al pueblo: « Sostened al nuevo presidente. Éste es hoy el triunfo más grande de la República Argentina ».

El nuevo magistrado dirá al Congreso, después de prestar juramento: « Inicio mi presidencia en días difíciles; pero vengo por el camino recto, trayendo en mis manos credenciales extendidas por la gran mayoría de la Nación ».

En 1874 el doctor Carlos Pellegrini era, además de brillante orador, un hombre que por la elegancia de su porte y de sus ropas, fijaba normas de buen gusto a la juventud. Por lo demás, iba cristalizando en él la certeza de su porvenir político. Si esta actitud acentuaba la reserva natural de su carácter, ahondaba en cambio el cauce de su cordialidad. Confidente íntimo del doctor Adolfo

Alsina, ministro de la Guerra, lo era también del presidente Avellaneda, que lo contaba entre sus mejores amigos y consejeros. Poco a poco, Pellegrini fué introduciendo en sus costumbres reglas de orden y circunspección, por las que hasta entonces se mostrara algo desdénso. Escribía sus cartas en fino papel *Joynson*, que llevaba impresa, en letras de agua, la fecha de fabricación. Sus antiguos *promptus* se van atenuando. Es por esta época que inicia la construcción de su andamio definitivo. Así como escoge su sastre, sus corbatas y sus perfumes, selecciona sus lecturas. Va dejando, bondadosamente, los antiguos compañeros de parranda y tomando contacto con otros que le ayudan a asomarse por encima de la tapia cotidiana. La *barra fuerte* de los tiempos alsinistas, es reemplazada por la rueda de jóvenes universitarios, que le admiran y secundan. En sus 27 años, ha visto y comprendido lo suficiente para opinar que no siempre la espontaneidad es instrumento eficaz y garantía de certitud. El estadista futuro está saliendo de crisálida. ¿Formas vagas de la oligarquía que por más de medio siglo dominó el país? ¿Abandono de los simples y bravos tiempos republicanos?

Por algunas cartas suyas de esa época, se infiere que desde entonces comienza a especializarse en la obtención de hermosos cardiogramas del alma popular. Sus pupilas actuaban de mareógrafo ante la multitud; sabían distinguir el rumbo de las corrientes impulsoras y la altura de las mareas. Años después, se le llamará piloto, y no de

bonanza. Lo era de los trances graves, cuando el conocimiento habitual resulta estéril, y la situación exige la labor simultánea de calafatear la nave sin parar el fuego.

Cuando no contaba con atmósfera propicia para sus proyectos, la creaba con sus propios flúidos. Cargábanse sus palabras de electricidad, ponía con ellas en movimiento el mecanismo moral de los hombres nacidos para ejecutar lo que otros piensan y ordenan, y que permanecerían como máquinas sin la fuerza motriz que las pone en movimiento. « Quien no sienta la grandeza que reside en la eficacia de las inteligencias magnas, en la energía y disciplina de las naturalezas férreas en lucha con los más fríos y abstractos medios », que renuncie a saber y sentir lo que es un alto estilo de vida.

Estrada preparaba minuciosamente sus discursos— forma y fondo — evitando las improvisaciones. Por eso su papel parlamentario, con ser brillante, se resintió de esa *mise en scène*. « No tenía las condiciones del luchador ágil y siempre listo a atacar y a defender. Entraba en la zona del fuego con solemnidad; pronunciaba sus discursos magistrales y se replegaba. No arrastraba ni sublevaba tormentas como las ironías agudas y sonoras de Pedro Goyena, que vibraron a menudo en el recinto como jabalinas », ni improvisaba juiciosamente como Pellegrini, que acuñaba en el acto de emitirlo el oro de sus meditaciones.

Quizás en este diseño del surgimiento de la personalidad del doctor Pellegrini, no se proyecten todos sus ras-

gos. « El más vivo placer de un espíritu que trabaja — apuntó Taine — consiste en pensar que sobre el trabajo que realiza, otros podrán después alcanzar mayores alturas ».

Refiere Adolfo Saldías que, comisionado el doctor Pellegrini por el ministro de Guerra, doctor Alsina, para ordenar al coronel José Inocencio Arias regresase a Chivilcoy y esperara allí su llegada, Arias le convenció que esa maniobra podía resultar peligrosa, dando lugar a que Mitre, vencido en La Verde, se rehiciese. Pellegrini escuchó con aplomo las razones de Arias y considerándolas ajustadas a una realidad que no conocía Alsina, no titubeó en aprobar la obligada desobediencia, a fin de que no se malograrán los frutos de la victoria. « Pellegrini me encontró razón — confesó Arias — y convinimos que él no me había transmitido la orden de Alsina ».

Avellaneda, con esa clarividencia de que dió tantas pruebas y cuidando no se interpretara mal el proceder de Arias, se apresuró a explicar la conducta de éste, diciendo que no se había ajustado a las instrucciones del ministro « porque habiendo recibido las notas en momentos muy graves, las guardó, sin leer, en su cartera, dejándose guiar por la intuición y el patriotismo ».

Sofocada la revolución, enjuiciados sus responsables, perduraba, sin embargo, en el país la sensación de que el gobierno nacional carecía de base. Complejas causas contribuían a esa impresión. Entre otras, la de que los arse-

nales estaban vacíos; se contaba con el apoyo de las provincias, pero era preciso alistarse para reprimir nuevas sublevaciones.

Avellaneda, el hombre que, según Sarmiento, no sabía disparar una pistola, el presidente que a igual que Lincoln no tenía « una biografía acentuada con hechos anteriores marcados », el magistrado de estatura diminuta como Thiers, « que dejaba el estudio del gabinete para mandar pueblos tironeados en todo sentido por el desorden », el « representante de la última evolución del pueblo argentino, que creaba generales para extirpar caudillos », designó el 10 de noviembre — 28 días después de asumir el mando — una Comisión para que corriese con los trabajos de adquisición de armas y municiones. La integraban: Carlos Pellegrini, Victorino de la Plaza, Eugenio Cambaceres y el teniente coronel Domingo Viejobueno. Obvio es decir que el líder autonomista nacional, echó sobre sus hombros lo más pesado de la tarea.

Resumiendo y haciendo abstracción de la puja de los candidatos, puede considerarse que la revolución de 1874 fué, una vez más, el choque tradicional de porteños y provincianos. El Partido Nacionalista — se dijo — buscaba solucionar, con su regreso a la primera magistratura del país, el viejo problema de fijar sede a las autoridades federales. El Partido Autonomista — no obstante la expresividad de su nombre — también buscaba esa posición para resolver el complejo asunto sin *decapitar* a la Provincia.

Avellaneda, pues, estuvo en el fiel de la balanza y todo el país, inclusive los porteños emancipados de domésticos prejuicios, estuvieron con él.

Leandro N. Alem no evolucionó; mantúvose adicto a la bandera de su primera hora, y aún en 1880 se manifestó contrario a la federalización de Buenos Aires.

«La historia de la federalización de Buenos Aires, la tengo en apuntes y algún día la publicaré», escribía Pellegrini, desde París, el 6 de enero de 1899, al doctor Estanislao S. Zeballos. «Es un accidente curioso — agrega — pues hay que explicar cómo esa federalización se hizo por los autonomistas contra los nacionalistas, encabezados por el general Mitre, que había fundado su Partido sobre esa misma idea de la federalización. Nuestra historia — continúa — está llena de contradicciones que prueban que los principios son sólo máscaras de circunstancias, para encubrir propósitos o agrupaciones puramente personales».

El sacrificio fortifica; engendra la austeridad y ésta dilata la vida. Mitre, que después de Rivadavia fué el presidente de la República que gobernó en toda la extensión del país, asumió la dirección y responsabilidad de la revolución, cediendo más que al imperio de sus convicciones, a las súplicas de amigos y partidarios.

El gobierno nacional así lo entendió, y convencido que la hora no era de represalias, que era insensato reeditar las antiguas persecuciones banderizas, que la República

necesitaba paz y orden para organizarse definitivamente, perdonó a los rebeldes. El decreto de conmutación, de fecha 24 de mayo de 1875, honrará para siempre a quienes lo firmaron. «El P. E. y la Nación no pueden ni deben olvidar — dice ese documento — que los Jefes procesados han prestado servicios al país en la guerra extranjera, y algunos de ellos, como el ex brigadier Mitre, tenido una parte principal en los acontecimientos que prepararon y consolidaron la unión nacional».

¿Sería para soldar más firmemente a aquélla, que el destino reservó a un nativo de Tucumán — la ciudad del Congreso de 1816, que declaró nuestra Independencia — el privilegio de dar a la República su *Capital*, que fué algo así como dotar de cabeza al cuerpo convulso de la Nación?

VII

PRIMER VIAJE A EUROPA. MINISTRO PROVINCIAL

« La vida tiene que ser comprendida retrospectivamente », sentenció Kierkegaard. Nadie ve en toda su amplitud el propio acontecer vital ni el de su prójimo sino a la distancia, que es la perspectiva del tiempo. Con la acumulación de hechos y recuerdos construimos nuestro pasado ; en él hundimos las raíces de la existencia afectiva, con él enriquecemos el presente. Si nos lo quitaran, nuestro ser moral se disociaría.

Viajar es una manera de acaudalar el pasado, poner en función ignoradas potencias del alma. « Me voy conociendo mientras viajo », afirmó el antiguo.

De muy joven, Pellegrini deseó recorrer el mundo. Su padre, hablándole desde la infancia de los esplendores de Europa, despertó precozmente en él esa inquietud. América quedaba a trasmano de las grandes rutas y él ardía en anhelos de asomarse a los brillantes torneos. No era que se avergonzase, como muchos, del atraso social de su patria. No. Quería visitar los focos de la civilización para perfeccionarse individualmente y hacer cotejos entre los

esplendores del Viejo Mundo y las asperezas del Nuevo. Descubrir la clave de muchos problemas. Su padre había escrito sobre nuestros pueblos: «...fundados algunos antes que New York o San Petersburgo, han quedado paralizados en el primer vuelo de su existencia, en el primer escalón de su progreso. Diríase que la fuente que les dió el ser, se agotó con el primer esfuerzo; que la naturaleza al crearlos murió de parto. En tanto que nuestros campos se cubren de ganados, que nuestras estancias medran y se dilatan, que el interés extiende sus conquistas sobre la soledad y la barbarie, estos pueblos, estos desgraciados pueblos, siguen una ley inversa, retrocediendo en lugar de adelantar».

En Europa aprendería él — estadista en ciería — la ciencia y el arte de gobernar naciones. Cobraría conciencia del menester al que todos aspiran, sin reparar que es el que exige más calidades. No se puede gobernar solamente con bellas palabras, piensa. Hay que aprender la técnica de la administración, hacerse un buen relojero de pueblos. Sólo así, enalteciendo la función pública, es digno consagrarse a ella.

La muerte de su padre, ocurrida el año antes, había reencendido su pasión por Europa; mientras le tuvo a su lado, algo del Viejo Mundo estaba con él. De improviso le faltó esa tierra firme y entonces apresuró el viaje.

«No hay que equivocarse; las cuestiones serias que agitan a los pueblos modernos son cuestiones económicas. Para ellos pelear es civilizar y civilizar producir»,

había escrito el progenitor. Y luego: «La estadística no es otra cosa que el retrato de un país mirado por todas sus fases».

Alentado por estos estímulos, en 1876 abandonó Buenos Aires en compañía de su mujer, rumbo a Europa. Habíanle precedido en la travesía, su madre y sus hermanos Anita y Arturo, que estaban en Hamburgo.

Visitó las grandes capitales. París, Hamburgo — donde abrazó a su hermana Julia — Dresde, Viena, Florencia, Venecia, Roma. S. S. el Papa le concede audiencia y le pregunta si San Nicolás de los Arroyos es ya una importante ciudad. Pellegrini enrojece de vergüenza y las palabras de su padre sobre nuestros pueblos, repiquetean en su memoria.

Al poco tiempo de ocupar el ministerio de la Guerra, el doctor Adolfo Alsina, dejando las comodidades y halagos de la ciudad, partió al frente del ejército rumbo al desierto para terminar, de una vez por todas, con los malones. No era precisamente una guerra exterminadora del aborígen; buscábase arrojarlo de la provincia de Buenos Aires, confinándolo a la Patagonia o sur de Chile, de donde procedían las más fuertes invasiones.

La conquista del desierto iniciada por el doctor Alsina y concluida por el general Roca, significó la europeización de nuestra llanura. El indio era una rémora; algunas veces llegó a ser instrumento bélico en nuestras discordias civiles. Había que eliminarlo de nuestro pueblo,

como a una toxina que enferma el organismo. Deseábase establecer una línea de fortines que hiciera imposible los malones, y fundar en las tierras conquistadas, colonias dedicadas a la ganadería y agricultura. El fusil y el arado se complementarían en esta obra de civilización.

Alsina aceptó el sistema de zanjas ideado por el ingeniero francés Alfredo Ebelot, para contener al salvaje. Tratábase de cavar una zanja en línea, de cien leguas, que partiendo de los alrededores de Bahía Blanca terminaba en el sur de Santa Fe. Algo desmesurado; rivadaviano. El método suscitó críticas, pero el pertinaz jefe continuó la empresa hasta caer rendido.

En tanto, la situación general del país seguía siendo incierta. La llegada de inmigrantes en masa a requerimiento del vozarrón de la anterior presidencia Sarmiento, permitía la esperanza que esas fuerzas de labor conjugadas con la riqueza del suelo, aliviase el malestar económico.

Alguna vez la Nación experimentaría la prosperidad profetizada desde Caseros.

Pellegrini, como buen político práctico, aplaudió los esfuerzos de Alsina y Roca, echando mano a las teorías para apoyar lo que antes había visto como buen baqueano.

La conquista del desierto, multiplicando estancias y poblaciones, abrió el cauce de la riqueza pública y privada. Quedaron atrás los tiempos en que los gobiernos, a falta de dineros, donaban grandes extensiones de tie-

rras públicas a sus partidarios. En 1839, Rosas, a igual que los emperadores romanos, había distribuido entre la soldadesca dilatadas extensiones, que ésta vendió de inmediato a irrisorios precios. De ahí arranca el latifundio, combatido por todas las legislaciones del mundo.

Según la carta topográfica de John Arrowsmith, dentro de la zona comprendida por los grados 36 y 38 de latitud, existían entonces 163 estancias, pertenecientes a 293 propietarios. Veinte años más tarde, el mal no había variado. Ochocientos veinticinco propietarios poseían títulos sobre una superficie de 52.000 millas cuadradas de campo.

En mayo del 76, Pellegrini escribía a su madre, que iba en viaje a Europa: «Aquí nada hay de particular sino una nueva invasión de indios. Creo que todo el año habrá asunto de indios con motivo de la internación de las fuerzas al desierto, pues parece que los indios están resueltos a resistir y no dejarse desalojar. Sobre el resultado final no puede haber duda; los indios tendrán que acabarse».

Ebelot, antiguo secretario de la *Revue des Deux Mondes*, amigo de M. Buloz, que había concebido el régimen de zanjas, vió abandonado su sistema a la muerte del doctor Alsina, quien fué reemplazado por el general Roca, que en su comandancia de años antes, en Río Cuarto, había aprendido otros medios para reducir al salvaje. El puntal militar más sólido de la presidencia Avellaneda, resultaba a la postre enriqueciendo a la provincia con

miles de leguas, que desde la Creación habían estado a merced del indio. Realizaba la más positiva de las políticas. Amigos y adversarios, tuvieron que reconocerlo.

Nuestros hombres públicos de aquella hora eran de acción y pensamiento. En carta del doctor Zeballos al entonces coronel Nicolás Levalle, de fecha 5 de diciembre de 1879, y escrita en las inmediaciones del actual pueblo de General Acha, leemos: « pronto comeremos un par de caballos muy buenos que vienen. No nos quedan ya más que cuatro vacunos, y esos los reservamos para la travesía ».

En su afán de elevar el nivel cultural del país, de brindar generosamente a todos los hombres del mundo la hospitalidad y riqueza de nuestros campos, los universitarios no vacilaban en sobrellevar una existencia llena de peripecias y peligros.

Aquellos argentinos creyeron que el aluvión inmigratorio jamás cubriría la capa patricia; que ésta absorbería el aluvión y conservaría su misión rectora. Aún vivimos el proceso catalítico y ojalá que no queden sepultados para siempre los sacros mármoles de la nacionalidad.

Las actuales generaciones argentinas están buscando la huella de los viejos caminos. Saben que ése es su menester principal y que de su hallazgo depende la salvación.

Ya no tienen vigencia las palabras de Groussac sobre los jóvenes argentinos de fines del siglo pasado: « Saben las cosas de las letras hasta en sus nimiedades; tienen las

mejores y más recientes informaciones. Si algo ignoran, sería lo de su lengua o de su país ». « Saben a fondo el arte de escribir; tienen erudición y gracia; la carga les es ligera. Un poco refinados, algo descontentadizos e irónicos; con el talento a flor de piel, prefieren escribir una página que un libro; *conversar* un libro que una página. De ahí, una dispersión, un despilfarro enorme de talento a los cuatro vientos del periodismo o de la conversación ».

En Venecia, Florencia y Milán, interesaron a Pellegrini más que los edificios y monumentos, la vida y desenvolvimiento de esas ciudades. Detenía a observar las gentes que desde todos los puntos de la tierra se congregaban en torno a la *piazza* de San Marcos. La organización de fábricas, ferrocarriles, comercios, Bancos e industrias, el *standard* de vida de las clases trabajadoras, reclamaban su atención. Entre asistir a un concierto de música o a un *meeting*, se decidía por este último. No es que renegara del arte; pero más que de satisfacciones estéticas, de golosinas de los ojos, buscaba nutrirse de ideas de progreso, técnica y administración, para adecuarlas en lo posible a nuestro medio. Visitó Museos y galerías, pero los puerros, las usinas, embarcaciones, medios de comunicación, todo lo que tradujese superación de las formas de la convivencia social, lo imantaba.

Llegó a Italia seis años después que ese país realizara su *Unitá*, cuando la Península se hallaba envuelta en una pujante atmósfera de restauración. Todo era trajín y

risorgimento; el viajero creía por veces hallarse en su patria.

Felizmente, en esta vieja tierra latina—piensa— abundan las buenas cabezas, los caracteres hechos, y la tradición — que a nosotros nos falta — es la substancia cohesiva, la sangre común que tonifica a todos. Nadie aquí desespera del triunfo de la buena causa; allá, en la amada Buenos Aires, se viven momentos de vacilación...

En Roma visitó las ruinas clásicas, deteniéndose en el *Forum* y en el lugar donde — según la tradición — Marco Aurelio leía de niño y a escondidas, las oraciones de Cicerón.

Pellegrini tenía el culto innato por la grandeza. Veinte años después de este viaje, visitará Grecia, el *Parthenon*, cuyas losas sintieron el paso nervioso y atropellado de sus plantas. Sobre esos augustos mármoles escribió las páginas más inspiradas de su pluma, que publicaremos en la compilación correspondiente. Por encima de todas las maravillas del arte, le seducían las calles, las plazas y los mercados de las ciudades. Estos últimos — los mercados — donde el pueblo se muestra, acaso, con más crudeza que en otro sitio alguno, le atraían particularmente.

«Mañana sigo viaje para Nápoles, donde sólo estaré tres o cuatro días — escribía Pellegrini a su madre, desde Roma, el 9 de diciembre de 1876, hallándose doña María Bevans en Hamburgo — pues me dicen que con un día para la ciudad, otro para el Museo y otro para Pompeya

y el Vesubio, hay bastante. De manera que el 14 estaré de vuelta aquí, donde demoraré dos días y seguiré viaje y espero estar del 18 al 20 en Génova: *Hotel Génova*.

«Calculando tres días que tardan en llegar las cartas, usted podrá saber dónde dirigírmelas. Hasta ahora he tenido la suerte de recibir todas las cartas, hasta el último *post-carte* de Martín. Probablemente mañana llegarán las cartas de Buenos Aires, que seguirán para Nápoles.

«¡Qué disgusto me causaron las noticias de Buenos Aires que leí por casualidad en un diario, durante un entreacto, en el teatro. Hice inmediatamente telegrama a Martín y a Pacheco, en París. Recibí el telegrama de Martín y telegrama y carta de Pacheco, y veo que la cosa no tiene importancia; y me explico la parte que ha tomado Alsina, que al principio daban como cabeza de la revolución.

«Lo que ha habido es lo siguiente: La invasión ha sido a Entre Ríos por López Jordán, por tercera vez. Alsina, como ministro, ha querido que el Gobierno Nacional no tome parte, es decir, dejar que López Jordán triunfe y derrote al Gobernador de Entre Ríos, que es amigo de Avellaneda. Por supuesto, Avellaneda no ha admitido esto, y ha de haber mandado tropa para sostener al Gobernador, por cuyo motivo Alsina ha tenido que dejar el Ministerio. El estado de sitio en Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires es sólo una medida precaucional que nada importa en sí.

« Lo serio para mí era el precio del oro, pues justamente del 8 al 10 de diciembre, Luis debería tomar cambio. Pero el último telegrama que llegó a París, da el oro a 16 % el 5 de diciembre. Allá veremos.

« Roma ha sido la ciudad que más me ha gustado de las que llevo vistas. No por sus calles, sino por algo especial que hay en sus calles, tan parecido a Buenos Aires. El *Corso*, que yo creía una calle muy ancha, es sin más ni menos la calle de la Florida, con edificios más altos, pero no tan grandes las tiendas.

« Lo terrible en Roma es que salvo dos o tres calles, no hay veredas y los coches atropellan por todos lados.

« Pero lo grande de Roma es San Pedro. Es el edificio que causa la más rara de las impresiones. Todos hemos oído hablar de San Pedro, hemos leído sus dimensiones, nos hemos formado una idea de lo que debe ser ese coloso. Pues bien, al entrar a la nave, sufre uno una desilusión; le parece que aquello no es tan grande como está descrito. Pero aquí viene el efecto curioso. El guía, que ya sabe que esta impresión se va a producir, colocándolo a uno a la entrada, en medio de la nave, le muestra las dos pilas de agua bendita que están en los pilares de cada lado, y que es un plato de mármol sostenido por dos angelitos y le pregunta qué tamaño le calcula a los angelitos. Mirándolos parecen, a lo más, el tamaño de Arturo, y entonces lo acerca y uno se encuentra con unos *angelitos* cuya cabeza es más del doble de la mía. Recién uno empieza a apercibirse de las dimensiones. En todas las pilastras hay



XXVI

DOÑA CAROLINA LAGOS GARCÍA DE PELLEGRINI, EN
1871, AÑO DE SU MATRIMONIO.

unas palomas con el ramo de olivo, que vistas del centro de la nave parecen palomas de tamaño natural y al acercarse uno ve que tienen más de media vara (dos cuartas más).

«En el centro hay un tabernáculo sostenido por cuatro enormes columnas de bronce, que tiene 31 metros de alto. Al fondo está la Silla de San Pedro o trono de los Papas, sostenido por cuatro estatuas : dos Obispos y dos Evangelistas. Estas estatuas tienen seis metros de alto y son de bronce ; vistas desde el tabernáculo parecen de tamaño natural.

«Mirando a la Cúpula, en la parte antes de empezar la media naranja, están los Evangelistas en mosaico. San Lucas tiene una pluma en la mano, que vista de abajo parecerá, a lo más, de una cuarta mía y sin embargo tiene dos metros y medio de largo.

«Por todo esto, se convence uno de las enormes dimensiones del edificio, más por el cálculo que uno hace en vista de estas cosas, que por el efecto que hace a la vista. Tiene 187 metros de largo y, de alto, desde el suelo hasta la bóveda, 139 metros. Ocupa una superficie de 199.926 pies cuadrados, mientras que San Pablo, en Londres, que es la más grande después de ésta, sólo ocupa 102.620, un poco más de la mitad.

«Llene Ud. esto con 748 columnas, 390 estatuas y 46 altares, todo de los mármoles más ricos y de dimensiones correspondientes y tendrá una idea de lo que es San Pedro.

« Verdad es que al lado de las ruinas que han dejado los antiguos romanos, cualquier otro edificio que no fuera San Pedro, hubiera mostrado que el cristianismo no ha podido rivalizar, en monumentos, con el paganismo.

« Pasando a otra cosa. Hoy nos dió audiencia el Papa. Carolina tuvo que ir de velo y vestido negro ; yo de frac y corbata blanca, sin guantes.

« El Papa está muy viejo (84 años), camina apoyándose en el bastón y algo agobiado, todo vestido de blanco. Tiene una figura muy simpática. Nos preguntó si Buenos Aires estaba muy grande y si San Nicolás de los Arroyos era ya una gran ciudad. Nos echó la bendición para nosotros y nuestra familia, de manera que a Uds. les ha tocado. Carolina quedó encantada con el viejito y cuando le dió el anillo para besar, en lugar de besarlo se puso a palmearle las manos.

« En cuanto a las demás iglesias, todas tienen un lujo en mármoles admirable, y la de San Pablo, actualmente en construcción, es notable. Hemos bajado a las catacumbas y visto los museos. La colección de estatuas es soberbia, por el número y la belleza de algunas ».

Así, sencillamente, pero con rigor matemático, explicaba Pellegrini a su madre, la majestad de San Pedro. María Bevans, convertida al catolicismo al contraer matrimonio, había sentido crecer su fervor religioso durante la viudez. Instaba al hijo le describiese las iglesias de Italia, y las penumbrosas naves de los templos góticos de Hamburgo le vieron diariamente elevar sus preces.

« ...Roma ha sido la ciudad que más me ha gustado de las que llevo vistas. No por sus calles, sino por algo especial que hay en las calles, tan parecidas a Buenos Aires », dice Pellegrini en esa carta ; la patria estaba presente en todos sus recuerdos. La observación, exacta y magnífica, coincide con la de otro viajero argentino, que años antes visitara Roma. « Desde *Civita Vecchia* — apuntó Tobal — viajé en una especie de vehículo que no era coche, ni diligencia, ni *galera*, sino algo como el conjunto deforme de estos tres carruajes ; especie de galerón como los que los españoles trajeron a América durante la Conquista.

« Aquel viaje me parecía un viaje primitivo a nuestras pampas. Creía internarme en el desierto, pasar la línea de fortines ; avances escalonados de la civilización.

« ... Toda la América primitiva estaba allí representada ; viaje incómodo, agreste, brutal y nubes de polvo, denso y fino, que se entraba hasta por los poros. El mayoral o conductor, de tez morena, ojos negros de azabache, pelo largo, ensortijado, barba en punta, rizada, de nariz aquilina, boca y chambergo de bandido, me parecía un gaucho desterrado de sus patrios lares, sin chiripá, sin espuelas, sin poncho y sin facón. Con estas impresiones, avanzábamos en el galerón, creyéndome en plena América, en plena pampa ».

Se justifica el cotejo. La patria se lleva en sí, enraizada en el alma como paisaje, como sentimiento, como recuerdo...

Desde París, el 3 de febrero de 1877, Pellegrini escribía a su hermano Ernesto: «Aquí estamos bien; llegamos hoy de nuestro viaje a Egipto, que ha sido muy curioso, aunque la travesía muy penosa. Recuerdos a Derqui».

París empezaba a desplegar su proverbial buen humor, con la timidez con que brotan las ramas del árbol sañudamente podado. La guerra franco-prusiana había debilitado a Francia, apagando su radiante alegría.

Tres años atrás, los hermanos Goncourt consignaban en su *Diario íntimo*: «Martes 20 de enero de 1874. Triste día éste en que comienza el vasallaje de Francia. Hoy fué suspendido *L'Univers* de orden de M. Bismarck. Mañana, el canciller del Imperio exigirá tal vez que Francia se haga protestante».

El nombre de Mac Mahon, presidente de la República Francesa, está en todos los labios. Gambetta, Ferry, Tardieu, Sadi Carnot, Loubet, son estimados y discutidos a la par de los literatos y científicos: Hugo, Renán, Zola, Berthelot, Pasteur, Taine, a quienes el viajero espera contemplar, aunque sea a la distancia, en algunos de sus vagabundeos por París.

Un día halla Pellegrini, inesperadamente, en el *boulevard*, a don Ángel Ferrari, antiguo profesor de piano, casado con Amelia Pasi, *prima donna* de la compañía lírica italiana con la que inició Ferrari sus actividades en nuestro viejo teatro Colón, del que fué empresario durante muchos años. Naturalmente, hablan de Buenos Aires,

de su teatro máximo, de la necesidad de presentar en él espectáculos insuperables.

Al día siguiente, Pellegrini escribe a su madre, que está aún en Alemania junto a su hija Julia. La suerte del coliseo no podía dejar de interesarle a doña María Bevans, pues por herencia de su marido era copropietaria de ese teatro: «Anoche encontré a Ferrari — le dice — que estaba de paso en París. Tiene ya contratados tres artistas: el tenor Bolis, que cantó en Colón con la Mariani, que es muy bueno. Primera dama: la Frische, que es una de las celebridades actuales, y el bajo Castelmary, magnífico artista que oí en Turín. Ferrari pasa a Milán con idea de contratar a un barítono que está cantando en San Petersburgo y a una contralto, que está en el *San Carlo*, de Nápoles.

«La compañía promete ser de primer orden y como no he oído todavía una tan completa, como conjunto, en Europa; pero le cuesta una barbaridad. La Frische, contratada todos los años para Londres, condescendió en ir este año a Buenos Aires en vez de Inglaterra, por la suma de cuarenta mil francos al mes! De manera que Ferrari tiene que subir los precios enormemente. Piensa pedir por los palcos trescientos cincuenta pesos por función tomando la temporada, y cuatrocientos pesos por noche separada.

«En cambio, la temporada sólo durará tres meses en vez de cinco, pues los otros dos, los pasará en Río, porque Buenos Aires sólo no podría costear una compañía,

como no la costea ninguna ciudad de Europa con el solo concurso del público. Usted sabe bien que aquí, en Londres, San Petersburgo, Viena, Madrid y todas las grandes capitales, las compañías líricas se sostienen gracias a las importantes subvenciones que reciben del Gobierno.

«... Carolina recibió el pañuelito; es muy lindo y se lo agradece mucho. Dígame a Martín que me haga el favor de mandarme un detalle del derecho de importación que se paga en Alemania sobre los principales artículos, sobre todo aquellos que paguen derechos diferentes».

Después del elogio anticipado de los espectáculos a darse en Buenos Aires, surge la preocupación del estadista, del patriota que no olvida los intereses vitales del país.

¡ Una tabla de aranceles aduaneros alemanes era para él cosa igualmente bella !

Desde Viena, el 14 de noviembre de 1876, comunicaba a su madre: « Querida mamá. Hoy llegamos a ésta con toda felicidad. En vez de salir de Dresde a la una de la tarde, salimos en el *expreso* de las siete y cuarenta, que hace el trayecto en trece horas.

« Tuvimos el día para visitar el *Tesoro* de la Corona de Sajonia. Es un verdadero tesoro de alhajas y obras de arte. Me sería imposible describirle todas las obras de arte en oro, plata, marfil, nácar y las piedras preciosas de toda especie. Las alhajas son una *guarangada*. Imagínese Ud. un broche para colocar en el hombro del manto

real, que tiene 662 brillantes, el más chico del tamaño de un garbanzo grande y los mayores como la falange del dedo pulgar.

« Hay otro collar de 36 brillantes enormes, uno de los cuales es el quinto brillante del mundo, en tamaño. Después viene una enorme cantidad de botones, hebillas, etc., de brillantes, todos de un tamaño que lo hacen dudar a uno de que sean piedras finas. Hay, además, la colección de perlas: granates, topacios, esmeraldas, rubíes, etc., que lo dejan a uno sin ilusión para las piedras preciosas.

« El domingo visitamos el Museo. Tiene algunas joyas, entre otras, la *Magdalena*, del Correggio y una *Virgen*, de Rafael, pero lo que más admiré fué un cuadro nuevo representando tres hermanas. Es difícil concebir tres caras más preciosas ».

Así se expresaba de la pintura, el hombre que décadas después fundaría la Caja de Conversión y el Banco de la Nación Argentina, probando idéntica capacidad para sentir las manifestaciones del arte que para manejar guarismos y estadísticas. Su inteligencia múltiple lo concebía todo. En Pellegrini se dió el caso, pocas veces logrado, en que se conjugaban en armonioso despliegue las más dispares calidades humanas.

« Si viviera lo haría Príncipe », decía Napoleón de Corneille.

¿ Si viviera ahora Pellegrini, qué lo haríamos nosotros ?

En París asiste a menudo a las Cámaras, para escuchar, desde la galería, a los maestros parlamentarios ; pero el viejo castillo londinense, que desde centurias atrás eleva su mole al cielo, tiene para él sugerencias irresistibles. Una voz secreta de su sangre le dice que allí, a orillas del Támesis, en esa « sala pequeña e incómoda, con cierto aire de templo y de colegio », donde se han estructurado todas las libertades públicas, y los « diputados se sientan en largos bancos estrechos, sin divisiones ni mesas por delante », encontrará magníficos modelos.

En ese Parlamento, el primero que honró a la especie reconociendo en el hombre las dignidades enunciadas en los Evangelios, en esa ennegrecida fortaleza de la libertad, John Bright, su tío abuelo, a igual que Pitt, Gladstone, Macaulay, Peel, Palmerston, Disraeli, Canning, Forster y cien más, ha hablado al mundo hablando a Inglaterra.

Si se comparan los episodios de la vida pública de los hombres superiores, maravilla la similitud de las peripecias que han sufrido.

« El duque de Wéllington, jefe del partido *tory* — escribió André Maurois — que desde Waterloo era el hombre más querido de Inglaterra, vió en Londres a la multitud arrojar piedras a su casa ».

¿ Quién no recuerda las hostiles manifestaciones callejeras del año 1901, a raíz del proyecto de unificación de la deuda externa, sostenido en el Senado, paladinamente, por Pellegrini y la pedrea con que la muchedumbre asaltó su casa de la calle Maipú ?

El afán de superar el tipo común de nuestros políticos, se patentiza en todos los actos de Pellegrini, por esa época. Era la consigna de su generación y este propósito guarda alguna analogía con la anécdota del artillero del sitio de Montevideo y Florencio Varela.

El ilustre redactor de *El Comercio del Plata*, aconsejó a Mitre abandonara la carrera de las armas y se dedicase al foro, donde tendría ocasión de brillar por sus condiciones intelectuales.

— El servicio de las armas, le dijo Varela, es rudo y violento ; impropio de usted.

— Se equivoca, respondió Mitre. He abrazado esta carrera para cambiar precisamente el tipo común del militar criollo, caudillo y semibárbaro.

El doctor Pellegrini, pudo contestar con parecidas palabras a los que criticaban sus innovaciones, su tendencia europeizante.

« Creo firmemente — afirmó nuestro estadista — que el siglo xx que ya alborea, será el siglo de América y ese porvenir previsto nos impone especiales deberes.

« Los fértiles e inmensos desiertos de nuestro continente, no son nuestros en el sentido de que podríamos sustraerlos a la exigencia humana ; fueron colocados ahí por la mano del Creador para servir a la humanidad entera y si nos toca administrarlos, es a condición de que pertenezcan a nosotros, a nuestros hijos y a todos los hombres del mundo que quieran fecundarlos con su trabajo, al amparo de nuestras leyes liberales.

« Cuando la tierra en viejas naciones se siente fatigada después de siglos de labor continua y sus senos exhaustos niegan ya el alimento bastante al enjambre humano, entonces la emigración se produce, como ley de vida, hacia las tierras nuevas; y la Europa derrama sobre América su población exuberante, como ella la recibió de Oriente en siglos lejanos.

« Esa emigración no se produce por éxodos en masa. Hay un trabajo de selección que se opera naturalmente y que ha dado resultados patentes.

« El hombre que abandona el hogar, la familia, la patria, para lanzarse a tierras desconocidas sin más capital para mejorar su suerte que el vigor de sus brazos, revela en ese solo hecho una energía y valor arriba del nivel común. Son estos hombres los que forman las masas de inmigrantes que nos llegan y que absorbidos por nuestro ambiente y nuestra vida, son fuente y raíz de la población nacional, que hereda, así, en la cuna, ese rasgo distintivo de energía, de actividad y audacia, que caracteriza a los pueblos americanos ».

Este es el sentir y el pensar de un hombre que había conciliado pretéritas antinomias; de un hombre ecuménico.

En tanto talla los bloques de su cantera, le acometen en ocasiones, repentinos impulsos de volver a la patria. Sus amigos le instan a ello en todas las cartas. Bajo este estado de ánimo, conoce la noticia propalada por las

agencias periodísticas de París, que el Gobierno argentino ha resuelto, en acuerdo general de ministros, suspender el pago del cupón de la deuda externa.

En los círculos financieros y bancarios de París y Londres, se produce una singular alarma, pese al inmediato desmentido telegráfico del presidente Avellaneda.

El Economista, periódico de Buenos Aires, que dirigía don Ricardo Napp, comentó severamente el hecho, afirmando que esa falsa versión había sido difundida por los adversarios políticos del Presidente, que olvidaban, al utilizar estos medios, que cubrían de deshonor a la República.

En dicho periódico, el doctor Victorino de la Plaza — cuya opinión sería después tan respetada en Londres — publicó un sesudo trabajo, explicando la solvencia del tesoro público para cumplir con todas sus obligaciones. Plaza escribió ese artículo hallándose enfermo en cama, recluso en su quinta de Bella Vista.

¡Qué amargas reflexiones debió hacerse entonces el doctor Pellegrini!

Ocho meses después de su arribo al país, se produjo la muerte de su antiguo jefe y amigo, doctor Adolfo Alsina, ocurrida en Buenos Aires, en el atardecer del 29 de diciembre de 1877.

Con la desaparición del vibrante líder y fogoso ministro de la Guerra, dos personalidades, la del general Julio A. Roca y la del doctor Carlos Pellegrini, se prefiguran

para asumir la dirección mancomunada del Partido Autonomista Nacional. El doctor Avellaneda, que aún ocupa la presidencia de la República, ha ido perdiendo popularidad por la simple razón de que no ha podido conformar a todos desde tan alto cargo.

Es corriente que con la apertura de una tumba, se afirme una vida.

Alsina, que había luchado en la revolución del 11 de septiembre, contra el sitio de Lagos, en Cepeda y Pavón, al iniciar en 1876 su campaña de persecución al indio, puso a contribución todo el caudal de sus energías espirituales y físicas. En su último viaje al sur, habíase sentido un día — recuerda el coronel Ramayón — transido de frío y pidió alcohol para darse unas fricciones. Tan lastimosa era la situación del ejército, tan pobres las alacenas de los fortines, que el modesto pedido resultaba en aquel medio una exorbitancia. Varios oficiales buscaron inútilmente una porción de alcohol. Tras larga pesquisa se supo que el teniente Valdez tenía escondido, como un tesoro, un pequeño porroncito, que brindó gustoso al jefe enfermo. Éste prometió que a su regreso a Buenos Aires, mandaría a la tropa alcohol, azúcar y café en abundancia.

En vano trató el doctor Alsina a su llegada, de cumplir por los medios oficiales su promesa. No era posible; el Erario estaba agotado y el crédito difícil.

Debo cumplir, se dijo Alsina, y sin meditarlo más, hipotecó una finca de su propiedad, con cuyo producto

adquirió los comestibles indicados y los envió a sus abnegados compañeros de lucha. Por esa época, el jefe de las fuerzas apostadas en Carhué, arengaba así a sus hombres, después de una reñida batalla con el salvaje: « No tenemos yerba ni tabaco, ni pan, ni ropa, ni recursos, ni esperanzas de recibirlos. Estamos en la última miseria, pero tenemos deberes que cumplir! »

El armamento de nuestro ejército no podía ser más heterogéneo. Cañones Krupp, Catling y Whiford, rifles y carabinas Remington, Oberdorff, Enfield, Robert, alternaban con los patrios sables y lanzas, en pésimo estado de conservación.

Sobre los medios más eficaces para someter al salvaje se agitaban las más contradictorias ideas. Hay que matar toda clase de caballos errantes que se encuentren en la llanura — aconsejaban unos — pues sin ese animal los indios quedarán prontamente a pie, y agrupados en comunidades, se incorporarán a la civilización. No, replicaban los sentimentales, que vivían a cubierto en la ciudad, hay que acercarse a los indios con otros métodos que con las armas, darles lo que necesitan, pues en definitiva, ellos son los originarios dueños de esta tierra.

El general Roca, al suceder al doctor Alsina en el ministerio de la Guerra y encarar la lucha con personales puntos de vista, acabó con las polémicas y los malones. Él conocía el punto *neurálgico* de la cuestión y con su espada cortó de un tajo el nudo gordiano.

El heroísmo de esa conquista — 15.000 leguas — no

ha sido cantado todavía dignamente por nuestros poetas, pero lo será en lo futuro, cuando la nacionalidad, desenterrando sus piedras miliarias, se enfrente con la más brillante de sus epopeyas.

Según Avellaneda, el doctor Alsina gobernó su vida hasta en su agonía, no permitiéndose ningún desfallecimiento. «...Uno de los más grandes entre nosotros se va — anunció — y mayor peso cae sobre los que le sobreviven».

El líder autonomista, presa de la más alta fiebre, murió dando órdenes de ataque y contraataque a los indios. Fueron impresionantes sus últimos días. Enrique Sánchez, su biógrafo, ha puntualizado el apagamiento de esta vida enérgica y combativa.

Al proponerse en el Senado de la provincia de Buenos Aires, en la sesión del 6 de febrero de 1878, la erección de su estatua, nadie discutió el homenaje, pero la opinión difería en cuanto al lugar del emplazamiento. Por último, el bronce se levantó en la Plaza Libertad, donde el célebre caudillo contempló, desde la inmortalidad, divididos otra vez a sus hermanos.

Refiere el doctor Juan Balestra que Pellegrini, en uno de sus cruces por esa plaza, durante los días de la revolución del 90, se detuvo ante la estatua de Alsina y le quedó mirando fijamente, como pidiendo inspiración a su viejo jefe.

Es una desgracia que la mayoría de nuestros grandes hombres públicos, hayan muerto prematuramente. La

causa quizá esté en que los países jóvenes exigen a sus gobernantes los más complejos y agotadores trabajos, que se realizan sin disciplina alguna, debido a la urgencia de la instalación.

Ibsen se lamentaba, en su vejez, de no haber visitado Inglaterra ni tratado a ninguno de los grandes ancianos de esa raza. « En cualquier otro país — dijo — la parte más importante de la vida pública la desarrollan hombres de 40 a 50 años; en Inglaterra un hombre de 80 años suele encontrarse en la plenitud de sus fuerzas ».

¿Cuándo conoceremos nosotros el secreto ?

En las elecciones del 24 de febrero de 1878, el doctor Pellegrini fué nuevamente reelegido miembro de la Cámara, por el término de cuatro años, con los señores Bartolomé Mitre, Manuel Quintana, Norberto Quirno Costa, Ricardo Lavalle, José A. Terry, Francisco Elizalde, Juan A. García, Vicente G. Quesada, Ramón B. Muñiz, Carlos L. Marengo, José A. Ocantos, Enrique Perisena y Manuel A. Montes de Oca. Presidirá las sesiones de ese período el suave y bondadoso doctor Félix Frías.

Don Bernardo de Irigoyen había renunciado a su banca de legislador nacional, para ocupar la cartera del Interior que le ofreció el presidente Avellaneda.

La situación político-económica de la provincia, era grave. El Banco oficial y el Hipotecario provincial sobrellevaban una existencia azarosa. El soplo esterilizante de

la política había resquebrajado los cimientos de esas instituciones y en vano el gobernador, don Carlos Casares, designaba directores de las mismas a ciudadanos como los señores José María Moreno, José C. Paz, Félix Bernal, Roque Sáenz Peña, Antonio E. Malaver, Juan José Romero, Alejandro Mackinlay, Saturnino E. Unzué, Francisco L. Balbín, Estanislao Frías, Ángel M. Méndez, etcétera.

Se explica la excusación de esos hombres, probos y patriotas.

El doctor Pedro Agote, tan experto en el análisis de nuestras cuestiones financieras, en su *Demostración gráfica* (Buenos Aires, 1889), prueba que la deuda pública del país al 31 de diciembre de 1889, ascendía a la suma de 130.732.418,80 pesos, que con arreglo a la potencialidad económica calculada entonces a la Nación, se cancelarían el 30 de junio de 1941. Es decir, que de no haber evolucionado y crecido el país en la forma gigantesca que lo hizo, todavía estaríamos amortizando esa deuda.

La juventud bregaba por la efectividad de los postulados de la Constitución Nacional, por la realidad del sufragio universal y en su lucha solía acudir a los mismos recursos que el bando impugnado.

El 3 de abril de 1877, el gobernador de Buenos Aires don Carlos Casares, suscribía un decreto refrendado por sus ministros Vicente G. Quesada y R. Varela, por el cual se separaba del mando del regimiento 7° de Guardias Nacionales, al doctor Leandro N. Alem « por haber teni-

do grupos armados a sus órdenes durante los sucesos que tuvieron lugar el domingo 25 de marzo, en la parroquia de Balvanera, y de los cuales resultaron heridos y muertos ».

Alem fué reemplazado, en ese cargo, por don Lindolfo Dávila.

El tribuno demócrata, el líder de más tarde, empezaba a recelar de la eficacia de la prédica verbal y periodística y a creer que debía lanzarse por los caminos de la acción directa.

Pellegrini experimentaba por Alem tierno afecto. Sabía de su niñez ensangrentada, de su patriotismo sincero, de sus arrebatos quijotescos, superiores a su voluntad de mantenerse sereno. Que un mal obscuro minaba sus nervios y que su antigua jovialidad, sus diabluras en el teatro *La Alegría* con amigos como Máximo Paz, Atanasio Ceballos, Luis María Gonnet, etc., que llegaron hasta hacer suspender representaciones de *La fille de Mme. Mangot*, *Crispín y la comadre*, etc., se iba trocando en una progresiva misantropía, que el caudillo disimulaba bajo las formas de una mística civil.

En Florencia, recorriendo Pellegrini tortuosas callejuelas donde todo parecía hablarle del Dante y de Maquiavelo, muchas veces había asociado el recuerdo del secretario de la Señoría al de su amigo Alem. ¿ Por qué ? Una carta del autor de *El Príncipe* a un amigo, escrita después de oír un sermón de Savonarola, decía que el fraile dominico era un *profeta disarmato*.

« Reconociendo Maquiavelo — afirmó un comentarista — la razón que asistía al predicador, no dejaba de advertir que sin leyes y sin un ejército poderoso que obligase a cumplirlas, toda propaganda de regeneración, de depuración, resultaba estéril y peligrosa ».

Alem — decíase Pellegrini — es nuestro *profeta disarmato*.

Los gobiernos argentinos de entonces no disponían de fuerzas suficientes ni de apoyo en la opinión pública, para sujetar y someter a los caudillos y empresarios electorales. La labor de esa hora era armonizar las fuerzas en lucha, encarrilándolas hacia la realidad democrática. Alem, temperamento romántico, desconocedor por lo tanto de la realidad pura, no aceptó transacciones. Quiso la democracia integral sin claroscuros. Por eso resulta nuestro Savonarola : él mismo eligió su martirio.

Durante su primera estada en París, el doctor Pellegrini cuida más que de costumbre su atildamiento en el vestir. Así nos lo revela una fotografía tomada por M. Théodore Humblot, Boulevard des Capucines, 25, donde le vemos sin la barba que usara en 1870, ni la pera de un año después, cuando contrajo enlace. Muéstrase afeitado totalmente y el abundante bigote, reducido a proporciones discretas. Tiene la actitud del hombre seguro de su destino, pero que debe librar reñidas batallas. Mira derechamente al porvenir, como amenazándolo.

Su mujer, también sacada por el mismo fotógrafo,

luce una cuidadosa y elegante *toilette*, pero el semblante pensativo denuncia las nostalgias de la patria.

A su regreso, Pellegrini se dejará nuevamente crecer la barba entera, como acostumbraban hacerlo los varones consulares. Así le vemos con gesto leonino y desafiante, cuatro años más tarde, ocupando el ministerio de la Guerra en las postrimerías de la presidencia Avellaneda y cuando sus grandes manos de forjador, arrancaron de un tirón, en 1880, las últimas malezas del localismo porteño.

« ... mais j'étais malade de chagrin et de fatigue », escribía Eugenio Delacroix, en octubre de 1863, a Madame Babut. Pellegrini jamás habría podido hacer esta confesión. Era un fuerte y cuando su organismo estaba enfermo, se limitaba a decir: No es nada, pronto pasará.

No escribió en su juventud versos eróticos ni románticos como Alem; ni labró retóricas oraciones como del Valle, ni le debilitaron vagarosos esteticismos como a Goyena, ni inquietudes religiosas como a Estrada.

Fué la suya, desde el principio al fin, una vida enérgica, vivida con la intensidad ardiente de una vela prendida por las dos puntas, como dijera Groussac.

Sintió el arte y las bellas formas, pero evitó todo enervamiento. Fué un pujante lúcido de estilo nietzscheano, cuyas raíces fundamentales se hundían en la política de su pueblo.

¿Que tuvo desfallecimientos? ¿Que las ingratitudes de la amistad, los reveses de la política lo aniquilaban? Es exacto; pero de esos *derrumbes* salía con renovadas

fuerzas ; se diría que bajaba a lo profundo de su ser, a las fuentes secretas de su alma, y de allí, concentrados sus recursos, volvía a la superficie, a la palestra, ajustados los resortes, soldada la fe, acrecido el impulso.

Esta conducta sólo es propia de los temperamentos políticos ; de los escultores de pueblos. Los meros creadores de belleza, los contemplativos, sirven a la humanidad y colaboran con el conductor social, pero únicamente a éste le está reservado crear formas colectivas de vida.

Un año después de llegar Pellegrini al país, el general Roca, apenas tres años mayor que aquél, goza de una situación espectacular. Es ministro de Guerra y Marina y sus prestigios en el ejército, lo hacen una figura nacional. El ex alumno del Colegio del Uruguay, que abandonara las aulas para luchar en 1859 en Cepeda, fué ascendiendo con impulso aquilino. Teniente del 6° batallón de línea en la guerra del Paraguay, sus sucesivas acciones han ido levantando su pedestal. En 1871, en la batalla de Ñaembé, es ascendido a coronel, apuntalando la presidencia de Sarmiento. Tres años más tarde, con su victoria en Santa Rosa sobre el general Arredondo, afirma la presidencia Avellaneda. Ahora ha sustituido al doctor Alsina como ministro de Guerra y jefe supremo de la campaña al desierto; es también líder del Partido Autonomista Nacional.

Pellegrini, en vez, abastecida su alforja en Europa para un largo camino, no era más, en esos momentos, que un prestigioso orador político, un parlamentario que



XXVII

DOCTOR CARLOS PELLEGRINI, EN PARÍS (1876).

Foto Théodore Humblot.

orientaba la opinión de la Cámara y jefe de una fracción del autonomismo. La etiqueta partidaria ya no se ajustaba a su contenido ni a los propósitos de la fracción, pero convenía no cambiar el nombre de la gloriosa bandera, de sugerencias imborrables en el pueblo, que sólo se mueve por sentimientos.

Comprende el doctor Pellegrini que su puesto está junto al general Roca, su amigo de la juventud y a quien viene tratando desde 1862, al llegar el tucumano a Buenos Aires, en compañía de su tío, el doctor Marcos Paz, vicepresidente de la República.

Roca es un patriota — opina — conoce bien muchos urgentes problemas nacionales, cuya inmediata solución reclama el país. Juntos, ayudándonos el uno al otro, como buenos camaradas, daremos a la patria días de gloria.

Y la alianza, que dió frutos excelentes a la República, quedó sellada.

El clima político del país — lo ha advertido en seguida de su regreso el viajero — ha mejorado sensiblemente durante su ausencia en Europa. El azar o la mecánica de los sucesos, ha hecho que los adversarios de 1874 se fuesen aproximando, obedeciendo al influjo gravitacional similar al que preside la rotación de los astros.

Avellaneda, que sintió siempre por Mitre respeto intelectual y cívico, no se consolaba de carecer del apoyo del hombre que redondeara la unidad del país y que en todos los puntos del mismo tenía decididos partidarios.

Por otra parte, las provincias oscilaban alternativamente entre la atracción del héroe de Pavón y la del grupo gobernante; este continuo tira y afloja amenazaba fragmentar, una vez más, la unidad del país, dando paso a la anarquía.

La política positiva no es una *teoría* de gabinete para ser aplicada, en toda su amplitud, en un momento dado de la historia de un pueblo, sino una cuestión de *tacto* en la que hay que proceder por reacomodamientos, transacciones y compromisos.

El gobernador de Buenos Aires, don Carlos Casares, interpretando el sentimiento público del país y los dictados de su corazón, fué el nexo de unión de los partidos adversarios. « Había nacido con el don de la simpatía — dirá Avellaneda en su tumba — y tuvo amistades numerosas. Las separaciones que apartan a los demás hombres, no le alcanzaban; y partidarios y adversarios políticos, eran del mismo modo sus amigos ». Las funciones que desempeñara en el F. C. Oeste y en el Banco de la Provincia de Buenos Aires, habían dado a Casares el sentido de lo posible y lo eficaz. Fué él quien concilió al austero jefe del Partido Nacional y al presidente Avellaneda, que por temperamento apacible anhelaba la paz de la República. Alsina y Roca secundaron al presidente; en el bando opuesto se multiplicaron los brazos abiertos para estrechar la alianza. Don Eduardo Costa, el *Incorruptible*, como lo llamaban, fué de los primeros.

De esta manera, el autonomismo *alsinista* que había

apoyado a Sarmiento en 1868 para oponerse al candidato mitrista, que consolidara, con igual fin, en 1874 al presidente Avellaneda, sellaba su amistad con la agrupación tradicional y todos creyeron que las luchas banderizas habían terminado.

Sólo Leandro N. Alem, el *profeta disarmato*, prestigioso elemento del alsinismo, no aceptó la *Conciliación*. Permaneció ensimismado por sus ideales, sobre el Clavileño de su carácter, olvidando que los pueblos no se gobiernan sino respetando y encarrilando las fuerzas en juego; no con corazonadas ni temerarios saltos en el vacío.

En 1877, al pisar el suelo de su patria, de vuelta de su primer periplo, y reincorporarse a la Cámara (sesión del 1º de mayo) el doctor Pellegrini, anticipándose a Cecil Rhodes, en Kimberley, después de su estruendosa renuncia de 1896, pudo hacer suyas estas palabras: « *Ma carrière n'a fait que commencer* ».

Por decreto del gobernador de Buenos Aires, don Carlos Casares, de fecha 13 de febrero de 1878, el doctor Carlos Pellegrini fué nombrado ministro de Gobierno, teniendo por colega al doctor Bonifacio Lastra, en la cartera de Hacienda.

Dos días después de esa designación, el flamante secretario de estado disponía la constitución de una Comisión, « encargada de estudiar la organización del Banco de la Provincia y proponer un plan de reformas, formulando al efecto la constitución que deba regirlo ».

« La comisión creada por el artículo anterior — prosigue el decreto — será formada por los doctores José B. Gorostiaga y José Ma. Moreno, integrándose por dos de los miembros del directorio del Banco, que éste designe y presidida por el Ministro de Hacienda ».

Repárese que el ministro de 32 años de edad, nombraba para apuntalar con sus luces a la institución oficial, a su antiguo jefe en el ministerio de Hacienda de la Nación, doctor Gorostiaga, y a su profesor en la Universidad, doctor Moreno.

En las elecciones de diputados a la Legislatura, celebradas el 31 de marzo de 1878 — mes y medio después de encargarse Pellegrini del ministerio — fueron electos, por la sexta sección, los señores Hipólito Irigoyen, Enrique B. Moreno, Roque Suárez, Carlos Molina Arrotea, Avelino Cabrera y Marcelino Ugarte.

Dos meses y 17 días duró su ministerio; pero recorriendo las páginas del *Registro oficial*, asombra el dinamismo que Pellegrini desplegó en el cargo.

Durante los días 23, 24 y 25 de febrero del citado año, se festejó ruidosamente el Centenario del nacimiento del general José de San Martín. « El gobernador de la Provincia y sus ministros — dice un decreto — pasarán a saludar a los guerreros de la Independencia y a distribuir entre sargentos, cabos y soldados, los fondos destinados a ese efecto ».

Cien mil pesos votaron las Cámaras para honrar la efemérides. Por esos días murió, bajo el peso de la emo-

ción patriótica — era cardíaco — el doctor Juan María Gutiérrez, rector jubilado de la Universidad de Buenos Aires y cuya actuación en la vida pública argentina conocía el país. El gobernador Casares y sus ministros, concurrieron a la inhumación de sus restos, en cuyo acto el doctor Pellegrini debió evocar al gran amigo de su padre, uno de los más fieles representantes de la generación *madre*. Una semana después — el 2 de marzo — la Legislatura decretaba una pensión a los hijos del doctor Gutiérrez, « el hombre de Mayo », como le llama uno de sus biógrafos modernos.

La enseñanza pública estaba descuidada. El joven ministro opina que sus amigos Miguel Cané y Ángel Estrada — pletóricos de energías y buenas intenciones — pueden dar al debilitado organismo la savia fecunda que necesita, y el 28 de febrero, los designa miembros del Consejo General de Educación.

La Biblioteca Pública, también falta de la influencia de un estudioso, fué puesta bajo la dirección de don Vicente G. Quesada, cuyos prestigios intelectuales aún hoy sobreviven.

La administración de justicia, objeto igualmente de la atención del ministro, ve incorporar a sus filas, como miembros de las distintas Cámaras de Apelaciones de la provincia, a los doctores Virgilio Tedín, Manuel Escobar, Manuel H. Langenheim y Félix A. Benítez.

El día antes de vencer el período del gobernador Casares, se destina para cabeza del Partido de Necochea « el

terreno existente sobre la margen derecha del Río Quequén Grande, en su embocadura en el mar ». Fíjase en cuatro leguas el ejido del pueblo a establecerse en tierras de don Eustoquio Díaz Vélez, y se encarga a una Comisión, formada por los señores Victorio de la Canal, Luis A. Burgos, Federico G. Neves, Samuel Rossetti y Carlos Casal, para que corra con los trabajos del poblado, que es hoy la hermosa ciudad de Necochea.

En su último Mensaje a la Legislatura, el gobernador Casares, declaraba humildemente : « Cuando inaugurabais vuestras sesiones el año próximo pasado, lo hacíais en momentos de expectativa solemne, en que la lucha de los partidos, arrancada del terreno de la discusión, se había convertido en un encadenamiento de agresiones y represiones, cuya primera víctima eran los intereses permanentes del país.

« Os manifesté, entonces, que era deber de gobernantes y gobernados que esa situación cesara y declaré en vuestra presencia mi intención de llegar a ese resultado, por los medios legales a mi alcance.

« ... Lanzada la palabra de concordia, vertida también por el señor Presidente de la República, halló el más caluroso apoyo, y los Partidos políticos y el pueblo se asociaron unánimemente a los esfuerzos de los gobernantes. La política de conciliación se encarnó en la opinión y fuerte por ella, disipó las nubes que nos rodeaban y realizó las grandes aspiraciones del país ».

El redactor del Mensaje refiere, con singular elegancia, los distintos trabajos realizados por la administración que acababa, pero atraído repentinamente por el recuerdo del doctor Alsina, expresa : « Los esfuerzos de la Provincia y de la Nación para la defensa de las fronteras, han dado los resultados más satisfactorios y esta Provincia debe un recuerdo de gratitud al ciudadano que dedicó a esa empresa todo su patriotismo y energía, y a quien el destino negó la satisfacción de ver los frutos de sus afanes ». « Al honrar el nombre de ese ciudadano — continúa — habéis cumplido un acto de justicia ; lo prueba elocuentemente el hecho que hoy pueda anunciaros que no existen ya guardias nacionales de campaña condenados a la *ruda labor de la frontera* ».

La Convención electoral reunida el 15 de febrero de 1878, proclamó gobernador electo de Buenos Aires, para suceder a don Carlos Casares, al doctor Carlos Tejedor, y vicegobernador al doctor Félix Frías. Este último no aceptó el cargo por hallarse quebrantada su salud y quizá porque le resultaba poco conciliable el carácter de su antiguo compañero en la conspiración de 1839 contra Rosas. Reemplazará a Félix Frías el doctor José María Moreno.

El decreto del gobernador Casares, de fecha 1° de mayo de 1878, refrendado por sus ministros Lastra y Pellegrini, poniendo en posesión de su cargo al nuevo gobernador don Carlos Tejedor, dió por terminada la fugaz pero fecunda actuación del doctor Pellegrini, como ministro provincial.

Los procesos políticos y sociales suelen tener manifestaciones previas — públicas o privadas — que sólo se configuran o tipifican, surgido el proceso que conspira contra una institución o pueblo.

El episodio ocurrido al doctor Carlos Pellegrini, como ministro de Gobierno de Buenos Aires, con el Fiscal de Estado de la provincia, parecería denunciar la subterránea existencia del conflicto que hizo crisis en 1880.

En 17 de abril de 1878, el Fiscal de Estado, doctor Juan S. Fernández, se dirigía así al ministro : « Al presentar a V. S. la renuncia del cargo que desempeño, voy a entrar en algunas explicaciones, satisfaciendo la indicación de V. S., que considero justa, de que sea bien explícito, para evitar interpretaciones torcidas o sospechas infundadas.

« Yo entiendo la misión del Fiscal de Estado, no como la de un simple abogado del P. E. a quien se le puede designar un tema obligado de defensa, sino como la del representante del interés público y de las conveniencias legítimas del Fiscal.

« Por esta convicción, en el juicio de imprenta promovido contra *La Prensa*, me presentaría al Jurado para defender lo que entendiera justo, según mi ciencia y conciencia, y censurar lo que se probase y yo considerase malo, y esto lo haría sin tener en cuenta, para nada, las opiniones del P. E. sobre sus propios actos ».

« ...se ha celebrado un contrato para la provisión de vestuarios, sin previa licitación, contrato que se tratará ante el Jurado, según ya se sabe ».

« ...la licitación es un medio necesario para la buena administración, y sin la cual se hace difícil distinguir cuándo se procede con justicia y cuándo por favor ». « ...me sería violento defender lo que yo mismo no apruebo, aún cuando el señor Gobernador piense que ha procedido arregladamente y sin perder de vista el interés del Erario ». « ...hay que disipar esa equívoca impresión que produce siempre un contrato celebrado sin el requisito de la concurrencia. V. S. nombró, hace muy poco, una Comisión de personas idóneas con el sólo y exclusivo encargo de declarar si el precio del vestuario era equitativo. La comisión se ha expedido y ha guardado silencio ; porque es guardar silencio, limitarse a decir que el precio en general es el convenido ». « Este antecedente me afirma más en mi disconformidad con ese contrato. Puede ser que mi apreciación sea errónea ; acaso V. S. entiende de otro modo la misión del Fiscal, puesto que ya hemos disentido otra vez respecto a la jerarquía del puesto ».

El mismo día de presentada esa renuncia, resuelve Pellegrini, al pie de ella : « ...el Fiscal no puede excusarse del cumplimiento de su deber, bajo pretexto de que no aprueba la forma de los actos del P. E., por cuanto ellos no están sujetos a la aprobación de sus empleados dependientes, menos cuando esos actos son en sí mismo arreglados ». « ...las únicas causas por las cuales pueden ser impugnados ante autoridad competente los actos del P. E., son exlimitación de facultades, notación de la ley o perjuicios a los intereses públicos ». « ...el caso que

ha motivado esta renuncia, no habiendo ley alguna que obligue al P. E. a celebrar sus contratos para la confección de vestuarios, con previa licitación, tiene plena facultad para celebrarlos en la forma que crea más conveniente, y que celebrado sin licitación, el acto es perfectamente legal e intachable en cuanto a su forma, sean cuales fueren las opiniones particulares del Fiscal respecto a las conveniencias de la licitación ». « ...la práctica constante de las anteriores Administraciones — incluso aquélla de que formó parte, como ministro de Gobierno, el señor Fiscal — fué adquirir los vestuarios por contrato particular y fué la presente Administración que introdujo la práctica de la licitación, la que no dió resultados satisfactorios ». « ...el punto a ventilarse ante el Jurado, en la acusación contra el diario *La Prensa*, no es sobre si el P. E. pudo o no celebrar un contrato sin licitación, sino sobre si en el celebrado se han estipulado precios 35 % más elevados que los corrientes, en cuyo caso habría existido, por parte del P. E., un acto de favoritismo con grave perjuicio de los intereses fiscales ». « Los antecedentes remitidos al Fiscal demuestran la falsedad del cargo. El P. E. nombró una Comisión de comerciantes respetables y competentes, para que, a la vista de los vestuarios, informara sobre la equidad del contrato; no lo hizo, como lo supone el Fiscal, para disipar equívocas impresiones, cuya justicia el P. E. no puede admitir tratándose de sus actos administrativos; sino simplemente como un examen pericial para ser sometido al juicio del Jurado ».

« ...es sumamente extraño que el Fiscal haya querido no sólo poner en duda la opinión de esos peritos, sino que haya llegado hasta alterar los términos de su informe, asegurando que han guardado silencio sobre la equidad de los precios, limitándose a decir que el precio en general es el convenido, lo que no tendría sentido alguno, cuando, por el contrario, han declarado terminantemente que consideran ajustado el precio convenido por el contratista ». « ...si el Fiscal ha leído los antecedentes que le fueron remitidos para ser presentados al Jurado, ha podido imponerse que los precios estipulados para el vestuario del presente año son más bajos que los precios a que fué contratado el vestuario del año pasado y que, el año pasado, se tuvo presente, al celebrar el contrato, el resultado de la licitación de 1876 ».

« ...habiéndose impuesto el Fiscal de los antecedentes del contrato en cuestión antes de formular la acusación, no es oportuna la observación en que se apoya la precedente renuncia ». « ...el P. E. resuelve: aceptar la anterior renuncia sin admitir las causales en que se funda. Firmado: CASARES. — *C. Pellegrini* ».

Un decreto de tres días después — 20 de abril — declaraba que « estando próxima a terminar la presente administración, debe dejarse la provisión del cargo de Fiscal de Estado al señor Gobernador electo » y que, entretanto, se designaba fiscal *ad hoc* al doctor Manuel Quintana, para que sostuviera ante el Jurado la acusación contra el diario *La Prensa*.

El nuevo gobernador, doctor Tejedor, designó Fiscal de Estado al doctor Juan S. Fernández — el renunciante — el día 2 de mayo de 1878, es decir, al siguiente de asumir sus funciones gubernativas. Agrio, violento en la polémica, sin los remansos tiernos, que aún en las mayores asperezas tenía Sarmiento, Tejedor daba la impresión de los hombres que han luchado sin triunfos. Su adustez, su semblante, semejava a esos rostros que nunca, o casi nunca, han sido animados por la risa. Si los años maduros dieron aplomo a su pensamiento, no habían amenguado, empero, la vehemencia de su corazón. Era uno de los más genuinos representantes de la generación *madre*, como Mitre, Carril, Rawson, Eduardo Costa, Elizalde. Soldado del general Lavalle, periodista en América como Sarmiento, Gutiérrez, Vicente Fidel López y Alberdi, los años de la expatriación y el desplazamiento impetuoso de la generación *hija* — que olvidaba era usufructuaria de la anterior —, debieron amargar su carácter.

Esas fatales desinteligencias entre una y otra generación, empobrecen a los pueblos al no ser fertilizados por la conjunción de las energías de ambas generaciones.

Muchos grandes viejos se malhumoran, se arrumban a sí mismos, y contemplan, desde la soledad, el paso de la nueva falange.

Tejedor resulta nuestro Scipión el Africano...

El nuevo mandatario provincial que llegaba al cargo a los 63 años de edad, después de haber sido ministro de

Relaciones Exteriores de Sarmiento, legislador, catedrático y embajador, buscó cimentar un partido personalista — como eran todos los de la época — con elementos originariamente adictos o desprendidos de las filas alsinistas y mitristas, a raíz de la *Conciliación*.

Bajo su gobierno — el 7 de octubre de 1878 — se adjudicaron a un hijo del doctor Alsina, seis leguas de tierras públicas, que por ley del 19 de octubre de 1869 habían sido concedidas al cacique Rauniquéo.

La provincia de Buenos Aires era enormemente rica si se la comparaba con la pobreza republicana del gobierno nacional, presidido por el doctor Avellaneda.

Propietaria del F. C. Oeste, cuya línea saliendo de estación Parque (Plaza Lavalle) se extendía hasta Bragado, y por el sur, hasta Lobos, el presupuesto general de la provincia ascendía a la suma de 81.400.000 pesos moneda corriente.

El *Gobierno general*, que así, a la antigua usanza, empezó a llamar Tejedor a su administración, pronto halló puntos de rozamiento con el nacional.

«Todas las cuestiones que han dividido a los argentinos de cincuenta años a esta parte — escribió Alberdi — están en pie y sin solución real, bajo una máscara de unión que disfraza un estado de guerra. La Nación está sin *Capital*; sus autoridades están hoy hospedadas en Buenos Aires, como en casa ajena. Pagan su hospedaje con diez millones de pesos fuertes (hoy veinte millones) por año. Serán botadas del hotel el día que dejen de pagarlos. La

cuestión *Capital*, es toda la cuestión del gobierno argentino, porque es la cuestión de la renta y del tesoro. La capital es el punto en que toda la Nación paga su impuesto; sin la *Capital*, está privada de renta». «...debe elegir entre estas dos alternativas: o Gobierno nacional con su capital en Buenos Aires y sin tesoro, es decir, sin poder (gobierno nominal) o gobierno con tesoro y poder (gobierno efectivo), y su capital y su aduana en otra parte».

«...Todos en Buenos Aires, tanto nacionales como extranjeros, son partícipes y beneficiarios de la absorción que esta Provincia hace a la Nación de todos sus recursos por su política localista».

El gobernador de Buenos Aires inició sus funciones patrióticamente inspirado, pero poniendo una gran susceptibilidad en el reconocimiento de sus fueros. La presencia del Ejecutivo nacional — su huésped — parecía restarle el sosiego indispensable para el mejor desempeño del cargo.

Buenos Aires necesitaba realizar grandes obras públicas, pues su radio iba ensanchándose con el aporte inmigratorio, y el desarrollo de su comercio e industria; y era preciso evitar se repitieran las pestes que cada verano traía a nuestras playas. «La ciudad aumenta de población y de casas. Cada vez es menos limpia, es decir, más sucia», decía un periódico, al protestar por la paralización de las obras de salubridad. «...que está reconocida su utilidad — añadía — no cabe la menor duda y de ello se percibe

cualquiera desde su propia casa, sin más que fijarse en días como estos últimos, en que durante muchas horas ha llovido a torrentes y, sin embargo, ni un momento ha dejado de oírse pasar los *tranways*, en todas direcciones, con la regularidad acostumbrada y condiciones ordinarias, mientras que antes cada tormenta que descargaba sobre Buenos Aires, suponía la paralización absoluta durante algunas horas de todo sistema de circulación, a causa de los llamados *terceros*, que en breves momentos se convertían en verdaderos torrentes, peligrosos las más de las veces, por la cantidad de agua que por ellos pasaba y por su impetuosa corriente».

El gobernador bonaerense solía realizar en su casa particular lujosas y elegantes fiestas, que rivalizaban con las que, por igual tiempo, celebraba en su domicilio de la calle Florida, el doctor Bernardo de Irigoyen. Esas reuniones, grato motivo de sociabilidad, donde las damas vestidas por Mme. Paolinelli, lucían suntuosas *toilettes*, y recitaban antes de empezar el baile, versos de Bécquer o Campoamor, eran frecuentadas por políticos y hombres de mundo, que en los habituales corrillos encendían o amenguaban, según los casos, la tirantez creciente entre el gobierno nacional y el provincial.

Muchos porteños, seducidos por aquello de que no pegaba la seriedad en cara que no fuera de inglés, se complacían en agudizar el conflicto, sin otras miras que el espectáculo de dos autoridades que reñían.

El Club del Plata trataba de superar en esplendor al Club del Progreso, sede de elementos provincialistas. Únicamente el Club Industrial, cuyos salones estaban abiertos para las cosas impersonales de la cultura, la industria y el comercio, era un lugar donde las rencillas políticas no tenían ambiente. Las conferencias dadas en esa institución, atraían a participantes de los dos bandos, que olvidando sus diferencias se deleitaban, por ejemplo, oyendo polemizar públicamente al doctor Puíggari con Lucio V. López, sobre temas científicos.

La *Conciliación* de los dos partidos tradicionales, empezó a ser socavada por entonces. Una carta del doctor Carlos Pellegrini a Dardo Rocha, del 1° de septiembre de 1878, refleja algo de esa situación, que no se había cimentado todavía.

« Querido Dardo — le escribe — : Anoche, en la reunión de Cambaceres, quedaron todos conformes. No hubo reunión en lo de Gainza, pero he visto a los principales de ese grupo y están conformes también.

« La posición asumida por los *mitristas* en la cuestión municipal, ha hecho más, en dos días, que todos nuestros empeños en dos meses. Ha vencido todas las resistencias que encontrábamos y la votación de mañana va a sellar la unión y dar al traste con la *Conciliación*.

« El comité se reunirá en esta semana para fijar el día de la convocatoria. Si los *mitristas* hacen *meetings*, nos van a dar ocasión para hacer algo unidos, aun antes de la

gran reunión, lo que será muy ventajoso. Tuyo. *Pellegrini* ».

¿ La fracción *tejedorista*, abría ya los primeros fuegos ?

¿ Previó, entonces, Pellegrini la insurgencia del 80 ?

El Partido Republicano, de formación artificial y vida efímera, desde tiempo atrás buscaba romper el molde de los viejos partidos y constituir una fuerza con los disconformes de todas las filas.

« Es el partido de los hombres nuevos », pregonaban sus simpatizantes. En lo que está por llegar, en lo *nuevo*, fundamos de ordinario nuestra esperanza para conjurar los males que nos rodean.

¿ Tuvo origen, en esa ansiedad, el Partido Republicano ?

Los doctores Aristóbulo del Valle y Dardo Rocha, eran de los hombres nuevos a que aludía esa agrupación.

En 1876 esa entidad proclamó candidato a la gobernación de Buenos Aires al doctor Aristóbulo del Valle, pero los intereses de la *Conciliación*, impusieron al doctor Tejedor, puesto que el doctor Manuel Quintana renunció la candidatura que se le ofreció.

En 1880, el doctor Avellaneda resultó, pues, víctima del candidato que había apoyado. Ramos Mexía refiere en sus *Memorias*, que al comentar, años después, Pellegrini estos sucesos, expresó que había sido un error del Partido Republicano transigir en la eliminación de su candidato para dar paso a Tejedor. Acaso eso hubiera evitado — insinuó — el triste espectáculo de los sucesos de Junio.

Se ha dicho que los Estados Unidos de Norte América fueron olvidando los ideales washingtonianos a medida que crecieron en poderío económico y figuración mundial.

El fenómeno, más aparente que verdadero y no privativo de la gran República, fué el resultado del anhelo de las corrientes inmigratorias, aclimatadas y enriquecidas en aquel país, de darse un alto estilo de vida colectiva y privada, para compensarse de la pobreza de los tiempos fundadores.

Por otra parte, el *ideal* americano consiste — declaraba el ex presidente de la Unión, Mr. Teodoro Roosevelt, en su *Historia de New York*, escrita en 1890 — « en trabajar con energía para corregir las imperfecciones americanas y asimilar, en nuestro provecho, la sabiduría y experiencia de las demás naciones ».

La concepción utilitaria que presidió el progreso de la patria de Lincoln no obscureció, empero, las virtudes del núcleo puritano fundador, que afloran siempre en los graves instantes de aquel país para fijarle rumbos definitivos.

Entre nosotros, el proceso se produjo análogamente, condicionado a nuestros medios y modalidades.

Con las primeras vislumbres de la prosperidad nacional, gobernantes y gobernados se dieron a hilar la tela de sus anhelos. Las emisiones de papel moneda, los empréstitos exteriores, los negocios de grandes proyecciones se consideraban lógicos anticipos del porvenir magnífico ;

transfusiones de sangre generosa a un organismo debilitado por su repentino crecimiento.

« Si escribiera un libro sobre el indio — anotó Montalvo — haría llorar a América ». Parafraseando al ilustre ambateño, podemos decir que la historia de nuestras emisiones, empréstitos y negocios de volumen, sería la mejor pintura de nuestras grandes esperanzas.

¿ Desorden administrativo ? ¿ Falta de buenos arquitectos para disponer la armónica distribución de la fábrica ? Nada de eso. Sueño de un pueblo niño que se dió a vivir un cuento de hadas.

¿ Qué otra cosa prometían superaciones como ésta que describió Sarmiento en *El Nacional*, del 24 de enero de 1881 ?

« En Buenos Aires — anunció — se opera la transformación del inmigrante obscuro, encorvado al llegar, vestido de labriego y azorado de verse en una gran ciudad ; primero, en hombre que siente su valor ; después, en francés, italiano, según su procedencia ; en seguida como *extranjero*, como un título y una dignidad, y al fin en un ser superior a todo lo que le rodea, de labriego que comenzó.

« Hace años nos tocó seguir la evolución de uno de éstos. Era un guapo mocetón de rostro proporcionado, lo que en Europa se llama un palurdo ; cargado de hombros y membrudo. Distinguímoslo entre los recién desembarcados y su ropilla era pobre y mal cortada. Un mes después, lo vimos en el atrio de la Catedral, contemplando

una parada militar y, por sus gestos y miradas, se comprendía que nada del género había visto antes. Había ganado ya con qué comprarse un traje mejor. Se mantenía erguido. Un año después, lo encontramos saliendo de una cancha de pelota. El ejercicio sin duda le había dado animación. Era otro hombre. Se veía a la legua que se sentía feliz, libre, igual a los demás. Vestía perfectamente a la moda, sin rastros ya del hombre que desembarcó».

« ¡ Cómo me ha transformado el menester que acabo de cumplir! Por primera vez, el mundo me parece deseable, sólido y duradero », podía repetirse con el doctor *Fausto*, el hombre de buena voluntad que arribaba a nuestras playas.

La ciudad fué dilatándose y transformándose con igual impulso. El núcleo patricio vió imponerse en todas partes el ritmo de las nuevas fuerzas. Promediando su presidencia, el general Roca habría confesado, según Sarmiento: En Buenos Aires no está la Nación, porque es una provincia de extranjeros.

Desde las primeras intervenciones de su carrera parlamentaria, el doctor Pellegrini se distinguió por su agudo sentido de lo posible. Era común que todo proyecto con informe de Comisión, que al discutirse en la Cámara tocara algún inconveniente, se devolviese a la misma en demanda de mayores datos. « Yo creo — aconsejaba Pellegrini en la sesión del 13 de julio de 1873 — que una vez dado un asunto en la Orden del día, debemos tomarnos



XXVIII

DOÑA CAROLINA LAGOS GARCÍA DE PELLEGRINI, EN PARÍS (1876).

Foto Théodore Humblot.

el trabajo de estudiarlo para estar preparados a vencer todas las dificultades que surjan y para responder a las objeciones que se hagan ; de otro modo, estaríamos siempre dando votos de aplazamiento ».

Estas frases revelan su propósito de que el régimen parlamentario fuese un engranaje sensible, dúctil a la exigencia inmediata ; no una maquinaria pesada, funcionando a destiempo.

Su noción de lo eficaz se patentiza en todos sus actos. Tildado de vehemente y repentista, el cargo es de forma y no de fondo.

Días antes de designársele ministro de Guerra y Marina, tuvo un incidente desagradable con un colega parlamentario. Fué en la sesión del 29 de septiembre de 1879, en la que se discutían violentamente peculiaridades de la construcción de la línea del ferrocarril de Córdoba a Tucumán. Los adversarios del presidente Avellaneda, que aprovechaban el debate para desprestigiar su administración y, por reflejo, al general Roca, candidato de su simpatía para la presidencia subsiguiente, acusaban al gobierno de malversación de dineros y favoritismo con la empresa constructora. Contratada la obra sobre la base de abonar por kilómetro de línea férrea construída, el empresario, según los opositores, había extremado la extensión de la misma con curvas y rodeos inútiles.

Pellegrini defendió paladinamente al presidente Avellaneda. Puso en función toda su artillería dialéctica, y del tono sereno y persuasivo con que empezó el debate,

fué aumentando el diapasón, ante los ataques adversarios.

El siguiente diálogo entre los doctores Pellegrini y Rivera, diputado este último por la provincia de Corrientes y simpatizante con la política y candidatura presidencial del doctor Carlos Tejedor, ilustrará acabadamente acerca del temple del debate.

Rivera. — Voy a rectificarle.

Pellegrini. — ¡ No señor ! Tenga la bondad de no interrumpirme. ¡ No sabe el efecto que hace sobre mis nervios su palabra !

Rivera. — Lo mismo me sucede a mí con la suya. ¡ Hasta náuseas me produce !

¿ Qué extraño tiene que en ese estado de exacerbación, llegasen los polemistas a los trompis y roturas de vidrios ?

Ese diputado correntino fué el mismo que en la famosa sesión de 1880, dirigiéndose a la barra, totalmente ocupada por los *Rifleros*, dijo : « Es ya llegado el tiempo », con lo que tácitamente ordenaba el fusilamiento, en masa y en sus bancas, de los diputados que sostenían la candidatura del general Roca para suceder al doctor Avellaneda.

Sólo los grandes prestigios del general Mitre, también parlamentario, impidieron la ejecución de esa monstruosidad. El prócer, al oír las palabras del diputado correntino, se irguió sobre su banca y, sacudiendo su hermosa cabeza de patriarca, exclamó : « ¡ No es todavía llegado el

tiempo ! » ; palabras que, como las de Jesús, volvieron la vida a los muertos.

El doctor Manuel Quintana, que presidía la sesión, ordenó el inmediato levantamiento de la misma. Se respiraba en la sala la atmósfera de un campo de batalla.

Dicha medida coincidió con el cese virtual del funcionamiento regular de la administración Tejedor.

Bajo esas condiciones, el puño cerrado es el punto final de todas las palabras.

VIII

MINISTRO DE GUERRA Y MARINA. REVOLUCIÓN DE 1880

El diputado que en la sesión del 31 de julio de 1873, al tratarse la confección de nuevos registros electorales, manifestara, encarándose con Gelly y Obes, que la Comisión informante del proyecto lo tendría « siempre de su lado cuando se tratase de quebrar la influencia de los Comandantes militares de campaña » y dijera que si ellos, los Comandantes, « pudieran conseguir que las tres cuartas partes de sus Regimientos no se enrolasen, podría afirmar — continuaba Pellegrini — que las tres cuartas partes pertenecerían al Comandante militar, sin haber poder humano que lo impidiera, por la sencilla razón que el ciudadano que no está enrolado tiene cuatro años de servicios en los cuerpos de línea de frontera. El día antes de la elección — prosigue el orador — el Comandante hará presente al ciudadano no enrolado la pena en que incurre, para que concurra a votar por la opinión del Comandante militar; sino, al día siguiente, ese ciudadano será soldado de línea en virtud de la ley que el Comandante está en el deber de hacer

cumplir... ». « Hay Comandantes — prosigue — que cuando les viene un ciudadano a inscribirse, le dicen : tenemos que practicar mañana una elección y quiero que me acompañe, y le hace saber, por intermedio de otro, que recuerde que no está enrolado y que el Comandante dice que aquellos que no estén enrolados y voten mal, pueden ir a la frontera ».

¿ No os parece ver en esas valientes palabras de Pellegrini, el fundamento de las lamentaciones de *Martín Fierro* ?

¿ Pudo ser mirado con afecto el ministro de la Guerra, que seis años antes se expresara así, como parlamentario, de los Comandantes de campaña ?

« Lejos de mí una ciega antipatía contra la juventud de mi país », declaraba en 1852 don Félix Frías, en su *Carta sobre la situación actual de la República Argentina*. « Ella es acreedora a toda protección y estímulo, pues el porvenir nuestro no será otra cosa que lo que ella lo haga ». « ...La escuela del infortunio es la más instructiva de todas ; yo he asistido a sus lecciones y no quiero olvidarlas. En el año 1838, ¿ cuántos jóvenes apasionados no se creían capaces de ser emperadores ? Mucha agua fría ha caído después sobre esos juveniles entusiasmos ».

¿ Qué opinarían del joven ministro de Guerra y Marina, de 33 años de edad, los viejos jefes del Ejército ? ¿ Era sensato censurar a la juventud por ser precisamente juventud ?

Que el doctor Pellegrini tenía espíritu militar, no cabe duda. ¿ Recordáis su carta a Juan Carlos Lagos, desde los esteros paraguayos, en que a sí mismo se llama terrible guerrero ? ¿ No había probado condiciones de tal en esa guerra y en los posteriores conflictos armados ?

El mismo día — 8 de octubre de 1879 — en que el presidente Avellaneda aceptaba la renuncia de su ministro de Guerra general Julio A. Roca, « cuyos valiosos servicios — dice el documento, acaso sin propósitos ulteriores — son conocidos en el país », firmaba otro, aceptando la dimisión de Sarmiento de la cartera del Interior, a quien se agradecía, reza el decreto, « los importantes servicios que ha prestado, como la noble abnegación con que aceptó el ministerio ».

El documento alusivo a Roca, que abandonaba su situación oficial para trabajar su candidatura a la próxima presidencia, entraña como el saludo ritual al astro que se eleva ; el otro decreto, dijérase que cerraba con doble llave — como sucedió — una vida laboriosa y enérgica.

Al día siguiente — 9 de octubre — el mes de su nacimiento, que según los astrólogos está presidido por el signo zodiacal de *Libra*, símbolo de la fuerza equilibrada, que fué también en el que nació Lord Macaulay, y entre nosotros, durante la tiranía, el mes de Rosas, el doctor Carlos Pellegrini fué designado ministro de Guerra y Marina.

El gabinete nacional se renovó íntegramente, con

excepción del doctor Victorino de la Plaza, a cargo de la cartera de Hacienda. La del Interior fué confiada a don Benjamín Zorrilla; la de Relaciones Exteriores a don Lucas González — primer jefe de Pellegrini en 1867 — y la de Justicia e Instrucción Pública, a don Miguel Goyena.

Un mes antes — el 6 de septiembre — abandonó el ministerio de Hacienda el doctor Bonifacio Lastra, compañero de Pellegrini en la guerra del Paraguay y su colega en la administración bonaerense de don Carlos Casares. Sarmiento sólo había desempeñado el ministerio del Interior un mes y diez días.

Se vivía entonces en la esfera del gobierno nacional con la incertidumbre de los momentos precursores de un cataclismo, y la cartera más pesada resultaba la del ministro de Guerra.

El tucumano quería insuflar a las postrimerías de su presidencia, la corriente de una vida nueva y jubilosa. El gobierno nacional — repetíase Avellaneda — ha vivido hasta ahora con raíces adventicias; es preciso preparar buenos gajos para hundirlos, muy hondo, en la buena tierra que muy en breve será suya. El pensamiento de la federalización de Buenos Aires obsede al presidente. Es indispensable — dice — llevarlo a la práctica, caiga quien caiga. ¡Él, sus ministros y sus amigos, realizarán la empresa!

El ministro de Guerra y Marina orientó sus funciones con la destreza de un estadista y militar avezado. Dis-

puso que la Escuela Naval, que funcionaba en la vieja cañonera *Uruguay*, fuese trasladada a la corbeta *Cabo de Hornos*, que ofrecía mayores comodidades. Creó los cuerpos de artillería naval, de prácticos y de maquinistas de la Armada y la fundación de una fábrica de pólvora en Luján — cuyo terreno se adquirió en esos días — fué objeto de su mayor interés. Del regimiento 8° de caballería de línea formó el 2° de artillería ligera; adoptó el reglamento de la Escuela Naval que le sometiera el coronel Martín Guerrico, así como el código de señales marítimas, de don Bartolomé Cordero.

Nuestra Armada era entonces, en el orden administrativo, una nebulosa y como el ministro amaba las estadísticas, la breve lección de los números, nombró una Comisión para que redactase un reglamento de contabilidad de los buques de la Escuadra.

Se diría que bajo las manos del nuevo funcionario, echaban a andar por primera vez, convenientemente aceitados, enmohecidos rodajes.

Como consecuencia de la propaganda oficial de años anteriores, en 1880 llegaron al país 26.643 inmigrantes, de los cuales 17.118 desembarcaron gratuitamente por cuenta del Gobierno. La nacionalidad italiana estaba representada por el 70% del citado contingente, transportado en 189 buques a vapor y un velero, pues todavía esas frágiles embarcaciones no habían olvidado la antigua ruta al Río de la Plata.

Buenos Aires tenía a la sazón una población de 270.708 habitantes, pero los sucesos revolucionarios de ese año paralizaron la fecunda corriente, al punto que el año anterior le superó en 13.054 inmigrantes.

La urbe había mejorado mucho sus condiciones de higiene; estábase lejos del coeficiente de mortalidad — 106,3‰ — del año 1871, durante el cual murieron 20.748 personas de fiebre amarilla. En 1880 ese porcentaje sólo alcanzaba a 26,1‰. Habíase andado bastante, pues, en el camino profiláctico; una década antes (1869), cuando la ciudad tenía 100.000 almas, el coeficiente de su mortalidad fué de 33,6‰.

El aumento de población, la multiplicación de edificios, el giro creciente de los negocios, el hábito de prosperidad, en fin, que corría por todo el país, hacía pensar que las generosas promesas de Mayo estaban a punto de cumplirse. ¿Por qué, pues, en lugar de celebrarla jubilosamente, volvían los argentinos a dividirse por la guerra civil?

En 1863, al propiciar el presidente Mitre la federalización de Buenos Aires, se indicaron los más dispares puntos para residencia del gobierno nacional. En un folleto de esa época, cuyo autor abogaba por el pueblo de Belgrano, leemos: « La *Capital* no puede salir, sin suicidarse políticamente, de Buenos Aires. Tampoco puede quedarse en él a título precario. Lo que hay que hacer es algo muy sencillo; que salga la *Capital* de Buenos Aires, pero que no se aleje mucho. Que se coloque lo más inmediata-

mente, lo más íntimo posible. Debe estar en Belgrano, a las puertas de Buenos Aires, de modo que los porteños podamos asistir todos los días a las sesiones del Congreso ».

El parlamentario que en la sesión del 1° de junio de 1877 expresara que « la Constitución Nacional no es un pacto ni existen entre nosotros Provincias soberanas, cuya confederación formen la Nación Argentina, sino una *unidad* de Nación, independiente de las provincias y anterior a ellas », no podía ahora, como ministro de Guerra, descuidar ninguna de las fases de la cuestión *Capital* que amenazaba desmembrar, otra vez, a la República.

¿Qué resonancias habrán tenido en el espíritu del doctor Pellegrini, estas palabras de su amigo Alem, en la Legislatura bonaerense? « Dominad, invadid, conquistad la capital y habréis concluído con la Nación entera ».

El doctor Alem estuvo, como muchos militantes de las viejas filas alsinistas, en oposición de la federalización de Buenos Aires. « Los que votamos contra ella — decía por entonces en la misma Legislatura, el doctor Pascual Beracochea — venimos a pagar un débil tributo al credo del glorioso Partido Autonomista, en cuyas filas hemos militado muchos años. ¡ Ojalá otros hicieran lo mismo ! ».

¿ Se aludía con esas palabras al doctor Pellegrini ?

¿ Se consideraba una defección la conducta del ministro de la Guerra ?

José Hernández, el autor de *Martín Fierro*, que tan menudamente conocía las modalidades de nuestra campaña, estuvo en contra de Alem y su grupo, y en favor

de la federalización de la ciudad amada. Hernández como Pellegrini, fueron argentinos antes que porteños. Sabían que el problema en debate era el último de nuestras grandes desinteligencias nacionales y que la solución propuesta por el presidente Avellaneda y su partido, la que patrióticamente correspondía.

Por eso triunfó el gobierno nacional ; por eso estuvieron con él los mejores porteños, y agorerías como ésta : « Una oligarquía provinciana vendrá a dirigirlo todo, a fin de que no se levante una oligarquía porteña », no tendrían más eco que su registro en el *Diario de Sesiones*.

Simultáneamente a la cuestión *Capital*, cobraba cuerpo otro conflicto previo, pero convergente. Desde el repudio que en agosto de 1879 hiciera el localismo del general Roca, como posible candidato a la presidencia de la República, las pasiones habían ido enconándose.

Una noche del citado mes y siendo Roca ministro de la Guerra, fué acometido al salir del Congreso y tomar su carruaje, por un grupo de adversarios localistas, que hicieron varios disparos de armas.

¿ Es así cómo los porteños agradecen mis sacrificios por la tranquilidad del país y la conquista del desierto ?, debió preguntarse el tucumano en esas circunstancias.

Una firmeza muy honda amenguaría en breve su amargura. Dos meses después de ese suceso, su amigo Pellegrini le reemplazaba en el ministerio. Sin ser militar, había probado en hartas ocasiones, su temperamento

valeroso. Roca estaba seguro que Pellegrini permanecería fiel a sus principios y haría respetar la voluntad de la Nación en todos y cada uno de sus instantes.

— ¿ A quién encargaré el ministerio que deja Roca ?, — había preguntado el presidente Avellaneda a su hermano Marco.

— A Pellegrini — contestó aquél sin vacilar.

Colega suyo en el Congreso, constábale que el candidato propuesto, había hecho de su banca una trinchera.

Roca « tiene muchísimo talento, sobre todo, tino exquisito, una delicadeza asombrosa para juzgar a los hombres y las cosas ; es mordaz por añadidura. Posee el don de ver el lado ridículo de todo y, como complemento (esto no me consta, pero lo sospecho) — escribía a su respecto don Benjamín Posse, en 1880 — la convicción de que, para llegar a la verdad, no debe creerse nada de lo que se oye, ni nada más que la mitad de lo que se ve ».

Si el hábil vencedor de Santa Rosa, antes de ponerse en marcha para someter a López Jordán en Ñaembé, había dicho a don Simón de Iriondo : *Esta vez me hago matar o me hago coronel*, en 1880, frente a la oposición que se hacía a su candidatura presidencial, pudo repetirse : *Esta vez me hago matar o soy presidente*.

El domador de rebeldes, como le llamaban entonces, estudió con sigilo sus planes de ataques y aparentando ignorar cuanto se tramaba en su contra, dejó madurar los frutos de su victoria.

« Ahora me explico el amor y hasta la veneración de los bárbaros por estos lugares — escribía don Adolfo Alsina, desde Carhué, en su expedición al desierto — Calfucurá agonizante llamaba a sus hijos y les ordenaba que no se dejasen despojar de Carhué; tal fué su testamento como soberano de las pampas ».

¿No era este mismo amor al terruño, que impulsaba a los viejos porteños a no dejarse arrebatar Buenos Aires por el gobierno nacional ?

« Hay siempre en los hombres populares algo de vulgar. Tienen con el público, es decir, con el vulgo, una faz por la cual coinciden. Un sabio o un santo no serán populares: el primero no es más que un hombre para el vulgo, el segundo suele ser respetado en vida, pero no amado o idolatrado como el tribuno y el caudillo. No basta ser vulgar para ser popular; es necesario ser superior al vulgo, pero no estar a gran distancia de él; hallarse a la altura de un farol, no a la altura de un astro. El hombre popular interpreta una pasión o una tendencia de la masa, la expresa, la realiza; da la batalla deseada, pronuncia la palabra que está en el corazón de la muchedumbre. Los hombres populares son los intermediarios entre la masa y los hombres de genio. Se confunde en ellos la idea trascendente del pensador y el instinto de la muchedumbre. Llenan una función indispensable en la obra del progreso. Sin ellos, habría dos humanidades eternamente separadas », escribió Pedro Goyena.

¿ Ese *intermediario* no era, en esas graves horas de Buenos Aires, el doctor Leandro N. Alem ?

Al plantearse el conflicto de las candidaturas de Roca y Tejedor, ¿ no se aprestó a apoyar la de don Bernardo de Irigoyen, surgida como prenda de conciliación, fundando al efecto un diario ?

El porteño irreductible aparecía en todos sus actos.

Las elecciones para presidente y vicepresidente de la República, por el período 1880-86, habíanse fijado para el día 11 de abril del 80, pero desde principios de ese año, la agitación de los partidos y la creciente insurgencia del gobernador bonaerense, empezó a crear un estado de cosas cada vez más grave.

So pretexto de municionar los cuerpos provinciales, el doctor Tejedor adquirió para la provincia de su mando grandes cantidades de armamentos, desoyendo las advertencias del Ejecutivo Nacional, que por voz de Sarmiento — ministro del Interior — recordó al mandatario que violaba, con sus proceder, disposiciones de la Constitución.

El 13 de febrero de 1880 el presidente Avellaneda resuelve declarar en acuerdo general de ministros, que los derechos de reunión y petición acordados por nuestras leyes, no podían « peticionarse a las autoridades con las armas en la mano ». « La Constitución argentina — dice el decreto — no ha consignado en ninguno de sus artículos el derecho de llevar armas o de tenerlas en su domici-

lio, aunque se lo admita como una práctica de otros países libres; un derecho semejante es individual por su naturaleza. Llevar públicamente armas, organizar y reunir bajo un sistema a los que las llevan, formar batallones o un ejército, es atributo esencial del Gobierno, donde quiera que haya una sociedad organizada. La Constitución Nacional ha provisto así, que no haya sino un Ejército, el que manda el presidente como comandante en Jefe de todas las fuerzas de mar y tierra de la Nación». «Las Provincias — continúa — no pueden establecer aduanas, acuñar monedas ni armar buques de guerra o levantar ejércitos».

Más adelante, declaraba el Ejecutivo: «Para preservar la libertad electoral, para la coacción, ya sea de los gobiernos como de los partidos, para apartar la violencia que suprime el debate libre, y para que la cuestión electoral fuera únicamente ventilada por la razón y resuelta por el voto, el Congreso argentino cerró sus sesiones dando la ley que prohíbe la reunión de fuerzas armadas, que no sean las del Ejército Nacional, hasta que se haya verificado la transmisión del mando. Esta ley fué promulgada el 13 de octubre del año pasado y comunicada a los que debían ser sus ejecutores. La ley prohíbe no solamente que se reúna, sino que se cite la Guardia Nacional, haciendo cesar hasta los ejercicios doctrinales, para evitar pretextos y abusos; y esta ley es violada por los que se arman públicamente y se reúnen en batallones voluntarios, puesto que siendo ciudadanos argentinos, son necesariamente guardias nacionales».

Desde luego, el gobierno de Buenos Aires, permaneció sordo a la admonición y la carta de Sarmiento a don Eduardo Madero, de igual fecha que el decreto, en la que aportaba más razones, si cabe, para abonar la conducta del Ejecutivo Nacional, fué, también, un esfuerzo inútil.

En marzo del 80, se comisionó al general don Luis María Campos, inspector y comandante general de armas, para que se trasladase a los departamentos limítrofes de las provincias de Entre Ríos y Corrientes y desarmara las fuerzas allí apostadas, sea cual fuere la denominación que ellas tuvieren.

Si en 1829, el general San Martín se ausentó a Europa con el desconsuelo de ver su patria devorada por la anarquía, quiso el destino que al tornar sus restos mortales al país — mayo del 80 — éste estuviese nuevamente conmovido por la guerra civil.

Pese a la agitación de aquellas horas, el gran Presidente hizo un paréntesis para reverenciar al Capitán de los Andes y firmó con su ministro de Guerra, doctor Pellegrini, un decreto por el cual se ordenaba marchasen a Montevideo a recibir las venerables cenizas, los generales: Juan Esteban Pedernera, Luis María Campos, José María Bustillo; coroneles: José Murature, Joaquín Viejobueno, Eduardo Escola, Martín Guerrico y los sacerdotes castrenses: canónigos José Sevilla y Vázquez y Patricio Dillón.

En la Catedral harán guardia de honor al Libertador, los generales: Juan Gelly y Obes, Gerónimo Espejo, Ju-

lio de Vedia, Benito Nazar ; coroneles : Rufino Victorica, Federico Mitre, Juan R. Nadal, Mariano Olazába y los tenientes : Gabriel Brihuega, Dionisio Quiroga, Baldomero Sotelo y Alejandro Etchichury.

En el Muelle de las Catalinas recibirá el agosto féretro, junto con otros altos funcionarios, don Domingo Faustino Sarmiento, que con su brillante uniforme de general, ve acercarse con emoción los despojos del prócer, llegados al Plata en el transporte nacional *Villarino*, en su primer viaje desde el Havre, y que acababa de ser adquirido para nuestra escuadra. Ese mismo barco servirá, semanas después, de refugio a varios legisladores nacionales, que huyendo de la revolución, se embarcaron en él, viajando hasta Belgrano, para asistir a la constitución del Congreso.

En la plaza del Retiro, el presidente de la República y sus ministros esperaron la llegada del cortejo. A lo largo de las calles por donde desfiló la comitiva marchaban las tropas del ejército, en el que se confundían los rostros atezados, cubiertos de cicatrices de los veteranos con los pálidos y exangües de los jóvenes recién alistados.

¿ La lección de la vida abnegada de San Martín no sería un sedante de las pasiones banderizas ? ¡ Vana esperanza ! Doce días más tarde, el Ejecutivo Nacional, en un decreto fechado en la Chacarita el 4 de junio de 1880, declaraba : « No pudiendo los poderes de la Nación funcionar con seguridad y libertad en el recinto de la ciudad de Buenos Aires, mientras dure el estado de insurrección

armada en que se ha colocado el Gobernador de esta provincia, désígnase al pueblo de Belgrano para residencia de las autoridades de la Nación ».

El presidente Avellaneda tomó esa medida después de haber conferenciado extensamente con sus ministros, en particular con el doctor Pellegrini. El gobierno federal residió en su nueva sede tres meses y medio, durante cuyo tiempo ocurrieron los episodios que pasaremos a reseñar.

Movilizada la guardia nacional de la provincia por orden del gobernador Tejedor, que intentó apoderarse del ferrocarril sud « para sus objetos y medidas de guerra », el Ejecutivo Nacional respondió a dicha medida con la movilización de la guardia nacional de las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba, destacando al doctor Miguel Goyena — ministro de Justicia e Instrucción Pública — para ponerse al frente de las milicias del interior, como Comisionado Nacional.

El coronel Salvador Maldonado fué designado jefe de la guardia nacional de caballería de Barracas, Flores, San Martín, Belgrano y Morón ; el coronel Plácido López, de San Isidro, San Fernando, Pilar y Exaltación de la Cruz ; don Juan Escalante, de Belgrano y San Martín ; y don Marcos Paz, jefe del batallón *Buenos Aires*, formado con los ciudadanos que se presentaban espontáneamente en el campamento de Belgrano.

A fin de adquirir municiones para el ejército nacional — cuyos batallones se mandaron llamar de las provincias — así como comprar carbón para los buques de

la Escuadra, negociar letras del Gobierno y «ejecutar todo aquello que le fuera encomendado especialmente», salió para Montevideo — decreto del 8 de junio — el doctor Luis Lagos García, hombre de confianza del ministro de la Guerra y pariente suyo.

El 9 de junio, el doctor Pellegrini intima a comparecer al campamento de la Chacarita, dentro del término de cinco días, a todos los generales, jefes y oficiales del ejército que revistan en las distintas planas mayores, bajo apercibimiento de ser borrados de la lista militar y ser sometidos a consejo de guerra aquellos que «presten servicios en las fuerzas del gobernador de Buenos Aires».

Tres días más tarde — el 12 de junio — se constituía en Belgrano la Cámara de Diputados de la Nación, que reunida en minoría bajo la presidencia de don Vicente P. Peralta, declarará vacantes en la sesión del 24 los puestos de diputados que ocupaban los señores Manuel Quintana, Manuel A. Montes de Oca, Norberto Quirno Costa, Francisco de Elizalde, Ramón B. Muñiz, Juan Montes de Oca, Mauricio González Catán, Vicente G. Quesada, Carlos Salas, Rufino de Elizalde, Enrique Perisena, Juan A. García, Emilio Mitre, Delfín R. Huergo, Martín de Gainza, Manuel Rocha, Emilio Bunge, Bartolomé Mitre, Ricardo Lavalle, Juan José Lanusse, Justino Obligado, José María Gutiérrez, Hilario Lagos, Juan M. Rivera, Manuel F. Mantilla, Avelino Berón, José M. Guastavino, Eudoro Díaz de Vivar, Pedro R. Fernández, Miguel M. Ruiz, Juan B. Ferreyra, Néstor Escalante, Fernando S.



XXIX

DOCTOR CARLOS PELLEGRINI, EN 1880, CUANDO ERA
MINISTRO DE GUERRA Y MARINA.

Foto B. Ansaldo. Buenos Aires.

de Zavalía, Juan Bautista Alberdi, Próspero García, Arturo L. Dávalos, Cleto Aguirre, Federico Espeche y Cástulo Aparicio, por no haberse presentado a la nueva residencia del Congreso.

Declarada en estado de sitio la provincia de Buenos Aires por el término de cien días — decreto del 22 de junio — se nombró comisionado nacional, encargado de la administración de la campaña bonaerense, al general don José María Bustillo. El doctor Miguel Cané ocupó el cargo de director general de Correos y Telégrafos de la Nación, que había quedado vacante.

Los combates de Puente Alsina, Olivera, Barracas y Corrales, fueron excepcionalmente sangrientos. Tanto las tropas fieles al gobierno nacional, como las que respondían al gobernador Tejedor — que vencido legítimamente en los comicios de abril como candidato a la presidencia de la República, se alzaba en armas contra la voluntad de la Nación, ocultando su resentimiento personal con la bandera del localismo — alimentaban los más ciegos impulsos de venganza.

Ante espectáculo tan deprimente, en vano el cuerpo diplomático extranjero residente en la ciudad y personalidades caracterizadas, buscaron soluciones pacíficas. Una implacable sed de sangre lo saturaba todo. Buenos Aires tenía entonces siete hospitales: San Roque, Militar, Francés, Inglés, Alemán, Español e Italiano, que de inmediato vieron llenas sus salas de heridos y cadáveres. La filial argentina de la Cruz Roja, cuya presidencia honoraria

ejercían los doctores Toribio Ayerza y Guillermo Rawson, pero cuya dirección efectiva estaba a cargo de don Pedro F. Roberts y su secretario Antonio Crespo, ofrecieron a los bandos combatientes el auxilio de sus servicios. La Masonería argentina creó también, en esos días, un cuerpo neutral denominado « Protección a los heridos », que sirvió con particular abnegación.

En el local del Colegio del Salvador, incendiado cinco años antes en uno de esos extravíos de la multitud, la Cruz Roja instaló una ambulancia, habilitando salas y corredores del mismo, para camas y servicios médicos.

Durante esos sucesos, llovió intensamente en Buenos Aires, hubo grandes fríos y fuertes vientos, fenómenos que hicieron más patética la lucha fratricida.

« Al que estas líneas escribe — apuntó Santiago Estrada — cúpole en suerte el encargo de representar a la piadosa asociación de Ginebra en la ambulancia del Salvador.

« En la tarde del 20 de junio — continúa Estrada — la sangre de los hermanos tiñó por primera vez los suburbios del sud.

« En la esquina de las calles Callao y Corrientes, prolongándose las filas hasta las puertas del templo, acamparon unos quinientos milicianos de caballería, reclutados en el campo por el coronel Arias. Mal vestidos, peor armados — lanzas y chuzos — permanecían a caballo, hundidos en el barro bajo la lluvia persistente y fría. El mate y alguna galleta, disimulaban el hambre, dando

fuerzas para la espera. No todos eran argentinos. Los había de distintas nacionalidades y pocos sabían por qué peleaban.

« A la ambulancia iban llegando heridos en todo estado. Algunos agonizando, con alta temperatura por la infección de las heridas; otros perdiendo sangre fresca, pero exhaustos hasta la postración. Todos con sed y pidiendo agua.

« La sociedad Damas de San José, cumplió con el deber cristiano de aliviar la condición de esos desgraciados. Mandó hilas, vendas, ropa blanca, de cama, alimentos. Seis señoras ingresaron en calidad de enfermeras, trabajando desde las 8 de la mañana hasta el anochecer. Entre los enfermos abundaban los alcoholistas, vagabundos, presidiarios, semilocos. Todos esos residuos de humanidad que suben a la superficie en horas de revolución, como si no profesasen otro culto que el desorden.

« Un practicante se dirige a un enfermo de rostro semioculto por la espesa cabellera y enmarañada barba, y que a pesar de sus dolores permanecía silencioso. Para animarle le dice:

— Hoy vendrá el gobernador Tejedor a visitar los enfermos.

— ¡ Qué cosas dice el niño!, responde sarcástico el paisano. *Ese* es un jefe de *pajuera*...

— ¿ Por qué? ¿ Por quién ha peleado Ud?

— ¡ Y yo *diaonde* sé por qué he peleado! Lo que puedo *asigurarle* niño, es que mañana volvería a tomar el *jusil*,

porque hace muchos años que ando peleando por la patria ».

Diálogos parecidos podían haberse entablado con la mayoría de los heridos. Combatían por combatir. Sabían que la patria — que para ellos era como una novia ideal, invisible, que endulzaba sus cuitas — estaba constantemente en peligro y era preciso defenderla en todos los momentos. ¿Para qué saber más? El caso era pelear llevando adelante de la tropa, la enseña azul y blanca!

A tales hombres se les adeudaba, en 1880, ocho meses de sueldo. No tenían casi qué comer, vestían andrajos y sin embargo, no desertaban de las filas. De esa misma pasta eran los hombres que acompañaron a San Martín y Belgrano; que fueron con Mitre hasta el Paraguay, que recorrieron media América a caballo y que en la vejez, teniendo más cicatrices en el cuerpo que medallas sobre el pecho, imploraban limosna en la puerta de las iglesias y reaparecían entre la multitud, como viejos estandartes, en los días de celebraciones cívicas.

— ¿Quién es esa señora? — pregunta a una enfermera un herido de la ambulancia del Salvador, señalando la imagen de Nuestra Señora del Carmen.

— La Virgen, — le contesta la interpelada.

— Creía que era la dueña de esta casa —, responde, e ingenuamente añade: — Se parece mucho a otra que vi hace unos días en una fonda de Barracas...

¡ Tal la educación religiosa de estos centauros !

En los primeros días del mes de abril del 80, el doctor Victorino de la Plaza, que era ministro de Hacienda, se ausentó del cargo para desempeñar la misión que se le confiara. Su colega, don Miguel Goyena, le reemplazó interinamente hasta el 7 de mayo, en cuya fecha el presidente Avellaneda encargó de ese ministerio a don Santiago Cortínez, sin perjuicio de sus funciones de presidente de la Contaduría general. El gabinete nacional en Belgrano estaba constituido, pues, por los doctores Benjamín Zorrilla, Santiago Cortínez, Miguel Goyena y Carlos Pellegrini; y fué con estos secretarios de Estado, el mayor de los cuales, Cortínez, tenía 50 años de edad y el menor, Pellegrini, 34, que Avellaneda afrontó tan graves circunstancias. El vicepresidente de la República, don Mariano Acosta, ciudadano ejemplar, de alto espíritu religioso — era síndico del templo de San Francisco — que no simpatizaba con la candidatura del general Roca, inclinándose, en vez, por la de Sarmiento como prenda de conciliación, no siguió a Belgrano al jefe del Ejecutivo y sólo presidió el Senado hasta el 18 de mayo. Achacoso a los 55 años de edad — había vivido expatriado durante la tiranía — de temperamento apacible, acaso le deprimió hasta inmovilizarle la guerra civil y permaneció retirado en su casa, aguardando el desenlace de la lucha.

Avellaneda tenía 43 años y los grandes disgustos agravaron su enfermedad, al punto que, según refiere don Felipe Yofre, permaneció tres días en cama, en estado

letárgico, incapacitado en absoluto para atender sus funciones a raíz de enterarse que el Congreso rechazaba su veto a la ley que disponía la caducidad de los poderes provinciales. Fué el terceto de jóvenes ministros — Zorrilla de 40 años, Cortínez de 50 y Pellegrini de 34 — que echó sobre sus hombros la responsabilidad de la marcha del país, pues el Congreso permanecía vacilante; ese inesperado *triumvirato*, hubo de deliberar por sí y ante sí y proveer a los reclamos de las circunstancias.

« Impetuoso como los agitadores, reflexivo y maduro como los estadistas, débil con los amigos hasta el error, severo y dominador con ellos, despreocupado de las pompas del poder, respirando siempre en alturas, invencible como un gigante en unas horas, desalentado como un niño en otras; personalidad civil extraordinaria, general sin despachos en los campos de batalla, que ha escrito la más hermosa página en los anales del ejército argentino; porteño de gustos y de preocupaciones europeas, nacionalista de intransigencia indígena; tal era Carlos Pellegrini », dirá, entre otras cosas, Estanislao S. Zeballos en su magnífico discurso de Bahía Blanca, un mes después de la muerte de nuestro estadista.

Esas peculiaridades del carácter de Pellegrini, fueron las que le valieron para desempeñar en los sucesos del 80 un papel preponderante y que hicieron de él, a partir de entonces, una figura nacional.

Pero veamos cómo Pellegrini reseñó los hechos de julio en unos apuntes hallados en su archivo y que han debido

ser como un esbozo de la *Historia de la Revolución del 80*, que pensó escribir y anunciara en carta de 1899 al doctor Zeballos.

« Hay hechos que se explican — empieza Pellegrini — por las exigencias políticas del momento, que muchas veces obligan a decir que son blancas las hormigas.

« La historia de los sucesos del año 1880 no está aún escrita con verdad, pues no sólo los folletos que entonces se publicaron fueron todos apasionados y mal informados, sino porque los hechos y actos más importantes, los que explican el desarrollo de los sucesos, no constan en escrito ni acto público alguno, pues nunca fueron protocolizados ni documentados.

« Cómo se llegó a la federalización de la ciudad de Buenos Aires, por qué se vió obligado a renunciar el doctor Moreno, por qué el gobierno nacional disolvió la Legislatura, la intervino y asumió el gobierno de la Provincia, todo después de las conferencias de julio, cuando el conflicto parecía haber terminado con la renuncia del doctor Tejedor, sólo hoy pueden explicarlo los que personalmente intervinieron en esos sucesos; no existiendo dato escrito alguno, pues las publicaciones de la prensa diaria son deficientes, contradictorias y muchas veces intencionalmente falseadas; y los documentos públicos que se refieren a estos hechos no revelan el detalle íntimo, muchas veces aparentemente pequeño y que encierra, sin embargo, el secreto de acontecimientos trascendentales.

« Los que tomamos parte en los hechos del 80, vamos

rápidamente desapareciendo. Del gobierno del doctor Avellaneda sólo quedamos el doctor Miguel Goyena, ministro de Justicia, y yo. El doctor Goyena desempeñó durante toda la rebelión una misión importante en el Rosario y fué ajeno a estas negociaciones. Tejedor, Moreno y sus principales consejeros han desaparecido y pronto no habrá quién explique, con verdad, esos sucesos que trajeron la federalización de Buenos Aires y definitiva organización de la República, y que al mismo tiempo iniciaron la desorganización de los partidos políticos, cuya existencia es indispensable para mantener en actividad todas las energías populares.

« Conviene dejar constancia en estos antecedentes o memorias parciales, que el historiador recogerá algún día, pues son ellas las únicas que dan su verdadera fisonomía a los acontecimientos pasados, generalmente desfigurados en los documentos públicos.

« El doctor Avellaneda fué públicamente acusado entonces de haber faltado a compromisos solemnemente contraídos y hasta el cargo de felonía figuró en una acusación pública ruidosa. La opinión general de esta ciudad, aceptó en gran parte esa acusación, y sin embargo nada más inexacto ni injusto, pues el doctor Avellaneda no sólo no faltó a compromiso alguno, sino que estaba animado de sentimientos sumamente tolerantes para los hombres que habían acompañado al doctor Tejedor, hasta el punto de despertar recelos y provocar cargos y ataques por parte de hombres influyentes del Partido Nacional en el inte-

rior, que lo obligaron hasta a presentar su renuncia de presidente, y si tuvo, por fin, que proceder con todo rigor y energía y reconstruir toda la situación política de Buenos Aires, fué forzado a ello por la inexplicable ceguera y terquedad de los hombres que dirigían la opinión y dominaban en la ciudad ».

En otros *apuntes* de Pellegrini, posiblemente redactados en distinta época que los anteriores, leemos: « Como datos para la historia que esta *Revista* recoge con tanto esmero, vamos a relatar los sucesos que precedieron a la federalización de Buenos Aires.

« Triunfantes las armas nacionales en los combates de junio, las fuerzas nacionales se detuvieron sobre las trincheras de la ciudad de que se habían apoderado, sin penetrar en ella como fácil aunque tal vez cruentamente pudieron hacerlo, favorecidas por el pánico que se había apoderado de una parte de las fuerzas de la defensa, que había sufrido el choque. Las autoridades nacionales confiaban en que manifiesta ya la inutilidad de la resistencia, la rebelión se sometería sin más efusión de sangre.

« Así sucedió. El día siguiente de esos combates, el doctor Tejedor, como último recurso y cediendo al clamor que atribuía a deficiencias de mando los fracasos sufridos, nombró al general Mitre comandante en Jefe de todas las fuerzas de la rebelión, entregándole así toda la responsabilidad de la situación creada. El general Mitre aceptó el difícil y peligroso cargo y al día siguiente se recibía del mando y acompañado de su Estado Mayor,

pasó revista en sus posiciones a todas las fuerzas y obras de defensa. Esta rápida inspección debió confirmarlo en la opinión, que ya sin duda abrigaba, de que la rebelión estaba irremediablemente vencida, pues inmediatamente de regresar envió un mensaje confidencial al Presidente, anunciando que al día siguiente iría a Belgrano a tener una conferencia y solicitando, al efecto, un salvoconducto.

« El presidente Avellaneda accedió a este pedido y al día siguiente, se presentaba en Belgrano el general Mitre acompañado de algunos ciudadanos sin cargo público alguno.

« El presidente Avellaneda convocó a sus ministros y les manifestó que él no podía recibir personalmente al general Mitre, que en ese momento sólo era para él, el General en Jefe de un ejército rebelde, pero que autorizaba a sus ministros a recibirlo y oír su exposición, quedando convenidas, desde ya, ciertas bases generales sobre las cuales debería iniciarse la negociación, que indudablemente se iba a proponer.

« El comisionado fué recibido, en mérito de esta resolución, por los ministros doctores Zorrilla, Cortínez y yo, en la casa quinta del señor Cibils.

« El general Mitre inició la conversación manifestando que había aceptado todos los poderes de la guerra para hacer la paz y que aunque quedaban a los poderes provinciales fuerzas suficientes para mantener la resistencia, estaba convencido que sólo sería un esfuerzo y sacrificio

estéril y doloroso, sin resultados eficientes ni para la Nación ni para la Provincia y que por lo tanto venía a manifestar que las autoridades de la Provincia estaban dispuestas a someterse a la autoridad nacional, siempre que el Presidente ofreciese garantías para las instituciones provinciales, que no podían ser desconocidas, y para las personas, que no debían ser perseguidas.

« Los ministros contestamos al general Mitre, a nombre del Presidente, que el Gobierno Nacional sólo había recurrido a medidas extremas, llamando en su ayuda a las fuerzas de la Nación, cuando se vió obligado a ello para hacer respetar las prescripciones de la Constitución Nacional y las autoridades que ella ha creado contra los ataques del gobernador de Buenos Aires y que había cuidado de limitar el empleo de esa fuerza, a lo estrictamente necesario para vencer la rebelión, sin inferir a la ciudad y población de Buenos Aires, que era más que reo, la verdadera víctima de estos sucesos, ni sacrificios ni vejámenes que pudieran evitarse. Que aceptaba, pues, el sometimiento liso y llano de las autoridades, que no le era permitido celebrar pactos ni arreglos con ellas, que no podía, tampoco, tratar directamente con el doctor Tejedor ni con un representante suyo, porque éste había sido el autor y director de la rebelión, y que por lo tanto, se hacía necesario como acto previo, que el doctor Tejedor renunciara el mando que ejercía, que fuera sustituido por el vicegobernador, doctor José María Moreno, que no estaba complicado en la rebelión y que con él el Pre-

sidente no tendría inconveniente en acordar el modo y forma en que se volvería a la normalidad política.

« Después de una discusión bastante extensa, el general Mitre admitió, en principio, la renuncia del doctor Tejedor y la prosecución de la negociación con el doctor Moreno, y que para conseguir esto regresaba a la ciudad. En mérito de esta declaración manifesté, como ministro de la Guerra, que quedaban desde ese momento suspendidas las hostilidades, dándose las órdenes al respecto.

« El general Mitre a su regreso tuvo una conferencia con el doctor Tejedor, doctor Moreno y los principales ciudadanos que rodeaban al gobernador, y allí, después de una discusión cuya importancia ignoro, se resolvió aceptar las bases propuestas en principio: que el doctor Moreno se trasladase a Belgrano a discutir las bases para la entrega de la ciudad y que una vez convenidas con el presidente y él, Tejedor renunciaría y entregaría el mando al vicegobernador, quien sería el encargado de cumplir con las bases convenidas.

« El doctor Moreno estaba en condiciones especialmente ventajosas para llenar todas las exigencias del momento. Tenía amistad personal estrecha con el presidente Avellaneda y cultivaba las mejores relaciones con sus ministros. Aunque partidario del doctor Tejedor, o más bien dicho, opositor al Partido Nacional, era sabido que no había estado de acuerdo con los actos extremos del doctor Tejedor que provocaron el conflicto armado; gozaba de excelente concepto público e inspiraba con-

fianza su ilustración, su carácter y la moderación de sus opiniones, tanto a los amigos de la situación provincial como a los miembros del gobierno nacional.

« El doctor Moreno pasó inmediatamente a Belgrano, fué allí recibido personalmente por el doctor Avellaneda, y empezaron a discutirse las bases de la entrega en simples conversaciones privadas, a las que sólo asistían los ministros, sin que jamás se hubiera tomado nota de las proposiciones expuestas o aceptadas, porque el Presidente entendía que éstas eran sólo conferencias privadas y amistosas con el futuro gobernante, sin que pudiera dárseles el carácter de pactos o tratados, que el Presidente no podía admitir tratándose de un gobierno de provincia. El Presidente, que preveía desde el primer momento las resistencias y hasta hostilidad que iba a encontrar en ciertos círculos del Congreso, se defendía contra el cargo que ya se murmuraba de que estaba tratando de potencia a potencia con un rebelde.

« Desde la primera entrevista, el presidente hizo conocer al doctor Moreno las condiciones exigidas para el restablecimiento de las relaciones entre las autoridades nacionales y provinciales; eran las siguientes:

« 1°: Renuncia del doctor Tejedor.

« 2°: El doctor Moreno, al recibirse del cargo, organizaría un ministerio de personas que no estuvieran complicadas en los últimos sucesos; nombraría Jefe de policía a una persona que fuera grata al Gobierno Nacional; licenciaría todas las milicias reunidas y reduciría las fuer-

zas policiales y los batallones provinciales, al número que tenían antes de iniciarse las medidas de resistencia.

« 3°: Entregaría al Parque nacional todas las armas pertenecientes a la Nación y depositaría en sus almacenes todas las armas de cualquier naturaleza que fueran, pertenecientes a la provincia.

« 4°: Ordenaría la demolición inmediata de todas las obras de defensa ».

Hasta aquí el manuscrito de Pellegrini sobre tema de tanto interés histórico. Respecto del mismo escribió, quizá en distinta oportunidad, un mayor número de páginas — que irán en la compilación respectiva — pero sin desarrollar cabalmente el cuadro de estos sucesos. Las preocupaciones políticas y los impedimentos de la enfermedad, fueron obligándole la postergación de ese testimonio inapreciable.

« Sangre argentina, señor presidente, ha corrido a torrentes », manifestaba el doctor Pizarro en el Senado nacional, constituido en Belgrano el 8 de junio. « ... la guerra parece terminada en concepto de algunos, mientras que en concepto de otros no hay sino una ligera tregua para reproducirse más tarde con mayor vigor »; « se dice que los rebeldes debían rendir las armas y entregarlas a la autoridad nacional, y parece que esta promesa no se cumple ».

Pellegrini, que ha concurrido como ministro de la Guerra a la sesión del 3 de julio y que será el portavoz y

defensor del Ejecutivo ante el Congreso, soporta con evidente dominio de sus nervios los cargos que el orador dirigía al presidente Avellaneda, a quien se consideraba en esos momentos — como lo afirma Pellegrini en las páginas transcritas — débil o indeciso con los revolucionarios.

Todo se cumplirá, responde secamente el ministro al discurso de Pizarro. El P. E. — dice — no ha podido pactar sino cosas que satisfacen las exigencias de la dignidad nacional.

Con esta parquedad marcial puso término al debate. El sentido de la jerarquía que investía y la gravedad de esas horas, tornábanlo monosilábico casi. ¡ A él, que era de los oradores más brillantes de su tiempo !

« Pellegrini, ministro de la Guerra, el único político de trascendencia del gobierno de Avellaneda — escribió Carlos D'Amico en el libro que verosímelmente se le atribuye —, preocupado con el papel de guerrero que desempeñaba por primera vez y en atraerse a los generales y coroneles, no se apercibió de las maniobras de Rocha, sino después de vencida la rebelión, y cuando era demasiado tarde para deshacer lo hecho por este político ».

Si el cáustico e injusto *Carlos Martínez* — que así firmó D'Amico su obra — hubiera conocido mejor las relaciones de ambos políticos en esos instantes, no habría formulado dicho juicio.

Dardo Rocha y Pellegrini fueron siempre amigos ;

salvo los naturales y temporarios disgustos, que se producen a lo largo de la vida pública de seres apasionados en el desempeño de sus funciones.

En 1880, el doctor Rocha era figura política de primera magnitud, con puntales en el interior del país y apoyo del general Roca, nuevo sol de un sistema planetario que se estaba formando.

En 1876, Rocha había contribuido a salvar la situación del erario nacional con el préstamo de diez millones de pesos fuertes — decreto 10.634 — del Banco de la Provincia de Buenos Aires al gobierno federal. En el mes de septiembre del citado año, Avellaneda testimonió a Rocha su gratitud, en tres cartas que traducen a la vez la dignidad del presidente y el trance difícil por que atravesaba. De este modo, el doctor Victorino de la Plaza pudo realizar con holgura el ministerio que acrecentó su notoriedad.

Pellegrini no ignoraba la importancia política del futuro fundador de la ciudad de La Plata; lo prueba el siguiente despacho telegráfico oficial, datado en la Chacarita, el 12 de junio de 1880, y dirigido a Rocha: « Se ha presentado en Campana un individuo que dice ser nombrado por ti juez de paz de Arrecifes, con orden de cerrar las sucursales del Banco de San Pedro y Baradero y cambiar las autoridades. Pide escolta. Como no entiendo esto y supongo hay algún error, te lo aviso. — *C. Pellegrini* ».

: En otro telegrama oficial, del 6 de junio y también

fechado en el campamento de la Chacarita — sede del cuartel del Regimiento 1° de Caballería — y dirigido como ministro de Guerra, Pellegrini comunica a Rocha: « He nombrado jefe político y militar al comandante Manuel Olascoaga. El juez de paz debe nombrarlo Zorrilla y hacer policía con ciudadanos. Les podré dar algunas armas. — *Pellegrini* ».

La amistad y confianza de dichos personajes es manifiesta. El 18 de junio, Pellegrini telegrafaba a su amigo: « Averíguame dónde es la casa de Bartolo Cordero en la ciudad. Sé que es calle Arenales, y cómo se llama la señora. Si Lacasa está en Belgrano, él te dirá. Dile que he perdido un papelito. Urge contestación. — *Pellegrini* ».

En el archivo del doctor Dardo Rocha, de donde extraemos estos documentos, hemos hallado otros que analizaremos a su turno y de los cuales resultan sin fundamento muchos juicios que el 80 circularon como verdades.

El empeñoso ministro de la Guerra, que asistió con el general Luis María Campos — jefe del Estado Mayor — al combate de Puente Alsina, donde hubo más de 3.000 bajas, sufrió en el cargo grandes incertidumbres.

Llamado el entonces coronel Nicolás Levalle, jefe de tropas en Carhué, a comparecer urgentemente con ellas en el campamento de Chacarita, Levalle, « el militar más popular del Ejército y el amigo más franco y leal de Pellegrini », como dijera de él, en 1890, un contemporáneo, demoró en presentarse más de lo previsto, pues,

paternal y respetuoso con sus hombres, no quiso imponerles marchas forzadas.

Pellegrini, que estaba mordido por las noticias más contradictorias y sabía de tumultos en el oeste de la provincia, acaso receló un instante de la lealtad del bravo militar. Para aclarar sus dudas mandó al cadete Jiménez con una carta, en inglés, dirigida al comandante Ignacio H. Fotheringham, pidiéndole noticias al respecto. Fotheringham, que era además de militar hombre de letras, — llegó hasta escribir sonetos en francés — contestó al ministro tranquilizándolo.

La gran esperanza que Pellegrini había puesto en Levalle, le hizo angustiada la espera.

¡ En la función pública, es humano recelar hasta de sí mismo !

Levalle era un militar disciplinado, y en esos momentos se necesitaban hombres de mando más que de valor. *La Patria Argentina*, diario fundado por el doctor José Ma. Gutiérrez, publicó, al cumplirse el segundo aniversario de las jornadas del 17, 20 y 21 de junio, un estudio minucioso de la forma en que se desarrollaron dichos combates. De ese trabajo, abonado por dos sagaces rectificaciones de actuantes en esas luchas — edición del 23 de junio de 1882 — resulta que las fuerzas que respondían al gobernador Tejedor no tuvieron, en ningún momento, unidad de comando y estaban formadas, en su mayor parte, por milicianos. Se explican así las desesperanzadas palabras del gobernador insurgente al coronel

Arias en la madrugada del 19 de junio, después de revistar el día 18, los 10.000 hombres que éste comandaba : « La división necesita instrucción. Hay hombres, pero no hay soldados ».

Si Alem se inclinó por don Bernardo de Irigoyen como candidato de transacción entre Roca y Tejedor, no faltaron quienes levantarán el nombre de Sarmiento con igual carácter. ¿ Volviase a plantear el mismo episodio de la *vuelta* al gobierno, que pretendiera Mitre en 1874 ?

El sanjuanino, que entre bromas y veras había dicho : sólo me falta ser dos cosas, *porteño* y *Papa*, no tenía base seria de opinión para hacer viable su triunfo. Además, estaba enemistado con Roca. Sin embargo, en esos días el doctor Onésimo Leguizamón escribía a su respecto : « ... excluído como Disraeli por su nacimiento, su raza y su fortuna, de todos los favores políticos, debe todo su éxito al poder exclusivo de su individualidad.

« En su conjunto, Disraeli se parece a Sarmiento más que ninguno de nuestros hombres de estado. Hombres de gran carácter uno y otro, el espíritu de polémica y de contradicción al lado de ciertas tendencias autoritarias y conservadoras que se descubren en el fondo de su organización, son los rasgos salientes de ambas fisonomías morales. Ambos han combatido durante su vida con la palabra y con la acción contra las ideas reaccionarias ».

Como gran parte de la población era analfabeta o distaba poco de serlo, los periódicos políticos, principalmente

dedicados a dibujos y caricaturas, eran los que gozaban de mayor boga en las clases populares, supliendo con éxito diarios y libros. De ahí que *El Mosquito*, *Don Quijote*, *Antón Perulero*, *El sombrero de don Adolfo*, *La Cotorra*, etc., hayan tenido, en su hora, tanta importancia en la conciencia de nuestro pueblo, determinando sus reacciones.

« En las luchas electorales — apuntó un observador — *El Mosquito* es una potencia y el partido al que le arrastran sus afecciones lleva grandes ventajas contra su rival ».

Cuando se haga el estudio de esas caricaturas, podrá seguirse el desarrollo gradual de nuestros dramas políticos, comprobándose que las soluciones arribadas o triunfos logrados, fueron anticipados casi siempre por el lápiz del artista.

A Enrique Stein, Sojo (*Demócrito*) y tanto otro ilustrador sagaz y valiente, deben imputarse más de una victoria. ¿No ocurrió otro tanto, en Inglaterra, con los lápices del *Punch* ?

Don Quijote, del 4 de octubre de 1885, caricaturizó a Pellegrini llevando bajo el brazo tres carteras ministeriales. ¿No es ésta la expresión de que el personaje rompía el molde común de un ministro y estaba destinado a la presidencia de la República ?

« ... il manque quelque chose à celui qui ne s'est jamais réveillé dans un lit sans nom, qui n'a pas vu dormir sur son oreiller une tête qu'il ne verra plus », sentenció Flaubert.

Falta también algo fundamental, sin duda, al estadista que no ha sido objeto de esas predicciones.

A cierta altura de la vida, se vive más de lo que se ama y piensa que de lo que se come. Si la vida es la animación de lo inorgánico, acaso el carácter sea la soldadura íntima de las ideas con los sentimientos. Pocos hombres realizan tempranamente esa conjunción ; los más no la consiguen nunca.

En matemáticas, dos valores iguales pero de signo opuesto se anulan entre sí ; en la vida del hombre ocurre otro tanto. Tejedor, enérgico y combativo, chocó en seguida con Pellegrini.

¿ Quién anularía a quién ?

En su función de ministro de la Guerra, Pellegrini expidió un decreto relativo a las actividades beligerantes e insurgentes del magistrado provincial ; mas como dicho decreto no llevase la firma del presidente Avellaneda, el amonestado gobernador respondió al ministro : « Para dar valor legal a semejante resolución sin la autoridad presidencial, V. E. es nadie ».

Días después, Pellegrini se desquitaba del hiriente laconismo de Tejedor. Una protesta de éste por disposiciones del Ejecutivo Nacional, leída ávidamente por el ministro de la Guerra, da lugar a que escriba jubiloso, con esmerada caligrafía, al pie de la nota : *Archívese*, firmando luego con su rúbrica oval, en la que se diría estilizado un mandoble.

« ...No haré más de lo que debo, pero sí todo lo que pueda para salvar al Gobierno. No haré nada malévolamente. Lo que me incumbe es demasiado grande para dar lugar a malevolencias », escribió Abraham Lincoln a un amigo, siendo presidente de Estados Unidos. Pellegrini pudo hacer suyas esas palabras en los graves sucesos del 80.

Manuel M. Zorrilla, secretario del doctor Avellaneda — lo fué también, un tiempo, del presidente Roca, juntamente con Alberto Navarro Viola — testigo fiel de estos acontecimientos, refiere que durante los mismos, el doctor Pellegrini se negó a usar uniforme alguno adecuado a su temporaria jerarquía militar. Necesitando, empero, ser reconocido de inmediato en sus visitas a trincheras y campamentos, se mandó confeccionar un traje de saco, de paño azul oscuro, con botones de metal, y un sombrero que recordaba a la vez al *képi* y a la gorra de marino.

« Esas prendas y su espada — anotó Zorrilla — fueron las únicas insignias guerreras que usó el ministro ».

Por esa época, Pellegrini usaba barba entera, que al darle mayor gravedad al semblante, habitualmente adusto, ponía en valor la expresión impresionante de los ojos « animados de un fulgor de suprema lealtad ».

Darío Niccodemi, que lo conoció lustros más tarde, confesó, en una conferencia dada en el Jockey Club — de cuya Biblioteca fué accidentalmente empleado — que los cabellos del doctor Pellegrini eran de color oro, pero de un matiz que sólo había visto igual en Lord Kitchener y en Octavio Mirbeau. « ...brusco en los movimientos, fuerte,

anguloso, rudo, enérgico hasta en la dulzura, encrespado con el encrespamiento de los leones jóvenes »; así lo describió, sintéticamente, el ilustre dramaturgo italiano.

La vocación marcial debió ser nativa en nuestro estadista, pero luchó para que predominasen en él los aspectos del conductor civil.

Confirma la hipótesis, este juicio de Vedia a su respecto: « ...Amaba la escultura y el cuadro. De la música, presumo que prefería los himnos y las marchas ! ».

Muchos excelentes argentinos se equivocaron al juzgar la labor del Congreso de Belgrano y la política del presidente Avellaneda. Quizá la desarmonía con que marcharon ambas ramas de gobierno, dió pábulo a las intrigas. « No es un misterio para nadie — declaraba Pizarro en el Senado — que se ha pactado no formar procesos civiles ni militares a los rebeldes; pero es al Congreso, a la representación nacional, que corresponde dictar leyes de amnistía ».

« ¿ De cuándo acá el P. E. ha podido ejercer por sí mismo toda esa masa de autoridad, dejando convertido al Congreso en una reunión de individuos sin influencia política? »

Aristóbulo del Valle — que presidió la casi totalidad de las sesiones — atenúa el cargo, diciendo: « tenemos una pacificación que salva el decoro y la dignidad nacional. El gobernante que se rebeló ha caído... »

Ansioso de suavizar la culpa de los localistas, continúa del Valle: « ...ninguno de los señores senadores, con

excepción de Rocha, se ha encontrado en una situación más dolorosa que aquella en que me encontré al salir de Buenos Aires». «... Buenos Aires es también un pedazo de patria. Yo he tenido que luchar y dominar mis sentimientos de argentino y mis sentimientos de porteño. He pasado mi vida en la provincia de Buenos Aires; no he conocido, hasta hace poco, otros horizontes que los de su cielo»; «a Buenos Aires se vinculan todos los recuerdos de mi pasado y todas mis esperanzas en el porvenir».

Rawson estuvo contra la federalización de Buenos Aires; también don Francisco J. Alcobendas, «el único amigo íntimo, excepto Malaver, que tuvo el doctor José María Moreno», quien como se sabe asumió el gobierno de la provincia al dimitir Tejedor.

Moreno rogó a Alcobendas se encargase de la cartera de Gobierno. Fué un sacrificio. El ciudadano que como abogado actuara con serios peligros en la causa de los Guerri y en el pleito de los Terrero contra la provincia de Buenos Aires por reivindicación de bienes, rehusaba esa *trinchera* de lucha entre hermanos.

En una sesión del Senado, durante la cual se afirmó que el Ejecutivo se había excedido de la esfera de sus atribuciones, Pellegrini, perdiendo su serenidad ministerial, exclama: ¡Lo que se ha estado hablando es perfectamente fantástico!

Como si hubieran sido pocos los conflictos a resolver, el presidente Avellaneda, desesperando de todo,

presenta el 12 de agosto su renuncia del cargo. El texto de la misma fué leído en la sesión del día siguiente, ante la perplejidad del Senado. El doctor Manuel Dídimo Pizarro, que llevaba la voz cantante del cuerpo y era intérprete de Roca — será su futuro ministro de Justicia e Instrucción Pública — comenta: «... a pesar de ser conocida la diferente política que el Congreso y el presidente de la República han seguido en la situación creada, no debe aceptarse la renuncia».

Puesta a consideración, se la rechazó por 62 votos contra 2.

El presidente y sus ministros sintiéronse vigorizados por la conducta del Congreso y con nuevas energías encararon la lucha.

El 21 de septiembre, después de un largo y complejo tira y afloja de los intereses en juego, Pizarro propone al Senado «una amnistía general a los autores y cómplices de la rebelión de Buenos Aires y Corrientes». «Respecto a los rebeldes de Buenos Aires — aclara — ellos se encuentran, de hecho, excusados por una manifestación del presidente de la República, según el ministro del Interior, en la que se dijo que no habría procesos civiles ni militares».

«¿Alcanza esa declaración a los rebeldes de Corrientes?» — interroga.

«La política del Congreso — añade — ha sido enérgica para reprimir la rebelión y debe ser magnánima para el perdón».

El orador interpretaba los sentimientos públicos del

país y en particular los del doctor Avellaneda, que por rara coincidencia perdonó durante su mandato dos alzamientos análogos: al ascender y al bajar de la primera magistratura.

El 9 de octubre fué proclamado por el Congreso presidente electo de la República, el general Julio A. Roca, por 155 votos contra 70 que obtuvo Tejedor, y vicepresidente don Francisco B. Madero, por 151 votos contra 70 que reunió don Saturnino M. Laspiur. Don Bernardo de Irigoyen sólo contó con 3 votos. Alem, el *profeta disarmato*, empezaba a tener sus primeros choques con la realidad.

La ley del 20 de septiembre declarando capital de la República al municipio de Buenos Aires, era la base más sólida que se ofrecía al nuevo Ejecutivo. El general Roca pudo manifestar con justeza en el acto de su juramento: « El Congreso de 1880 ha complementado el sistema del gobierno representativo federal y puede decirse que desde hoy empieza recién a ejecutarse el régimen de la Constitución en toda su plenitud ».

Después de cuatro meses y ocho días de asambleas, tumultos y revolución, el presidente Avellaneda y sus ministros, salvado el temporal y entregado el alto comando a las nuevas autoridades, se retiraron al sosiego de la vida privada. Habían librado la última gran batalla de la Nación, cerrando la parábola iniciada en los días de mayo de 1810. Todos los acontecimientos posteriores de la vida política del país, no han sido sino corolarios de ese Arco de Triunfo.

El 16 de octubre de 1880, los amigos del doctor Pellegrini ofrecieron a éste un banquete en la Confitería del Gas, con motivo de concluir sus tareas de ministro de la Guerra. El *menú* fué copiosísimo y no faltó en él un *Punch a la Chacarita* y un *Fromage glacé a la Capitale*.

Avellaneda, delicado de salud, asistió a la fiesta para abrazar a su gran ministro. Hubo discursos augurales y afirmaciones rotundas sobre el obsequiado.

Esa noche, al regresar Pellegrini a su casa, donde le esperaba la *gringa* — como afectuosamente llamaba a su mujer — la halló en compañía de doña María Bevans, su madre. Ambas habían vivido las zozobras de la revolución y creían en su brillante porvenir político. El ex ministro, que había visto impávido los estragos de la guerra, no pudo contener sus lágrimas al estrechar en un sólo abrazo a las dos mujeres, que le aguardaron levantadas hasta el amanecer!

La revolución que costó al país cuatro millones de duros y la pérdida de un millón y medio de pesos de rentas fiscales, según informe del doctor Pellegrini en la sesión del Senado Nacional del 27 de agosto de 1881, significó, además, para el joven ex ministro de la Guerra, la quiebra de antiguas amistades y la hostilidad de los porteños intransigentes, que se negaban a explicarse la evolución hacia lo *nacional* de uno de sus jefes más brillantes.

Con el triunfo de los *provincianos* en el orden nacional

y el consiguiente reajuste de los partidos, Pellegrini era, a fines de 1880, un político en disponibilidad, igualmente distanciado de sus viejos amigos como de los nuevos de la situación, a quienes llamaba despectivamente « noveles gobernantes » la prensa opositora.

Alem fundó por entonces *El Autonomista*, periódico destinado a combatir y obstaculizar las últimas etapas de la capitalización de Buenos Aires, cumplidas bajo la presidencia del coronel mayor Julio A. Roca, promovido a Brigadier General días antes de asumir la primera magistratura del país.

El diarismo adversario estaba en plena efervescencia y escogía sus mejores guijas para atacar, aun antes del 12 de octubre, al nuevo gobierno. « El Congreso eligió presidente de la República — dice un periódico — ; suprimió la provincia de Buenos Aires, que se puso bajo la dependencia de la autoridad nacional, aunque en calidad de provisoria. Rivadavia — agregaba — fué presidente-gobernador bajo la forma de gobierno unitario ; ahora tendremos presidente-gobernador bajo la forma federal ».

Tres días después — el 28 de septiembre — volvía sobre el punto : « El Partido *reconstructor, nacional, autonomista, democrático, republicano, federal*, ha triunfado canónicamente en toda la línea », y añadía : « Un diario que no hay para qué nombrar, ha dicho uno de estos días, que toda la juventud inteligente está reconcentrada en las filas de los *reconstructores* ; que esa juventud lleva en las manos la antorcha de la ilustración, y que por eso

rehuye perderse entre las sombras del Partido Liberal » « Ellos son — comentaba — los selectos entre los selectos... ».

No sólo el general Roca fué quien denunció que Buenos Aires se iba convirtiendo en una ciudad de extranjeros. « Nada ni nadie cuida de la tradición ; todo es un andar hacia adelante », se plañía en los círculos patricios.

Una disposición municipal tendiente a evitar el alza del precio de la carne, obligaba a los carniceros a colocar en el frente de sus comercios, y en lugar visible, la lista de los precios admitidos. « Hemos visto ayer en una carnicería de los suburbios — léese en *La Nación* del 30 de septiembre del 80 — un tablero que decía textualmente lo siguiente : *Garne gurda de baca a cuattre pessi libra. Garne di garneru frescu e bono a due pessi libra* ».

¿ Ante qué encrucijada se encuentra la República ?, inquirían unós y otros.

Haber servido a los intereses fundamentales de la nación, reportaba, en definitiva, al doctor Pellegrini, quedar políticamente solo. Amigos del Partido Autonomista buscaron, sin embargo, atenuar la soledad que sucede a todo gobernante al abandonar su función. Por decreto del gobernador provisorio bonaerense, don Juan José Romero — que desempeñó ocho meses el cargo en reemplazo del doctor José María Moreno, y que hizo grandes mejoras en la administración — Pellegrini fué designado miembro del Consejo General de Educación, juntamente con don Diego Arana.

¿ Podía satisfacer ese pacífico destino al enérgico líder ?

El problema de la futura gobernación de Buenos Aires, le atraía. Su amigo Dardo Rocha — que ofreció a Pellegrini el segundo término de la fórmula, que no aceptó éste — se había asegurado hábilmente esa situación.

Grandes incertidumbres debieron atravesar el ánimo de nuestro estadista. ¿ Abandonaría la lucha ?...

La Nación del 20 de octubre del 80, informaba : « Se anuncia como cosa resuelta que el doctor Carlos Pellegrini, ex ministro de Guerra y Marina, será nombrado representante del gobierno nacional en Europa para negociar el empréstito de doce millones de pesos fuertes, autorizado por ley del Congreso, con destino a la prolongación de los ferrocarriles de la República ».

¿ Ausentarme ahora, cuando la suerte de Buenos Aires está pendiente ? — debió preguntarse muchas veces el antiguo alsinista.

Por fortuna, no tuvo necesidad de abandonar el país.

El presidente Roca en su primer Mensaje inaugurando las sesiones del Congreso — 8 de mayo de 1881 — informó que esa operación había « podido llevarse a cabo directamente con respetables casas bancarias de París, en condiciones que responden al justo crédito de que goza la Nación por su religiosidad en el servicio de sus deudas, obteniendo el ochenta y dos por ciento al firme, libre de toda clase de gastos y comisiones ».

« La Memoria de Hacienda os impondrá — advertía —

de todos los pormenores de esta operación, la primera que se realiza directamente, sin necesidad de comisionados especiales, y que es tal vez el único ejemplo de esta clase en Sud América ».

« ... Ahora podéis dictar vuestras leyes con entera libertad y con la conciencia de que ellas serán fielmente obedecidas sin consultar otra cosa que la razón, la justicia o la oportunidad, y sin temor de que ningún gobernador de la Provincia, rompiendo con todas las prácticas, venga a protestar en este recinto, tratando de violentar vuestras sanciones ».

Era el reconocimiento oficial de que los sacrificios del Ejecutivo anterior no habían sido estériles.

Bentley afirma que el escritor no muere sino por obra de su propia pluma. Al político le acontece lo contrario ; ha de sufrir algunas *muerdes* aparentes — originadas, las más, por sus mejores actos — para construir con ellas el pedestal definitivo.

Ya veremos en el segundo tomo de este *Ensayo*, cómo el fugaz eclipse de Pellegrini en las postrimerías del 80, fué la razón de sus triunfos posteriores.



ÍNDICE DE NOMBRES

- Abeille (L')* : 65.
Abeja Argentina (La) : 27, 40, 154.
Aberconway, Lord : 13.
Abra Nueva : 146.
Abraham : 107.
Academia de Bellas Artes (Florencia) :
201.
Academia Náutica : 28.
Ackermann, Rodolfo : 24.
« Ackworth School » : 2, 15.
Acosta, Mariano : 327, 328, 425.
Acteón : 177.
Adams, Hannah : 26.
Adèle : 61.
Aduana : 89, 179, 196, 205.
Agote, Pedro : 221, 222, 376.
Agrelo, Mariano : 201.
Agrelo, Pedro José : 98, 260.
Agüero, Eusebio : 239, 256, 257,
258, 259.
Agüero, Juan Manuel : 99.
Agüero, Julián Segundo de : 70, 100,
158, 260.
Agüero de Ugalde, Isabel : 98.
Aguirre, 314.
Aguirre, Cleto : 421.
Aguirre, Manuel H. de : 26.
Aguirre de García, Manuela : 99.
Ajacio : 208.
Alameda (Bajo de la) : 51, 79, 196.
Albarracín, Paula : 306.
Albarracín, Santiago : 145, 146.
Alberdi, Juan Bautista : 153, 195,
392, 393, 421.
Album Pellegrini : 75, 95, 115.
Alcobendas, Francisco : 313, 444.
Alcorta, Amancio : 176, 274, 313.
Alcorta, Santiago : 324, 330.
Aldanondo y Sulzmann : 141.
Aldao, Luis : 114, 118.
Aldecoa : 284.
Alegria (La) (Teatro) : 377.
Alejandría : 208.
Alem, Leandro N. : 261, 274, 302,
309, 313, 314, 318, 376, 377, 378,
379, 383, 411, 415, 439, 446, 448.
Alemania : 203, 263, 365, 366.
Alexander, Adolfo : 141.
Almanaque del Comercio (El) : 65,
109.
Alpes : 56, 59.
Alsina : 393.
Alsina, Adolfo : 166, 167, 242, 243,
244, 255, 267, 268, 269, 270, 288,
302, 303, 309, 328, 336, 338, 339,
344, 346, 353, 354, 355, 359, 371,
372, 373, 374, 380, 382, 387, 414.
Alsina, Juan : 99, 327.
Alsina, Valentín : 92, 151, 161, 162,
166, 167, 171, 196, 201, 218, 229,
242, 244, 245, 255, 264, 268.
Altona : 138.

- Alvarellos, Nicanor : 198.
Álvarez, Carlos J. : 327.
Álvarez Thomas, Ignacio : 176.
Alvear, Carlos de : 41, 47, 89, 202.
Alvear, Diego de : 143.
Alvear, Torcuato de : 143, 176, 202, 203.
Álzaga, Ana de : 79.
Álzaga, Félix de : 197.
Álzaga Unzué, Félix de : XII, XIV.
Amadeo, José Luis : 313.
Amalia : 93.
Amazonas (Río) : 188.
Ambroa de Alsina, Francisca : 98.
América del Norte (EE. UU.) : 8, 11, 26, 62, 107, 110, 128, 159, 201, 274, 398, 442.
América del Sur : 53, 125, 160, 173, 226.
Americano (El) : 100, 101, 328.
Anchorena, Joaquín S. de : XIV.
Anchorena, Mercedes : 98.
Anchorena, Nicolás de : 39, 151, 152, 171.
Anchorena, Pedro : 98.
Anchorena, Tomás Manuel de : 7, 181.
Anchorena, Tomás S. de : 270.
Andrade, Mariano : 99, 270.
Andrade, Olegario B. : 243.
Aneiros, Federico : 257, 261, 293.
Angelis, Pedro de : 25, 82, 91, 108, 134, 185, 187, 188, 190.
Aniceto el Gallo : 182.
Antón Perulero : 440.
Aparicio, Cástulo : 421.
Apóstoles : 252.
Arago : 224.
Aramburu, Juan : 270.
Arana, Diego : 449.
Arana, Felipe B. : 99, 116, 117.
Araucanía : 128.
Aráuz, Manuel : 314, 323, 324.
Archivo Americano : 107, 185.
Arcona, Antonio : 215.
Arcos, Santiago : 145.
Areco : 323.
Arenas, Martín : 276, 281, 282.
Argel : 208.
Argelander : 225.
Argelia : 135.
Argentino (El) : 198.
Argerich, Juan A. : 309.
Argos de Buenos Aires (El) : 36, 37, 43.
Arias, José Inocencio : 346, 422, 439.
Armstrong : 42.
Arning, Otto von : 206, 264.
Arrecifes (Prov. de Bs. Aires) : 436.
Arredondo : 338, 339, 340, 380.
Arrowsmith, John : 355.
Arroyo del Medio : 154, 269, 316.
Artillería Ligera (Regim. de) : 276, 280.
Arzac : 197.
Ascasubi, Hilario : 181, 198, 220.
Asociación de Mayo : 337.
Ateneo Argentino (El) : 327.
Ateneo (De Buenos Aires) : 98.
Atkins : 42.
Autonomista (El) : 448.
Avellaneda, Marco Aurelio : XV.
Avellaneda, Marco M. : 153, 413.
Avellaneda, Nicolás : XII, 212, 214, 220, 222, 225, 228, 243, 247, 255, 261, 262, 271, 278, 292, 299, 301, 303, 304, 308, 312, 326, 336, 337, 338, 339, 340, 343, 344, 346, 347, 348, 355, 359, 371, 372, 374, 375, 379, 380, 381, 382, 383, 393, 397, 401, 402, 407, 408, 412, 413, 415, 419, 425, 428, 430, 432, 433, 435, 436, 441, 442, 443, 444, 446, 447.
Avispa (La) : 151.

- Ayacucho : 203.
Ayala Juan : 334.
Ayanque, Simón : 177.
Ayerza, Toribio : 422.
Azara, Félix de : 47.
Azcuénaga, Miguel de : 64, 65, 99, 171, 206.
Azul : 302.
Babud (Madame) : 379.
Bacle, César Hipólito : 82, 103, 142, 170.
Bacón : 144.
Bahía Blanca : 186, 217, 227, 302, 354, 426.
Balbín, Francisco L. : 376.
Balcarse, Juan Ramón : 86, 260.
Balestra, Juan : 374.
Baliño de Carballido, Rita : 99.
Ballerini, Augusto : 105.
Balsa, Eudoro J. : 301.
Baltimore (Iglesia Unitaria de) : 124.
Balvanera (Parroquia de) : 110, 377.
Banco de Galicia : 114.
Banco de Italia : 65.
Banco de la Nación Argentina : 199, 367.
Banco de la Provincia de Buenos Aires : 36, 317, 341, 382, 383, 436.
Banco Nacional : 199, 200, 375.
Baradero : 436.
Barcelona : 208.
Baring Brothers : 304.
Baker, George : 42.
Barnave : 273.
Barra, Federico de la : 216.
Barracas : 222, 419, 421, 424.
Barros, Álvaro : 343.
Barros Pazos, José : 239.
Bartoli : 141.
Basavilbaso, Leopoldo : 274, 276.
Basavilbaso, Nicanor : 270.
Batallón Belgrano : 275.
Bateman, Juan G. La Trobe : 7, 203.
Beccaría : 33.
Becher, Carlos : 302.
Bécquer : 243, 395.
Beláustegui, Tomás de : 197.
Bélgica : 212.
Belgrano (Pueblo) : 214, 222, 228, 235, 410, 411, 418, 419, 420, 425, 430, 432, 433, 434, 437, 443.
Belgrano, Juan Carlos : 302.
Belgrano, Manuel : 1, 29, 30, 157, 191, 260, 335, 424.
Bell, Mr. : 41.
Bella Vista : 371.
Bellerophon : 52.
Bellhouse : 200.
Bello, Andrés : 326.
Benítez, Claudio : 270.
Benítez, Félix A. : 385.
Benoit, Pedro : 142.
Bentham : 33.
Bentley : 451.
Beracochea, Pascual : 274, 411.
Bermejo (Río) : 209.
Bernal, Félix : 334, 376.
Bernard, Claude : 265.
Berón, Avelino : 420.
Berro : 338.
Berryer : 271.
Berthelot : 364.
Berthet, Margarita : 56, 112.
Bessel : 225.
Bevans, Ana : 3, 15, 52, 177, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 280.
Bevans, John : 15, 231.
Bevans de Pellegrini, María : 14, 49, 52, 53, 111, 113, 114, 147, 148, 188, 278, 310, 358, 362, 365, 447.
Bevans, Santiago : XII, XIII, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 12, 15, 23, 24, 26, 28, 31, 32, 33, 35, 36, 37, 38, 39, 41.

- 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 111, 114, 232.
 Bevans, Thomas Phillips : 15, 20, 50, 231.
 Bhagavad Gita : 204.
 Biblia (La) : 51, 263, 306.
 Biblioteca (La) : 268.
 Biblioteca pública de Bs. Aires : 138, 385.
 Bilbao, Luis : 217.
 Bismarck : 364.
 Billinghamurst, Mariano : 217, 223.
 Blanco Crespo, José María (*Blanco White*) : 24, 25, 26.
 Blondel : 65, 109.
 Blumstein y La Roche : 162.
 « Bola de Oro (La) » : 50.
 Bolis : 365.
 Bolívar, Simón : 106, 312.
 Bolivia : 4, 128.
 Bonpland, Aimé : 43, 98, 185, 188, 189.
 Borges, Francisco : 334.
 Bosch, Francisco B. : 274.
 Bosch, Gerardo : 208.
 Bourg — La Reine — : 69.
 Bowles : 35.
 Boyle, Tomás : 44.
 Brackenridge : 24, 26, 31.
 Bradish, Mr. : 40.
 Bradley : 227.
 Bragado : 302, 393.
 Brandsen : 4.
 Brasil : 4, 44, 77, 107, 110, 112, 128, 129, 173, 174, 202, 203, 210, 281, 335, 336, 338.
 Bravard : 207.
 Brest : 208.
 Bright, John : 2, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 149, 368.
 Bright, Priscilla : 12, 294.
 Bright de Bevans, Priscilla : 2, 8, 12, 49, 111, 113, 114, 232.
 Brihuega, Gabriel : 418.
 « British Packet (The) » : 40, 113, 152.
 Brittain, Diego : 42.
 Brougues : 192.
 Brown, Guillermo : 41, 42, 53, 99, 187, 260, 281.
 Buenos Aires (Batallón) : 419.
 Buenos Aires (Prov. de) : 318, 323, 324, 327, 328, 335, 339, 353, 359, 393, 394, 397, 419, 421, 422, 429, 444, 445, 448, 450.
 Buenos Aires (Puerto de) : 6, 207.
 Buffon : 106.
 Bulow (Conde de) : 47.
 Buloz, M. : 355.
 Bullrich, Horacio : xiv.
 Bullrich, Rodolfo : xiv.
 Bunge, Emilio : 420.
 Burdeos : 73.
 Bureau des Longitudes de Francia : 224.
 Burgos, Luis A. : 386.
 Burmeister : 146.
 Bustillo, Horacio : xiv, xv.
 Bustillo, José María : xv.
 Bustillo, José M^a (Gral.) : 276, 417, 421.
 Bustos, José M. : 276.
 Bustos, Martín : 280.
 Byron (Lord) : 243.
 Cabildo de Buenos Aires : 109, 197.
 Cabo de Hornos (Corbeta) : 409.
 Cabral, Mariano : 151.
 Cabrera, Avelino : 384.
 Cáceres : 330.
 Cahors : 72, 73.
 Caja de Ahorros : 36.
 Caja de Conversión : 367.
 Cajaravilla : 327.
 Calandrelli, Matías : 301, 326.
 Calcuta : 19.

- Calfucurá : 414.
 Calvo : 197.
 Calzadilla, Santiago : 270.
 Camacué : 203.
 Cámara de Diputados de Buenos Aires : 221.
 Cámara de Diputados de la Nación : 324, 329, 331, 420.
 Cámara de Diputados de París : 215.
 Cámara de los Comunes : 9, 12, 14, 33.
 Cámara de los Pares (Francia) : 36, 112.
 Cambaceres : 129.
 Cambaceres, Antonino : 217, 221, 313.
 Cambaceres, Eugenio : 324, 347, 396.
 Cambridge : 8.
 Camino Blanco : 44.
 Campana (Prov. de Bs. Aires) : 436.
 Campillo : 330.
 Campo, Estanislao del : 220.
 Campoamor : 395.
 Campos, Luis María : 284, 417, 437.
 Camuso de Maldonado, Micaela : 98.
 Canal, Victorio de la : 98.
 Canandí, Eugenio : 114.
 Candelaria : 252, 253.
 Cané, Miguel (padre) : 216, 247.
 Cané, Miguel : xv, 14, 220, 241, 244, 246, 247, 257, 261, 264, 274, 302, 385, 421.
 Cané, Miguel : xv.
 Canning : 48, 368.
 Cano, Juan : 171.
 Cantilo, José María : 184, 309, 314.
 Cañuelas : 102, 103, 104, 106, 107, 112, 114, 118, 119, 120, 146, 148, 150, 151, 199.
 Capdevila, Pedro : 7.
 Carcarañá (Río) : 79.
 Cárcova, Benigno : 274.
 Carhué : 373, 414, 437.
 Carlos III^o : 248, 249, 250.
 Carlyle : 271.
 Carranza : 314.
 Carranza, Adolfo P. : xv.
 Carranza, Angel J. : 327.
 Carranza, Pedro : 215.
 Cárrega : 314.
 Carril, Salvador María del : 155, 184, 260, 392.
 Cartagena : 208.
 Casa Blanca : 12.
 Casa de Expósitos : 43.
 Casa de Gobierno : 242, 327.
 Casal, Carlos : 386.
 Casares, Angel : 274.
 Casares, Carlos : 270, 309, 376, 382, 383, 385, 386, 387, 391, 408.
 Casares, Vicente R. : xiv.
 Cascallares, Francisco : 99.
 Caseros : 4, 103, 116, 136, 150, 171, 187, 192, 194, 198, 245, 255, 268, 282, 338, 354.
 Castelmarty : 365.
 Castelrotto : 56.
 Castellanos, Aarón : 100, 209.
 Castelli, Juan José : 157.
 Castilla : 260.
 Castro (Arroyo) : 103.
 Castro, Bruna : 104.
 Castro, Emilio : 222.
 Castro, Félix : 46.
 Castro, José María : 270.
 Castro, Manuel Antonio de : 98.
 Catalá y Codina, José : 53.
 Catedral de Buenos Aires : 159, 215, 216, 399.
 Catedral de Córdoba : 158.
 Catelín, Próspero : 35, 36, 215.
 Catling : 373.
 Cavilmones de Agrelo, Isabel : 99.
 Cavour : 55, 59.

- Cazón, Joaquín : 99.
Cazón (Quinta de) : 50.
Ceballos, Atanasio : 377.
Censeur (Le) : 65.
Cepeda : 267, 372, 380.
Cerdeña : 58, 59, 111, 118, 133, 134.
Chacabuco : 203.
Chacarita de los Colegiales : 257, 258.
418, 420, 436, 437.
Chaco : 192.
Chambéry : 55, 56, 57, 74, 94.
« Charmettes (Les) » : 55.
Chassaing, Juan : 275.
Chateaubriand : 106.
Chiclana, Feliciano Antonio de : 157.
Chile : 20, 107, 110, 128, 159, 173,
307, 353.
Chivilcoy : 346.
Cibils : 430.
Cicerón : 358.
Cid : 215.
Cires, Matías de : 197.
Cisterna (Príncipe della) : 59, 72.
Clark, Juan : 307, 308.
Club Constitucional : 342.
Club de los Cinco : 337.
Club del Plata : 218, 396.
Club del Progreso : 142, 175, 218,
396.
Club Industrial : 396.
Club Nacional : 342.
Cobden, Ricardo : 9, 14.
Cobo, Manuel : 270.
Código Civil : 181, 300.
Código de Comercio : 318.
Coghlan, Juan : 203, 206.
Colegio Argentino : 188.
Colegio de Ciencias Morales : 239,
257.
Colegio de Concepción del Uruguay :
239, 380.
Colegio de la Unión del Sud : 239.
Colegio del Salvador : 422, 424.
Colegio Nacional de Buenos Aires :
238, 239, 240, 260, 274, 300.
Colegio Nacional de Tucumán : 299.
Colegio y Seminario Eclesiástico : 238,
239.
Coliseo : 193, 195, 197.
Colmena (La) : 43.
Colombia : 72.
Colón : 38, 65, 95, 112.
Colón (Teatro) : 65, 95, 186, 196, 199,
200, 201, 364, 365.
Colonia : 29.
Colonna, Alejandro (Conde de Wa-
lewski) : 134.
Colorado (Arroyo) : 150.
Collazo, Gregorio : 30.
Comercio (Fonda del) : 40.
Comercio del Plata : 184, 192, 247,
267, 369.
Comisaría General de Guerra y Mari-
na : 301.
Comisión de Caminos : 30.
Comisión de Hacienda : 314.
Comisión del Puerto : 263.
Comisión Nacional del Centenario
(1910) : 115.
Compañía de Jesús : 157, 248, 249.
« Compañía Mercantil de las Indias » :
46.
Comte : 271.
Concepción (Parroquia) : 110.
« Concepción » (Quinta) : 64.
Concepción del Uruguay : 239, 240.
Concordia : 277.
Conesa : 289.
Conesa, Emilio : 324.
Confederación Argentina : 112, 153,
173, 184, 210, 328.
Congreso de Tucumán de 1816 : 181,
349.
Congreso General de 1826 : 86.

- Congreso Nacional : 200, 300, 321,
322, 323, 339, 342, 421, 443.
Consejo de Obras Públicas : 142, 205,
206.
Consejo General de Educación : 385,
449.
Constant, Benjamín : 58.
Constitución del Estado de Buenos
Aires : 176.
Constitución Nacional : 323, 326, 332,
335.
Consulado (Casa del) : 36.
Convento de San Francisco : 256.
Cordero, Bartolomé : 409, 437.
Córdoba (Prov. de) : 4, 39, 79, 154,
158, 210, 225, 257, 278, 337, 419.
Corneille : 367.
Corrales del Sur : 217, 218, 421.
Correa, Ignacio : 270.
Correas, Ignacio : xiv.
Correggio : 367.
Correos y Telégrafos de la Nación :
421.
Corrientes (Prov. de) : 129, 192, 195,
252, 274, 275, 289, 334, 359, 402,
417, 445.
Cortínez, Santiago : 291, 292, 425,
426, 430.
Costa, Eduardo : 238, 327, 328, 382,
392.
Costa, Nicanor : 99.
Costa, Pascual, 151.
Costa de Beláustegui, Juana : 99.
Costa de Tobal, Estanislada : 98.
Cotorra (La) : 440.
Crámer, Julio : 270.
Crédito Público Nacional : 330.
Crespo, Antonio : 422.
Crespo, Eduardo : xv.
Crónica Política y Literaria de Bs.
Aires : 25.
Crotto, Silvano : 108.
Crousa, Angel : 145.
Cruz Roja : 421, 422.
Cuba : 210, 211.
Curupaytí : 275.
Daireaux, Emilio : 305.
« Damas de San José » (Sociedad) :
423.
D'Amico, Carlos : 435.
Dante : 107, 377.
Darwin : 271.
Daryl, Philippe : 10.
Daufresne : 142.
Dávalos, Arturo L. : 421.
David : 2.
Dávila, Adolfo E. : 243.
Dávila, Lindolfo : 377.
Davis, Guillermo : 40.
Dayet, Melanie : 187.
Debates (Los) : 152.
Delacroix, Eugenio : 379.
Delta del Paraná : 145, 146.
Demaría : 211.
Demaría, Alfonso : 221.
Demócrito : 440.
Denis, St. : 57.
Departamento de Ingenieros Hidráulicos : 3, 31, 32, 36, 44, 48, 49,
114.
Departamento Topográfico : 49, 171,
201, 212, 213, 214.
Derqui, Santiago : 260, 328.
Descalzi : 192.
Descalzo y Beuza : 141.
« Descifrador de Marcas (El) » : 170,
171.
Diana : 94.
Díaz, Alejandro : 276.
Díaz, Avelino : 82, 158.
Díaz de Vivar, Eudoro : 420.
Díaz de Vivar de Marcó del Pont,
Francisca : 99.

- Díaz Vélez, Eustoquio : 386.
Diderot : 106.
Dillón, Patricio : 417.
Dioclesiano : 180.
Dionisio : 123.
Disraeli : 9, 231, 368, 439.
Doblas, Francisco : 98.
Domínguez, José M. : 329.
Domínguez, Luis L. : 294, 295, 296.
Donado, Agustín José : 100.
Donatello : 107.
Don Cristóbal : 281.
Don Gonzalo : 329.
Don Quijote : 440.
« Don Quijote » (Embarcación) : 200.
Dorrego, Manuel : 37, 47, 64, 67, 77, 260.
« Dos Hermanas (Islas Las) » : 34.
Drago, Luis María : 309, 313.
Dresde : 353, 366.
Dublin Review : 273.
Dubourdieu : 216.
Duende (El) : 151.
Dumas : 271.
Dunoyer, Antonio : 72, 85, 116, 118, 121, 206.
Eastman, Juan : 42, 70.
Ebelot, Alfredo : 354, 355.
Echagüe, Pascual : 100.
Echeverría, Esteban : 90, 99, 236.
Eckermann : 196.
Economista (El) : 371.
Edinburg Review : 273.
Egipto : 364.
Eguía, Manuel : 142, 327.
Eguren de Guerrico, Micaela : 99.
Ejército de Línea : 329.
Ejército del Norte : 339.
Elía : 330.
Elizalde, Francisco de : 375, 420.
Elizalde, José : 270.
Elizalde, Rufino de : 242, 303, 324, 392, 420.
Emerson : 260.
Encina, Carlos : 243, 301.
Enciso, Eulogio : 276, 281, 283.
Ensenada : 6, 7, 29, 44, 45, 129, 279.
Entre Ríos : 87, 152, 194, 269, 328, 329, 332, 333, 334, 335, 359, 417, 419.
Escalada, Francisco Antonio de : 78.
Escalada, Inocencio de : 79.
Escalada, José Manuel de : 79.
Escalada, Manuel María : 176.
Escalada, Mariano de : 79.
Escalada, Toribia : 79.
Escalante, Juan : 419.
Escalante, Néstor : 420.
Escobar, Guillermo : 302.
Escobar, Manuel : 385.
Escola Eduardo : 417.
Espeche, Federico : 421.
Espejo Gerónimo : 327, 336, 417.
« Esperanza » (Colonia) : 209.
Espronceda : 243.
Estados Unidos de Norte América : 8, 11, 26, 62, 107, 110, 128, 159, 201, 274, 398, 442.
Estero Bellaco : 282.
Esteves Sagui, Miguel : 261, 293.
Estrada, Ángel : 385.
Estrada, José Manuel : 220, 248, 301, 309, 323, 326, 345, 379.
Estrada, Santiago : 422.
« Estudiante (El) » : 275.
Etchichury, Alejandro : 418.
Euler : 106.
Evangelio : 307.
Exaltación de la Cruz : 419.
Expedición Científico-exploradora de Bahía Blanca : 186, 227.
Exposición Internacional de París : 158, 184, 194, 211.

- Expósito (Casa de) : 89.
Ezcurra de Rosas, Encarnación : 100.
Facultad de Derecho de Buenos Aires : 261, 262, 264, 270, 273.
Faunch (Fonda de) : 40.
Fausto : 400.
Favier y Portal : 141.
Feijóo : 24.
Felipe de Orléans : 76.
Fernández, Juan A. : 270.
Fernández, Juan S. : 388, 392.
Fernández, Lorenzo : 268.
Fernández, Pedro R. : 420.
Fernández Guerrico, Ricardo : xiv.
Fernández Saldaña : 87.
Ferrari : 71.
Ferrari, Ángel : 364, 365.
Ferré, Pedro : 99, 157.
Ferreira, Juan B. : 420.
Ferrocarri de Rosario a Córdoba : 209.
Ferrocarri Oeste : 205, 318, 382, 393.
Ferrocarri Sud : 108, 419.
Ferry : 364.
Figura (La) : 103, 104, 108, 114, 118, 136, 147, 151.
Filadelfia : 127.
Flaubert : 440.
Florencia : 206, 261, 353, 357, 377.
Flores, José María : 150, 338.
Flores (San José de) : 125, 214, 222, 419.
Fontana Luis : 327.
Forest, Carlos : 334.
Forster : 368.
Fotheringham, Ignacio H. : 438.
Fouquier : 27.
Fox, Jorge : 8, 9.
Fraga : 284.
Fragueiro, Manuel : 79, 80, 103.
Fragueiro, Mariano : 209, 210, 211.
Francia, José Gaspar Rodríguez de : 209.
Franklin : 106.
Franklin, Ricardo : 42.
Frederiks : 141.
Freppel : 248.
Fresno, Ángel del : 51.
Frías, Estanislao : 376.
Frías, Félix : 176, 197, 313, 375, 387, 406.
Frische : 365.
Fry, Elizabeth : 12.
Fuente, Juan Bautista de la : 98.
Fuerte de Buenos Aires : 79, 83, 89, 162, 197.
Fuller, Andrew : 26.
Funes (Deán) : 30, 257.
Gaceta Mercantil de Bs. Aires (La) : 35, 82, 89, 107, 110, 134.
Gainza Martín de : 296, 396, 420.
Gallo, Delfín : 11, 305.
Gallo, Vicente C. : xv.
Gambetta (León) : 73, 364.
Gamboa, Marcelino : 176.
Gándara, Domingo de la : 99.
Garay, Juan de : 157.
García Arguibel, Josefa : 310.
García, Doroteo : 99.
García, Juan A. : 375, 420.
García Lagos : 308.
García, Manuel J. : 41, 99, 102.
García, Manuel R. : 99.
García, Próspero : 421.
Gas (Confitería del) : 447.
Gelly y Obes, Juan : 242, 324, 405, 417.
General Acha (localidad) : 356.
Génova : 208, 359.
Gibbon : 58.
Gibral Jalil Gibral : 149.
Gigena, Eduardo : 262.

- Gilbert : 118.
Gillis, Mr. : 159.
Ginebra : 56.
Gioberti : 271.
Giribone, José Pippo : 275, 285.
Girondo, Juan : 276.
Gladstone : 9, 13, 25, 368.
Glaneure : 72.
Goethe : 196, 202, 273.
Gomensoro de Herrera, Albina : 99.
Gómez, Valentín : 41, 99, 102.
Goncourt : 364.
Gonnet, Luis María : 377.
González, Alejo B. : 309.
González, Diego : 342.
González, Florentino : 293.
González, Lucas : 291, 408.
González, Martín José : 30.
González Catán, Mauricio : 420.
González del Solar, Nicanor : 274.
Gorostiaga, José B. : 216, 292, 294, 302, 384.
Gould, Benjamín A. : 225, 226.
Gowland : 314.
Goya : 25.
Goyena, Miguel : 301, 408, 419, 425, 428.
Goyena, Pedro : 301, 303, 324, 345, 379, 414.
Graham : 9, 26.
Granizo (El) : 47.
Gratton, John : 9.
Graty (Barón du) : 184, 194.
Grecia : 358.
Grondona, Nicolás : 142.
Groussac, Paul : 11, 146, 268, 299, 356, 379.
Guardia Nacional : 329, 416, 419.
Guardias Nacionales : 242, 290.
Guastavino, José M. : 420.
Guerra, José Julián : 98.
Guerra, José María : 282.
Guerra : 444.
Guerrico, Manuel : 270.
Guerrico, Manuel José : 98, 136, 264.
Guerrico, Martín, 409, 417.
Guido, José Tomás : 48, 67, 99, 190, 221.
Guido y Spano, Carlos : 243.
Guizot : 271.
Gutiérrez, José María : 420, 438.
Gutiérrez, Juan María : 3, 94, 153, 154, 155, 156, 160, 161, 171, 185, 193, 194, 261, 293, 385, 392.
Gutiérrez, Manuel : 276.
Gutiérrez, Ricardo : 243.
Hallet : 118.
Hamburgo : 230, 310, 353, 358, 362.
Hancock, Ricardo : 23.
Hansen, Emilio : 302.
Harrat, John : 42, 99, 106, 138.
Harton, Charles : 42.
Havre : 61, 73, 208, 418.
Heine : 243.
Heráclito : 287.
Hernández, José : 182, 219, 220, 411, 412.
Hello, Ernest : xvi.
Herrera, José : 104.
Herrera, Nicolás : 99.
Herrera y Obes : 268.
Heuzé, Gustave : 211, 212.
Hidalgo, Bartolomé : 220.
Hidalgo, Martín : 150, 151.
Hipócrates : 107.
Holland (Lord) : 25.
Homero : 107.
Horacio : 85.
Hornos, Manuel : 268.
Howden (Lord) : 134, 135.
Hudson, Guillermo : 302.
« Hueco de las Ánimas » : 197, 198.
Huergo, Delfín R. : 420.

- Huergo, Luis A. : 188, 217, 221.
Hugo, Víctor : 56, 243, 364.
Hullet Hnos. y Cía. : 2, 5, 28.
Humboldt, Théodore : 378.
Humboldt : 106, 160, 188, 197.
Hunt, Enrique : 206.
Hyne, Margarita : 52.
Ibáñez de Anchorena, Andrea : 99.
Ibáñez de Luca, Agustín : 142.
Ibarra, Gregorio : 142.
Ibsen : 375.
Iglesia Anglicana de San Juan Bautista : 42.
Iglesia de la Merced : 70.
Iglesia de Montserrat : 158.
Iglesia de Nuestra Señora del Socorro : 42, 111, 113, 310.
Iglesia de Santo Domingo : 156.
Iglesia de San Francisco : 123, 425.
Iglesia San Ignacio : 157, 238.
Iglesia San Ignacio (de Montevideo) : 268.
Iglesia San Miguel : 223.
Ilustración Argentina : 152.
Imprenta Argentina : 68.
Imprenta de la Independencia : 87, 142.
Imprenta del Plata : 292.
Ingres : 97.
Insiarte, Manuel : 99, 313.
Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades : 327.
Instituto Histórico Geográfico del Río de la Plata : 158, 218.
Investigador (El) : 87.
Iraola : 45, 313.
Iriarte, Tomás : 176, 202, 336.
Irigoyen, Bernardo de : 221, 223, 324, 330, 375, 395, 415, 439, 446.
Irigoyen, Hipólito : 302, 384.
Irigoyen, Roque : 302.
Iriondo, Simón de : 413.
Isabel (Reina) : 38.
Isola, Alberico : 142.
Italia : 24, 55, 56, 57, 161, 357, 362.
Itapuá : 252.
Ituzaingó : 4, 203, 281.
Ivanowsky, Teófilo R. : 339.
Jackson, Andrew : 12.
Jacobé : 313.
Jacques, Amadeo : 239, 265, 273.
James, William : 240.
« Jardín de Aclimatación » : 47, 189.
« Jardín des plantes » : 189.
Jáuregui : 284.
Jefferson : 271.
Jesuitas : 249.
Jiménez : 438.
Jockey Club de Bs. Aires : xii, 442.
Jorge IV° : 41.
Jovellanos : 24.
Judas : 333.
Junín : 203.
Junta de Hacendados : 173.
Jurado : 313.
Jurado, José M. : 217.
Juvenal : 107.
Juvenilia : 244.
Keats : 326.
Keen, Carlos : 290.
Kier, Sabiniano : 314.
Kierkegaard : 351.
Kimberley : 383.
Kitchener (Lord) : 442.
Kratzenstein : 216.
Labonté : 141.
Laboulaye : 271.
Lacasa, Julio : 274, 437.
Lacroze : 223.
Lagacha de las Heras, Rosalía : 99.

- Lagos, Carolina : 310, 362, 366.
Lagos, Hilario : 267, 269, 270, 282, 372, 420.
Lagos, José A. : 276, 277.
Lagos, Juan : 98.
Lagos, Juan Carlos : 241, 261, 277, 293, 407.
Lagos, Juan Isidro : 310.
Lagos Galup, Aniceta : 98.
Lagos García, Alberto : xiv.
Lagos García, Luis : 292, 313, 314, 315, 318, 324, 420.
Lagos de Wilde, Candelaria : 99.
Laguna, Julián : 100.
Lamartine : 90.
Lamas, Andrés : 191.
Lancaster : 53.
Lancici : 275.
Landois, Emilio : 142, 206.
Langenheim, Manuel H. : 385.
Langlas : 280.
Lanús : 313.
Lanuse : 108.
Lanuse, Juan José : 420.
Lanuz de Alurralde, Rosa : 98.
« La Plata » Prov. de Bs. Aires : 44, 436.
Larra : 243
Larrea, Juan : 61, 64, 71, 73, 74, 129.
La Roche : 162.
Larroque, Alberto : 240.
Larrosa : 313.
Larsen, Mariano : 262, 264.
Las Heras : 7, 39.
Laspiur, Saturnino M. : 446.
Lasserre, Juan : 65.
Lastra : 201.
Lastra, Bonifacio : 261, 274, 383, 387, 408.
Lastra, Isauro de la : 210.
Lavalle (Plaza) : 201, 269.
Lavalle, Floro : xiv.
Lavalle, Joaquín : 198.
Lavalle, Juan : 48, 64, 67, 79, 80, 109, 197, 260, 268, 281, 392.
Lavalle, Manuel José : 99.
Lavalle, Ricardo : 270, 375, 420.
Lavalleja : 87.
La Verde : 340, 346.
Lector Americano (El) : 132.
Legendre : 58.
« Legión de Honor » : 57.
Legión de Voluntarios : 275.
Legislatura de Bs. Aires : 101, 162, 163, 166, 193, 205, 214, 242, 295, 322, 385, 386, 411.
Leguizamón, Onésimo : 309, 326, 439.
Leloir : Alejandro H. : xiv.
Leonardo de Vinci : 58, 63, 107.
Leopardi : 220.
Lepper, Santiago : 52.
Levalle, Nicolás : 356, 437, 438.
Leverrier : 228.
Lezica, Ambrosio : 264.
Lezica, Ambrosio P. : 205.
Lezica, Pedro de : 7.
Lincoln, Abraham : 11, 291, 347, 398, 442.
Liniers : 157.
Liorna : 208.
« Litografía de las Artes » : 114, 115, 118.
Liverpool : 23, 208.
Lobos (Partido de) : 103, 393.
Lohore, Emilio : 141.
Londres : 2, 24, 33, 43, 44, 46, 51, 70, 88, 100, 107, 190, 191, 200, 231, 295, 365, 366, 368, 371.
López, Estanislao : 100.
López, Francisco Solano : 274.
López, Lucio V. : 11, 261, 396.
López, Lucio Vicente : xv.
López, Plácido : 419.

- López, Vicente Fidel : 51, 109, 229, 324, 330, 392.
López Jordán, Ricardo : 328, 329, 333, 334, 359, 413.
López Seco, Francisco : 136.
López Torres, Francisco : 276.
López y Planes, Vicente : 31, 38, 45, 82, 95, 99, 109, 133, 134, 137, 142, 171.
Lorini : 200.
Los Pozos : 281.
Loubet : 364.
Loudet : 141.
Louisiana : 127.
Loyola (San Ignacio de) : 250.
Lozano, Mariano : 99.
Lucerna (La) : 200.
Lucero (El) : 82.
Lucien : 56, 58, 95.
Lugano : 56.
Luis XIV : 90.
Luis Felipe : 134.
Luján : 409.
Lynch, Francisco : 99.
Llavallol, Felipe : 171.
Llerena, Gilberto : xiv.
Llorente : 314.
Macaire, Andrea : 142.
Macaulay (Lord) : 9, 168, 245, 368, 407.
Mackinlay, Alejandro : 376.
Mac Laren, Carlos (Barón Aberconway) : 13.
Mac Laren, Duncan (Lord Provost) : 12, 294.
Mac Mahon : 364.
Madero, Eduardo : 264, 313, 417.
Madero, Francisco B. : 446.
Madero y Cía., Francisco : 198.
Madison : 26.
Madrid : 206, 250, 366.
Maggiore (Lago) : 56.
Maipú (Batalla) : 203.
Malaver, Antonio E. : 376, 444.
Maldonado : 29, 30.
Maldonado, Salvador : 419.
Maldonado de González, Rosario : 99.
Maldones : 282.
Mallet Gowland, Juan : 87, 88.
Mangel du Mesnil : 141.
Mansilla, Lucio : 91, 92, 100.
Mansilla, Lucio V. : 92, 93, 94, 315.
Mantilla, Manuel F. : 420.
« Manual del Ciudadano » : 326.
Maquiavelo : 107, 134, 377, 378.
Marco Aurelio : 183, 358.
Marcó del Pont, José : 327.
Marcó del Pont, José : xiv.
Marengo : 277, 293.
Marengo, Carlos L. : 375.
María Antonia (Bergantín) : 63.
Mariani : 365.
Mariño, Cosme : 302.
Mármol : 93, 269.
Mármol, Florencio del : 337.
Mármol de Guerrico, Santos del : 99.
Mármol Ibarrola, Miguel del : 98.
Marmontel : 60.
Márquez : 290.
Marsella : 208.
Martí : 312.
Martín Fierro : 182, 219, 220, 406, 411.
Martín García : 33, 222, 282, 314.
Martínez, Alejandro : 198.
Martínez, Antonio : 98.
Martínez, Carlos : 435.
Martínez, Mateo J. : 314.
Martínez de Hoz, Miguel : 290.
Martínez de Hoz, Miguel : xiv.
Martínez de Hoz, Narciso : 98.
Martínez de Mitre, Josefa : 307.
Martínez de Sarmiento, Benita : 289.

Masculino, Manuel Mateo : 99.
Masonería : 422.
Massini, Esteban : 40.
Matadero de Buenos Aires : 138, 217.
Matanzas (Partido) : 103.
Maurois, André : 368.
Maza, Antonia : 268.
Maza, Manuel Vicente : 99.
Mazorca : 175.
Médicis : 102.
Médicis, Cosme : 146.
Mediterráneo : 207.
Medrano y Cabrera, Mariano : 98,
111.
Mekes : 141.
Meléndez, Lucio : 274.
Melo de Portugal, Pedro : 30.
Méndez, Ángel M. : 376.
Méndez, Gervasio : 243.
Méndez Hnos : 223.
Méndez, Juan José : 337.
Méndez, Mariano : 217.
Mendoza, Pedro de : 157.
Mendoza (Prov. de) : 158, 284, 340.
Mensajero Argentino (El) : 35.
Mensajero de Londres : 25.
Mercado del Plata : 141.
Mercado Lorea : 141.
Mercado Monserrat : 141.
Mercedes : 119.
Mérimeé : 271.
Merino, Ignacio : 177.
Merlo de Llavallol, Gertrudis : 98.
Messina : 208.
Metán : 153.
Meyer, Martín : 311, 359, 366.
Meyer Pellegrini, Carlos : xv.
Migoni, José : 198.
Miguel Ángel : 107, 261.
Miguens, José C. : xiv.
Milán : 63, 357, 365.
Mill, John Stuart : 12, 42, 293.
Mirabeau : 107, 236, 273, 319.
Mirbeau, Octavio : 442.
Miró : 197.
Miró, Federico : 270.
Miró, Francisco : 270.
Miserere (Corrales de) : 218.
Misiones (Gob. de) : 42.
Mitre, Bartolito : 309.
Mitre, Bartolomé : 4, 145, 146, 151,
162, 169, 194, 196, 205, 218, 221,
238, 239, 242, 243, 254, 255, 256,
260, 269, 270, 273, 274, 282, 285,
286, 294, 296, 300, 303, 312, 325,
327, 328, 335, 336, 337, 338, 339,
340, 341, 342, 346, 348, 349, 369,
375, 381, 392, 402, 410, 424, 429,
431, 432, 439.
Mitre, Emilio : 329, 420.
Mitre, Federico : 296, 418.
Mitre, Josefa Martínez de : 307.
Molina Arrotea, Carlos : 384.
Moneta, Pompeyo : 142, 302, 327.
Monitor (El) : 91.
Montaigne : 181.
Montalembert : 271.
Montalvo : 312, 399.
Monte : 103.
Monte San Juan : 212.
Monteagudo, Bernardo : 260.
Montes de Oca, José J. : 313.
Montes de Oca, Juan : 420.
Montes de Oca, Manuel A. : 324, 375,
420.
Montesquieu : 58, 271.
Montevideo : 29, 37, 42, 61, 62, 63,
70, 86, 87, 88, 115, 129, 137, 151,
174, 184, 185, 190, 191, 253, 256,
267, 369, 417, 420.
Monserrat (Iglesia de) : 158.
Monserrat (Plaza) : 141.
Monvoisin, Raymond : 142.
Mora, José Joaquín de : 25, 188.

Morel, Carlos : 142.
Moreno : 30.
Moreno, Enrique B. : 384.
Moreno, José María : 221, 222, 261,
293, 324, 330, 376, 384, 387, 427,
428, 431, 432, 433, 444, 449.
Moreno, Manuel : 27.
Moreno, Mariano : 157, 190.
Morón : 419.
Mosca : 85, 121.
Mosquito (El) : 271, 440.
Mossotti, Octavio Fabricio : 82, 159.
Mouillard : 205.
Moussy, Martín V. de : 185, 194.
Muelle de las Catalinas : 80, 193,
418.
Muelle de Pasajeros : 31, 196, 208.
Mujica, Federico : 302.
Municipalidad de Bs. Aires : 132,
200, 212, 213, 214, 217.
Muñiz, Francisco Javier : 216.
Muñiz, José María : 274, 276, 281,
Muñiz, Ramón B. : 375, 420.
Muralla de Julio : 177.
Murature, José : 327, 417.
Muro, Domingo de : xv.
Museo : 83.
Museo Nacional del Paraná : 184.
Nación (La) : 226, 449, 450.
Nación Argentina (La) : 271.
Nacional (El) : 132, 152, 169, 172,
185, 223, 244, 271, 315, 399.
Nacional Argentino (El) : 194.
Nadal, Juan R. : 418.
Napoleón I° : 27, 52, 56, 57, 61, 90,
134, 135, 152, 367.
Napoleón III° : 135.
Nápoles : 358, 359.
Napostá : 226.
Napp, Ricardo : 371.
Navarrete (Arroyo) : 103.
Navarro Viola, Alberto : 442.
Navarro Viola, Miguel : 132, 309.
Navegación del Río Negro de Patago-
nes : 192.
Nazar : 314.
Nazar, Benito : 418.
Necochea (Partido de) : 385, 386.
Nelson : 237.
Nelson, Leopoldo : 274.
Neves, Federico G. : 386.
Newton : 42.
New York : 127, 148, 352.
Niccodemi, Darío : 442.
Nicollet : 224.
Nietzsche, Federico : 288.
Niza : 208.
Nonell, Juan : 99.
Nuestra Señora del Carmen (Virgen) :
424.
Nuestra Señora del Carmen (Iglesia) :
50.
Nueva Epoca (La) : 267.
Núñez, J. : 314.
Núñez, J. M. : 314, 318.
Ñaembé : 380, 413.
Obarrio : 314.
Oberdorff : 373.
Obligado (Combate de) : 132, 133,
134.
Obligado, Antonio Cruz : 270.
Obligado, Justino : 420.
Obligado, Manuel : 7.
Obligado, Pastor : 99, 157, 176, 195,
216, 239, 257, 270.
Obras Sanitarias de la Nación : 50.
O'Brien (Cnel.) : 46.
Observatorio Astronómico : 225, 226,
327.
Observatorio de Santa Lucía : 159.
Ocampo, Manuel Anselmo : 270.

- Ocantos, José Antonio : 272, 375.
O'Farrell, Luis P. : xiv.
O'Gorman, Enrique : 270, 314.
Olascoaga, Manuel : 437.
Olavarría : 202.
Olazábal, Félix de : 99.
Olazábal, Mariano : 418.
Oliver, Laureano : 270.
Olivera : 314, 421.
Olivera, Eduardo : 211.
Olivos : 206.
Olmos (Comandante) : 203.
Ombú (El) : 203.
Oncativo : 4, 152.
Onslow : 142.
Ópera (Teatro) : 336.
Orma, Adolfo (h.) : xiv.
Orma, Francisco Mariano de : 99.
Oro, Domingo de : 140.
Oromí, José : 79.
Oroño, Nicasio : 334, 335.
Ortega (Arroyo) : 103.
Ortega y Gasset : 319.
Ortiz de Rozas, León : 92, 99.
Otamendi, Fernando : 171.
Oyuela, Francisco : 198.
Oyuela, José Ramón : 197, 198.
Oyuela de Botet, María : 99.

Pacheco (Wenceslao) : : 359.
Pagola : 284.
Palermo : 208, 316.
Palma, Ricardo : 221.
Palmerston (Lord) : 9, 368.
Palliére, Juan León : 142.
Panamá : 106, 197.
Panelo, Julián : 327.
Paolinelli (Mme.) : 395.
Papa (S. S.) : 353, 362.
Paraguay (Guerra contra el) : 4, 269,
273, 279, 282, 288, 292, 325, 338,
380, 408, 424.
Paraguay (Rep.) : 128, 195, 209, 252,
273, 275, 338.
Paraná (Río y Ciudad de) : 79, 88,
107, 129, 133, 145, 155, 160, 179,
184, 185, 194, 195, 211, 243, 252,
282, 283, 316, 334.
París : 2, 27, 57, 58, 59, 60, 61,
69, 72, 74, 76, 97, 100, 101, 116,
135, 158, 177, 191, 193, 203, 205,
206, 211, 353, 359, 364, 365, 368,
371, 378, 450.
Parish, Woodbine : 39, 42, 100, 207.
« Parque Argentino » : 51.
Parque de Artillería : 269, 338.
Parque de los Patricios : 217.
Partido Autonomista Nacional : 255,
256, 347, 372, 380, 411, 449.
Partido Nacional : 254, 327, 347, 382,
428, 432.
Partido Republicano : 397.
Pascal : 106.
Paseo de Julio : 208.
Pasi, Amelia : 364.
Pasteur : 211, 265, 364.
Patagones : 302.
Patagonia : 21, 129, 269, 299, 353.
Patria Argentina (La) : 438.
« Paulino Lucero » : 182.
Paunero : 286.
Pavón : 267, 269, 372, 382.
Paz, Francisco : 274.
Paz, José C. : 305, 342, 376.
Paz, José María : 4, 99, 140, 152, 202,
257, 268.
Paz, Marcos : 216, 239, 256, 275, 291,
325, 381, 419.
Paz, Máximo : 302, 377.
Pedernera, Juan Esteban : 336, 417.
Peel, Sir Roberto : 11, 25, 368.
Pegels, Juan H. : 115.
Pelotas (Brasil) : 335.
Pelvilain : 118.

- Pellegrini, Ana : 14, 206, 281, 353.
Pellegrini, Arturo : 14, 206, 280,
281, 353.
Pellegrini, Bernardo Bartolomeo : 56,
72.
Pellegrini, Carlos (Dr.) : xi, xii, xiii,
xiv, xv, xvi, 2, 3, 11, 49, 70, 88,
93, 119, 143, 147, 148, 166, 206,
209, 229, 230, 231, 232, 235, 236,
237, 238, 240, 241, 243, 245, 246,
248, 255, 256, 261, 262, 263, 264,
265, 266, 271, 273, 274, 275, 276,
277, 278, 281, 282, 287, 291, 292,
293, 294, 295, 296, 301, 302, 304,
305, 306, 308, 309, 310, 312, 313,
314, 315, 316, 317, 318, 319, 321,
323, 324, 325, 329, 331, 333, 336,
342, 343, 344, 345, 346, 347, 348,
351, 353, 354, 355, 357, 358, 362,
363, 364, 365, 367, 368, 369, 371,
374, 375, 377, 378, 379, 380, 381,
383, 384, 385, 387, 388, 389, 391,
396, 397, 400, 401, 402, 405, 406,
407, 408, 411, 412, 413, 417, 419,
420, 425, 426, 427, 429, 434, 435,
436, 437, 438, 440, 441, 442, 444,
447, 449, 450, 451.
Pellegrini, Carlos E. : xii, xiii, xiv,
35, 52, 53, 55, 56, 58, 59, 61, 63,
64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 73, 77,
79, 80, 82, 83, 86, 87, 88, 89, 90,
91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 101,
103, 104, 108, 109, 111, 112, 113,
114, 115, 116, 118, 121, 132, 133,
134, 135, 136, 137, 140, 141, 142,
143, 145, 146, 147, 148, 149, 150,
151, 152, 153, 160, 161, 162, 163,
167, 168, 169, 172, 173, 174, 176,
177, 182, 184, 185, 186, 187, 188,
190, 191, 192, 195, 196, 198, 199,
201, 202, 203, 204, 205, 206, 207,
209, 210, 211, 213, 215, 216, 217,
221, 224, 226, 227, 228, 229, 230,
236, 254, 264, 300, 310, 313.
Pellegrini, Ernesto : xiii, 147, 206,
237, 281, 364.
Pellegrini, Gaétan : 56, 57, 72.
Pellegrini, Jean Claude : 56, 57, 61,
66, 73, 75, 82, 83, 94, 183.
Pellegrini, Joseph : 69, 70, 74, 77,
118, 120, 183.
Pellegrini, Julia Delfina : 118, 147,
204, 206, 230, 281, 310, 353, 365.
Pelliza, Mariano : 302.
Peña, Juan Bautista : 176, 212, 264.
Peña, Luis José de la : 99, 157, 190,
191, 192, 195, 267, 268.
Peña de Bunge, Genara de la : 99.
Peralta, Vicente P. : 420.
Perdriel, Gregorio Ignacio : 82, 99,
197.
Perdriel, Saturnino : 99.
Pereda, Bernardo : 98.
Pereyra, Ezequiel A. : 262, 293, 313.
Pereyra, Leonardo : 308.
Pérez, Roque : 217.
Pérez de Alsina, Tadea : 99.
Pérez del Cerro, Eugenio : 270.
Pérez Mendoza, Daniel : 171.
Perisena, Enrique : 375, 420.
Phillips, Sarah : 2.
Pico, Pedro : 142, 193.
Pico, Pedro P. : 276.
Picolet d'Hermillon (Barón) : 111,
134.
Pilar (Parroquia) : 110.
Pilar (Partido) : 419.
Pinedo, Federico : 293, 324, 330.
Pinto, Guillermo : 99.
Piñero, Justo : 334.
Piñero, Margarita : 99.
Piñero, Martín : 243.
Pirámides : 260.
Pirovano, Ignacio : 261, 264, 265, 266.

- Pitt, William (Conde de Chatham) : 271, 368.
 Pizarro, Manuel Dídimo : 434, 435, 443, 445.
 Pizarro y Monje, José María : 98.
 Plano Catastral de Buenos Aires : 212.
 Plaza, Victorino de la : 261, 272, 274, 309, 347, 371, 408, 425, 436.
 Plaza Montero, Ángel : 270.
 Plotino : 287.
 Plutarco : 260.
 Ponce, Marcos : 104.
 Pons, Juan : 82.
 Ponsonby (Lord) : 48.
 Pontefract : 2.
 Portela : 259.
 Portela, Ireneo : 27.
 Portillo, Eugenio del : 39.
 Portugal : 62.
 Posse, Benjamín : 413.
 Potrero Piris : 286.
 Pousset : 42.
Practical Mechanic's Journal : 200.
 Pradere, Juan A. : 115.
 Prado y Rojas, Aurelio : 301, 326.
 Pradt, M. de : 25, 107, 163.
 Prat, Adrián : 204.
Prensa (La) : 305, 342, 388, 390, 391.
 Prieto Valdés, Casimiro : 255.
 Primera Junta de Gobierno : 30.
 Príncipe George Hall : 119.
Progreso (El) : 198, 271.
 Provisy, Luis : 40.
Pueblo (El) : 271, 275.
 Puelma de Maza, Mercedes : 99.
 Puente Alsina : 421, 437.
 Puerto de Buenos Aires : xiii, 6, 29, 30, 46, 48, 61, 82, 207.
 Puerto de Montevideo : 86.
 Pueyrredón, Juan Martín de : 1, 30, 190, 239, 260.
 Pueyrredón, Prilidiano : 142, 206.
 Puíggari : 396.
Puntas del Sauce : 329.
Quarterly Review : 273.
 Quequén Grande (Río) : 386.
 Quesada, Juan Isidro : 336.
 Quesada, Vicente G. : 375, 376, 385, 420.
 Quilmes : 36, 167.
 Quillota : 308.
 Quinet, Edgard : 247.
 Quintana, Manuel : 261, 336, 338, 375, 391, 397, 403, 420.
 Quintana de Pérez Millán, Francisca : 99.
 Quirno Costa, Norberto : 241, 265, 274, 323, 342, 375, 420.
 Quiroga, Clodomiro : 301, 326.
 Quiroga, Dionisio : 418.
 Rabelais : 309.
 Rachel : 135.
 Racine : 60.
 Rafael : 182, 261, 367.
 Ramayón : 372.
 Ramírez, Francisco : 328.
 Ramos Mexía, Exequiel : 217, 265, 397.
 Rams, Esteban : 104, 193, 198.
 Rann, Carlos Juan : 3, 19.
 Rauniquco : 393.
 Rawson, Guillermo : 324, 329, 330, 334, 337, 392, 422, 444.
 Raynal : 106.
 Real Sociedad Astronómica de Gran Bretaña : 225.
 Recamier, Santiago : 2.
 Recoleta : 156, 215, 228, 270.
 Recoletos (Padres) : 5.
 Recova Nueva : 141.
 Recova Vieja : 82, 176.

- Registro de Marcas : 169, 172, 186.
 Reina Victoria : 9, 134.
 Rembrandt : 181.
 Rémington : 373.
 Renán : 25, 248, 364.
 Reni, Guido : 105.
 Republicain de 1800 (Un) : 219.
 Restauradores : 86.
 Retiro : 7, 270, 418.
 Retz (Cardenal de) : 107.
Revista Argentina : 220.
Revista de Derecho, Historia y Letras : 282, 429.
Revista del Plata : 82, 110, 137, 144, 151, 154, 155, 157, 161, 162, 163, 174, 184, 186, 188, 189, 192, 199, 205, 229.
 Revolución de Sept. 11 de 1852 : 150, 151, 152, 267, 269.
 Revolución de 1874 : 229, 321, 340.
 Revolución de 1880 : 405.
Revue Britannique : 106.
Revue des Deux Mondes : 355.
Revue Encyclopédique : 64.
 Rey de Francia : 75.
 Rey de Roma : 134.
 Reyes, Antonino : 79, 96.
 Rhodes, Cecil : 383.
 Riachuelo : 7, 30, 41, 140, 167, 168, 206.
 Richard : 67.
 Richet : 265.
 Riestra, Hermenegildo de la : 270.
 Riestra, Norberto de la : 196, 264.
Rifleros : 402.
 Riglos, Esteban M. : xiv.
 Riglos, Federico : 270.
 Riglos, Miguel de : 197.
Río Bamba (Embarcación) : 186.
 Río Carcarañá : 79.
 Río Cuarto : 355.
 Río de Janeiro : 62, 77, 140, 191, 365.
 Río de la Plata : 26, 29, 32, 35, 41, 46, 62, 68, 95, 112, 128, 129, 138, 157, 168, 177, 189, 207, 299, 409.
 Río Grande : 128.
 Río Negro : 45, 192, 195.
 Río Negro (R. O. del U.) : 30, 46.
 Río Paraná : 88, 89.
 Río Santiago : 45.
 Rin : 197.
 Rivadavia, Bernardino : xiv, 1, 2, 4, 25, 28, 31, 32, 39, 41, 46, 47, 48, 51, 63, 64, 70, 72, 77, 79, 86, 91, 92, 93, 106, 108, 125, 146, 161, 197, 215, 218, 219, 225, 239, 245, 254, 260, 308, 312, 330, 348, 448.
 Rivadavia, Martín : 198.
 Rivera : 402.
 Rivera, Fructuoso : 86.
 Rivera, Juan M. : 420.
 Rivera Indarte : 87.
 Rivero, Matías : 270, 285.
 Robert : 373.
 Roberts, Pedro F. : 422.
 Robertson, John : 42.
 Robertson, Juan Parish : 46, 107.
 Robertson, William : 42, 89.
 Roca, Julio A. : 237, 256, 261, 339, 340, 353, 354, 355, 371, 373, 380, 381, 382, 400, 401, 402, 407, 412, 413, 415, 425, 436, 439, 442, 445, 446, 448, 449, 450.
 Rocha : 215.
 Rocha, Carlos Dardo : xv.
 Rocha, Dardo : 45, 288, 290, 300, 309, 317, 323, 324, 396, 397, 435, 436, 437, 444.
 Rocha, Manuel : 420.
 Rochdale : 9, 11.
 Rodney : 26.
 Rodríguez, Gregorio : 100.
 Rodríguez, Martín : 2, 3, 7, 26.
 Rodríguez, Pedro : 117.

Rodríguez, Petronila : 50.
Rodríguez de Carranza, Juana : 99.
Rodríguez Peña, Nicolás : 157.
Rodríguez Peña (Plaza) : 50.
Rojas, José María : 7.
Rojo, Camilo : 148.
Roma : 80, 237, 353, 358, 360, 363.
Romero, José María : 142.
Romero, Juan José : 376, 449.
Roosevelt, Teodoro : 398.
Roque, M. : 158.
Rosario (Prov. de Santa Fe) : 428.
Rosas, Juan Manuel de : 48, 79, 83, 91, 92, 100, 101, 115, 116, 117, 118, 134, 135, 136, 150, 181, 185, 187, 197, 205, 229, 255, 256, 260, 281, 303, 325, 355, 387, 407.
Rosas, León Ortiz de : 92.
Rosas, Manuelita : 100, 117, 135, 198.
Rosas de Mansilla, Agustina : 92, 93, 94.
Roseti : 285.
Rossetti, Samuel : 386.
Rossi, Adriano : 268.
Rousseau, J. J. : 55, 58.
Rugendas, Juan Mauricio : 142.
Ruiz, Miguel M. : 420.
Ruiz de los Llanos, Rafael : 301.
Ruiz Huidobro, José : 99.

Saavedra, Mariano : 324.
Saboya : 55, 56, 58, 59, 60, 62, 76, 81, 111, 133.
Sadi Carnot : 364.
Sáenz Peña, Luis : 216, 309, 324.
Sáenz Peña, Roque : 11, 237, 245, 246, 261, 292, 376.
Sagasta, Nicanor : 274.
Saint Pierre, Bernardino de : 106, 111.
Sainte Beuve : 268.
Sajonia (Corona de) : 366.
Sala de Comercio : 218, 219.
Sala de Irigoyen, Anita : 99.
Sala de Representantes de Bs. Aires : 3, 35, 38, 39, 46, 79, 82, 89, 91.
Salas : 314.
Salas, Carlos : 420.
Salas, Miguel : 327.
Salas, Saturnino : 142, 171, 213.
Saldías, Adolfo : 346.
Salisbury (Marqués de) : 13.
Salvadores, Pedro : 276.
San Carlo de Nápoles : 365.
San Estanislao : 252.
San Fernando (Prov. de Bs. Aires) : 6, 34, 44, 419.
San Francisco (Iglesia) : 123.
San Francisco (Convento) : 256.
San Francisco de Sales : 55.
San Ignacio : 252.
San Ignacio (Iglesia) : 157, 238.
San Ignacio (Iglesia de Montevideo) : 268.
San Isidro : 37, 41, 42, 51, 206, 291, 419.
San José de Flores : 125, 214, 222, 419.
San Juan (Prov.) : 148, 339.
San Luis (Prov.) : 154, 339.
San Marcos de Venecia : 146, 357.
San Martín : 419.
San Martín, José de : 190, 260, 312, 384, 417, 418, 424.
San Miguel : 252.
San Miguel (Iglesia) : 223.
« San Miguel » (Galería) : 141.
San Nicolás : 316, 353, 362.
San Pablo (Londres) : 361.
San Pablo (Roma) : 362.
San Pedro (Roma) : 360, 361, 362.
San Pedro (Prov. de Bs. Aires) : 436.
San Petersburgo : 352, 365, 366.
San Telmo (Parroquia) : 110.

San Vicente (Partido) : 103, 106, 136, 232.
Sánchez, Enrique : 374.
Sánchez de Mandeville, Mariquita : 80, 188.
Santa Elena : 27, 57.
Santa Fe : 154, 155, 209, 282, 316, 334, 354, 359, 419.
Santa Lucía (Observatorio) : 159.
Santa Rosa : 329.
Santa Rosa (Mendoza) : 340, 380, 413.
Santiago de Chile : 159.
Santiago del Estero : 130, 339.
Santo Domingo (Iglesia) : 156.
Sar (Del) : 215.
Sardos (Estados) : 56.
Sarmiento, Dominguito : 274, 289, 290.
Sarmiento, Domingo Faustino : 111, 132, 145, 148, 162, 169, 173, 176, 181, 225, 228, 229, 242, 255, 257, 260, 292, 293, 296, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 307, 308, 312, 314, 325, 326, 327, 328, 329, 334, 335, 336, 338, 339, 343, 347, 354, 380, 383, 392, 393, 399, 400, 407, 408, 415, 417, 418, 425, 439.
Sarratea : 41.
Sarratea, Mariano : 308.
Sastre, Marcos : 145.
Sauce Grande : 282.
Savonarola : 377, 378.
Schiaffino, Eduardo : 97.
Schlegel : 58.
Schmaling, Federico Guillermo : 46, 47.
Scott, Walter : 271.
Seguí, Dalmiro : 270.
Segurola, Saturnino : 99.
Segurola de Ortiz Basualdo, Cruz : 98.
Semanario de Agricultura : 154.
Senillosa, Felipe : 30, 99, 142, 161, 171, 197, 205.
Senillosa, Pastor : 217.
Serrano, Juan Manuel : 290.
Sevilla : 25.
Sevilla y Vázquez, José : 417.
Shakespeare : 25.
Sheridan, Pedro : 106, 138.
Sidney : 207.
Simon, Jules : 271.
Simpson, Guillermo : 206.
Sismondi : 58.
Slacum, Jorge M. : 42.
Smith, Adam : 107.
Sobremonte, Rafael de : 197.
Sociedad Bonaerense de Ciencias Físicas y Exactas : 205.
Sociedad de Beneficencia : 199.
Sociedad de los Amigos : 7, 12.
Sociedad Rural Argentina : 211, 217.
Socorro (Iglesia del) : 52, 111, 113, 310.
Soiza, Pedro : 104.
Sojo (Demócrito) : 440.
Sola, Dr. : 158.
Sola (Isla) : 34.
Solís, Juan Díaz de : 157.
Solórzano : 330.
Sombrero de Don Adolfo (El) : 440.
Somellera, Antonio : 145, 216.
Sommariva : 76.
Sotelo, Baldomero : 418.
Soto, José C. : 274.
Sourdeaux, Adolfo : 206.
Southampton : 100, 208.
Southern, Henry : 135.
Souza, Vicente M. : 276.
Spano de Guido, Pilar : 99.
Speluzzi, Bernardino : 301.
Staël (Mme.) : 58.
Stanhope, Sir F. D. : 15.
Stapple, Mr. : 129.
Stegmann, Claudio : 138.

- Stein, Enrique : 440.
Stendhal : 57, 81, 271.
Stockdale, Thomas : 232.
Strauss, David : 248.
Suárez : 265.
Suárez, Roque : 384.
Sud Americano (El) : 224.
Suecia : 203.
Suez (Canal de) : 197.
Suiza : 188.
Sulzman : 141.
Susini : 285.
- Tablada (Batalla de La) : 4.
Tácito : 107.
Taine : 346, 364.
« Talma » : 92.
Talleyrand : 244.
Tamberlik : 200.
Támesis : 368.
Tamini : 290.
Tardieu : 364.
Taylor, Eduardo : 142.
Tedín, Virgilio : 302, 385.
Tejedor, Carlos : 255, 336, 337, 387,
392, 393, 397, 402, 403, 415, 419,
421, 422, 427, 428, 429, 431, 432,
433, 438, 439, 441, 444, 446.
Telégrafo Mercantil (El) : 153.
« Telémaco » : 90.
« Temporalidades » : 36.
Terrero : 444.
Terrero, Juan Nepomuceno : 116, 117,
135.
Terry, José A. : 241, 261, 301, 305,
342, 375.
Tezanos Pinto, David de : 301.
Thiers : 112, 347.
Thompson : 42.
Thompson, James : 53.
Thompson, Bonor & Co. : 295.
Tigre : 6, 276.
- Tívoli : 190.
Tobal, Federico : 167, 257, 262,
363.
Tocqueville : 271.
Toledo : 314.
Tolón : 208.
Tornquist, Ernesto : 261.
Torrent, Juan E. : 339.
Torres, Lorenzo : 98, 152, 198.
Towsend, Mr. : 11.
Trafalgar : 237.
Tranvías : 221, 222, 223.
Trápani, Pedro : 129.
Trevelyan : 241.
Tribuna : 271, 276.
Tribuna (La) : 152, 198, 202.
Triple Alianza : 273, 303.
Trópico : 61.
Tucumán (Batalla de) : 335.
Tucumán (Prov.) : 130, 218, 239,
349.
Túnez : 208.
Turgot : 271.
Turín (Ciudad) : 58, 59, 60, 365.
Túsculum : 321.
Tuyú-Cué : 256, 275.
Tuyuty : 282.
- Ugarte, Marcelino : 384.
Ugarteche : 327.
Univers (L') : 364.
Universidad de Bs. Aires : 47, 79,
161, 239, 327, 385.
Unzué : 223, 314.
Unzué, Saturnino E. : 334, 376.
Uribelarrea, Miguel N. de : 108, 147.
Uriburu, Francisco : 309, 330.
Urioste : 314.
Urquiza, Justo José : 136, 148, 150,
151, 152, 153, 185, 190, 239, 260,
267, 269, 327.
Uruguay (Embarcación) : 409.

- Uruguay (Rep. o Estado Oriental del) :
86, 87, 128.
Uruguay (Río) : 19, 129, 189, 194,
252, 268, 334.
- Valdez : 372.
Valle, Aristóbulo del : 274, 301, 308,
309, 314, 315, 318, 323, 324, 336,
343, 379, 397, 443.
Vallée, Tomás : xiv.
Vanni : 71, 85, 121.
Varangot, Juan Pedro : 99.
Varela Florencio : 101, 247, 369.
Varela, Héctor Florencio : 100, 101,
198, 269, 328.
Varela, Luis V. : 301.
Varela, R. : 376.
« Vaux-hall » : 51.
Vázquez Santiago : 86.
Vedia : 443.
Vedia (Coronel) : 283, 284.
Vedia, Julio de : 418.
Vega, Nicolás : 336.
Veinticinco de Mayo : 302.
Vela, César M. : xiv.
Vélez, Eustoquio : 336.
Vélez Sársfield, Dalmacio : 92, 137,
152, 153, 176, 181, 185, 257, 258,
300, 301, 307, 308.
Venecia : 208, 261, 353, 357.
Venezuela : 43.
Verdad (La) : 296.
Verdi : 200.
Vergniaud : 273.
Vernet, Horacio : 76.
Vernet, Luis Emilio : 295.
Verneuil : 265.
Vesubio : 359.
Veuillot : 271.
Viamonte, Avelino : 102.
Viamonte, Gral. Juan José : 48, 92,
99, 102.
- Vico, Juan Domingo : 240.
Victoria (Plaza) : 97, 241.
Victoria (Teatro) : 198, 273.
Victorica : 237.
Victorica (Comandante) : 284.
Victorica, Rufino : 418.
Vidal, Emeric Essex : 142.
Viejobueno, Domingo : 280, 282, 284,
347.
Viejobueno, Joaquín : 417.
Viena : 244, 353, 366.
Vieytes : 30, 154.
Villa Mercedes (S. Luis) : 339.
Villar, Cornelio : 270.
Villarino (Transp. nac.) : 418.
Villarino, Pablo : 99.
Villarino de Lagos, Aniceta : 98.
Villegas, Justo : 98, 151.
Villegas, Miguel : 262, 275.
Villegas, Sixto : 272.
Villerroud, Augusto : 142.
Virreinato : 28.
Visillac de Moreno, Antolina : 99.
Vizcaya : 56.
Volney : 107.
Voltaire : 58, 245.
Vuelta de Obligado : 132, 133, 134.
Walckenaer : 60.
Walewska, Isabel : 135.
Walewska, María : 134.
Walewski, Alejandro : 134, 135.
Warens (Mme.) : 55.
Washington : 89, 271, 312.
Waterloo : 52, 212, 368.
Wellington (Duque de) : 25, 36, 368.
Werther : 273.
Westminster, Review : 273.
Weston : 141.
Wheelright : 45.
Whiford : 373.
White, Blanco (José María Blanco
Crespo) : 24, 25, 26.

Wilde (Diego Wellesley) : 3, 4, 36.
Wilde, Eduardo : 36, 265, 272, 309.
Wilde, José Antonio : 36.
Wilde, Santiago : 36, 37, 42, 43, 51.
Witt, Cornelio : 271.
Witz, Emilio : 216.
Wood, Martha : 9.
Worringer : xvi.

Yapeyú : 252.
Yerbal : 203.
Yofre, Felipe : 425.
Yorkshire : 2.

Zamorano, Nicolás : 276.
Zapata, José V. : 302.

Zapiola, José Matías : 336.
Zaragoza : 250.
Zavaleta, Manuel : 293.
Zavalía, Fernando S. de : 421.
Zeballos, Estanislao S. : 112, 241,
338, 348, 356, 426, 427.
Zemborain, Alfredo : xiv.
Zenona Ocampo, María : 104.
Zinny, Antonio : 302, 337.
Zola : 364.
Zorrilla, Benjamín : 408, 425, 426,
430, 437.
Zorrilla, Ildefonso : 104.
Zorrilla, Manuel M. : 442.
Zucchi, Carlos : 82.
Zuviría, Facundo : 99, 185, 192.

ESTE LIBRO TERMINÓSE DE IMPRIMIR EN LA IMPRENTA
Y CASA EDITORA « CONI », CALLE PERÚ 684 (BS. AS.)
EL DÍA 4 DE FEBRERO DE 1941 Y SUS LÁMINAS
FUERON IMPRESAS EN LOS TALLERES
DE JACOBO PEUSER LIMITADA
SOCIEDAD ANÓNIMA